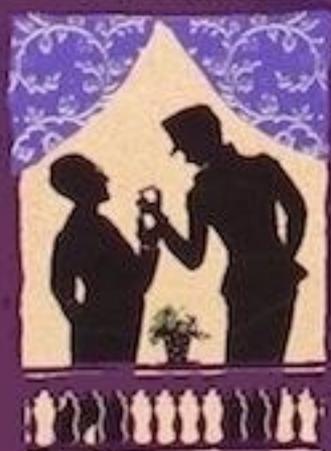


El edificio Yacobián



Alaa Al Asway Lectulandia

Una novela construida como un mosaico donde las vidas de los personajes se cruzan y se separan ante la mirada compasiva y sin prejuicios del autor.

Construido en 1934 en una de las principales avenidas del Cairo, el Edificio Yacobián es al mismo tiempo una imagen representativa de los últimos setenta y cinco años de la historia de Egipto y una radiografía de la sociedad egipcia contemporánea. Cada piso parece representar un estrato de la sociedad y por la novela vemos desfilar a los habitantes más variopintos: aristócratas decadentes, hombres de negocios, políticos corruptos, pobres de solemnidad que ocupan la azotea del edificio, un escritor gay... Alaa Al Aswany ha reunido en su edificio un auténtico microcosmos de sociedad de su país, lo cual le permite tratar temas candentes en un país lleno de contrastes, como la corrupción de las instituciones, la discriminación de la mujer o las dificultades de los jóvenes para ascender en la escala social.

Lectulandia

Alaa Al Aswany

El edificio Yacobián

Una novela sobre un inmueble de El Cairo y las vidas de sus habitantes

ePub r1.0

Titivillus 13.03.16

Título original: *'Imârat Ya'qûbyân*

Alaa Al Aswany, 2002

Traducción: Álvaro Abella

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A penas cien metros separan el pasaje Behlar, donde vivía Zaki Bey el Desouki, de su oficina en el edificio Yacobián. Sin embargo, cada mañana tardaba casi una hora en recorrerlos, ya que tenía que saludar a sus amigos de la calle: los dueños de las tiendas de ropa y las zapaterías, los dependientes de ambos sexos, los camareros, los trabajadores del cine, los habituales del Café Brasil e incluso los porteros, los limpiabotas, los mendigos y los guardias de tráfico. Zaki Bey los conocía a todos por su nombre e intercambiaba con ellos saludos y novedades. Era uno de los residentes más antiguos de la calle Suleimán Pachá. Se instaló allí a finales de los cuarenta, tras regresar de sus estudios en Francia, y no se marchó nunca. Para los vecinos representaba un elemento folclórico querido por todos. Ya fuese invierno o verano, aparecía siempre llevando el mismo traje holgado que disimulaba su cuerpo delgado y enclenque. Un pañuelo, a juego con la corbata y planchado con esmero, sobresalía del bolsillo de su chaqueta; en la boca su famoso puro, que en otros tiempos fuera un excelente habano, pero que ahora se había convertido en uno de esos cigarros de fabricación nacional, mal prensados y de olor horrible; el rostro, arrugado por los años; las gafas, de gruesos cristales; la brillante dentadura postiza; los escasos mechones del cabello teñidos de negro y aplastados de un extremo a otro del cráneo, intentando disimular la gran calva... En resumen, Zaki el Desouki constituía en cierto modo una leyenda, por lo que su presencia despertaba gran interés aunque era como irreal. Parecía que fuera a desaparecer en cualquier momento, o bien que se tratara de un actor desempeñando un papel y del que se sabía, terminada la función, que se quitaría el disfraz y se pondría su auténtica vestimenta. Si a esto se añade su espíritu alegre, los chistes verdes que continuamente contaba y su asombrosa capacidad para charlar con cualquier persona que se cruzaba en su camino como si se tratara de un viejo conocido, se comprende por qué, cuando Zaki Bey aparecía en la calle, a eso de las diez de la mañana, todo el mundo le recibía tan efusivamente. Los saludos surgían por todas partes y a menudo se le acercaban algunos de sus «discípulos», jóvenes empleados de las tiendas, quienes le preguntaban bromeando sobre cuestiones relacionadas con el sexo, tema vedado para ellos. Entonces Zaki Bey recurría a sus vastos conocimientos en la materia y explicaba a los chavales, con deleite y profusión de detalles y alzando la voz para ser escuchado por todos, los más sutiles secretos de la carne. A veces incluso pedía papel y bolígrafo, que le eran procurados en un santiamén, y dibujaba con claridad para los muchachos algunas curiosas posturas sexuales que había practicado en su juventud.



He aquí más datos importantes acerca de Zaki Bey el Desouki: era el hijo menor del Pachá Abdel Aal el Desouki, conocido dirigente del Wafd, quien fuera ministro en

más de una ocasión y uno de los terratenientes más ricos del país antes de la Revolución. Su familia poseía más de cinco mil *feddans* de las mejores fincas agrícolas. Zaki Bey realizó sus estudios de ingeniería en París. Como era de esperar, le estaba destinado un papel fundamental en la vida política egipcia a causa de la riqueza e influencia de su padre. Sin embargo, la Revolución trastocó repentinamente su futuro. El Pachá Abdel Aal fue expropiado y llevado ante un tribunal revolucionario que, aunque no pudo demostrar las acusaciones de corrupción política, le mantuvo bajo arresto un tiempo y le despojó de la mayoría de sus propiedades, que fueron repartidas entre los campesinos durante la reforma agraria. A consecuencia del impacto de todos estos acontecimientos, el Pachá no tardó en morir. La desgracia del padre la heredó el hijo, puesto que el estudio de ingenieros que había abierto en el edificio Yacobián no tardó en irse a pique, transformándose con el tiempo en un lugar en el que Zaki Bey pasaba las horas muertas leyendo el periódico, bebiendo café, recibiendo a sus amigos y amantes u observando desde la terraza a los paseantes y los vehículos que circulaban por la calle Suleimán Pachá.

Sin embargo, no había sido la Revolución la única culpable de su fracaso profesional sino, sobre todo, su falta de voluntad y su afición a los placeres. Su vida, que sobrepasaba ya los sesenta y cinco años, con todos sus encuentros y desencuentros, felices y dolorosos por igual, giraba en torno a una sola obsesión: las mujeres. Era una de esas personas que se encuentran completamente a merced de los voluptuosos encantos femeninos. Las mujeres no eran para él un deseo que se enciende, se colma y se consume, no. Representaban todo un complejo mundo de pasiones tan diversas como variado es su cuerpo: senos prominentes y robustos, con pezones protuberantes como apetitosas uvas; traseros jugosos y ondulantes que aguardan su violento ataque sorpresa por la espalda; labios carnosos que sorben los besos y suspiran de placer; el cabello en todas sus manifestaciones (largo, suelto y liso; salvaje y con trenzas enmarañadas; media melena, al clásico estilo familiar, o esos cortes *à la garçon* que le inspiraban extrañas fantasías sexuales); los ojos, ¡ay!, esas miradas sinceras o traicioneras, descaradas o tímidas, incluso las de reproche, enfado y rechazo. ¡Qué hermosas!

Hasta este extremo o más amaba Zaki Bey a las mujeres. Las había conocido de todas las clases, empezando por la *nabila* Kamila, sobrina del antiguo rey, con la que aprendió las artes y rituales de la alcoba real: velas que iluminan en la noche, copas de vino francés que despiertan el deseo y disipan los miedos y un baño caliente antes de acostarse en el que untaba su cuerpo con cremas y perfumes. Con Kamila, pasión incontenible, aprendió cuándo había que empezar, cuándo era suficiente y cómo pedir los más lascivos juegos sexuales con refinadas palabras francesas.

También se había acostado con mujeres de todo tipo: bailarinas orientales y extranjeras, damas de la aristocracia, esposas de engreídos hombres de la alta sociedad, estudiantes de universidad e incluso de instituto, prostitutas, campesinas, sirvientas... Todas y cada una de ellas tenían su sabor. En ocasiones le gustaba

comparar entre risas el sexo con la *nabila* Kamila, regido por el protocolo, con el de una mendiga a la que recogió en su Buick una noche que estaba borracho y a la que llevó a su casa en el pasaje Behlar. Cuando entró con ella al baño para lavarse descubrió que era tan pobre que se había cosido la ropa interior con retazos de sacos de cemento. Todavía recordaba con una mezcla de ternura y compasión la turbación de la muchacha cuando se quitó las bragas, en las que estaba escrito con grandes letras «*Cementos Portland-Turah*». Recordaba también que era una de las mujeres más hermosas que había conocido y una de las más ardientes en la cama.

Todas estas variadas y ricas experiencias hicieron de Zaki el Desouki un experto en el mundo femenino. Tenía sus propias teorías, extrañas y curiosas, acerca de «la ciencia de la mujer», como él la llamaba, con las que se podría estar o no de acuerdo pero que son sin duda dignas de ser tenidas en consideración. Así, por ejemplo, afirmaba que las muchachas más hermosas normalmente son frías amantes en la cama, mientras que las de una belleza más normal o incluso un poco feas siempre son más ardientes puesto que necesitan amor de verdad y dan todo lo que tienen para satisfacer a sus amantes. Zaki Bey sostenía que el modo en que una mujer pronuncia la letra «s» permite saber si es buena haciendo el amor. Si dice las palabras «*susu*» o «*basbusa*» con voz trémula y excitante, se entiende que es una experta, y al contrario. Aseguraba, también, que toda mujer sobre la faz de la tierra tiene a su alrededor un determinado campo de atracción que emite continuamente ondas invisibles e inaudibles, pero perceptibles de un modo enigmático. Quien aprende a leer estas vibraciones puede experimentar con ella los extremos del placer. Por muy seria y decorosa que sea una mujer, Zaki Bey era capaz de percibir su deseo sexual por el temblor de su voz, por una risa exageradamente nerviosa o incluso por la temperatura de su mano cuando la rozaba al saludarla.

También hay otras mujeres que están poseídas por un deseo endemoniado, imposible de saciar, «*femmes fatales*» como las llamaba Zaki Bey en francés. Estas enigmáticas féminas no se sienten realizadas más que en la cama, y no encuentran otro placer en la vida que iguale al sexo. Tales criaturas llevan una existencia infeliz, puesto que su sed de deseo les conduce inexorablemente a un destino atroz y terrible. Zaki el Desouki afirmaba que estas mujeres son todas idénticas aunque sus rostros sean diferentes, e invitaba a los incrédulos a examinar atentamente las fotografías publicadas en los periódicos de esposas condenadas a pena de muerte por el asesinato de sus maridos en colaboración con sus amantes, diciendo: «Si observas con un poco de atención descubrirás que todas tienen una fisonomía similar: labios en su mayoría carnosos y sensuales, separados, no apretados el uno sobre el otro; facciones duras, libidinosas; miradas brillantes y vacías, como la de un animal hambriento».



Domingo. Los comercios de la calle Suleimán Pachá cerraron sus puertas. Los bares

y los cines se llenaron de clientes. La calle quedó vacía y oscura, con las tiendas cerradas y los antiguos edificios de estilo europeo como el melancólico escenario de una película romántica occidental. A primera hora de la mañana, Shazli, el anciano portero, había trasladado su silla desde el ascensor hasta la acera, enfrente del edificio Yacobián, para observar a los que entraban y salían del portal en el día festivo. Zaki el Desouki había llegado a su oficina antes del mediodía. Desde el primer momento su criado Abaskharon se dio cuenta de lo que pasaba. Tras veinte años al servicio de Zaki Bey, era capaz de adivinar el estado de ánimo de su señor con sólo una mirada. Sabía qué significaba cuando llegaba a la oficina excesivamente elegante, desprendiendo el espléndido olor del perfume que reservaba para las ocasiones especiales. En esos momentos Zaki Bey se comportaba nervioso y tenso, sentándose y levantándose constantemente, caminando inquieto sin parar, disimulando su ansiedad con mal humor y pocas palabras. Esto siempre quería decir que esperaba la primera cita con una nueva amante.

Por eso Abaskharon no se enfadó cuando Zaki Bey le reprendió sin motivo, sino que agachó la cabeza, como quien comprende una orden, y terminó de barrer la sala rápidamente. Después cogió sus muletas de madera y golpeando las baldosas del largo pasillo con vigor y velocidad, llegó a la gran habitación donde estaba sentado Zaki Bey. Le preguntó con una voz que la experiencia había dotado de un tono completamente neutro:

—¿Su Excelencia tiene una «reunión»? ¿Le preparo los «materiales», Su Excelencia?

Zaki Bey miró en su dirección y le contempló por un instante, decidiendo el tono de reproche de su respuesta. Observó su chilaba de franela a rayas, desgastada en la mayor parte, sus muletas, su pierna amputada, el anciano rostro con la canosa barba crecida, los ojos pequeños, astutos, y esa sonrisa suplicante y asustada que nunca le abandonaba.

—Prepara los «materiales» para la «reunión». ¡Deprisa! —contestó Zaki Bey secamente antes de salir a la terraza.

En su diccionario compartido, «reunión» significaba la cita de Zaki Bey con una mujer en la oficina. Por su parte, los «materiales» se referían a los rituales concretos que Abaskharon disponía para su señor antes del encuentro amoroso. Comenzaba por una inyección de fortificante Tri-B, traído del extranjero, que le ponía en la nalga, causándole siempre gran dolor, por lo que Zaki Bey gritaba y maldecía al asno de Abaskharon por sus manos torpes e ineptas. A continuación, una copa de café aromatizado con nueces, sin azúcar, que sorbía con calma, mientras deshacía bajo su lengua una pequeña pastilla de opio. Terminaba el ritual con un gran plato de ensalada en el centro de la mesa, junto a una botella de whisky *Black Label*, dos copas vacías y una cubitera metálica llena hasta el borde de hielo.

Abaskharon se puso a preparar los «materiales» con esmero mientras Zaki Bey se sentaba en la terraza que daba a la calle Suleimán Pachá, encendía un cigarro y se

dedicaba a observar a los peatones. Sus sentimientos oscilaban entre la excitación que el maravilloso encuentro le producía y la obsesión angustiada de que Rebab, su amante, olvidase la cita y diera al traste con el esfuerzo de todo un mes dedicado a perseguirla. Era esclavo de su amor desde que la vio por primera vez en el bar *Cairo*, en la plaza de Tawfiqiya, donde ella trabajaba de camarera. Le cautivó por completo y desde entonces frecuentaba el bar a diario para verla. La describía a un anciano amigo suyo con estas palabras: «Ella representa la belleza de las clases populares, con toda su vulgaridad y sensualidad. Como si acabase de salir de un cuadro de Mahmoud Said». Y proseguía Zaki Bey explicando a su amigo: «¿Recuerdas a aquella criada que tenías en tu casa que te volvía loco cuando eras adolescente? ¿Acaso no era tu mayor deseo lanzarte sobre su jugoso culo y agarrar sus enormes tetas de piel delicada mientras ella fregaba los platos en la pila de la cocina? Después ella se revolvió, aumentando el roce con tu cuerpo, gimiendo excitantes palabras de rechazo antes de entregarse: “Señorito..., qué vergüenza..., no está bien, señorito”. Pues he descubierto en Rebab un tesoro similar».

Pero el descubrimiento de un tesoro no significa su posesión. A causa de su amada Rebab, Zaki Bey se vio obligado a superar muchas dificultades: pasó noches enteras en un antro sucio, estrecho, mal iluminado y poco ventilado como el *Cairo*; casi se ahoga por el gentío y la espesa humareda de cigarrillos; estuvo a punto de quedarse sordo a causa del atronador volumen del radiocasete que no paraba de reproducir canciones obscenas ni un momento... Por no hablar de las peleas y las broncas que siempre terminaban a las manos entre los clientes del bar, una mezcla de obreros artesanos, gente de mala fama y forasteros; ni de esas copas de repugnante brandy que le quemaban el estómago y que se veía obligado a beber cada noche; ni de los evidentes engaños en las cuentas de las consumiciones de los que Zaki Bey aparentaba no darse cuenta... Además siempre terminaba dejando una buena propina para el bar y otra más generosa que metía en el escote de Rebab. Cuando sus dedos rozaban su pecho robusto y voluptuoso sentía que le hervía la sangre y le invadía un deseo incontenible que casi le hacía daño, tal era su fuerza e intensidad.

Todo esto sufrió Zaki Bey a causa de Rebab. Le estuvo ofreciendo una y otra vez una cita fuera del bar, pero ella rechazaba las invitaciones con coquetería. Él las había repetido sin perder la esperanza hasta que, el día anterior, ella aceptó visitarlo en su oficina. Su alegría era tal que metió en su escote un billete de cincuenta libras sin arrepentirse. Ella se acercó a él hasta el punto de que su aliento le golpeó ligeramente el rostro, se mordió el labio inferior y susurró con una voz excitante que destruyó la entereza que le quedaba a Zaki Bey:

—Mañana... recompensaré todo lo que has hecho por mí, querido.

Zaki Bey se puso la dolorosa inyección de Tri-B, chupó el opio y empezó a tomar con calma la primera copa de whisky, a la que siguieron una segunda y una tercera. Pronto se liberó de la tensión, el buen humor le invadió y agradables pensamientos empezaron a jugar alegremente en su cabeza como dulces melodías. La cita con

Rebab era a la una y cuando el reloj de la pared dio dos campanadas Zaki Bey empezó a perder las esperanzas. Sin embargo, de pronto, escuchó las muletas de Abaskharon golpeando las baldosas del vestíbulo. Su rostro apareció en la puerta y, jadeando de excitación, como si la noticia le hiciera realmente feliz, dijo:

—*Madame* Rebab ha llegado, Su Excelencia Bey.



El año 1934 el millonario Hagop Yacobián, líder de la comunidad armenia en Egipto por aquel entonces, tuvo la idea de construir un edificio que llevase su nombre. Eligió para este fin el mejor solar de la calle Suleimán Pachá y contrató la obra con una conocida oficina de arquitectos italiana que presentó una hermosa maqueta: diez pisos de gran altura, al suntuoso estilo clásico europeo; balcones adornados con cabezas griegas talladas en la piedra; columnas, escaleras y pasillos de mármol natural; ascensor *Schlindler* del modelo más moderno... Los trabajos de construcción duraron dos años enteros y su resultado fue una obra arquitectónica que sobrepasó las expectativas hasta tal punto que el propietario pidió al arquitecto italiano que esculpiera sobre la puerta, en el interior, su nombre, «YACOBIÁN», en grandes letras latinas iluminadas con neón por la noche, en un afán de inmortalizarse y proclamar su propiedad sobre tan maravillosa construcción.

En el edificio Yacobián vivió la flor y nata de la sociedad de aquellos días: ministros y aristócratas dueños de los mayores latifundios, industriales extranjeros y dos millonarios judíos, uno de ellos de la conocida familia Mosseri. La planta baja del edificio se dividía por igual entre un inmenso garaje en la parte trasera, con numerosas puertas en el que se guardaban los vehículos de los inquilinos, todos ellos de ostentosas marcas, como Rolls Royce, Buick o Chevrolet, y una gran tienda en la parte delantera que ocupaba tres esquinas de la calle. Yacobián la utilizaba para exponer las joyas de plata que producía en sus talleres. Este comercio funcionó con éxito durante cuatro décadas. Después fue poco a poco decayendo hasta que fue comprado finalmente por Hagg Mohamed Ezzam, quien abrió una tienda de ropa.

En la inmensa azotea del edificio se destinaron dos habitaciones con servicios para residencia de los porteros y sus familias. En el resto de la azotea se construyeron cincuenta pequeños trasteros, tantos como apartamentos había en el inmueble, cuya superficie no pasaba de los dos metros cuadrados, con paredes y puertas de metal. Estaban cerrados con candados cuyas llaves fueron entregadas a los propietarios de los apartamentos. Estos cuartuchos, en aquel entonces, sirvieron para varios propósitos: como despensas, para guardar violentos perros de gran tamaño y también para lavar ropa, labor que desempeñaban en aquellos tiempos, antes de la invención de la lavadora eléctrica, lavanderas que hacían la colada en los trasteros y la tendían en largas cuerdas extendidas por todo el espacio de la terraza. Los cuartuchos no se destinaron a dormitorios para los sirvientes probablemente porque los habitantes del

edificio, en aquella época aristócratas y extranjeros, no concebían que un ser humano pudiese dormir en una dependencia tan estrecha como aquéllas. Por el contrario, en sus espléndidos y maravillosos pisos, algunos de los cuales tenían ocho o diez habitaciones a dos niveles con escalera interior, destinaban una habitación para los criados.

Pero el año 1952 la Revolución lo cambió todo. Los judíos y los extranjeros empezaron a emigrar y los pisos se fueron vaciando a causa del exilio de sus propietarios. Pronto, oficiales de las Fuerzas Armadas, dueños del poder en esa época, se apropiaron de las viviendas vacías. Así, al llegar los años sesenta la mitad de los apartamentos del edificio estaban habitados por militares de distinto rango, desde tenientes y capitanes recién casados hasta generales que se mudaban con sus grandes familias. Incluso el general Dakrouri, director en su momento del gabinete del Presidente Mohamed Naguib, consiguió dos grandes apartamentos contiguos en el piso décimo, que utilizaba como vivienda para su familia el uno y como oficina en la que atendía sus asuntos después del mediodía el otro.

Pronto las mujeres de los oficiales empezaron a dar a los trasteros un uso diferente. Por primera vez sirvieron de dormitorios para los mayordomos, los cocineros y las jóvenes criadas traídas del campo al servicio de las familias de los militares. Algunas de las esposas de los oficiales eran de origen popular y no les parecía extraño criar conejos, patos y gallinas en los trasteros. La administración del barrio de El Cairo Oeste recibió muchas denuncias presentadas por los antiguos propietarios para que se prohibiese la cría de animales en la azotea, pero siempre eran archivadas por la influencia de los oficiales. Los vecinos protestaron ante el mismísimo general Dakrouri, quien —dada su posición e influencia sobre los militares— consiguió erradicar esta práctica antihigiénica.

Después llegó la política de apertura de los años setenta y los ricos empezaron a abandonar West el Balad para instalarse en barrios como Mohandesin o Nasr City. Muchos de ellos vendieron sus viviendas en el edificio Yacobián, y otros las mantuvieron como oficinas o clínicas para sus hijos recién licenciados o las alquilaban a turistas del Golfo. El resultado fue que poco a poco desapareció el vínculo entre los trasteros de la azotea y los apartamentos del edificio. Los antiguos mayordomos y criados vendieron sus cuartuchos a emigrantes pobres venidos del campo que trabajaban en algún lugar en West el Balad y necesitaban un alojamiento barato en la zona. Ayudó a facilitar este traspaso la muerte del agente del edificio, el armenio *Monsieur* Grégoire, quien dirigía las propiedades del millonario Hagop Yacobián con extremado celo y minuciosidad, enviando las ganancias todos los años en diciembre a Suiza, donde había emigrado la riqueza de Yacobián después de la Revolución. A *Monsieur* Grégoire le sucedió como agente el abogado Fikri Abdel Shahid, hombre que hacía cualquier cosa por dinero. Se llevaba un gran porcentaje del traspaso de los trasteros y también otra parte del nuevo arrendatario por redactar el contrato de alquiler de su habitación.

Finalmente, se estableció una nueva sociedad en la azotea, completamente independiente del resto del edificio. Algunos de los recién llegados alquilaban dos trasteros contiguos y hacían de ellos una pequeña vivienda con sus servicios (un inodoro y un lavabo). Los restantes, los más pobres, colaboraron para construir letrinas compartidas cada tres o cuatro habitaciones. Así, la comunidad de la azotea no tardó en parecerse a cualquier otra comunidad popular egipcia. Los niños correteaban descalzos y semidesnudos por los rincones de la terraza. Las mujeres pasaban el día cocinando y contándose cotilleos al sol. Con frecuencia se enfrascaban en peleas, insultándose y acusándose de las peores vilezas. Sin embargo, pronto se reconciliaban y volvían a tratarse como si nada hubiese sucedido, tras darse grandes besos en las mejillas gimoteando e incluso llorando por lo emocionadas y afectadas que estaban.

Los hombres, por su parte, no se interesaban mucho por las peleas de las mujeres y las consideraban una muestra más de su inconsciencia, de la que hablaba el Profeta, las bendiciones y la paz de Dios sean con Él. Todos los varones de la azotea pasaban la jornada en una ardua y amarga lucha para conseguir el pan de cada día. Regresaban al anochecer agotados para entregarse a sus tres pequeños placeres: una deliciosa comida caliente; varias pipas de tabaco dulce (o de hachís cuando había) que fumaban en el narguile, en solitario o juntos, las noches de verano; el tercer placer era el sexo, que practicaban con frecuencia, pues no encontraban en los *hadices* que fuera pecado, sino algo lícito. Así, se puede afirmar que el hombre de la azotea se avergonzaba, como es costumbre entre la clase popular egipcia, de pronunciar el nombre de su esposa delante de otros hombres, y se refería a ella como *Madre de Fulano*, o la llamaba «la parienta». Por ejemplo, cuando decía «la parienta ha preparado *mulujiya*», los presentes comprendían que estaba hablando de su mujer. Sin embargo, estos mismos hombres no tenían ningún reparo en comentar con gran detalle aspectos íntimos de su vida marital delante de sus camaradas, hasta el punto de que los hombres de la azotea conocían prácticamente todo acerca de las vidas sexuales de los unos y los otros.

A las mujeres, por su parte, independientemente de su grado de religiosidad y puritanismo, les gustaba mucho el sexo y cotilleaban en voz baja sobre los pormenores de su vida sexual, entre carcajadas divertidas o incluso licenciosas si estaban solas. No les gustaba sólo como una forma de desahogarse, sino porque el sexo y el apetito carnal de sus hombres les hacía sentir que, a pesar de todas las dificultades que padecían, todavía eran mujeres hermosas y deseadas por sus maridos. Y en esa hora, con los niños ya acostados, después de cenar y de dar gracias a Dios, con comida en la despensa suficiente para una semana o más, con un poco de dinero ahorrado por si venían dificultades, con la habitación en la que vivían todos juntos limpia y ordenada y el marido recién llegado a casa la noche del jueves, de buen humor debido a los efectos del hachís, reclamando a su mujer, ¿acaso no iba ella entonces a entregarse después de haberse lavado, acicalado y perfumado? ¿Acaso

estas pocas horas de felicidad no constituían una prueba de que su miserable existencia era, a pesar de todo, afortunada en cierto modo? Necesitaríamos un hábil pintor para retratar la expresión del rostro de la mujer de la azotea, la mañana del viernes, cuando su marido bajaba a hacer la oración y ella se lavaba para eliminar las huellas del amor y salía a la azotea a tender las sábanas limpias, mostrando en ese momento su pelo mojado, su piel rosada y su mirada clara, como una flor abierta regada por la humedad de la mañana.



La oscuridad de la noche se retiraba, anunciando una nueva mañana. Una luz tenue aparecía sobre la azotea, colándose por la ventana de la habitación de Shazli, el portero. Allí estaba su hijo, el joven Taha, quien había pasado la noche en vela a causa de la ansiedad. Realizó la oración de la madrugada más dos plegarias adicionales y se sentó sobre la cama, vestido con su chilaba blanca, a leer el *Libro de la Oración Respondida*, repitiendo en el silencio de la estancia entre débiles susurros:

«¡Dios mío! Te ruego que me concedas un buen día y me protejas de los males que pueda encontrar. ¡Oh Alá! protégeme con tu ojo que nunca duerme y perdóname con tu poder, pues no soy digno de Ti y Tú eres mi esperanza. Oh, mi Señor, gloria y honor a Ti, hacia Ti dirigí mi rostro, muéstrame tu noble faz y recíbeme con tu perdón sincero y tu generosidad, sonríeme y compláceme con tu misericordia».

Taha estuvo leyendo las oraciones hasta que la luz de la mañana inundó la estancia y poco a poco comenzó la actividad en las otras habitaciones: voces, gritos, risas y toses; puertas que se abrían y se cerraban; los olores del agua caliente, el té, el café, las brasas, el tabaco dulce... Para los habitantes de la azotea era el principio de una nueva jornada. Sin embargo, Taha Shazli sabía que ese día su destino cambiaría para siempre. Dentro de unas pocas horas se presentaría a la entrevista de acceso para la Academia de Policía, el último esfuerzo en una larga carrera de ilusiones.

Desde la infancia su sueño era llegar a ser agente de policía y para lograrlo había sacrificado todo lo que poseía. Se dedicó a estudiar con ahínco en secundaria, hasta conseguir una nota de ochenta y nueve por ciento en letras sin asistir a clases particulares, exceptuando algunas clases de refuerzo en la escuela que su padre apenas pudo pagar. En las vacaciones de verano se apuntaba al gimnasio del centro juvenil de Abdin, que costaba diez libras mensuales, y se dedicaba a hacer duros ejercicios, hasta que consiguió el fondo físico que le capacitaba para las pruebas de la Academia de Policía.

Con el fin de ver hecho realidad su sueño, se granjeó la amistad de los oficiales de policía del distrito, hasta el punto de que todos se convirtieron en sus amigos, tanto los que trabajaban en la comisaría de Kasr el Nil como los del pequeño puesto de

Kotsika dependiente de aquélla. Gracias a ellos Taha conocía todos los detalles de las pruebas de acceso. También estaba al corriente del soborno de veinte mil libras que pagaban los ricos para conseguir que se admitiese a sus hijos en la Academia. ¡Cuánto le hubiese gustado poseer esa cantidad!

Para cumplir su sueño, Taha también había tenido que soportar la mezquindad y la arrogancia de los inquilinos del edificio. Ayudaba a su padre en el trabajo desde que era pequeño. Cuando se hizo manifiesta su inteligencia y empezó a sobresalir en los estudios, los vecinos aceptaron la situación de diferentes formas. Algunos le animaban a estudiar, le daban buenas propinas y le auguraban un próspero futuro. Otros, la mayoría, pensaban: «El hijo del portero, ¿una lumbrera?», y en cierto modo la idea les molestaba. Intentaban persuadir a su padre para que le instruyese en un oficio cuando terminase la secundaria.

—Para que aprenda un oficio que le sea provechoso a él, y a ti también —le decían al viejo tío Shazli, fingiendo preocuparse por él.

Cuando Taha fue admitido en la escuela secundaria continuó destacando, por lo que en la época de exámenes le llamaban y le encargaban pesadas labores que le ocupaban demasiado tiempo. También le daban grandes propinas para engatusarle, pues en sus almas se escondía la perversa intención de apartarle del estudio. Taha aceptaba estos trabajos porque necesitaba el dinero. Sin embargo, continuó entregándose al estudio hasta tal punto que en ocasiones pasaba uno o dos días sin dormir. Finalmente, salieron los resultados de secundaria y Taha obtuvo mejores notas que los hijos de los vecinos del edificio. Éstos, descontentos, empezaron a hablar del tema, y cuando se encontraban en el ascensor se preguntaban con sarcasmo si ya habían felicitado al portero por los sobresalientes de su hijo. Comentaban burlones que el hijo del portero pronto entraría en la Academia de Policía y saldría siendo un oficial con dos estrellas en el hombro, expresando francamente su contrariedad por ello. Aunque primero alababan el carácter y la capacidad de sacrificio de Taha, a continuación añadían en tono serio, generalizando, que los puestos de policía, administración de justicia o los cargos decisorios en general deberían restringirse a los hijos de la clase alta. Si los hijos de los porteros, los planchadores o semejantes obtenían algún poder lo utilizarían para superar su complejo de inferioridad y otros traumas psicológicos que sufren en su infancia. Terminaban su discurso maldiciendo a Abdel Nasser, quien había instaurado la enseñanza gratuita, y citaban un *hadiz* del Profeta, las bendiciones y la paz de Dios sean con Él: «*¡No hay que educar a los hijos de la chusma!*».

Estos mismos vecinos se dedicaron a hacer la vida imposible a Taha después de conocer los resultados de los exámenes. Le reprendían a la menor ocasión: si lavaba el coche y no colocaba las alfombrillas en su sitio, si se retrasaba unos minutos al hacer un recado lejano o si olvidaba alguno de los diez encargos que le habían mandado comprar en el mercado. Se habían propuesto humillarle claramente para que reaccionase, pero él no respondía a estas provocaciones pues sabía que sería una

ocasión de oro para que le echasen en cara su realidad: «Aquí no eres más que un simple portero, ni más ni menos. Si tu trabajo no te gusta, déjalo a otro que lo necesite». Taha no les dio nunca esta oportunidad. Cumplía todos los encargos en silencio, agachando la cabeza y esbozando una sonrisa. Su hermoso rostro moreno manifestaba que no estaba de acuerdo con lo que le obligaban a hacer y que era completamente capaz de devolver la humillación, pero un gran respeto le impedía hacerlo.

Ésta era una de las muchas actitudes que, en los momentos difíciles, Taha utilizaba como mecanismo de defensa para expresar lo que tenía dentro y evitar al mismo tiempo problemas. Eran poses que en un principio representaba, pero que terminó creyéndose como si fuesen ciertas. Así, por ejemplo, no le gustaba sentarse en el banco del portero para no verse obligado a levantarse por respeto cuando pasaba un vecino. Si veía llegar a alguien, fingía estar ocupado con cualquier asunto que le impedía incorporarse. Empezó a dirigirse a los vecinos con el mínimo de cortesía establecido y a tratarlos como el empleado a su jefe y no como el sirviente a su señor. Por otra parte, a sus hijos, de la misma edad que la suya, les trataba como a iguales, llamándoles por sus nombres de pila. Conversaban y se divertían juntos como buenos amigos y les pedía prestados libros de la escuela (que en realidad no necesitaba) sólo para recordarles que a pesar de su condición de portero era su compañero de colegio.

Estas trivialidades constituían su pan de cada día: la pobreza, el trabajo agotador y la arrogancia de los vecinos; el billete doblado de cinco libras que le daba su padre de propina los sábados y que estiraba de mil maneras para que le durase toda la semana; la suave y cálida mano de un vecino extendida con pereza y gracia desde la ventana del coche para darle una propina, ante la cual saludará efusivamente y con voz audible a su benefactor; esas miradas, a veces insolentes y llenas de superioridad, a veces indulgentes y compasivas, que percibía en los ojos de sus compañeros de clase cuando le visitaban y descubrían el vergonzoso «asunto»: que vivía en la azotea, en la habitación del portero; esa embarazosa pregunta que odiaba y que le hacían los que no eran del edificio: «¿Eres el portero?»; los vecinos que reducían el paso premeditadamente cuando entraban en el portal para que se viese obligado a llevarles lo que traían, aunque fuese ligero o poca cosa.

Así pasaba el día, con sus dificultades. Cuando se iba a la cama al final de la jornada, purificado tras la oración nocturna, un rezo adicional y varias postraciones, se quedaba ensimismado durante largo rato en la oscuridad de su habitación. Poco a poco su imaginación despegaba y se veía a sí mismo como oficial de policía, caminando orgulloso con su bonito uniforme, las estrellas de cobre brillando en su hombro y colgando del cinturón una pistola amenazadora propiedad del Estado. Se imaginaba casado con su novia Busayna Sayed. Se irían a vivir a un piso digno en un barrio elegante lejos del ruido y la suciedad de la azotea. Estaba firmemente convencido de que Alá realizaría todos sus sueños. En primer lugar, porque era un hombre temeroso de Dios y a Él había confiado su destino. Respetaba los preceptos

religiosos y se alejaba del pecado, pues Dios anunció en el Corán a los que le adoran y le temen: «Si los habitantes de las ciudades hubieran creído y temido a Alá, habríamos derramado sobre ellos bendiciones del cielo y de la tierra».^[1] En segundo lugar, porque confiaba en Alá y el Todopoderoso y Excelso había afirmado en un *hadiz*: «Me comporto de acuerdo a como lo hacen mis siervos: si son buenos tendrán lo bueno, si son malos, lo malo». Hasta ahora Alá había cumplido su promesa concediéndole buenas notas en la escuela secundaria. También, y gracias a Dios, había superado todos los exámenes de la Academia de Policía. No le quedaba por delante más que la entrevista que superaría hoy con la ayuda de Alá.

Taha se levantó y rezó la oración preceptiva de la mañana y una plegaria adicional de súplica. Después se lavó, se afeitó la barba y empezó a vestirse. Para la ocasión se había comprado un traje nuevo de color gris, una camisa blanca resplandeciente y una bonita corbata azul. Cuando se echó una última mirada en el espejo parecía muy elegante. Dio un beso de despedida a su madre, quien posó la mano sobre su cabeza tartamudeando bendiciones y se puso a rezar por él con tal fervor que el corazón le dio un vuelco de emoción. A la entrada del edificio encontró a su padre sentado, con las piernas cruzadas sobre el banco, como de costumbre. El anciano se levantó lentamente y contempló a su hijo. Le puso la mano en el hombro, sonrió mostrando su boca desdentada y le dijo con orgullo, mientras le temblaba el blanco bigote:

—Felicidades por anticipado, señor agente.

Eran las diez pasadas. La calle Suleimán Pachá se llenaba de coches y peatones mientras la mayoría de las tiendas abrían las puertas. Taha pensó que le quedaba una hora antes del examen y decidió coger un taxi, pues temía echar a perder el traje en los abarrotados medios de transporte públicos. Además deseaba, si se lo permitía el tiempo, pasar un rato con Busayna. Habían acordado que pasaría frente a la tienda de ropa en la que ella trabajaba. Cuando le viese, pediría permiso a su jefe, el señor Talal, con el pretexto de traer algo del almacén, y se reunirían en su lugar preferido, junto al nuevo jardín de la plaza Tawfiqiya. Taha hizo lo convenido y se sentó a esperar cerca de un cuarto de hora hasta que apareció Busayna. Sintió que su corazón se aceleraba al verla. Le gustaba su forma de andar, avanzando con pasos cortos y lentos, con la cabeza agachada. Parecía avergonzada o arrepentida por algo, como si caminara con extremada cautela sobre una superficie frágil, temiendo romperla con sus pasos. Observó que llevaba puesto el vestido rojo ajustado que mostraba las curvas de su cuerpo, con un amplio escote que dejaba ver sus robustos senos. Taha se enojó y recordó que anteriormente había discutido con ella para que no llevase ese vestido, pero reprimió su ira pues no quería desperdiciar la ocasión. Busayna sonrió mostrando sus pequeños dientes, perfectos y resplandecientes, los dos frescos hoyuelos que rodeaban su boca y los labios pintados de color oscuro. Se sentó a su lado, en el murete de mármol del jardín, se giró hacia él, le miró con sus asombrosos y grandes ojos de color miel, y dijo:

—¿Y esta elegancia?

—Voy a la entrevista y deseaba verte —respondió con voz suave y apasionada.

—Que el Señor te ayude —dijo Busayna con ternura sincera. El corazón de Taha se aceleró y deseó apretarla contra su pecho en ese mismo momento—. ¿Tienes miedo?

—Mi destino está en manos de Alá, el Todopoderoso y Excelso. Aceptaré lo que el Señor me ofrezca con el alma satisfecha, si Dios quiere —respondió con rapidez, como si tuviese la respuesta preparada de antemano o hablase para convencerse a sí mismo. Calló por un momento y continuó con ternura mirándole a los ojos—. Reza por mí.

—¡El Señor te dé suerte, Taha! —exclamó con pasión y añadió, lamentando haber exagerado la expresión de sus sentimientos—. Debo marcharme ya, el señor Talal me espera.

Se marchó. Intentó retenerla, pero ella alargó su mano en señal de despedida y, evitando su mirada, le dijo en un tono impersonal y ceremonioso:

—Que el Señor te dé suerte.

Más tarde, ya sentado en el taxi, Taha pensó que Busayna ya no sentía lo mismo por él y que era inútil ignorar esta realidad. La conocía bien y una sola mirada era suficiente para penetrar en lo más profundo de su ser. Tenía en su memoria todas sus expresiones: su rostro resplandeciente de felicidad o de tristeza; su sonrisa perpleja o sonrojada cuando se avergonzaba; su forma de mirar irritada y sombría cuando se enfadaba, ¡qué hermosa estaba! También le gustaba contemplarla recién levantada, cuando su rostro somnoliento le hacía parecer una niña dulce y obediente.

La amaba y retenía en su memoria la imagen de esa chiquilla con la que jugaba y a la que perseguía en la azotea. Siempre procuraba acercarse a ella, pues le hacía cosquillas el olor a jabón que desprendía su pelo; la imagen de esa estudiante en la escuela secundaria, con camisa blanca, falda azul, calcetines blancos y zapatos negros, que andaba con el maletín entre los brazos, queriendo ocultar sus incipientes pechos de adolescente. Recordaba los maravillosos momentos que habían compartido paseando por los jardines de Qanater o por el zoológico, o aquel día en el que se confesaron su amor y decidieron casarse. Desde entonces estaban unidos y ella se interesaba por todo lo que él hacía, como si fuese su pequeña esposa, preocupada por sus asuntos. Ya habían planeado todo su futuro: el número de hijos que tendrían, sus nombres, cómo sería el piso en el que vivirían de casados...

Pero de repente ella cambió. Su interés por él disminuyó y empezó a hablar de sus «proyectos» con desinterés y sarcasmo. Discutían mucho y evitaba verle con diversas excusas. Todo esto sucedía desde la muerte del padre de Busayna. ¿Por qué había cambiado? ¿Acaso su amor era fruto de la adolescencia y al crecer había desaparecido? ¿O es que amaba a otro hombre? Este pensamiento se le clavaba como una aguja hasta hacerle sangrar. Empezó a imaginar al señor Talal el Sirio, el dueño de la tienda donde trabajaba Busayna, vestido con un traje de novio y llevándola del

brazo. Taha sentía una gran preocupación que le oprimía el pecho. Despertó de sus pensamientos cuando el taxi se detuvo frente al edificio de la Academia de Policía, que en ese momento le pareció solemne e histórico, como la fortaleza del destino en la que se decidiría su futuro. Volvió a sentir el miedo a la entrevista. Se puso a recitar la Aleya del Trono mientras se acercaba a la puerta.



Se dispone de muy poca información acerca de la juventud de Abaskharon. Nadie sabe qué hacía antes de cumplir los cuarenta, ni cómo perdió la pierna derecha. Todo lo que se conoce empieza aquel lluvioso día de invierno, hace veinte años, cuando Abaskharon llegó al edificio Yacobián en el Chevrolet negro de *Madame Sanaa Fanus*, una rica viuda copta originaria del Alto Egipto que tenía dos hijos a cuya educación se dedicaba plenamente desde la muerte de su esposo. Además de cuidar a sus niños, de vez en cuando también atendía los caprichos de su cuerpo. Zaki el Desouki la había conocido en el Club Automovilístico y habían sido amantes durante un tiempo. De resultas del disfrute de los placeres de esta relación la conciencia religiosa de *Madame Sanaa* empezó a no dejarla dormir. Así, con mucha frecuencia, después de consumir el acto, rompía a llorar de dolor en los brazos de Zaki Bey. Para calmar su sentimiento de culpa empezó a prodigarse en obras benéficas a través de la Iglesia. De ahí que cuando murió Borei, el anterior criado de la oficina de Zaki Bey, ella le rogara que diese trabajo a Abaskharon, que era el nombre con el que figuraba en el registro de beneficencia de la Iglesia.

Y allí estaba Abaskharon, de pie, con la cabeza gacha, contrahecho como un ratón, en su primer encuentro con Zaki Bey, quien se sintió desilusionado ante su aspecto andrajoso, la pierna amputada y las muletas que le marcaban con el sello de los mendigos. Le dijo burlón a su amiga Sanaa en francés:

—Querida, yo dirijo una oficina, no un hospital de caridad.

Ella le suplicó y le engatusó hasta que finalmente aceptó con desgana los servicios de Abaskharon, pensando en contentarla durante unos días para después deshacerse de él. Nada más lejos de la realidad. Desde el primer día Abaskharon demostró sus singulares habilidades: una energía insólita para el trabajo duro y continuado, hasta el punto de que cada día pedía a Zaki Bey nuevos encargos para añadir a su lista de obligaciones; una fina inteligencia, sutileza y sagacidad que le permitían hacer siempre lo correcto ante cualquier situación; una discreción absoluta, ya que no veía ni oía lo que sucedía delante de él, aunque fuese un asesinato. Debido a estos grandes méritos bastaron unos pocos meses para que Zaki Bey no pudiese pasar ni una hora sin Abaskharon. Llegó a instalar un timbre nuevo en la cocina del apartamento para llamarle cuando le necesitaba. Fue generoso con su sueldo y le dejó dormir en la oficina, lo que no había permitido antes a nadie.

Abaskharon comprendió el carácter de Zaki Bey desde el primer día. Descubrió

que su señor era un mimado atolondrado, caprichoso y temperamental, y rara era la ocasión en la que no estaba bajo los efectos de algún narcótico. Esta clase de hombres, de acuerdo con la amplia experiencia vital de Abaskharon, se enfadaban y se ponían irascibles rápidamente, pero él raramente causaba problemas, y a lo sumo recibía un trato severo o era reprendido. Abaskharon se había jurado a sí mismo que no discutiría con su señor ni cuestionaría jamás lo que le pedía. Por el contrario, siempre le respondía con excusas y súplicas para ganarse su amistad. Se dirigía a él con la expresión «Su Excelencia», que colocaba en cada frase que pronunciaba. Así, si Zaki Bey le preguntaba, por ejemplo, la hora, la respuesta de Abaskharon era: «Son las cinco en punto, Su Excelencia».

La adaptación de Abaskharon a su trabajo en la oficina se asemejaba en cierto modo a un fenómeno biológico. En medio de la tranquila oscuridad que reinaba en el piso en las horas diurnas, en ese ambiente corrompido y vetusto, resultado de la mezcla del olor a muebles antiguos, a humedad y al amoníaco que Zaki Bey le mandaba utilizar para limpiar el baño; en ese «ecosistema» surgía Abaskharon, saliendo de detrás de cualquier rincón, con sus muletas, la chilaba siempre sucia, el rostro seco de anciano y la sonrisa servil, igual que una criatura viviendo en su medio natural, como un pez en el agua o una sabandija en la cloaca. Sin embargo, cuando tenía que salir del edificio Yacobián por alguna razón y andaba por la soleada calle entre los peatones y el bullicio del tráfico, parecía extraño y fuera de lugar, como un murciélago en la claridad del día. No recuperaba la armonía hasta que regresaba a la oficina, donde pasaba largo tiempo oculto entre las sombras y la humedad.

Sin embargo, no cabe engañarse y considerar a Abaskharon un simple sirviente dócil. Nada más lejos de la realidad. Tras su apariencia débil y sumisa se ocultaban una fuerte voluntad y unos objetivos definidos por cuya consecución luchaba con valentía y empeño. Tenía a su cargo el sustento y la educación de sus tres hijas, y también dependían de él su hermano menor Malak y su familia. Así se puede entender por qué cada tarde se refugiaba en su cuartucho y sacaba del bolsillo de la chilaba las ganancias del día —piastras y pequeños billetes arrugados y empapados de sudor—, que había conseguido como propinas o rapiñando de las compras para la oficina.

Los trapicheos de Abaskharon constituían un modelo de picardía fina y delicada. No exageraba los precios de las cosas que compraba como hacen los aficionados, porque los precios son conocidos o se pueden averiguar en cualquier momento. Él, por el contrario, tomaba cada día pequeñas cantidades, imposibles de detectar, de los botes de café, té o azúcar de la oficina. Después rellenaba con los víveres robados nuevos paquetes que revendía a Zaki Bey, presentándole facturas reales que conseguía gracias a un acuerdo con el barbudo tendero, piadoso musulmán, de la calle Maaruf.

Por las noches, antes de acostarse, Abaskharon contaba dos veces su dinero con esmero. A continuación tomaba el pequeño lapicero que llevaba siempre detrás de la

oreja y anotaba el total de sus ganancias. Separaba una parte que ingresaba en una cuenta de ahorro los domingos, ahorros que no tocaba jamás. Con el dinero que restaba, calculaba mentalmente cómo cubrir las necesidades de su gran familia. A continuación, tanto si le quedaba algo como si no, Abaskharon, devoto cristiano, no podía acostarse sin rezar una oración en agradecimiento al Señor. Su voz resonaba en el silencio de la noche, susurrando con sincera piedad ante el crucifijo que colgaba en la pared de la cocina: «... Te doy gracias, Señor, por alimentarnos a mí y a mis hijos. Gloria a Ti en el Cielo... Amén».



Unas palabras, indispensables, acerca de Malak:

Así como los dedos de la mano son diferentes en la forma, pero se mueven con armonía para realizar cualquier cometido. Así como en el campo de fútbol los centrocampistas ponen el balón con suma precisión a los pies del delantero para que marque el gol. Así también, de excelente armonía, era la relación entre Abaskharon y su hermano Malak.

Malak aprendió el oficio de sastre y camiserero desde pequeño, por lo que no presentaba ese aspecto servil que el servicio doméstico había dejado en su hermano. A decir verdad, su corta estatura, su ropa oscura, popular y barata, su enorme tripa y su rostro robusto y falto de hermosura producían una impresión desagradable a primera vista. Sin embargo, ofrecía a cualquiera con quien se cruzaba una pronta y amplia sonrisa, le saludaba cordialmente, hablaba con él con confianza, le elogiaba y respetaba y se mostraba de acuerdo con todas sus opiniones, siempre que no afectasen a sus intereses personales. Después le invitaba con insistencia a un cigarrillo *Cleopatra*, que sacaba del arrugado paquete que llevaba en el bolsillo, tras verificar en cada ocasión su buen estado, como si fuese una joya.

Sin embargo, junto a esta gran amabilidad, tenía otra cara. Si era necesario, Malak se transformaba, de repente y con gran facilidad, en una bestia deslenguada, algo propio de la gente que, como él, se había educado en la calle. Aunaba dos características contradictorias: la violencia y la cobardía. El deseo de machacar a sus rivales, junto a un gran temor por las consecuencias. Por eso, en sus peleas solía atacar con todo lo que podía. Si no le hacían frente se desmedía en la agresión, sin la más mínima piedad, como si no conociese el miedo. Pero si encontraba una resistencia importante en su adversario se retiraba rápidamente, sin mirar atrás. Todas estas sublimes cualidades de Malak se complementaban con la inteligencia y astucia de Abaskharon. Ambos formaban una pareja en completa armonía y se llevaban a las mil maravillas, la verdad sea dicha.

Los dos hermanos querían conseguir uno de los cuartos de la azotea del edificio Yacobián. Llevaban varios meses urdiendo y maquinando un plan y había llegado la hora de la verdad. En cuanto entró Rebab a la habitación con Zaki Bey, Abaskharon

se plantó en el umbral de la puerta, se inclinó y dijo con una débil pero astuta sonrisa:

—Su excelencia, ¿me da permiso para hacer un recado rápido?

Antes de terminar la frase, Zaki Bey, absorto en su amada, le hizo un gesto para que se marchase. Cerró la puerta con cuidado y mientras golpeaba con sus muletas de madera las baldosas del vestíbulo mudó la expresión de su rostro. Desapareció la sonrisa servil y suplicante y apareció en su lugar una expresión seria y angustiada. Abaskharon se dirigió a la pequeña cocina junto al recibidor del apartamento y miró a su alrededor con gran cautela. A continuación se estiró al máximo, apoyándose en la muleta, hasta que consiguió arrancar con cuidado la foto de la Virgen María que colgaba de la pared, detrás de la cual había una abertura en la que metió la mano para sacar varios fajos de billetes que se escondió con codicia en el chaleco y los bolsillos. Salió del piso, cerrando la puerta tras de sí con delicadeza y esmero.

Al llegar a la entrada del edificio torció a la derecha con sus muletas y se acercó a la habitación del portero donde al instante apareció Malak, que estaba esperándole. Los hermanos intercambiaron una mirada cómplice y recorrieron en unos minutos la calle Suleimán Pachá, con destino al Club Automovilístico, para encontrarse con el abogado Fikri Abdel Shahid, agente del edificio Yacobián. Habían preparado esta cita y hablado de ella durante meses, de modo que sabían lo que tenían que decir, así que permanecieron en silencio. Abaskharon rezaba a la Virgen y a Jesús Redentor para que les ayudase en su misión mientras Malak ocupaba su mente eligiendo las expresiones convincentes con las que comenzaría la charla con Fikri Bey. Había pasado las últimas semanas reuniendo información sobre él y sabía que hacía cualquier cosa por dinero y que le gustaban el vino y las mujeres. Fue a visitarlo a su oficina de la calle Kasr el Nil y le regaló una botella de excelente whisky *Old Parr* antes de sacar el tema de la habitación, en la entrada de la azotea, que se había quedado vacía desde la muerte de Atiya, vendedor de periódicos que había vivido y muerto solo, por lo que su trastero había pasado de nuevo al propietario del edificio. Malak soñaba con abrir una tienda de camisetas en ese cuarto, pues ya tenía más de treinta años y todavía seguía siendo aprendiz, pasando de una tienda a otra según las circunstancias. Cuando sacó el tema, Fikri Bey le pidió tiempo para pensarlo. Ante la insistencia de Malak y su hermano, acordó entregarles la habitación a cambio de una suma de seis mil libras, ni una menos, y fijó un encuentro con ellos en el Club Automovilístico, donde comía todos los domingos.

Llegaron los hermanos al club. Abaskharon sintió respeto ante la suntuosidad del lugar. Se puso a mirar el mármol natural que cubría paredes y suelos o la lujosa alfombra roja extendida hasta el ascensor. Malak se dio cuenta de ello y apretó el brazo de su hermano dándole ánimos. Se adelantó, saludó al portero del club con naturalidad y le preguntó por Fikri Abdel Shahid. Malak, en previsión de este día, se había dedicado durante las dos últimas semanas a conocer a los empleados del Club Automovilístico y a ganarse su amistad con sus amables y corteses conversaciones, además de algunas chilabas blancas que les había regalado. De ahí que los camareros

y los empleados dieron la bienvenida a los hermanos y les condujeron al restaurante del segundo piso donde Fikri Bey almorzaba con una blanca y obesa amiga suya. No era apropiado, como es natural, que los hermanos le interrumpiesen en la comida, por lo que mandaron anunciarle su presencia mientras esperaban en otra habitación.

A los pocos minutos apareció Fikri Abdel Shahid, con su cuerpo gordo, su gran calva y su cara blanca toda colorada, como los extranjeros. Parecía evidente que se había excedido con la bebida, debido a los ojos rojos y a una ligera pesadez al hablar. Tras los saludos de cortesía, Abaskharon dedicó largo tiempo a alabar a Fikri Bey por su buen corazón, comparándole con Cristo Redentor en todos sus actos. Siguió hablando mientras su hermano Malak escuchaba, visiblemente deslumbrado. Añadió que Fikri Bey perdonaba a muchos de sus clientes el pago de los honorarios de sus servicios, siempre que se tratase de pobres que sufrían alguna injusticia y no pudiesen pagarle.

—¿Sabes, Malak, qué le dice Fikri Bey a un cliente pobre si éste intenta pagarle? —preguntó Abaskharon, para rápidamente contestarse a sí mismo—. Les dice: «Ve y arrodíllate agradecido ante Cristo, porque Él me ha pagado los honorarios de tu caso completos».

Malak se enjuagó los labios, unió las manos sobre su prominente barriga, agachó la cabeza y, aparentando estar muy conmovido, exclamó:

—Así actúa el buen cristiano.

Pero Fikri Bey, a pesar de su borrachera, estaba atento al desarrollo de la conversación y no le agradaba lo que se escondía tras estas palabras, así que dijo cortante, para zanjar la cuestión:

—¿Habéis traído el dinero, como acordamos?

—Por supuesto, Su Excelencia —exclamó Abaskharon, y añadió, entregándole dos papeles—: Aquí está el contrato, como acordamos con Su Excelencia, Dios le bendiga.

Después metió la mano en la chaqueta para sacar el dinero. Había traído las seis mil libras acordadas, pero las había repartido en diferentes rincones de sus ropas para darse un margen de maniobra. En primer lugar sacó cuatro mil libras y alargó su mano a Fikri Bey, quien gritó enfadado:

—¡Qué es esto! ¿Dónde está el resto?

Entonces los hermanos se pusieron a suplicar al mismo tiempo, como recitando versos. Abaskharon con voz jadeante y ronca, a estertores, y Malak en voz alta y virulenta. Sus palabras se mezclaban de modo que resultaban incomprensibles, pero, en resumen, trataban de obtener la compasión de Fikri Bey alegando que eran pobres y que habían tenido, por Cristo Vivo, que pedir prestado el dinero y no podían, por su fe, pagar más. Sin embargo, Fikri Bey no se ablandó lo más mínimo, sino que su enfado aumentó, y dijo:

—Os portáis como niños... ¡Por aquí no paso!

Se giró para volver al restaurante, pero Abaskharon, que preveía este movimiento,

se arrojó con tal fuerza sobre Fikri Bey que tropezó y estuvo a punto de caer. Con un movimiento rápido se sacó de la chilaba otro fajo de mil libras y lo colocó junto con los otros en el bolsillo de Fikri Bey quien, a pesar de su enfado, no opuso resistencia y dejó que el dinero entrara en su bolsillo.

Abaskharon continuó implorando e intentó besar en más de una ocasión la mano de Fikri Bey. Puso fin a sus súplicas con un numerito especial que reservaba para casos de necesidad. Se inclinó hacia atrás y se levantó la sucia y desgastada chilaba, mostrando su pierna amputada, continuada por una triste prótesis de color oscuro, sollozando con voz ronca y entrecortada que despertaba compasión:

—Ay, Su Excelencia, Nuestro Señor proteja a sus hijos. Su Excelencia Bey, soy un anciano sin pierna. Un tullido y a mi cuidado tengo a una numerosa familia. Malak debe alimentar a cuatro críos y a su madre. Si en verdad ama a Cristo, no nos deje con el corazón desgarrado.

Esto sobrepasó lo que Fikri Bey podía soportar, y poco después estaban los tres sentados firmando el contrato: Fikri Abdel Shahid, irritado por haber cedido a este «chantaje emocional», como lo llamó al comentar lo sucedido con su amiga; Malak, pensando en los primeros pasos que daría en su nueva habitación de la azotea; y Abaskharon, que conservaba en el rostro su conmovedora expresión final, una mirada triste de desánimo, como si hubiese perdido y pagado con mucho por encima de sus posibilidades. Sin embargo, en su interior estaba feliz por haber firmado el contrato y también porque había conseguido, gracias a su destreza, salvar un fajo de mil libras cuyo delicioso calor sentía en el bolsillo izquierdo de la chilaba.



Durante por lo menos cien años West el Balad fue el centro comercial y social de El Cairo. Allí se encontraban los grandes bancos y empresas extranjeras, almacenes comerciales, clínicas, despachos de famosos médicos y abogados, cines y restaurantes lujosos. La antigua élite egipcia construyó West el Balad con el fin de tener un barrio europeo en El Cairo, con calles similares a las que se pueden encontrar en cualquier capital occidental. El mismo estilo arquitectónico y las mismas nobles trazas históricas. Hasta principios de los sesenta el barrio conservó su carácter genuinamente europeo, y los más ancianos recuerdan sin duda aquella elegancia. No era para nada correcto que los lugareños se paseasen por West el Balad en chilaba, y no eran admitidos con indumentaria tradicional en restaurantes como el *Groppi*, *À L'Américaine* o el *Odeón*, ni en cines como el *Metro*, el *Saint James*, el *Radio* u otros lugares cuyos códigos de admisión exigían traje de etiqueta para los hombres y vestido de noche para las mujeres. Todas las tiendas cerraban los domingos. En las fiestas católicas, como Navidad o Año Nuevo, West el Balad se decoraba por completo, como si fuese una capital occidental. Los escaparates relucían con felicitaciones escritas en francés o en inglés, árboles de Navidad y figuras de Papá

Noel. Los restaurantes y los bares se llenaban de extranjeros y aristócratas que celebraban la Navidad bebiendo, cantando y bailando.

West el Balad estuvo siempre lleno de pequeños bares donde la gente, en los momentos de descanso y los días festivos, podía tomar unas copas acompañadas de apetitosas tapas a precios razonables. En los años treinta y cuarenta algunos de estos bares ofrecían espectáculos de músicos griegos e italianos o *troupes* de bailarinas extranjeras y judías. Hasta finales de los sesenta sólo en la calle Suleimán Pachá había cerca de diez pequeños bares. Después llegaron los setenta y West el Balad fue perdiendo poco a poco su importancia. El corazón de El Cairo se trasladó adonde vivía la nueva flor y nata, en Mohandesin y Nasr City. Una ola de religiosidad azotó a la sociedad egipcia. El alcohol dejó de ser aceptado socialmente y los sucesivos gobiernos cedieron a la presión religiosa (y puede que con ello auparan políticamente a la actual oposición islamista). Se restringió la venta de alcohol a los hoteles y grandes restaurantes y se dejaron de conceder licencias para nuevos bares. Cuando moría el dueño de un bar, en su mayoría extranjeros, el Gobierno anulaba la licencia y exigía a los herederos un cambio de actividad. A todo esto hay que añadir las continuas campañas de la policía contra los bares, en las que los agentes identificaban a los clientes habituales, les pedían la documentación y a veces les conducían a la comisaría para ficharlos.

Así, a principios de los ochenta no quedaban en West el Balad más que unos pocos bares desperdigados, cuyos dueños habían podido resistir al avance religioso y a la represión del gobierno mediante dos formas: la discreción y el soborno. Ningún bar de West el Balad volvió a anunciar su existencia. La palabra «BAR» desapareció de los letreros, siendo sustituida por «RESTAURANTE» o «CAFETERÍA». Los propietarios de los bares y licorerías pintaron las ventanas de sus establecimientos con colores oscuros a fin de que no se pudiese ver lo que ocurría en el interior, y colocaron en las fachadas cortinas o cualquier otra mercancía que no revelase su verdadera actividad. No se permitía a ningún cliente beber en la acera delante del bar, o incluso frente a una ventana abierta que diese a la calle. Las medidas de precaución se extremaron después de que algunos locales fueran incendiados por jóvenes militantes de movimientos islamistas.

Por otra parte, los dueños de los pocos bares que quedaban tenían que pagar grandes sobornos regularmente a los agentes de la policía secreta y a los responsables del distrito para que les permitiesen continuar con sus actividades. Y dado que la venta del barato alcohol local no generaba ingresos suficientes para pagar los sobornos, los propietarios de los bares se vieron forzados a buscar otros medios para aumentar sus ganancias. Algunos apostaron por el proxenetismo, contratando a prostitutas como camareras, como ocurría en el *Cairo* de la calle Tawfiqiya, en el *Mido*, o en el *Pussy Cat*, en la calle Emad Eddin. Otros, para doblar sus ganancias, optaron por fabricar su propio alcohol en rudimentarias destilerías clandestinas, como ocurría en el *Halegian* de la calle Antikjana, o el *Jamaica* de la calle Sherif. Estos

alcoholes industriales en mal estado produjeron terribles accidentes, el más famoso de los cuales fue el sucedido a un joven artista plástico que perdió la visión como consecuencia del consumo de brandy de garrafón en el *Halegian*, tras lo cual el Ministerio de Salud Pública ordenó el cierre del local. Sin embargo, poco después su dueño pudo reabrirlo por los medios antes mencionados. De este modo, los pequeños bares que resistían en West el Balad dejaron de ser lugares de diversión baratos y limpios, como habían sido antes, para transformarse en antros mal iluminados y poco ventilados, frecuentados mayormente por chusma y gente de mala fama. A pesar de todo, existían honrosas excepciones a la regla, como el *Maxim's*, en el pasaje entre las calles Kasr el Nil y Suleimán Pachá y el *Chez Nous*, que se encontraba bajo el edificio Yacobián.



El *Chez Nous*, «en nuestra casa» en francés, se encontraba unos escalones bajo el nivel de la calle. Gracias a las gruesas cortinas la iluminación era tenue y sombría, incluso durante el día. La barra estaba a la izquierda y las mesas eran bancos de madera natural barnizados de color oscuro. Había antiguas lámparas de estilo vienés. En las paredes colgaban obras de arte esculpidas en madera y bronce. Los manteles de papel y las grandes jarras de cerveza tenían inscripciones en letras latinas. Todo esto daba al bar el aspecto de un *pub* inglés.

En verano, nada más entrar en el *Chez Nous*, dejando atrás la calle Suleimán Pachá con sus ruidos, su calor y sus multitudes, y sentarse a tomar una cerveza helada, entre el silencio, el aire acondicionado y la relajante iluminación tenue, se sentía desaparecer el agobio de la vida cotidiana. Este sentimiento en particular es lo que más destacaba del *Chez Nous*, que se hizo famoso principalmente como lugar de encuentro de homosexuales (y así lo describían muchas guías turísticas occidentales). Su dueño, de nombre Aziz pero conocido como «el Inglés» porque parecía realmente un inglés por su piel pálida, su pelo rubio y sus ojos azules, era homosexual. Se decía que había sido amante de un anciano extranjero griego, antiguo propietario del bar, que le quería mucho y le regaló el local tras su muerte. Se comentaba también que organizaba orgías en las que ricos turistas del Golfo se encontraban con homosexuales egipcios. Esta forma de prostitución le generaba enormes ingresos con los que pagaba los sobornos que le ponían a salvo de las presiones de las fuerzas de seguridad. Tenía una fuerte personalidad y *savoir faire*. Bajo su supervisión y patrocinio los gays se citaban en el *Chez Nous*, se hacían amistades y se libraban del rechazo social que les impedía expresar sus inclinaciones sexuales.

Los ambientes homosexuales, como los fumaderos de hachís o los antros de apuestas, eran frecuentados por clientes de diferentes edades y clases sociales. Entre ellos había obreros, artesanos y profesionales, jóvenes y mayores, unidos todos por su homosexualidad. Los gays, al igual que los ladrones, los carteristas y todos los grupos

al margen de la ley o de lo establecido, elaboraron un lenguaje propio que les permitía comunicarse en presencia de otras personas de modo que no se entendiesen más que ellos. Así, al homosexual pasivo le llamaban «*cudiana*», y le daban un nombre femenino con el cual le conocían entre ellos, como Suad, Angie, Fátima, etcétera. Al homosexual activo le llamaban «*burgol*». Si se trataba de un hombre ignorante y simple le llamaban «*burgol duro*». Al acto sexual le llamaban «*wasla*».

Se reconocían entre ellos y mantenían diálogos secretos por medio de movimientos de manos. Si, al saludarse con un apretón de manos, uno apretaba con fuerza y acariciaba con los dedos la muñeca del otro, quería decir que le deseaba. Si un homosexual juntaba dos dedos y los movía al hablar, esto era una invitación a su interlocutor para la «*wasla*». Si se señalaba al corazón con un dedo se deducía que su compañero poseía su corazón.

Aziz el Inglés salvaguardaba hasta cierto punto la tranquilidad y la distensión de los clientes del *Chez Nous*, sin permitir al mismo tiempo manifestaciones externas de afecto entre ellos. Como en cualquier bar, con la llegada de la noche y a causa del abuso de la bebida, se alzaba el tono de voz y había discusiones en las que los clientes se interrumpían continuamente ya que el deseo de hablar se había adueñado de ellos. Pero en el *Chez Nous*, los borrachos caían bajo los efectos de una mezcla de ebriedad y apetito sexual, y se susurraban piropos y chistes verdes. A veces alguno alargaba la mano para acariciar el cuerpo de su compañero. Aquí es donde el Inglés intervenía y empleaba todos los medios para poner orden, desde educadas advertencias hasta amenazas de expulsión para los clientes alborotadores. Frecuentemente se enfadaba, su rostro se enrojecía y reprendía a los gays que se habían dejado llevar por el deseo, diciendo:

—Escucha, mientras estés en mi bar, compórtate. Si tu amigo te excita, levántate y vete con él, pero guárdate de ponerle tus manos encima en mi bar.

La intransigencia del Inglés no se debía, como es natural, a su puritanismo, sino a un cálculo de ganancias y pérdidas, pues los agentes de la policía secreta visitaban el bar con frecuencia. Es cierto que se contentaban con echar una rápida ojeada desde lejos y no molestaban nunca a los clientes gracias a los grandes sobornos que recibían. Sin embargo, en caso de que viesen algún acto vergonzoso en el bar que causase un gran escándalo tendrían la excusa perfecta para chantajear al Inglés y pedirle más dinero.



Un poco antes de la medianoche se abrió la puerta del bar y apareció Hatem Rachid acompañado de un joven moreno, de unos veinte años, vestido con ropas sencillas y con el pelo cortado al estilo militar. Los presentes se encontraban borrachos, entre gritos y canciones. Sin embargo, en cuanto entró Hatem disminuyó el griterío y empezaron a mirarle con curiosidad y cierto respeto. Sabían que era *cudiana*, pero

una severa barrera natural les impedía burlarse de él. Incluso los clientes más insolentes y descarados no podían por menos que respetarle, por múltiples razones: Hatem Rachid era un conocido periodista, jefe de redacción del periódico *Le Caire*, publicado en El Cairo en lengua francesa. Era un aristócrata de antiguo linaje, de madre francesa. Su padre era el doctor Hasan Rachid, famoso jurista, decano de la Facultad de Derecho en los cincuenta. A todo esto hay que añadir que Hatem era un homosexual conservador, si puede usarse esa expresión. Nunca perdía la compostura, ni se empolvaba el rostro, ni se rebajaba a comportarse de modo provocativo como hacía la mayoría de los *cludianas*. Su apariencia y su conducta siempre estaban marcadas por una mezcla exquisita entre la elegancia y la feminidad. Esa noche, por ejemplo, vestía un traje de color vino, rojo oscuro, y llevaba un echarpe amarillo alrededor del delgado cuello, cuyas puntas metía bajo una camisa rosa de seda natural, con los picos del cuello sobresaliendo por encima de la chaqueta. Su elegancia, su porte esbelto y sus delicados rasgos franceses le daban el aspecto de una refulgente estrella de cine, si no fuera por las arrugas que la vida ajetreada le había dejado en la cara, y por ese aire triste, desgraciado, enigmático e infeliz que siempre envuelve el rostro de los homosexuales.

Aziz el Inglés le dio la bienvenida. Hatem estrechó su mano afectuosamente y señaló con elegancia a su joven amigo, diciendo:

—Mi amigo Abd Rabbuh. Está haciendo la mili en la Seguridad Central.

—Bienvenido —dijo Aziz, sonriendo y estudiando el musculoso y fuerte cuerpo del joven.

Condujo a sus invitados a una mesa tranquila al fondo del bar y tomó la comanda: un *gin tonic* para Hatem, una cerveza de importación para Abd Rabbuh y algunos aperitivos calientes. Poco a poco los clientes dejaron de prestarles atención y reanudaron sus conversaciones y carcajadas.

Los dos amigos parecían envueltos en una larga y agotadora discusión. Hatem hablaba en voz baja y miraba a su compañero intentando convencerle. Sin embargo, Abd Rabbuh escuchaba impasible y le respondía con violencia. Hatem permaneció en silencio por un momento, cabizbajo, y volvió a intentarlo. El diálogo continuó de este modo durante algo menos de media hora, tiempo durante el cual la pareja se bebió dos cervezas y tres copas. Al final, Hatem apoyó su espalda en el respaldo de la silla y dirigió una mirada profunda a Abduh:

—Entonces, ¿no piensas cambiar de opinión?

—No —respondió en voz alta, bajo los efectos del alcohol.

—Abduh, ven conmigo esta noche y mañana hablamos.

—No.

—Por favor, Abduh.

—¡No!

—Vale. ¿Podemos intentar entendernos con calma por una vez, sin que saques ese mal carácter? —sollozó Hatem, mimoso, tomando entre los dedos la enorme mano de

su amante, abierta sobre la mesa.

Esta insistencia le resultó agobiante a Abduh, quien apartó la mano y suspiró, diciendo con fastidio:

—Te he dicho que no puedo pasar la noche contigo. La semana pasada me retrasé tres veces por tu culpa. El sargento me enviará al calabozo.

—No te preocupes. Conozco a gente que intercederá por ti ante el sargento.

—¡Ja! —gritó Abduh enfadado, golpeando el vaso de cerveza, que se cayó y se rompió con gran estrépito. Se levantó, lanzó una mirada enfadada a Hatem y se marchó del bar apresuradamente. Hatem sacó de la cartera varios billetes, los dejó en la mesa, y salió corriendo tras él. Por unos instantes reinó el silencio en el bar. Después comenzaron los comentarios de los borrachos:

—¡Un *burgol* con carácter, sí señor!

—¡Pobre del que ama sin ser correspondido!

—¡Qué desgraciadito soy, cariño, pues por ti gasté todo lo que tenía!

Los presentes estallaron en risas y se pusieron a entonar canciones obscenas con entusiasmo y en voz alta, hasta que Aziz el Inglés se vio obligado a intervenir para restablecer el orden.



Como muchos egipcios originarios de zonas rurales, Mohamed Sayed, ayudante de cocina en el Club Automovilístico, había contraído bilharziosis en su juventud, enfermedad que posteriormente degeneró en inflamaciones del hígado y en una hepatitis que fue la causa de su muerte a la edad de cincuenta años. Su hija mayor, Busayna, recordaba bien aquel día del mes de Ramadán, después de que la familia hubiera roto el ayuno en su pequeña vivienda, formada por dos habitaciones y una letrina, en la azotea del edificio Yacobián. Su padre se había levantado para rezar la oración del crepúsculo cuando, de repente, oyeron el ruido de un cuerpo desplomarse sobre el suelo. Busayna recordaba el alarido desesperado de su madre: «¡Coged a vuestro padre!». Todos se abalanzaron hacia él, Busayna, Sawsan, Fatén y el pequeño Mustafá. El padre yacía sobre la cama, con la chilaba blanca, el cuerpo totalmente inmóvil y el rostro de un color azul cetrino. Cuando el médico de urgencias, un joven sin experiencia, le examinó con rapidez e informó de la triste noticia, las niñas se pusieron a gritar y la madre empezó a darse bofetadas en la cara hasta caer al suelo.

En aquel entonces Busayna estudiaba en la Escuela de Comercio y tenía sueños de futuro que no dudaba que se cumplirían: se graduaría, se casaría con su novio Taha Shazli cuando éste se licenciase en la Academia de Policía, vivirían en un bonito y digno apartamento lejos de la azotea y tendrían un niño y una niña a cuya educación se entregarían. Lo tenían todo planeado pero, tras la repentina muerte del padre y el período de luto, la familia se vio sumida en la indigencia. Su pensión era insignificante y no llegaba para pagar los gastos escolares, la comida, la ropa y el

alquiler del piso. La madre no tardó en sufrir una transformación. Nunca se quitó el luto, adelgazó y se le secó el cuerpo. Su rostro adquirió ese tono severo, duro y viril que caracteriza a las viudas pobres. Poco a poco se le agrió el carácter y discutía constantemente con sus hijas. Ni el pequeño Mustafá se libraba de los golpes e insultos. Tras cada discusión caía en una larga crisis de llanto. Dejó de recordar al difunto con afecto como en los primeros días y empezó a hablar de él con una mezcla de amargura y desesperanza, como si la hubiera abandonado a propósito, dejándola en ese miserable estado. Después empezó a desaparecer dos o tres días a la semana. Salía por la mañana y regresaba entrada ya la noche, agotada, silenciosa y distraída, trayendo bolsas con restos de comida (arroz, verduras y pequeños trozos de carne o pollo), que calentaba y les daba para comer.

El día en que Busayna superó los exámenes y consiguió su diploma, la madre esperó a que cayera la noche y todos estuvieran dormidos y salió con ella a la azotea. Era una noche clara y calurosa. Los hombres fumaban narguiles y charlaban, y había algunas mujeres sentadas al fresco huyendo del calor de las minúsculas habitaciones. La madre las saludó y se llevó a su hija de la mano a un rincón apartado. Se detuvieron junto al muro. Busayna todavía recordaba la vista de los coches y las luces en la calle Suleimán Pachá desde lo alto de la azotea aquella noche, el serio rostro de su madre, sus miradas severas e inquisidoras y su voz grave y extraña. Le habló de la pesada carga que el difunto le había dejado y que soportaba ella sola. Le informó de que ahora trabajaba en casa de una familia de buen corazón en Zamalek, pero que lo había mantenido en secreto para no dificultar las perspectivas de matrimonio de Busayna y sus hermanas si la gente se enteraba de que su madre trabajaba de criada. Después le pidió que empezara, al día siguiente, a buscarse un trabajo. Busayna no respondió. Contempló por un momento a su madre y sintió un torrente de compasión por ella. Se inclinó hacia ella, la abrazó y la besó. Se dio cuenta de que su rostro se había vuelto seco y áspero, y que su cuerpo desprendía un olor nuevo y extraño, el olor a sudor mezclado con polvo que despiden los cuerpos de las criadas.

Desde el día siguiente Busayna puso todo su empeño en encontrar trabajo. Durante un año fue pasando de un empleo a otro: secretaria en el despacho de un abogado, ayudante en una peluquería femenina, auxiliar de enfermería en una clínica dental... Abandonó todos estos trabajos por la misma razón, tras repetirse la misma historia: un cariñoso recibimiento por parte del patrón, acompañado de un apasionado y desmesurado interés por ella; a continuación venían los favores, regalos y pequeñas sumas de dinero, anticipo de lo que le esperaba; ella lo rechazaba todo con gran cortesía para no perder el empleo; sin embargo, el jefe insistía hasta que la situación llegaba al límite, a ese último acto que odiaba y temía, y que siempre ocurría cuando el viejo intentaba besarla por la fuerza en el despacho vacío, o se restregaba contra ella, o se ponía a abrirse la bragueta para que ella se diese cuenta de lo que pasaba; Busayna entonces le apartaba de un empujón y le amenazaba con gritar y armar un escándalo, ante lo cual el hombre se retiraba y mostraba su rostro vengativo,

despidiéndola tras burlarse de ella y llamarle Khadra el Sherifa. Otras veces, el patrón fingía simplemente estar poniendo a prueba su moral y aseguraba que la quería como a su propia hija. Después esperaba el momento oportuno, cuando ya no había peligro de escándalo, para despedirla con cualquier otro pretexto.

A lo largo de ese año Busayna aprendió muchas cosas. Tomó conciencia, por ejemplo, de que poseía un hermoso y atractivo cuerpo: sus ojos color miel, sus labios gruesos, sus grandes pechos y su culo redondo y sensual de voluptuosas nalgas. Todos estos elementos iban a ser importantes en sus relaciones con los demás. Se dio cuenta de que todos los hombres, ya fuesen de apariencia respetable o de alto estatus, se volvían extremadamente débiles ante una mujer hermosa. Esto la animó a llevar a cabo pícaras y divertidas experiencias. Por ejemplo, cuando conocía a un hombre mayor y decoroso le gustaba ponerle a prueba. Hablaba con voz dulce, se inclinaba dejando al descubierto sus grandes pechos y disfrutaba con el espectáculo de ver al respetable caballero volverse blando, temblarle la voz y nublársele los ojos de deseo. La forma en que los hombres babeaban por ella le producía un placer cercano a la venganza, una alegría por el mal ajeno.

Ese año también se dio cuenta de cuánto había cambiado su madre. Cuando Busayna dejaba un trabajo debido al acoso de los hombres, su madre recibía la noticia con un silencio exasperante. En una ocasión, después de que la situación se hubiera repetido varias veces, le dijo mientras se levantaba para salir de la habitación: «Tus hermanas necesitan cada piastra que ganas. Una chica inteligente tiene que saber conservar su dignidad y su trabajo al mismo tiempo». Esta frase hirió a Busayna y la llenó de tristeza y confusión, pues se preguntaba cómo podía ella conservar su dignidad ante un tipo que se abría la bragueta.

Siguió confusa durante largas semanas, hasta que apareció su vecina de la azotea, Fifi, la hija de Saber, el planchador, que se había enterado de que Busayna andaba buscando trabajo. Llegó ofreciéndole un empleo de dependienta en una tienda de ropa. Cuando Busayna le contó sus problemas con los anteriores jefes. Fifi suspiró, la golpeó en el pecho y le gritó en la cara, incrédula: «¿Pero tú eres tonta, hija mía?». Fifi le contó que más del noventa por ciento de los jefes hacían eso con sus empleadas y que la que se resistía era despedida porque había otras cien chicas esperando ocupar su lugar. Cuando Busayna se disponía a protestar, Fifi le preguntó burlona:

—¿La señorita se cree que tiene un máster en Dirección de Empresas por la Universidad Americana? En la calle hay muchos mendigos con un diploma de la Escuela de Comercio como el tuyo.

Fifi le explicó que corresponder «hasta cierto punto» a los deseos del patrón era ser inteligente, y que el mundo era una cosa y lo que se veía en las películas egipcias, otra. Le dijo que había conocido a muchas chicas que habían trabajado durante años en la tienda Shanan y que habían accedido «hasta cierto punto» a lo que les pedía el señor Talal, el dueño, y que ahora eran esposas felices, con hijos, una casa y maridos

respetables que las amaban. ¿Para qué sacar las cosas de quicio? Se puso a ella misma como ejemplo, ya que trabajaba en la tienda desde hacía dos años con un sueldo de cien libras, pero triplicaba sus ganancias por «ser inteligente», sin contar los regalos que recibía. A pesar de eso, todavía conservaba su dignidad, era virgen y le sacaría los ojos a quien pusiese en duda su reputación. Tenía a más de mil hombres deseando casarse con ella, porque ahora trabajaba, invertía su dinero en una *gamaiya* y estaba ahorrando para poder pagarse el ajuar.

Al día siguiente Busayna fue con Fifi a la tienda para ver al señor Talal. Era un hombre que rondaba los cuarenta, de rostro blanco y ojos azules, calvo y regordete. Tenía la nariz chata y un enorme mostacho negro que descendía a ambos lados de la boca. No era para nada guapo. Busayna descubrió que era el único hijo, de entre varias hijas, de Hagg Shanan el Sirio, que había llegado de Siria en la época de la Unión y se había establecido en Egipto, abriendo aquella tienda. Al envejecer, había legado a su único hijo el negocio. También supo que estaba casado con una hermosa egipcia que le había dado dos niños, pero a pesar de ello su afición por las mujeres no tenía fin. Talal saludó a Busayna con un apretón de manos sin apartar la vista de su pecho y de su cuerpo mientras hablaba. A los pocos minutos estaba aceptada en su nuevo trabajo.

En unas pocas semanas Fifi le enseñó lo que tenía que hacer: cómo debía cuidar su aspecto, pintarse las uñas de las manos y los pies, abrirse un poco el escote y estrecharse la cintura del vestido para marcar el trasero. Por las mañanas abría la tienda y limpiaba con sus compañeras. Después ordenaban los artículos y se quedaban junto a la puerta, un método empleado en todas las tiendas de ropa para atraer clientes. Cuando llegaba uno tenía que tratarlo con cortesía, atender sus demandas y convencerle para que comprara el mayor número posible de prendas, ya que se llevaba una minúscula comisión sobre el valor de la venta. Por supuesto, tenía que soportar los coqueteos de los clientes, por muy vulgares que fuesen.

Así era, a grandes rasgos, su trabajo. Por lo que respecta al «otro tema», el señor Talal empezó a acosarla desde el tercer día. Era por la tarde, la tienda estaba vacía y el dueño le pidió que le acompañara al almacén para explicarle los distintos géneros que tenían. Busayna le siguió en silencio. Pudo ver una sonrisa burlona en el rostro de Fifi y las otras chicas. El almacén era un gran local en la planta baja del edificio, al lado del café *A l'Américaine*, en la calle Suleimán Pachá. Talal la hizo pasar y cerró la puerta por dentro. Ella se volvió. El lugar era húmedo, oscuro y poco ventilado. Las cajas de ropa estaban apiladas en montones que llegaban hasta el techo. Era consciente de que el acoso iba a comenzar. En el camino hacia el almacén se había ido mentalizando, repitiendo en su mente las palabras de su madre: «Tus hermanas necesitan cada piastra que ganas. Una chica inteligente tiene que saber conservar su dignidad y su trabajo al mismo tiempo». Cuando el señor Talal se le acercó le sobrevinieron sentimientos fuertemente contradictorios: por un lado, la determinación de no desperdiciar la oportunidad que se le presentaba, y, por otro, el miedo que pese

a todo la dominaba y le hacía respirar con dificultad y sentir náuseas.

También había una apremiante curiosidad oculta en su mente por saber cómo se comportaría el señor Talal con ella. ¿Intentaría camelarla y le diría que la amaba? ¿O la besaría directamente? La respuesta no se hizo esperar, pues Talal la abordó por detrás, la abrazó con fuerza, haciéndole daño, y empezó a sobarla, manoseando su cuerpo sin decir ni una palabra. Fue rudo, ya que tenía prisas por satisfacer sus ansias. Terminó en un par de minutos, manchándole el vestido. Le dijo, todavía entre jadeos:

—El lavabo está al fondo, a la derecha.

Mientras lavaba el vestido, pensó que era más fácil de lo que se había imaginado. Algo parecido a cuando le metían mano en el autobús, lo que le sucedía a menudo. Recordó el consejo de Fifi acerca de lo que tenía que hacer después. Regresó donde estaba Talal y le dijo, con una voz que intentó que sonase lo más sensual y seductora posible:

—Señor, necesito veinte libras.

Talal la observó por un instante. Se llevó la mano al bolsillo con rapidez, como si lo estuviese esperando, y dijo con naturalidad mientras le daba un billete arrugado:

—No. Con diez tienes bastante. Vuelve a la tienda en cuanto se seque tu vestido. Después salió y cerró la puerta tras de sí.



Diez libras cada vez, y el señor Talal la llevaba al almacén dos o tres veces por semana. Fifi le enseñó cómo demostrar interés por algún vestido de la tienda de cuando en cuando y cómo engatusar a Talal para que se lo regalara. Empezó a tener dinero y a llevar bonitos vestidos. Su madre estaba contenta con ella y aliviada por el dinero que le traía, dinero que se guardaba rápidamente en el pecho mientras bendecía efusivamente a su hija. Al oírla, se adueñaba de Busayna un deseo maligno y oscuro de revelarles los detalles de la relación con su jefe, pero sabía que su madre simularía ignorarlo. Busayna se dedicó a insinuar pistas que pusiesen al descubierto la fingida y extremadamente frágil ignorancia de la madre. Sólo entonces se sentía tranquila, como si le hubiese quitado a su madre el velo de falsa inocencia y le hiciera partícipe de su pecado.

Con el paso del tiempo sus citas con Talal en el almacén le dejaron unas secuelas que no había imaginado. No fue capaz de volver a rezar la oración de la mañana, la única obligación religiosa que cumplía. En su interior, se avergonzaba de presentarse ante el Señor ya que se sentía sucia por muchas abluciones que hiciese. Empezó a tener pesadillas, se despertaba asustada y se pasaba los días deprimida y triste. Un día fue con su madre a visitar la tumba de Hussein y en cuanto entró en el santuario, poseída por el incienso y las luces, sintió Su presencia, temible y firme, inundando los corazones, y estalló en una larga crisis repentina de llanto.

Sin embargo, por otra parte, ya no podía retroceder, y como no soportaba el

sentimiento de pecado se enfrentó a él con virulencia. Pensaba en el rostro de su madre mientras le contaba que trabajaba de sirvienta en casas. Se repetía las palabras de Fifi acerca de cómo funcionaba el mundo. Muchas veces contemplaba a las clientas de la tienda, elegantes ricachonas, y se preguntaba con malicia: «¿Cuántas veces habrá entregado su cuerpo esta mujer para conseguir todo lo que tiene?». Esta violenta resistencia a los sentimientos de culpa le endureció y amargó el carácter. Dejó de confiar en la gente y de perdonarles sus faltas. Muchas veces pensaba, aunque después se arrepentía, que Alá quería hundirla, ya que si hubiese querido otra cosa para ella podría haberla hecho rica o haber retrasado la muerte de su padre unos pocos años, pues para Él esto era fácil.

Poco a poco, su resentimiento se extendió incluso contra su novio Taha, pues la invadió la extraña conciencia de ser mucho más fuerte que él. Ella había madurado y comprendía el mundo, mientras que él no era más que un ingenuo joven lleno de sueños. Le molestaba con su optimismo ante el futuro, se enfadaba con él y se burlaba diciendo: «¿Te crees Abdel Halim Hafez, el joven pobre y trabajador que consigue realizar todos sus sueños con el sudor de su frente?». Taha no comprendía la razón de esta amargura. Pronto sus sarcasmos empezaron a molestarle y discutían. Cuando una vez Taha le pidió que dejara el trabajo en la tienda de Talal por la mala reputación que tenía, ella le miró desafiante y dijo:

—A sus órdenes, mi señor. Deme las doscientas cincuenta libras que consigo con Talal y no descubriré mi rostro ante nadie más que usted.

La contempló durante un instante, sin comprender. Después estalló en cólera y la sacudió por los hombros. Ella gritó y le insultó, y después le devolvió el anillo de plata que le había regalado. En lo más hondo de su corazón había un anhelo de romper la relación para librarse de los dolorosos sentimientos de pecado que la atormentaban cuando le veía, pero al mismo tiempo no podía abandonarle para siempre. Le amaba y tenían una larga historia juntos, llena de momentos bonitos. Cuando le veía triste o inquieto lo olvidaba todo y le colmaba con un torrente de sincera ternura, como una madre. Por muy duras que fuesen las peleas, siempre le perdonaba y volvía con él. Y no dejaba de haber momentos excepcionales de alegría y felicidad, aunque las preocupaciones no tardaban en regresar.

Durante todo el día se estuvo reprochando la dureza con la que lo había tratado esa mañana. Sabía que él necesitaba una palabra de aliento suya, ya que se presentaba a la entrevista que llevaba esperando durante años. Ella había sido realmente dura y mala. ¡Si le hubiera animado con una palabra o una sonrisa! ¡Si se hubiese quedado con él un poco más! Tras terminar el trabajo fue a buscarlo. Se dirigió a la plaza de Tawfiqiya y se sentó a esperarlo en el murete del jardín, donde se encontraban todas las tardes. La noche había caído y la plaza estaba llena de paseantes y vendedores. Ella, una mujer sentada sola en la calle, se arriesgaba a ser importunada, pero se quedó esperando cerca de media hora. Él no llegó, y pensó que sin duda estaría enfadado con ella por lo que había pasado esa mañana. Se levantó y regresó a su casa

en la azotea. La puerta estaba abierta y dentro estaba la madre de Taha, sentada con un gesto de preocupación en su longevo rostro. La anciana la abrazó y la besó, después la sentó a su lado en el sofá y le dijo:

—Tengo mucho miedo, Busayna. Taha se fue al examen esta mañana y todavía no ha regresado. El Señor le proteja, hija mía.



Si no fuera por su edad avanzada y por las huellas que habían dejado en él los años difíciles, Hagg Mohamed Ezzam parecería una estrella de cine o un monarca, coronado por su porte, su imperturbable serenidad, su elegancia y su riqueza. Llamaba la atención por su saludable rostro rosado y su piel limpia y brillante, gracias a las habilidades de los especialistas del centro de belleza *La Gaieté* de Mohandesin, al que acudía una vez por semana. Tenía más de cien trajes de los mejores géneros y cada día se ponía uno diferente, conjuntado con una hermosa pajarita y unos elegantes zapatos importados.

Todos los días, a media mañana, se paseaba por la calle Suleimán Pachá en su Mercedes rojo. Aparecía por la esquina de *À l'Américaine* sentado en el asiento trasero, concentrado en las pequeñas cuentas de ámbar del rosario que siempre llevaba colgando de la mano. Empezaba la jornada pasando revista a sus posesiones: dos grandes tiendas de ropa, una enfrente de *À l'Américaine* y otra bajo el edificio Yacobián, donde estaba su oficina; dos concesionarios de automóviles y unas cuantas tiendas de recambios para coches en la calle Maaruf, además de varios inmuebles en West el Balad, de los que era dueño, y otros muchos edificios en construcción. Pronto elevaría un gran rascacielos bajo la firma de Construcciones y Contratas Ezzam.

El coche recorría la calle deteniéndose ante cada tienda, cuyos empleados se agrupaban alrededor del vehículo para saludarle efusivamente. Él les devolvía el saludo con un gesto de la mano, tan contenido e imperceptible que casi no se notaba. Inmediatamente se acercaba a la ventanilla del coche el encargado de la tienda o el empleado más antiguo, quien se inclinaba ante Hagg Ezzam y le rendía cuentas sobre la marcha del negocio o le pedía consejo acerca de algún asunto. Hagg Ezzam escuchaba entonces con atención, con la cabeza gacha, frunciendo el entrecejo, apretando los labios y mirando a lo lejos con sus zorrunos ojos grises, pequeños y siempre un poco enrojecidos por los efectos del hachís, como observando algo en el horizonte. Cuando por fin hablaba lo hacía con voz grave, tono resuelto y pocas y escuetas palabras. No soportaba el parloteo ni las redundancias. Algunos explicaban que su amor por el silencio se debía a que era creyente practicante y aplicaba el noble *hadiz* que dice: «*Si alguno de vosotros habla, que diga algo importante o mejor que calle*». Además, debido a su enorme riqueza y su extraordinario poder, no precisaba hablar demasiado porque por lo general siempre tenía la última palabra y lo que decía era de obligado cumplimiento.

A esto hay que añadir su vasta experiencia en la vida, que le hacía comprender las cosas al primer vistazo. Este viejo millonario que pasaba de los sesenta empezó su carrera a los treinta años, cuando no era más que un simple vendedor ambulante que emigró de la provincia de Sohag a El Cairo en busca de sustento. Los más ancianos de la calle Suleimán Pachá le recordaban sentado en la acera, en el pasaje de *À L'Américaine*, vestido con chilaba, chaleco y turbante, y con una pequeña caja de madera con la que empezó a limpiar zapatos. Durante un tiempo hizo de chico de los recados en la librería Babik. Después desapareció durante más de veinte años, para reaparecer de repente convertido en millonario. Siempre contaba que había estado trabajando en el Golfo, pero la gente de la calle no se lo creía y muchos comentaban que había sido condenado y encarcelado por tráfico de drogas. Algunos afirmaban que todavía estaba metido en asuntos de narcotráfico, señalando que su desmesurada riqueza, que no paraba de crecer, no se correspondía con el volumen de ventas de sus tiendas y los beneficios de sus empresas, de donde se deducía que sus actividades comerciales no eran más que una mera tapadera para blanquear dinero.

Fuera cual fuese la veracidad de estos rumores, Hagg Ezzam se convirtió en el «cacique» indiscutible de Suleimán Pachá. La gente recurría a él para resolver sus problemas y arreglar sus diferencias. Recientemente se había reforzado su influencia tras su adhesión al Partido Patriótico^[2] y tras la entrada de su hijo menor Hamdi en la judicatura como Secretario del Fiscal General. Hagg Ezzam sintió un impulso repentino por comprar inmuebles y tiendas en West el Balad, para proclamar su nuevo estatus en el barrio que un día le había visto como un pobre mendigo.

Casi dos años atrás Hagg Ezzam se levantó para rezar la oración del alba, como de costumbre, y se encontró los calzones mojados. Se alarmó, pues pensó que estaba enfermo. Sin embargo, cuando fue al baño para lavarse se dio cuenta de que se trataba de una polución nocturna. Recordó la imagen borrosa de una mujer desnuda que había aparecido en sus sueños. Este extraño fenómeno le sorprendió en un anciano como él, mayor de sesenta años. Tras un duro día de trabajo se olvidó del tema, pero le volvió a ocurrir de vez en cuando, hasta el punto de que se tenía que duchar todos los días antes de la oración del alba para limpiarse de su impureza. El problema no se quedó allí, ya que se sorprendió a sí mismo varias veces mirando furtivamente los cuerpos de las empleadas de sus tiendas. Algunas se dieron cuenta instintivamente de su deseo y empezaron a moverse seductoras y a hablar con coquetería delante de él para excitarlo, hasta el punto de que en más de una ocasión se vio obligado a rechazarlas.

Este incontenible y repentino apetito sexual le alarmó mucho. En primer lugar, porque no era normal a su edad. En segundo lugar, porque había vivido una vida correcta y creía que su rectitud y su distanciamiento de todo lo que ofendía a Dios eran las razones principales de su éxito. Nunca bebía alcohol. Es cierto que fumaba hachís, pero muchos alfaquies afirman que esta droga sólo es reprobable, pero no impura ni prohibida ya que no trastorna la conciencia ni empuja al hombre a cometer

indecencias ni crímenes abominables como hace el alcohol. Por el contrario, el hachís calma los nervios, proporciona equilibrio y afina la inteligencia. Tampoco había cometido adulterio en su vida y se había reservado para el santo matrimonio, como es costumbre en el Alto Egipto. En su dilatada vida había visto a hombres ricos malgastar sus grandes fortunas por entregarse al vicio.

Hagg Ezzam confesó su problema a algunos de sus viejos amigos, que le aseguraron que se trataba de un fenómeno imprevisto que no tardaría en desaparecer para siempre.

—Es una euforia pasajera —le decía entre risas su amigo Hagg Kamal, comerciante de cementos.

Sin embargo, con el paso de los días el deseo perduraba e incluso aumentaba, convirtiéndose en una pesada carga para sus nervios y, además, en la razón de muchas peleas con Hagg Salha, su esposa, que era unos años más joven que él y que se vio sorprendida ante esta repentina fogosidad. Pronto, al no ser capaz de saciarle, se molestó y en más de una ocasión le dijo con reproche que sus hijos eran ya hombres maduros y que ellos, como esposos ancianos que eran, tenían que comportarse con decoro y seriedad.

A Hagg Ezzam no le quedó más remedio que exponer su problema al *sheij* Samman, famoso alfaquí y director de la Asociación de Beneficencia Islámica, a quien consideraba su imam y guía espiritual en todos los asuntos de este mundo y del otro, hasta el punto de que no tomaba una decisión sobre cualquier cuestión importante, ya fuera del trabajo o de su vida privada, sin consultarle. A cambio, ponía a disposición del *sheij* miles de libras para que las gastase, bajo su supervisión, en obras de caridad. Por no hablar de los valiosos regalos que le ofrecía cada vez que cerraba un buen negocio en agradecimiento por su bendición y sus oraciones.

Tras la oración del viernes y la lección semanal de religión que daba el *sheij* Samman en la mezquita Salam de Nasr City, Hagg Ezzam solicitó un encuentro privado y le contó su problema. El *sheij* escuchó, permaneció un tiempo en silencio y le dijo con vehemencia, casi enfadado:

—¡Ay, Dios mío! ¿Por qué te preocupas, hermano, si Alá es generoso contigo? ¿Por qué abres la puerta a Satanás para que te lleve al pecado? Debes apartarte del mal, como Dios manda. Alá te permite casarte con más de una mujer siempre que seas equitativo con ellas, así que deposita tu confianza en Dios y obra de forma lícita antes de caer en el pecado.

—Pero soy un anciano. Temo que la gente haga comentarios si me caso otra vez.

—Si no fuera porque conozco tu devoción y sé que eres temeroso de Dios, pensaría mal de ti. Dime, hombre, ¿qué es más digno de temer, los comentarios de la gente o la cólera del Misericordioso, Todopoderoso y Excelso? ¿Acaso vas a despreciar lo que Alá permite? Todavía eres un hombre, gozas de buena salud y has descubierto en ti el deseo por las mujeres. ¡Cásate entonces y sé equitativo con tus esposas! Dios desea que disfrutes de lo que es lícito.

Hagg Ezzam dudó durante largo tiempo, o al menos eso parecía, pero el *sheij* Samman insistió hasta convencerlo y después —y por ello fue recompensado—, convenció también a sus tres hijos, Fawzi, Qadri y Hamdi, el Secretario del Fiscal. Los dos últimos se sorprendieron ante el deseo de su progenitor por contraer un nuevo matrimonio, pero de todas formas lo aceptaron. Sin embargo, el descontento de Fawzi, el hijo mayor y mano derecha de su padre en los negocios, fue evidente aunque no hizo manifiesto su rechazo. Finalmente replicó con amargura:

—Si ha de ser que Hagg se case, es nuestro deber ayudarle en la elección para que no acabe con una pecadora que le arruine la vida.

Tras establecer esta condición, comenzó la búsqueda de la esposa adecuada. Hagg Ezzam encargó a los conocidos en los que más confiaba que le buscaran una mujer decente. Durante varios meses vio a muchas candidatas pero, con su amplia experiencia, rechazó a todas aquellas que mostraban defectos en su conducta. Por ejemplo, aquella chica hermosísima pero cuyo rostro descubierto y sin velo manifestaba insolencia y hacía dudar acerca de su reputación. O aquella pequeña mimada que le agobiaría con sus peticiones, o la otra codiciosa que amaba el dinero...

Así, Hagg Ezzam fue rechazando a todas las candidatas hasta que se encontró con Suad Gaber, dependienta de los almacenes Hannaux de Alejandría. Estaba divorciada y tenía un hijo. Desde el momento en que la vio le arrebató el corazón. Era una mujer blanca, rellenita, hermosa y llevaba velo. Algunos mechones que escapaban por debajo del pañuelo dejaban adivinar un cabello negro, brillante y suelto. Tenía unos grandísimos ojos negros fascinantes y sus labios eran carnosos y sensuales. Era limpia y minuciosa con los detalles de su cuerpo, como es costumbre en las mujeres de Alejandría. Llevaba las uñas de las manos y de los pies cortadas y limpias con esmero, y no se las pintaba para que el esmalte no contaminase el agua con la que hacía las abluciones. Sus suaves manos tenían una piel delicada que engrasaba con crema. Incluso sus talones, en el colmo de la limpieza, estaban pulidos y firmes, sin ninguna grieta que alterase la delicada rojez, muestra de que se los frotaba con piedra pómez.

Suad dejó una marca dulce y seductora en el corazón de Hagg Ezzam. Le agradó especialmente ese desánimo que habían dejado en ella la pobreza y una vida difícil. Tuvo en especial consideración su pasado, que no era en ningún modo criticable. Se había casado con un pintor de brocha gorda que le había dado un hijo. Poco después la abandonó, se fue a Iraq y nunca más se supo de él. El juez le concedió el divorcio temiendo por su honor.

Hagg Ezzam envió a gente a preguntar por ella en su trabajo y en su barrio, y todo el mundo le habló de su rectitud moral. Realizó la oración del *istiyar* y Suad Gaber se le apareció en sueños con toda su belleza. Sin embargo, iba vestida de forma recatada y no desnuda e impúdica como las mujeres con las que soñaba normalmente. Tras esto, Hagg Ezzam se encomendó a Dios y visitó a la familia de Suad en Sidi Bishr. Se

sentó con Rayyes Hamido, su hermano mayor, que trabajaba de camarero en El Menshiya, y lo acordaron todo. Hagg Ezzam, como de costumbre en los negocios, fue claro y directo, hombre de una sola palabra. Contrajo matrimonio con Suad Gaber con las siguientes condiciones:

1. Que Suad se irá a vivir a El Cairo con él y dejará a su hijo pequeño Tamer en Alejandría al cuidado de su abuela, aunque podría ir a visitarlo «siempre que sea posible».

2. Que Hagg Ezzam regalará a Suad Gaber joyas por valor de diez mil libras y le pagará una dote por valor de veinte mil libras, y que en caso de divorcio se añadirían no más de cinco mil libras.

3. El matrimonio permanecerá secreto y queda completamente claro que en caso de que la primera esposa, Hagg Salha, descubra el nuevo matrimonio, Hagg Ezzam se verá obligado a divorciarse de Suad Gaber inmediatamente.

4. Aunque el matrimonio se realiza de acuerdo con los preceptos de Dios y su Profeta, Hagg Ezzam no tiene ninguna intención de procrear.

Hagg Ezzam recalcó esta última condición, dando a entender a Rayyes Hamido con total claridad que ni por su edad ni por sus condiciones podía ser ya padre, y que en caso de que Suad quedase embarazada la consecuencia directa sería la anulación del contrato entre ambos.



—¿Qué te pasa?

Estaban los dos en la cama, Suad con un camisón azul que dejaba al descubierto sus pechos grandes y trémulos y la blancura de sus muslos y brazos, y Hagg Ezzam tumbado boca arriba junto a ella, con una chilaba blanca. Era su hora. Todos los días, después de rezar la oración de la tarde en su despacho, Hagg Ezzam subía al apartamento de lujo que había dispuesto para ella en la séptima planta del edificio. Almorzaban y se acostaban hasta poco antes de la cena, momento en que la abandonaba hasta el día siguiente. Ésta era la única forma de verla sin trastornar su vida familiar.

Sin embargo hoy, en contra de lo habitual, estaba molesto y nervioso. Había pasado el día ocupado en un asunto y se encontraba agotado de tanto pensar. Le dolía la cabeza y se sentía un poco mareado debido a que se había fumado varios cigarrillos de hachís después de comer. Esperaba que Suad le dejase dormir un poco, pero ella le sujetó la cabeza con las delicadas palmas de sus manos, que desprendían un dulce olor perfumado, le miró por largo tiempo con sus grandes ojos y susurró:

—¿Qué te pasa, cariño?

—Muchos problemas en el trabajo —masculló Hagg Ezzam sonriendo.

—Gracias a Dios estás bien de salud, que es lo primero.

—A Dios gracias.

—¡Bien sabe Dios Todopoderoso que este mundo no merece tantas preocupaciones!

—Tienes razón.

—Cuéntame qué te preocupa, Hagg.

—¿Y tú no tienes problemas?

—¡Estamos hablando de ti! ¿Acaso mis historias son más importantes que las tuyas?

Hagg Ezzam sonrió y la miró con complacencia. Se acercó y le dio un beso en la mejilla. Recostó un poco la cabeza y dijo con voz seria:

—Si Dios me lo permite, voy a presentarme al Parlamento.

—¿Al Parlamento?

—Sí.

El desconcierto la dominó un rato ya que no se lo esperaba, pero pronto se recuperó, su rostro se iluminó de alegría y dijo con felicidad:

—¡Válgame el cielo, Hagg! ¿Me pongo a gritar de alegría o qué?

—Esperemos que, Dios mediante, triunfe y salga elegido.

—Que el Señor te oiga.

—Has de saber, Suad, que si entro en el Parlamento... podré hacer negocios por valor de millones.

—Seguro que lo consigues. ¿Dónde van a encontrar a alguien mejor que tú? —Humedeció sus labios y, como si estuviese hablando con un niño pequeño, le dijo con tono femenino—: Pero tengo miedo, cariño, de que cuando salgas en la televisión y te vean así, como una estrella, te alejen de mí.

Hagg Ezzam estalló en risotadas. Suad se acercó a él, hasta el punto de que sintió el calor de su ardiente cuerpo. Pasó la mano sobre él en una experta caricia, larga y lenta, que finalmente dio sus frutos. Soltó una risa licenciosa al ver que debido a la excitación y las prisas se le había quedado la cabeza atrapada con el cuello de la chilaba.



Esa sensación de regreso a la realidad que sentimos cuando se encienden las luces del cine al terminar una película cuyo argumento nos ha atrapado y conmovido. Después, al salir a la calle atestada de coches y peatones, el aire fresco nos golpea el rostro y todo vuelve a su tamaño natural. En ese momento tomamos conciencia de que lo que ha sucedido no era más que una simple película, una ficción.

Así es como recordaba Taha Shazli los acontecimientos de aquel día: la entrevista para la Academia de Policía; el largo pasillo cubierto por una lujosa alfombra roja; la enorme sala de altos techos; el gran despacho por encima del nivel de la sala, lo que le confería el aspecto del estrado de un tribunal; el sillón bajo de cuero en el que le hicieron sentarse y los tres generales, con sus enormes cuerpos obesos, vestidos con

trajes blancos con brillantes botones de cobre, portando relucientes galones y condecoraciones en el pecho y los hombros.

El Presidente del Tribunal le recibió con una sonrisa disciplinada y medida con precisión. Después hizo un gesto al general sentado a su derecha, quien apoyó los brazos en la mesa, adelantó la cabeza calva y se puso a hacerle preguntas mientras los otros le examinaban, sopesando cada palabra que decía y prestando atención al más mínimo gesto de su rostro.

Le hicieron las preguntas que se esperaba. Sus amigos policías le habían asegurado que las preguntas de la entrevista eran siempre las mismas, todo el mundo las conocía, y que esta prueba no era más que un mero trámite formal, bien para eliminar a elementos extremistas de acuerdo con los informes de la Seguridad del Estado, bien para confirmar la aceptación de aquellos afortunados con amigos influyentes. Taha se había aprendido de memoria las preguntas previstas y sus respuestas «modelo», y respondió ante el tribunal con seguridad y firmeza.

Dijo que aunque sus excelentes resultados escolares le permitían entrar en una buena facultad, había elegido la Academia de Policía para servir a la Patria como oficial de Policía. También subrayó que el trabajo de policía no consistía sólo en velar por la seguridad, como creen muchos, sino que era también una labor social y humana, y dio ejemplos en este sentido. A continuación habló de la seguridad preventiva; tanto en la teoría como en la práctica, mientras los rostros de los examinadores manifestaban aprobación. Incluso el Presidente del Tribunal afirmó un par de veces con la cabeza, corroborando las respuestas de Taha. Aquél habló por primera vez y le preguntó qué haría si al arrestar a un criminal descubriese que es un amigo de la infancia. Taha se esperaba esta pregunta y tenía preparada la contestación, pero simuló pensar un poco para aumentar el impacto de la respuesta en los examinadores:

—Mi señor, el deber no conoce amigos o parientes. Un policía es como el soldado en tiempos de guerra. Debe cumplir con sus obligaciones sin tener en cuenta ninguna otra consideración, siempre al servicio de Dios y de la Patria.

El Presidente del Tribunal sonrió, asintiendo con la cabeza con sincera admiración. Reinó el silencio que precedía al final de la entrevista. Taha pensó que iban a mandarle retirarse, pero el Presidente del Tribunal miró de pronto sus papeles y pareció descubrir algo. Levantó un poco el folio para asegurarse de lo que había leído y preguntó a Taha, evitando mirarle a los ojos:

—¿Cuál es la profesión de tu padre, Taha?

—Funcionario, señor —eso es lo que había escrito en el formulario, tras sobornar con cien libras al funcionario de la Administración del Distrito, para que lo firmara.

El general examinó de nuevo las hojas y preguntó:

—Funcionario... ¿o guardián de finca?

Taha calló por un momento y dijo en voz baja:

—Mi padre es guardián de finca, señor.

El Presidente sonrió, visiblemente, contrariado. Se inclinó sobre las hojas, escribió algo con minuciosidad, levantó la cabeza con la misma sonrisa y dijo:

—Gracias, hijo, puedes retirarte.



La madre suspiró profundamente y dijo:

—*Puede que os disguste algo que os conviene.*^[3]

Busayna gritó furiosa:

—¿Qué tiene de bueno ser policía? Hay policías a patadas. ¡Qué alegría verte vestido de uniforme y cobrando una miseria!

Taha había pasado el día vagando por las calles hasta que el cansancio le agotó. Regresó a la azotea y se sentó en el alféizar, cabizbajo, con la misma ropa de la mañana que, desaliñada y sin la elegancia de hace unas horas, parecía barata y miserable. Su madre intentó consolarle:

—Hijo mío, no le des más importancia de la que tiene. Hay otras muchas buenas facultades para ti, además de la de Policía.

Taha permaneció cabizbajo y en silencio. El asunto parecía ir más allá de las palabras de la madre, que no tardó en retirarse a la cocina, dejándolo con Busayna, que se sentó a su lado en la cornisa, se acercó a él y le susurró con dulzura:

—Por el Profeta, no te disgustes, Taha.

Su voz le conmovió y exclamó con amargura:

—Estoy enfadado porque todo mi esfuerzo ha sido en vano. Si desde el principio hubieran puesto como condición que el padre tuviese una determinada profesión me lo habría esperado. Podrían haber dicho «prohibido a los hijos de los porteros». Además, eso es ilegal. Lo he consultado con un abogado y me ha dicho que si les denuncio tengo todas las de ganar.

—Nada de denunciar ni de desanimarse. ¿Sabes lo que pienso? Con las notas que tienes, deberías entrar en la mejor facultad de la universidad, licenciarte con matrícula de honor e irte a un país del Golfo, hacer dinero y volver aquí a vivir como un rey.

La miró por largo tiempo y agachó de nuevo la cabeza. Ella continuó diciendo:

—Mira Taha, es verdad que soy más joven que tú, pero he trabajado y el trabajo me ha enseñado mucho. Este país no nos pertenece, Taha. Este país es para quien tiene dinero. Si hubieses tenido veinte mil libras para sobornar a alguien, ¿te habrían preguntado por la profesión de tu padre? Haz dinero y podrás hacer lo que quieras, pero si decides ser pobre te pisotearán.

—No puedo dejar esto así, tengo que presentar una reclamación.

Busayna ríe con amargura:

—¿Reclamación ante quién y contra quién? Escucha lo que digo y no tengas ideas absurdas. Trabaja duro, consigue tu título y no vuelvas aquí a no ser que seas rico. Y

si no vuelves nunca, pues mejor.

—Entonces, ¿piensas que debo irme a un país del Golfo?

—Claro.

—¿Y tú vendrías conmigo?

La pregunta la cogió por sorpresa. Respondió vacilando y evitando su mirada:

—Si Dios quiere.

—Busayna, ya no sientes lo mismo por mí. Lo sé —respondió con tristeza.

Busayna avistó en el horizonte una nueva pelea y le contestó poniéndose en pie:

—Ahora estás cansado. Ve a dormir y mañana hablamos.

Ella se marchó, pero él no pudo dormir, se quedó en vela pensando. Recordó mil veces la cara del Presidente del tribunal, preguntándole lentamente, disfrutando al humillarle: «¿Tu padre es guardián de finca, hijo?». *Guardián de finca*. Qué extraña frase, a la que nunca había prestado atención y que nunca había tenido en cuenta. Una frase que significaba su vida entera. Durante largos años había sufrido su pesada carga. Había luchado con desesperación contra ella, intentando deshacerse de ella. Había trabajado duro para conseguir pasar, gracias a la Academia de Policía, a una vida digna y respetable. Sin embargo esa frase, *guardián de finca*, le estaba esperando al final del arduo camino para echarlo todo a perder en el último momento. ¿Por qué no se lo dijeron desde el principio? ¿Por qué el general lo había dejado para el final? ¿Por qué se mostró admirado ante sus respuestas a las preguntas para después asestarle el golpe de gracia? «¡Apártate de mi vista, hijo del portero! ¿Quieres entrar en la policía, hijo del portero? ¿El hijo del portero quiere ser oficial? ¡Ay, Dios mío, qué gracia!»

Taha se puso a andar de un lado a otro de la habitación y decidió hacer algo. Se dijo a sí mismo que no podía quedarse callado mientras le humillaban de esa forma. No podían tirar de un golpe todo su esfuerzo a la basura. Poco a poco empezó a imaginar escenas de venganza. Así, por ejemplo, se vio a sí mismo pronunciando un emocionante discurso ante los generales del Tribunal sobre la igualdad de oportunidades y derechos y la justicia que establecieron Alá y su Profeta, las bendiciones y la paz de Dios sean con Él. Les reprendía hasta que enrojecían de vergüenza por lo que habían hecho, le pedían disculpas y le anunciaban que era aceptado en la Academia.

En otra escena se veía a sí mismo cogiendo al Presidente del Tribunal por el cuello de la camisa, gritándole en la cara: «¿Qué te importa en qué trabaje mi padre? ¡Corrupto estafador!». Después le sacudía una serie de violentos puñetazos que le hacían caer al suelo ahogado en sangre. Era su costumbre imaginar escenas como ésta cuando se enfrentaba a situaciones difíciles que no podía superar. Sin embargo, esta vez las escenas de venganza, a pesar de su fuerza, no satisfacían su sed de justicia. El sentimiento de humillación continuó machacándole hasta que se le ocurrió una idea que no pudo quitarse de la cabeza. Se sentó en su pequeña mesa, sacó papel y bolígrafo y escribió con grandes letras en el encabezamiento:

*En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso.
Reclamación dirigida a su Excelencia el Presidente de la República.*

Se detuvo un instante, echó la cabeza hacia atrás, sintiéndose reconfortado por la grandilocuencia y solemnidad de sus palabras, y a continuación se entregó a la escritura.



He dejado este espacio en blanco porque no encontraba qué escribir. Las palabras sirven para describir las alegrías y penas cotidianas. Sin embargo, la pluma es incapaz de narrar un momento de gran felicidad como el que vivió Zaki el Desouki con su amante. A pesar del desafortunado incidente, siempre recordará la hermosura de Rebab aquella noche. El rostro rojizo y encantador, los enormes ojos negros, los carnosos labios carmesí, el pelo suelto cayéndole por la espalda, sentada frente a él, tomando whisky y seduciéndole con su sensual voz. Nunca olvidará el momento en el que se retiró al lavabo y regresó vestida con un camisón corto y abierto que revelaba sus encantos, ni esa sonrisa pícara con la que le preguntó «¿Dónde nos acostamos?», ni la irresistible voluptuosidad de su ardiente y delicioso cuerpo.

Zaki Bey recordaba todos los detalles del soberbio coito, pero de repente las imágenes se volvían borrosas, se sucedían con violencia y se desvanecían, apareciendo en su lugar un oscuro vacío, un fuerte dolor de cabeza y náuseas. Lo último que venía a su memoria era un sonido débil, como un silbido, seguido de un olor penetrante que le irritó las mucosas nasales mientras Rebab le contemplaba con una mirada enigmática, como aguardando algo. Tras esto, no recordaba nada más.



Despertó con dificultad, con dolorosos martillos golpeándole la cabeza. Encontró a Abaskharon, de pie a su lado, que mostraba signos evidentes de preocupación y susurraba con insistencia:

—Su Excelencia no se encuentra bien. ¿Llamo al doctor?

Zaki Bey sacudió con dificultad su pesada cabeza. Hizo un gran esfuerzo para organizar sus dispersos pensamientos. Tenía la impresión de haber dormido mucho y quería saber la hora. Buscó su reloj de oro pero no lo encontró. Tampoco encontró la cartera en la mesilla donde la había dejado. Entonces se dio cuenta de que le habían desvalijado. Poco a poco empezó a cuantificar las pérdidas: además del reloj de oro y de las quinientas libras que había en su cartera, habían desaparecido un estuche de plumas de oro marca *Cross*, que apenas utilizaba, y unas gafas de sol de marca *Persol*. Pero la mayor catástrofe fue el robo de un anillo de diamantes propiedad de su hermana mayor, Daulet el Desouki.

—¡Me han robado, Abaskharon! ¡Rebab me ha robado! —Repetía Zaki Bey, sentado semidesnudo en el diván que hacía poco había sido su lecho de amor. Ahora estaba ahí, en ropa interior, el cuerpo pequeño, la boca cerrada y vacía, pues se había quitado la dentadura postiza para poder besar a su amante. Parecía un miserable actor cómico descansando entre dos números. Sintióse un desgraciado, cubrió su rostro con las palmas de las manos. Abaskharon, afectado por el importante accidente, empezó a recorrer la habitación en todas las direcciones, tenso como un perro encerrado, golpeando el suelo con sus muletas. Después se inclinó ante su señor y dijo entre jadeos:

—Su Excelencia, ¿denunciamos a esta zorra a la policía?

Zaki Bey pensó un poco y movió la cabeza en un gesto negativo. Permaneció en silencio. Abaskharon se acercó a él y susurró:

—Su Excelencia, ¿le dio algo de beber o le disparó un spray en la cara?

Zaki Bey necesitaba esa pregunta para que su cólera se encendiese. Se levantó y cubrió al pobre Abaskharon de insultos. Pero, al final, a pesar de todo, aceptó su ayuda para levantarse y vestirse, pues había decidido marcharse.

Ya era de noche y los comercios de la calle Suleimán Pachá habían cerrado sus puertas. Zaki Bey empezó a arrastrar sus pies, desfalleciendo de dolor y debilidad. Poco a poco una creciente ira se apoderó de él. Pensó en los esfuerzos y el dinero empleados para conseguir a Rebab, y los objetos valiosos que le había robado. ¿Cómo podía ocurrirle esto a él? El reputado Zaki Bey el Desouki, seductor de mujeres y amante de princesas, engañado y robado por una vil prostituta. Ella probablemente estaría ahora con su amante, regalándole sus gafas *Persol* y las plumas de oro *Cross*, que él apenas utilizaba. Se reirían juntos del viejo tonto que había picado el anzuelo.

Le enfurecía más el no poder denunciarla a la policía, por temor a un escándalo cuyos ecos llegarían sin duda a su hermana Daulet. Tampoco podía perseguir a Rebab o ir a protestar al bar *Cairo* donde trabajaba porque sabía con certeza que el dueño del bar y todos los que trabajaban allí eran delincuentes con antecedentes penales, y quizás la ladrona había obrado siguiendo sus órdenes. De cualquier manera, no le iban a defender contra Rebab, y con toda seguridad le pegarían una paliza, como ya les había visto hacer con los clientes alborotadores.

No podía hacer nada más que olvidar por completo el incidente, pero ¡qué difícil y doloroso le resultaba! Por no hablar de la congoja que le producía el robo del anillo de su hermana. Se puso a reprocharse a sí mismo: «Cuando recogiste el anillo del joyero Papazyán tras su reparación, ¿por qué te lo quedaste en la oficina en vez de devolvérselo a Daulet rápidamente?».

¿Qué podía hacer? No podía comprar un anillo nuevo, e incluso si pudiese, Daulet conocía la joya como a sus propios hijos. Temía enfrentarse con ella más que a nada en el mundo. Cuando llegó a su casa en el pasaje Behlar se detuvo en el portal, indeciso, y se le ocurrió ir a dormir a casa de algún amigo. Estuvo a punto de hacerlo,

pero era tarde y estaba cansado, así que subió.



—¿Dónde estaba, señorito Bey?

Así le recibió Daulet en cuanto entró al apartamento. Le estaba esperando en el recibidor, sentada en un sofá enfrente de la puerta. Llevaba cogido con rulos su cabello teñido color castaño. Tenía el arrugado rostro cubierto con espesos polvos. De un ángulo de la boca colgaba una pequeña boquilla de oro con un cigarrillo encendido. Una bata azul de estar por casa cubría su delgado cuerpo y calzaba unas pantuflas con forma de conejo blanco. Tejía una madeja de lana con sus agujas de tricotar. Sus manos se movían maquinalmente, rápidas, implacables, sin interrupción, independientes del resto del cuerpo. Era capaz, a fuerza de costumbre, de fumar, coser y hablar al mismo tiempo.

—Buenas noches —respondió Zaki Bey con rapidez e intentó llegar raudo a su habitación, pero Daulet lanzó al momento su ataque, gritándole a la cara:

—¿Quién te has creído? ¿Piensas que vives en un hotel? ¡Debería darte vergüenza! Llevo tres horas esperándote, yendo y viniendo de la puerta a la ventana. Iba a llamar a la policía porque pensaba que te había ocurrido algo. ¡Maldito seas! ¿No ves que estoy enferma? ¿Es que quieres matarme? ¡El Señor me proteja! ¡El Señor me ayude y me dé consuelo!

Éste era el preludio de una pelea a cuatro asaltos que podía durar hasta el amanecer. Zaki Bey dijo atravesando el vestíbulo con rapidez:

—Lo siento, Daulet, estoy muy cansado. Voy a dormir y mañana, si Dios quiere, te cuento lo que ha pasado.

Pero Daulet se dio cuenta de su intento de fuga, soltó las agujas de hacer punto y vociferó:

—¿Cansado de qué, por Dios? ¿De las mujeres tras las que te pasas el día olisqueando como un perro? Escarmienta de una vez, pobre viejo. Podrías morirte en cualquier momento. Cuando te presentes ante el Señor, ¿qué le vas a decir? ¡Viejo desgraciado!

Mientras soltaba este último grito empujó violentamente a Zaki Bey por la espalda. Éste vaciló un poco, pero reunió fuerzas y se abalanzó hacia su habitación, donde a pesar de la violenta resistencia de su hermana consiguió cerrar la puerta y meterse la llave en el bolsillo. Daulet siguió gritando y tirando del pomo de la puerta intentando abrirla, pero Zaki Bey se sintió seguro y se dijo que no tardaría en cansarse y marcharse. Se tumbó en la cama con las ropas puestas. Estaba cansando y triste. Se puso a repasar los acontecimientos del día y suspiró en francés «*Mon Dieu, quelle journée horrible!*».

Después pensó en Daulet y se preguntó cómo su querida hermana podía haberse transformado en esa vieja odiosa y de mal genio. Era tres años mayor que él. Todavía

recordaba cuando era una niña hermosa y dulce, vestida con el uniforme escolar amarillo de *La Mère de Dieu*, memorizando fragmentos de fábulas de La Fontaine. En las tardes de verano tocaba el piano en el salón de su antigua casa en Zamalek, que Pachá había tenido que vender tras la Revolución. Tocaba muy bien, hasta el punto de que *Madame Shedid*, la profesora de música, consultó con Pachá la posibilidad de enviarla al Concurso Internacional de Músicos Aficionados en París, pero el padre se negó. Se casó muy pronto, con el Capitán de Aviación Hasan Shawkat y tuvo un niño, Hani, y una niña, Dina. Tras la Revolución Shawkat fue licenciado por sus estrechos vínculos con la familia real y no tardó en morir repentinamente a los cuarenta y cinco años. Daulet se volvió a casar dos veces más pero no tuvo hijos. Fueron dos matrimonios frustrados, causantes de su amargura, sus problemas nerviosos y su adicción al tabaco.

Su hija se hizo mayor, se casó y se marchó a Canadá. Cuando el hijo terminó los estudios de medicina, Daulet luchó con uñas y dientes para evitar que emigrase. Lloró, imploró y suplicó a todos sus parientes para que le convenciesen de quedarse con ella. Sin embargo el joven médico, como la mayoría de los jóvenes de su generación, renegaba hasta la desesperación de las costumbres de Egipto. Se empeñó en marcharse y sugirió a su madre que le acompañase, pero ella lo rechazó y se quedó sola. Decidió alquilar el piso de Garden City y mudarse a vivir con Zaki Bey en West el Balad.

Desde el primer día los dos ancianos no pararon de odiarse y pelearse como enemigos acérrimos. Zaki Bey estaba acostumbrado a la libertad y la independencia, por lo que se le hizo muy difícil compartir su vida con alguien. Se vio obligado a respetar horarios de comidas y sueño y a informar previamente a Daulet si quería trasnochar. La presencia de su hermana le impedía recibir a sus amantes en la casa. Se entrometía abiertamente en su vida privada e intentaba controlarle constantemente, lo que dificultaba más aún el entendimiento.

Por su parte, Daulet sufría pues se sentía sola y miserable. Le entristecía terminar su vida sin riquezas ni realizaciones, después de sus matrimonios fracasados y de que sus hijos la hubiesen abandonado en la vejez. Le irritaba sobremanera que Zaki Bey no pareciese un viejo acabado esperando la muerte. Todavía se perfumaba, se emperifollaba y perseguía a las mujeres. Cuando lo sorprendía arreglándose con elegancia frente al espejo, sonriente y tarareando, o le veía feliz y de buen humor, se enfurecía y no se tranquilizaba hasta que no le reprendía y le lapidaba con su lengua viperina. Atacaba su infantilismo y sus caprichos no por iniciativa moralista, sino porque la crispaba ese estilo de vida que no se correspondía con la desesperación que ella sentía. Su ira contra él se asemejaba al enfado de quien guarda luto contra alguien que se carcajea en medio del funeral.

Los dos ancianos compartían, también, el mal humor y la poca paciencia propios de la vejez. A esto hay que añadir la tensión que se produce siempre cuando dos personas pasan juntas más tiempo del debido. Cuando uno está en el baño el otro

quiere entrar; si a uno le apetece estar en silencio el otro quiere hablar; están obligados a verse las sombrías caras por la mañana... La mera presencia de otra persona que no se separa de ti día y noche, te observa fijamente, invade tu espacio íntimo, examina lo que dices y se sienta para comer contigo, molestándote con el rechinar que producen sus muelas al masticar, hace que te importune hasta el sonido que produce el choque de la cuchara con el plato.

Zaki el Desouki seguía tirado en la cama, recordando lo sucedido, y poco a poco el sueño empezó a apoderarse de él. Sin embargo, el aciago día no había terminado, ya que cuando estaba medio dormido escuchó el ruido de la llave de recambio que Daultet había encontrado. Abrió la puerta, se le acercó con los ojos hinchados por el odio y le dijo, jadeando de excitación:

—Zaki, ¿dónde está el anillo?



Como podrá comprobar Su Excelencia, Señor Presidente, el ciudadano Taha Mohamed Shazli se enfrenta a una injusticia y a la violación de sus derechos por parte del Señor Presidente del Tribunal del examen de acceso a la Academia de Policía.

El Profeta, las bendiciones y la paz de Dios sean con Él, dijo en uno de sus hadices:

«Vuestros predecesores merecieron la condenación eterna porque perdonaron a los ladrones de nacimiento noble y castigaron a los de nacimiento humilde. Pongo a Dios por testigo de que si mi hija Fátima robara, le cortarían la mano».

Así habló el Profeta.

Señor presidente:

Yo estudié con ahínco para obtener una nota del ochenta y nueve por ciento en Letras, y pude, gracias a Alá, superar todos los exámenes de acceso a la Academia de Policía ¿Pero acaso es justo, Su Excelencia Señor Presidente, que se me impida entrar en la policía sólo porque mi padre, un hombre honrado pero pobre, sea guardia de propiedad? ¿Acaso esta profesión no es un oficio noble y digno de respeto como los demás, Señor Presidente?

Le ruego, Señor Presidente, que atienda esta reclamación como un padre compasivo que nunca permite que se cometan injusticias contra sus hijos. Mi futuro, Señor Presidente, depende de una decisión suya. Yo, con la ayuda de Dios, confío en la ecuanimidad de sus generosas manos.

Que el Señor le guarde por el bien del Islam y de los musulmanes.

Vuestro fiel servidor

Taha Mohamed Shazli

Documento de identidad: 19578 - Kasr el Nil

Dirección: Edificio Yacobián, 34 calle Talaat Harb, El Cairo.



Como un general victorioso que entra triunfante en una ciudad conquistada tras una dura batalla, así llegó Malak Khila, feliz y orgulloso, a la azotea del edificio para tomar posesión de su nueva habitación. Vestía el traje popular azul que reservaba para las ocasiones especiales. Llevaba alrededor del cuello un largo rollo de cinta métrica que era para él, igual que los galones para el militar o el fonendoscopio para el médico, símbolo de su profesión de maestro camisero. Aquella mañana llegó con una cuadrilla de obreros para equipar la habitación: un herrero, un electricista y un fontanero acompañados de algunos jóvenes aprendices.

Malak rezó una oración de gracias a la Virgen y a Cristo Redentor y abrió su habitación por primera vez. El aire en el interior estaba corrompido porque llevaba cerrada todo un año, desde la muerte de Atiya, el vendedor de periódicos. Malak encontró algunas de las pertenencias del difunto, que mandó a los chavales guardar en una gran caja de cartón. Después, se plantó en medio de la estancia, abrió la ventana y el sol inundó la habitación. Dio instrucciones minuciosas y precisas a los obreros sobre lo que tenían que hacer. De vez en cuando algún vecino de la azotea se paraba frente a la puerta y miraba curioso lo que ocurría dentro. Algunos observaban un poco y se marchaban. Otros felicitaban a Malak por su nuevo local y le saludaban deseándole suerte.

Sin embargo, no todos los vecinos eran tan amables. En menos de media hora la noticia se extendió por toda la azotea y al momento se presentaron en la puerta de la habitación dos personajes que no parecían dispuestos a dar la bienvenida al recién llegado. Se trataba del señor Hamid Hawwas y de Ali *Chófer*.

El primero era funcionario del Departamento Nacional de Salud Pública. Había tenido un enfrentamiento con su jefe, a resultas del cual lo habían trasladado de Mansura, su ciudad natal, a El Cairo, donde había alquilado una habitación en la azotea en la que vivía solo. Trabajaba con ahínco desde hacía más de un año para conseguir la revocación de su arbitrario traslado y poder regresar a su pueblo. El señor Hamid Hawwas era un gran redactor de reclamaciones oficiales. Encontraba un auténtico y desbordante placer en seleccionar material para sus quejas y en formularlas con elocuencia. Después las redactaba con buena letra, de fácil lectura, y seguía los trámites administrativos hasta el final, costase el esfuerzo que costase. En cierto modo, se consideraba responsable del buen cumplimiento de la totalidad de las ordenanzas públicas en cualquier distrito que habitaba o incluso por el que estuviera de paso.

Siempre encontraba tiempo para pasarse a diario por el ayuntamiento, la administración del distrito o la policía, donde presentaba denuncias, cuya tramitación seguía con constancia e insistencia, contra vendedores ambulantes que podían trabajar en calles muy alejadas de su lugar de residencia. Sin embargo, consideraba una obligación perseguir a estos infractores de la ley con una denuncia tras otra, sin descanso, hasta que la policía actuaba, les detenía y requisaba sus mercancías, momento en el que el señor Hamid observaba la escena de lejos y sentía la satisfacción del deber cumplido.

Ali *Chófer*, por su parte, era un solterón alcohólico que pasaba de los cincuenta. Trabajaba como conductor para la Sociedad Nacional de Productos Farmacéuticos. Todos los días salía del trabajo y se iba al bar *Orabi* en Tawfiqiya donde cenaba y se quedaba bebiendo vino hasta la medianoche. La soledad y el vino de garrafa al que era adicto le habían convertido en una violenta bestia que buscaba cualquier pretexto para descargar su agresividad en una pelea.

El señor Hamid Hawwas se acercó a Malak y le saludó. Después comenzó su discurso de forma extremadamente cortés:

—A propósito de esta habitación, hermano, ¿dispone usted de la autorización del propietario del inmueble para su utilización como local comercial?

—Claro que tengo una autorización —respondió Malak con vivacidad, y sacó de su maletín de cuero una fotocopia del contrato que había firmado con Fikri Abdel Shahid. Hamid tomó el papel, se puso las gafas y lo examinó con minuciosidad. Después se lo devolvió a Malak, diciendo con tranquilidad:

—Este contrato, en esta forma, no es válido.

—¿No es válido? —repitió Malak angustiado.

—En efecto, no es válido. Esta azotea, de acuerdo con las leyes, es un espacio de uso común para los vecinos, y no está permitido alquilar un espacio de uso común con fines comerciales.

Malak no comprendió lo que decía y se puso a mirar con ira al señor Hamid que continuaba afirmando con convicción:

—Existen varias sentencias previas del Tribunal de Casación sobre este asunto, así que la cuestión está resuelta. El contrato no es válido y usted no tiene derecho a utilizar esta habitación.

—Está bien. Pero si todos vosotros vivís en la azotea, ¿por qué yo no?

—Nosotros hacemos uso de nuestras habitaciones con fines residenciales, y eso es legal, pero usted quiere utilizar la habitación con fines comerciales, y eso es ilegal y no podemos permitirselo.

—Vale. Iros a quejar al propietario del edificio porque él fue quien me hizo este contrato.

—Por supuesto que no. La ley prohíbe terminantemente que utilice esta habitación y nosotros, en nuestra condición de vecinos damnificados, debemos impedirselo.

—¿Qué quiere decir?

—Quiere decir que más vale que recojas tus cosas y te largues por donde has venido —dijo Ali *Chófer* con voz ronca, mirando desafiante a Malak. Le puso la mano en el hombro, amenazante, y continuó gritando—: Escucha, jefe, en esta azotea viven familias decentes. No puedes llegar de repente, abrir una tienda y traer obreros y clientes que miren a nuestras mujeres entrar y salir. ¿Lo entiendes?

Malak respondió rápidamente, presintiendo el peligro de la situación:

—Caballero, todos mis obreros son personas educadas, gracias a Dios. Son todos respetuosos y discretos. Los vecinos de la azotea y sus mujeres merecen todo mi respeto.

—Escucha, basta de parloteo. ¡Recoge tus cosas y largo de aquí!

—¡Dios mío! ¿Pero esto qué es? ¿Estáis buscando bronca o qué?

—Pues sí, niño de mamá, estamos buscando bronca.

Mientras decía esto, Ali *Chófer* cogió a Malak del cuello de la camisa y le dio una bofetada, anuncio del comienzo de la pelea. Se batía con facilidad y soltura, como si fuera una sencilla rutina o estuviese practicando su deporte favorito. Primero le propinó un certero cabezazo, después dos puñetazos en el estómago y un tercero, con la fuerza de una tonelada, dirigido a la nariz. Un hilo de sangre corría por el rostro de Malak, que intentó defenderse con un puñetazo simbólico y frustrado a la cara de su adversario que no acertó su objetivo. Después se puso a gritar protestando mientras recibía violentos golpes. Reinaron la confusión y el desorden, los obreros huyeron escapando de los problemas y se juntó gente de todas partes para mirar. De pronto apareció Abaskharon en la azotea y empezó a gritar y a gemir pidiendo ayuda. La pelea continuó hasta que Ali *Chófer* consiguió echar a Malak de la habitación.

El señor Hamid Hawwas había desaparecido desde el principio de la trifulca y había llamado a la policía desde el teléfono del quiosco situado enfrente del edificio. Al poco llegó un joven oficial de policía con varios militares y detectives que detuvieron a todos los participantes en la pelea: Malak y sus muchachos, Abaskharon y Ali *Chófer*. Por su parte, Hamid Hawwas se acercó al oficial, le saludó con cortesía y dijo:

—Agente, supongo que conocerá la ley. Este hombre —señalando a Malak—, quiere abrir un comercio en la azotea, que es un espacio de uso común y cuyo uso comercial no está permitido. Como usted sabrá, esto es un delito recogido por la ley, una violación de la propiedad que conlleva una pena de cárcel que puede llegar a los tres años.

—¿Eres abogado? —preguntó el agente al señor Hamid, quien contestó con convicción:

—No, señor, me llamo Hamid Hawwas, subdirector de la oficina administrativa del Departamento Nacional de Salud Pública en la demarcación de Mansura. Soy uno de los vecinos damnificados por esta violación de nuestro derecho a disfrutar del espacio común de la azotea. ¿Cómo puede el propietario, señor oficial, alquilar este

lugar para fines comerciales? Esto es un atentado flagrante contra los derechos de los vecinos. ¡Después de esto podrían alquilar el ascensor o la entrada del edificio! ¿Acaso vivimos en una ciudad sin ley? —preguntó el señor Hamid Hawwas en tono teatral, instigando con la mirada a los vecinos congregados, quienes, incitados por sus palabras, empezaron a murmurar y a mostrar su rechazo. La confusión se apoderó del joven oficial, que se lo pensó un poco y finalmente dijo con mal humor:

—Está bien, vamos todos a comisaría.



El doctor Hasan Rachid era una personalidad del derecho en Egipto y el mundo árabe. Al igual que Taha Hussein, Ali Badawy, Zaki Naguib Mahmoud y otros, era uno de los grandes intelectuales de los años cuarenta que habían realizado sus estudios universitarios en Occidente y habían regresado a su país para poner en práctica en la Universidad egipcia todo lo aprendido allá. Para ellos, *progreso* y *occidente* eran prácticamente sinónimos, con todo lo negativo y positivo que esto implica. Compartían el culto por los grandes valores occidentales: democracia, libertad, justicia, trabajo duro e igualdad. Al mismo tiempo ignoraban el legado de la nación árabe musulmana y rechazaban sus costumbres y tradiciones, que para ellos constituían los lazos que unen al retraso y de los que hay que desprenderse para alcanzar el Renacimiento.

El doctor Rachid conoció en Francia a Jeannette, de quien se enamoró. La trajo a Egipto, se casaron y tuvieron un solo hijo, Hatem. La familia llevaba un estilo de vida occidental en el fondo y en la forma. Hatem no recordaba haber visto nunca a su padre, el doctor Rachid, rezar o ayunar. Nunca se quitaba la pipa de la boca y el vino francés siempre estaba presente en la mesa. Los discos más modernos de París resonaban por todos los rincones de la casa y el francés era la lengua de conversación en el hogar. Siguiendo las costumbres occidentales, todos los detalles de la vida familiar se realizaban de acuerdo a una planificación y unos horarios determinados. El doctor Rachid reservaba unas horas concretas cada semana para los encuentros con amigos y parientes y la escritura de su correspondencia personal. Además de su insólita capacidad intelectual, estaba dotado de una sorprendente energía y constancia en el trabajo, y en dos décadas logró realizar una mejora cualitativa en los estudios del derecho civil egipcio. Con el tiempo, su fama le llevó a ser Decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de El Cairo. La Asociación del Derecho Internacional de París le eligió como uno de los cien legalistas más brillantes del mundo. Su hijo Hatem pasó una infancia triste y solitaria, ya que su padre siempre estaba absorto en sus conferencias e investigaciones, y su madre Jeannette trabajaba como traductora en la embajada francesa y no tenía mucho tiempo libre.

A Hatem, al contrario que a la mayoría de los niños, le gustaba la escuela y detestaba las largas vacaciones de verano que pasaba siempre solo, sin amigos con

los que jugar. A esta dolorosa soledad había que añadir los sentimientos de desarraigo y confusión interna propios de los hijos de un matrimonio mixto. El pequeño Hatem pasaba largo tiempo con los criados. Sus padres, siempre ocupados, lo enviaban con frecuencia al club Gezira o al cine en compañía de algún sirviente.

De entre los muchos criados de la casa, al pequeño Hatem le gustaba Idrís, el camarero, con su holgado caftán blanco, su fajín rojo y su largo fez. Era de alta talla y poseía un cuerpo esbelto y fuerte, un hermoso rostro moreno, ojos brillantes e inteligentes y una sonrisa alegre que mostraba una perfecta y blanca dentadura. Idrís solía sentarse con Hatem en su gran habitación, que daba a la calle Suleimán Pachá, a jugar con él, contarle fábulas y cantarle hermosas canciones nubias cuyo significado le traducía. Le temblaba la voz y las lágrimas asomaban a sus ojos cuando hablaba de su madre, sus hermanas y su pueblo, del que le sacaron cuando era pequeño para trabajar en el servicio.

Hatem quería mucho a Idrís y su relación se estrechó hasta tal punto que pasaban largas horas juntos todos los días. Cuando Idrís empezó a besarle en la cara y en el cuello y a susurrarle «¡Qué guapo eres! Te quiero», Hatem no sintió repulsión ni miedo, sino que le excitaba de un modo enigmático el calor abrasador que dejaba el aliento de su amigo en su cuerpo. Continuaron con los besos hasta que un día Idrís le pidió que se quitara la ropa. Hatem tenía nueve años por aquel entonces y sintió vergüenza y embarazo, pero finalmente obedeció ante la insistencia de su amigo, que estaba tan excitado por su cuerpo suave y blanco que durante el acto gimió de placer y le susurró incomprensibles expresiones nubias. A pesar de su fogosidad y su ímpetu, Idrís entró en el cuerpo de Hatem con delicadeza y cuidado, y le pidió que le avisara si sentía el más mínimo dolor. Lo hizo tan bien que cada vez que Hatem recordaba su primera relación con Idrís volvía a sentir aquella extraña sensación penetrante que conoció entonces por primera vez, pero no recuerda que le doliese para nada.

Cuando Idrís terminó, le dio la vuelta y le besó apasionadamente en la boca. Después, le miró fijamente y le susurró:

—He hecho esto porque te amo. Si me quieres, no cuentes a nadie lo que ha pasado. Si lo cuentas te pegarán y a mí me despedirán y tu padre me meterá en la cárcel o me matará y no podrás volver a verme nunca más.

La relación de Hatem con Idrís duró varios años, hasta la repentina muerte del doctor Rachid de un infarto cerebral como consecuencia de tanta dedicación al trabajo. La viuda se vio obligada a deshacerse de muchos sirvientes para reducir gastos. Idrís dejó la casa y nunca se volvió a saber de él. Su ausencia afectó psicológicamente a Hatem hasta tal punto que aquel año sacó malas notas en secundaria, tras lo que se sumergió en su alborotada vida homosexual.

Dos años más tarde murió su madre, librándole de otra atadura para sus placeres. Heredó una renta fija que le permitía una vida cómoda, además del razonable sueldo que cobraba del periódico. Renovó el gran piso del edificio Yacobián para deshacerse

de su estilo tradicional y lo transformó en algo más parecido al refugio de un artista bohemio que al hogar de una familia formal. Ahora podía alojar a sus amantes en su cama durante días y a veces meses.

Hatem conoció a muchos hombres y se separó de ellos por motivos diferentes, pero su pasión oculta estaba siempre unida a Idrís, el camarero. Así como los hombres buscan en las mujeres la imagen de su primera amante, con la que conocieron el placer por primera vez, Hatem buscaba en cada hombre a Idrís, el macho primitivo y bruto, todavía sin pulir por la civilización, con toda su carga de dureza, crudeza y violencia. No dejaba de pensar en él y a menudo recordaba, con una deliciosa y ardiente nostalgia, la sensación que le embargaba, tumbado boca abajo en el suelo de la habitación, como un conejito entregado a su destino, siguiendo con la mirada la decoración persa tejida en la alfombra, mientras el vigoroso y ardiente cuerpo de Idrís se unía al suyo por detrás, lo apretaba y lo fundía. Lo más peculiar de sus muchos actos sexuales era que siempre tenían lugar en el suelo y nunca en la cama. Esto se debía sobre todo a la conciencia de Idrís de su insignificancia como sirviente, que le impedía utilizar la cama de su señor aunque se acostase con él.

Entonces llegó esa noche, hace meses, en la que la borrachera se había adueñado de Hatem y un deseo incontenible le sofocaba. Bajó a darse una vuelta por West el Balad a las diez, la hora en la que cambiaba la guardia de los militares. Esta hora era conocida por todos los homosexuales de West el Balad, que se acercaban a buscar amantes entre los soldados. Hatem empezó a pasar revista a los sencillos reclutas que se disponían a abandonar la guardia, cuando vio a Abd Rabbuh, que se parecía muchísimo a Idrís. Le montó en su coche, le dio dinero y estuvo coqueteando con él hasta que consiguió seducirle.

Después de esto, Abd Rabbuh realizó varios intentos violentos de romper su relación con Hatem. Éste era consciente, por su larga experiencia en las relaciones homosexuales, de que un *burgol* primerizo como Abd Rabbuh normalmente está poseído por un horrible sentimiento de pecado que pronto se transforma en amargura y en odio visceral contra el *cludiana* que le ha seducido. También sabía que la práctica repetida de la homosexualidad y el disfrute de sus placeres se transforman poco a poco en deseo sexual arraigado en el *burgol*, por mucho que al principio le dé asco y lo rechace. Así, la relación de Hatem y Abduh alternaba los intentos de ruptura con las reconciliaciones.

Aquella noche, cuando Abduh abandonó el *Chez Nous* huyendo de Hatem, éste le siguió y le imploró hasta que le convenció para que le acompañara a su piso, donde se bebieron juntos una botella de fuerte vino francés antes de acostarse. A la mañana siguiente ahí estaba Hatem, tumbado y relajado en la bañera, rendido a los chorros de agua caliente que caían del grifo y recorrían su cuerpo como un delicioso ejército de hormigas. Recordaba sonriente su noche de pasión con Abduh, quien, encendido de deseo por el vino, había exprimido su cuerpo varias veces seguidas.

Hatem se detuvo a secarse frente al espejo. Limpió sus partes íntimas con esmero y las humedeció con crema perfumada. Se envolvió en una bata rosa de cachemir y salió del baño al dormitorio. Se puso a observar a Abduh mientras dormía. La cara morena y oscura, los labios gruesos, la negra nariz chata y las cejas espesas que daban a su rostro esa naturaleza severa. Se inclinó sobre él y le besó. Abduh se despertó, abriendo los ojos lentamente.

—*Bonjour* —susurró Hatem con dulzura, sonriendo a Abduh, quien se incorporó un poco y apoyó la espalda en la cama, mostrando su ancho y moreno torso, cubierto por un espeso bosque de vello.

Hatem siguió besándole, pero Abduh apartó su rostro con la mano, agachó la cabeza y se lamentó con un amargo quejido:

—Hatem Bey, soy un desgraciado. El sargento me odia, y me enviará al calabozo.

—Sssssh, Abduh. ¿Tenemos que hablar otra vez del sargento? Te dije que no te preocuparas. Conozco a alguien que intercederá por ti ante él. Se trata de un general muy importante en el Ministerio.

—Para cuando hables con él ya estaré en el calabozo. Mi mujer y mi hijo pequeño en el pueblo viven de lo que les mando, Hatem Bey. Me gustaría abandonar el ejército hoy mismo, pero si me encierran mi familia está perdida.

Hatem le miró con compasión y sonrió. Después se levantó lentamente, tomó su pequeño bolso y sacó un billete de cien libras que le entregó diciendo:

—Toma, envíaselo a tu esposa y a tu hijo. Cualquier cosa que te pidan, te la daré. Mañana iré a ver a mi pariente el general y hablaremos de ti con el sargento. Pero, vida mía, no te agobies, mi Abduh.

Abduh agachó la cabeza y susurró palabras de agradecimiento. Hatem se aproximó a él hasta que sus cuerpos estuvieron completamente unidos, y dijo para sí en francés mientras se acercaba a sus carnosos labios:

—*Quelle belle journée.*



Ciudadano Taha Mohamed Al Shazli

Edificio Yacobián - 34, calle Talaat Harb, El Cairo

Estimado Señor:

Con respecto a su reclamación dirigida a la Presidencia de la República concerniente a los resultados negativos de su examen de acceso a la Academia de Policía:

Le informamos de que su expediente ha sido revisado por el Señor Director General de la Academia de Policía, quien ha decidido que los motivos de su reclamación son insuficientes e infundados.

Deseándole lo mejor en el futuro y con todos nuestros respetos.

*General Hasan Bazaraa
Director de la Oficina del Defensor del Pueblo
Presidencia de la República*



Los vecinos estaban acostumbrados a oír las riñas entre Zaki el Desouki y su hermana Daulet. Ocurrían con tanta frecuencia que ya no provocaban alarma ni curiosidad. Sin embargo, esta vez la trifulca era diferente, algo parecido a una violenta explosión: gritos, horribles insultos y ruido de golpes. Las voces llegaron hasta los vecinos, que abrieron sus puertas y salieron a curiosear. Algunos vacilaban, dispuestos a intervenir. Daulet gritaba con voz colérica:

—¿Has perdido mi anillo de diamantes? ¡Maldito seas!

—Compórtate, Daulet.

—¡Seguro que se lo has dado a alguna de esas putas amigas tuyas!

—Te digo que te comportes.

—Yo me comporto, no como tú. Tú eres el miserable del que todos se burlan. ¡Sal de mi casa, hijo de perra, yonqui de mierda!

—¡Ésta es mi casa! —gritó Zaki Bey con voz agotada.

—No, cariño, ésta es la casa de mi padre, el respetable Pachá cuyo nombre ensucias con tus indecencias.

Siguió el ruido de puñetazos y forcejeos. Se abrió la puerta del apartamento y Daulet empezó a empujar a Zaki Bey hacia fuera gritándole:

—¡Sal de aquí! No quiero volver a verte, ¿entiendes? ¡Fuera!

Zaki Bey salió, observó la reunión de vecinos, se giró y dijo:

—Está bien, Daulet, ya estoy fuera. Me voy.

Daulet cerró con un portazo y se oyó el ruido de la cerradura al girar. Los vecinos se acercaron a Zaki Bey y le dijeron que lo que había pasado era intolerable, que fuesen cuales fueran sus diferencias era una vergüenza que gente decente como él y su hermana Daulet se peleasen de ese modo. Zaki Bey sacudió la cabeza, sonriendo con tristeza y se retiró del lugar. Antes de entrar en el ascensor se excusó ante los vecinos entre suspiros:

—Disculpen las molestias, señores. Esto no es más que un malentendido. Pronto todo se resolverá, si Dios quiere.



Numerosas historias repetidas hasta la saciedad sobre Kamal el Fouli cuentan que

procedía de una familia sumamente pobre de Shibin el Kom, en la provincia de Minoufiya. A pesar de su pobreza era extremadamente inteligente y muy ambicioso. Terminó la escuela secundaria en 1955 con una de las mejores calificaciones del país. Nada más ser aceptado en la Facultad de Derecho entró en el mundo de la política. Se adhirió sucesivamente a todas las organizaciones políticas del régimen: la Organización para la Liberación y la Unión Nacional, después la Unión Socialista y la Organización de Vanguardia, a continuación la Plataforma de Centro, el Partido de Egipto y, finalmente, el Partido Patriótico.^[4] Durante todos estos cambios siempre fue uno de los más celosos defensores de los principios del partido del Gobierno y una de sus figuras más representativas. En la época de Nasser dio conferencias y escribió obras sobre la necesidad ineludible del socialismo como obligación histórica. Cuando el Estado se convirtió al capitalismo, se transformó en uno de los más fervientes partidarios de la privatización y el libre mercado y lanzó desde el Parlamento una campaña contra el sector público y las ideas de izquierdas en general.

Era uno de los pocos políticos egipcios que había conseguido conservar su escaño en el Parlamento durante más de treinta años seguidos. Si bien es cierto que las elecciones en Egipto siempre son manipuladas en favor del partido gobernante, no es menos cierto que El Fouli gozaba de un verdadero talento político que le permitiría sin lugar a dudas ocupar los más altos cargos del Estado incluso en una sociedad democrática. Sin embargo, este talento innato, como sucede con muchos otros dones en Egipto, se corrompe, se deforma y se entremezcla con mentiras, hipocresías y engaños. El nombre de Kamal el Fouli llegó a representar en la mentalidad de los egipcios corrupción y falsedad.

Fue ascendiendo cargos en el partido hasta llegar a la Secretaría de Organización del Partido Patriótico, y se convirtió en el principal árbitro de las elecciones en todo Egipto. Elegía y rechazaba a su voluntad a los candidatos del partido y supervisaba personalmente el proceso electoral desde Alejandría hasta Asuán. Recibía enormes sobornos de los aspirantes para que favoreciese sus intereses electorales. Al mismo tiempo, encubría esta corrupción con todo tipo de trucos, como ofrecer favores y privilegios que generaban millones a los políticos más importantes.

También recopilaba informes de los Servicios de Inteligencia y documentos secretos que demostraban las irregularidades de los altos cargos para usarlos como moneda de cambio o para hundirlos si fuese necesario. En todos los encuentros políticos, bien en el Parlamento o bien del Partido Patriótico, todo el mundo se callaba cuando hablaba El Fouli, ya que una sola mirada suya bastaba para infundir temor a cualquiera. En este sentido, se contaban famosas anécdotas sobre cómo había fulminado en público a altos responsables porque habían dicho algo que no le gustaba. Por ejemplo, aquella despiadada campaña que llevó a cabo hace años, en beneficio de gente influyente, contra el doctor Ghamrawi, director general del Banco Central, que terminó con su destitución. O un ejemplo más cercano, lo que sucedió el año pasado con el ministro de los *Waqfs*, personaje que gozaba de cierta popularidad,

lo que le había llevado a imaginar que tenía poder e influencia. Por eso, en una reunión del gabinete político del Partido denunció con virulencia la corrupción y solicitó purgar a los cargos corruptos y enriquecidos de forma fraudulenta. Kamal el Fouli hizo un gesto al ministro para que terminara su discurso, pero éste continuó, ignorándole. Entonces El Fouli le interrumpió, burlón, y mirando a su alrededor a los presentes, exclamó con aire teatral:

—Por Dios, ¿de qué habla Su Excelencia Señor Ministro? Ya que Su Excelencia está tan preocupado por combatir la corrupción, ¿por qué no empieza por usted mismo, hermano? Usted pidió un préstamo de diez millones de libras al Banco de Desarrollo y durante cinco años se ha negado a pagarlo. Por cierto, los directivos del Banco tienen la intención de denunciarle y montar un escándalo.

El ministro palideció y se sentó en silencio, entre las risas y los comentarios de los presentes.



Hagg Ezzam sabía muy bien todo esto, por eso en cuanto decidió presentarse a las elecciones al Parlamento solicitó un encuentro con Kamal el Fouli. Éste tardó algunas semanas en contestar, pero finalmente concertó una cita en el despacho de su hijo, el abogado Yaser el Fouli, en la calle Shihab de Mohandesin. Tras la oración del viernes, Hagg Ezzam y su hijo Fawzi se dirigieron al encuentro. El despacho se encontraba vacío, sólo estaban los guardaespaldas, Kamal el Fouli y su hijo. Hagg Ezzam y El Fouli se abrazaron e intercambiaron bendiciones, cumplidos y bromas. Parecían dos viejos amigos unidos por mutuos lazos de afecto, complicidad y estima. Tras una larga conversación sobre temas diversos a modo de preámbulo, Hagg Ezzam planteó el motivo de su encuentro. Habló de su amor por el pueblo, de su deseo de servir a la sociedad y citó más de un *hadiz* sobre la recompensa que espera a aquellos que se preocupan por atender las necesidades de los musulmanes. El Fouli asentía con la cabeza ante su discurso hasta que Hagg Ezzam llegó al punto decisivo, y dijo:

—Por eso, tras consultarlo con Alá y depositar en Él mi confianza, tengo la intención, con la voluntad del Señor, de presentarme a las próximas elecciones como candidato por mi distrito, Kasr el Nil. Es mi deseo que el Partido Patriótico apruebe mi candidatura. Estoy a su entera disposición, Kamal Bey, para cualquier cosa que precise.

El Fouli aparentó reflexionar profundamente, a pesar de que ya se esperaba lo que Hagg Ezzam venía a contarle. La impresión que causaba El Fouli a primera vista era contradictoria. Por un lado, estaban su inteligencia, viva sagacidad y fuerte personalidad. Por otro, el cuerpo gordo y la abultada tripa; la corbata siempre un poco desanudada y los horribles colores de sus ropas, que nunca combinaban; el pelo toscamente teñido y el rostro robusto y vasto; la mirada insolente, irascible y mentirosa, y su ordinaria forma de hablar, alargando los brazos, moviendo los dedos

y sacudiendo los hombros y la barriga. Hablaba como una mujerzuela. Todo esto le confería un aspecto en cierto modo cómico, como el de un presentador de un espectáculo callejero. Producía en quien le escuchaba una desagradable sensación de vulgaridad.

El Fouli pidió papel y pluma a sus ayudantes y se puso a dibujar. Durante unos instantes se concentró en el dibujo. Ya pensaba Hagg Ezzam que algo iba mal, cuando El Fouli terminó el dibujo y se lo mostró. Se sorprendió al ver dibujado un gran conejo. Permaneció un momento en silencio y preguntó:

—No entiendo qué quiere decir, Su Excelencia.

—Quieres asegurarte el éxito en las elecciones y me preguntas qué pido a cambio —respondió al momento El Fouli—. He dibujado lo que quiero.

—¡Un conejo^[5] entero! ¿Un millón de libras? Es muchísimo, Kamal Bey.

Hagg Ezzam se esperaba la cifra, pero prefería regatear por si acaso. El Fouli respondió:

—Escucha, Hagg, a Dios pongo por testigo...

—¡No hay más dios que Alá! —respondieron todos los presentes.

—... de que en distritos más pequeños que Kasr el Nil saco entre millón y medio y dos millones de libras. Mi hijo Yaser aquí presente puede corroborarlo. Sin embargo, Ezzam, bien sabe Dios que te aprecio y que te quiero con nosotros en el Parlamento. Además, ten en cuenta que esta cantidad no me la quedo yo solo. Yo soy como el cartero que recoge tu paquete y se lo lleva a otros, y tú lo sabes bien.

Hagg Ezzam mostró algo de inquietud y preguntó:

—O sea, Kamal Bey, que si pago la cantidad, ¿me aseguras la victoria en las elecciones, con la ayuda de Dios?

—¡Qué vergüenza, *Hagg!* Estás hablando con Kamal el Fouli, treinta años de experiencia parlamentaria. Ningún candidato en Egipto puede ganar sin nuestro consentimiento, gracias a Dios.

—He oído que hay peces gordos interesados en presentarse por Kasr el Nil.

—No te preocupes. Si llegamos a un acuerdo, con la bendición del Señor, triunfarás en Kasr el Nil, aunque el mismísimo diablo esté en tu contra. Yo me encargaré de ello, Hagg —El Fouli rio, reclinándose en la silla y acariciándose la enorme barriga con las palmas de las manos. Continuó con arrogancia—. La gente, pobres inocentes, piensa que amañamos las elecciones. ¡Nada de eso! Lo que pasa es que hemos estudiado a fondo la psicología del pueblo egipcio. Dios creó a los egipcios sumisos a la autoridad. No encontrarás a ningún ciudadano en este país que se enfrente a su gobierno. Hay pueblos cuya naturaleza es revolucionaria y rebelde. El egipcio, sin embargo, agacha la cabeza durante toda su vida para conseguir un poco de pan. Está escrito en la historia, este pueblo es el más fácil de gobernar del mundo. En cuanto tomas el poder, los egipcios se te someten, se humillan ante ti y puedes hacer con ellos lo que te venga en gana. En este país, cualquier partido en el poder que participe en unas elecciones las gana, porque los egipcios siempre apoyan

al gobierno. El Señor los creó así.

Hagg Ezzam vaciló, poco convencido por las palabras de El Fouli. A continuación le preguntó por la forma de pago, a lo que le respondió con sencillez:

—Bendito sea el Profeta, Hagg. Si pagas en metálico yo mismo lo tomaré. Si pagas con cheque extiéndelo a nombre del abogado Yaser el Fouli y él te hará un contrato como si fueses su cliente. Comprenderás que es el procedimiento habitual.

Hagg Ezzam guardó silencio. Sacó su talonario y abrió su pluma de oro diciendo:

—Está bien. Te extiendo un cheque por la mitad y después de la victoria, si Dios quiere, te pagaré el resto.

—No, querido. ¡Qué vergüenza! Vas a conseguir que me enfade. Así se trata a los novatos. Conmigo sólo valen las cuentas claras. Paga toda la cantidad y te felicitaré cuando entres en el Parlamento. Y ahora leamos juntos la *Fatiha*.

Aquél fue el último intento de regateo de Hagg Ezzam, que terminó aceptando y firmó un cheque por valor de un millón de libras. Lo revisó con cuidado, como de costumbre, y se lo pasó a El Fouli, quien lo tomó y se lo entregó a su hijo. Su rostro se iluminó de alegría y dijo, visiblemente contento:

—Enhorabuena, Hagg. Leamos juntos la *Fatiha*, con la bendición y el consentimiento del Señor. Yaser preparará el contrato.

Los cuatro, El Fouli, Hagg Ezzam y sus dos hijos, cerraron los ojos, extendieron las manos en señal de súplica y comenzaron a recitar la *Fatiha* entre susurros.



Hagg Ezzam pagó la cantidad convenida a El Fouli, imaginando que las elecciones ya estaban resueltas a su favor. Sin embargo, esto no iba a ser así, ya que en el distrito de Kasr el Nil se produjo una dura pugna entre varios empresarios por un Escaño de los Trabajadores^[6] en el Parlamento. El rival más fuerte de Hagg Ezzam era Hagg Abu Himeida, propietario de la famosa cadena de tiendas de ropa «Reda we Nur». Así como en la naturaleza los polos iguales se repelen, entre los dos *Haggs* surgió un odio virulento debido principalmente a lo mucho que se parecían en varios aspectos.

Al igual que Hagg Ezzam, Abu Himeida era de origen humilde, ya que había sido obrero en el puerto de Port Said. Amasó su fortuna en menos de veinte años, convirtiéndose en uno de los principales millonarios de Egipto. Su nombre comenzó a escucharse por primera vez, tiempo atrás, cuando abrió su cadena de grandes almacenes en El Cairo y Alejandría. Pronto las páginas de los periódicos y la televisión se inundaron de anuncios en los que prometía regalar vestidos *decorosos* y pañuelos de colores a las mujeres que decidieran seguir los códigos de vestimenta islámicos y ponerse el velo. A cambio, debían entregar sus antiguas prendas indecentes a la dirección de la tienda como prueba de sinceridad. En aquel entonces la gente se sorprendió ante esta extraña invitación. El estupor aumentó cuando de hecho las tiendas «Reda we Nur» empezaron a recoger la ropa usada de decenas de

mujeres que recibían en su lugar nuevos y caros vestidos islámicos de forma gratuita.

Esta noble causa no impidió las artimañas de algunas mujeres que ya llevaban velo y que querían conseguir ropa gratis. Para ello, fingían vestir de forma impúdica y se presentaban en las tiendas con prendas prestadas para recibir a cambio vestidos nuevos. Los almacenes «Reda we Nur» se dieron cuenta de esta maniobra e hicieron público un anuncio en el que amenazaban con emprender acciones legales contra estas clientes, ya que el contrato que firmaba con la tienda la mujer que decidía ponerse el velo incluía una cláusula en su contra en caso de que mintiese.

A pesar de estos contratiempos, su campaña tuvo un gran éxito y ayudó a miles de musulmanas a ponerse el velo. Aparecieron, previo pago por parte del empresario, reportajes publicitarios sobre el proyecto en los periódicos, en los cuales Hagg Abu Himeida declaraba que había desembolsado una gran cantidad de dinero en pro del bien y para estar más cerca de Dios, alabado sea. Añadía que tras haber consultado a los ulemas se había dado cuenta de que el mejor medio para servir al Islam era ayudar a las mujeres a vestir decentes, como paso previo hacia la perfección moral de acuerdo con la ley ortodoxa de Alá. Y cuando se le preguntaba por el coste del reparto gratuito de miles de vestidos recatados, se negaba a contestar y afirmaba que consideraba que ese dinero iba a parar a las manos de Dios, alabado sea. Sin lugar a dudas, el proyecto del velo hizo famoso el nombre de Abu Himeida y le convirtió en una estrella de la sociedad egipcia. Sin embargo, circulaban con fuerza rumores de que Abu Himeida era un gran traficante de heroína, que su plan islámico era una tapadera para blanquear dinero y que las autoridades no le detenían gracias a los grandes sobornos que pagaba.

Abu Himeida había puesto todo su empeño en ser elegido candidato del Partido Patriótico por el distrito de Kasr el Nil. Cuando el Partido anunció la designación de Hagg Ezzam, se enfadó muchísimo y protestó con insistencia ante gente influyente, pero todo fue en vano, ya que la palabra de El Fouli siempre prevalecía. Incluso un alto cargo al que le unía una sincera amistad con Abu Himeida escuchó sus quejas sobre El Fouli y le contestó sonriendo:

—Escucha, Abu Himeida, sabes que te aprecio y que velo por tus intereses. Debes solucionar tus diferencias con El Fouli. Si esta vez no entras en el Parlamento, ya habrá más ocasiones, si Dios quiere, pero no pierdas nunca a El Fouli porque cuenta con apoyos que ni te figuras. Es muy rencoroso y si le enfadas te creará problemas que no puedes imaginar.

Sin embargo, Abu Himeida no se amedrentó, sino que se presentó a las elecciones como independiente e inundó el distrito de Kasr el Nil con miles de carteles electorales con su foto, su nombre y su símbolo electoral, una silla. Todas las noches celebraba grandes mítines en West el Balad en los que movilizaba a sus seguidores y les arengaba atacando a Hagg Ezzam, insinuando que su riqueza era fruto del pecado y acusándole de licencioso, en referencia a su nuevo matrimonio. Hagg Ezzam se enfadó por estas calumnias y dijo a El Fouli con franqueza:

—¿Cuáles son las ventajas de ser el candidato del Partido, si éste no impide que cada noche se me insulte en público?

El Fouli asintió con la cabeza y prometió arreglarlo todo. Realizó una declaración que fue portada de todos los periódicos al día siguiente: *«El Partido Patriótico tiene un solo candidato por distrito. Es un deber del Partido que todos sus miembros den su apoyo incondicional al candidato. Si algún miembro se presentase como independiente contra el candidato oficial será sometido a una comisión disciplinar y expulsado tras las elecciones»*.

Esta declaración era una clara referencia a Abu Himeida, quien no se dejó influir por las amenazas. Por el contrario, continuó su virulenta campaña contra Hagg Ezzam. Sus mítines se volvieron diarios, y en ellos repartía cientos de regalos entre los habitantes del distrito. Los dos candidatos competían con todos los medios para captar seguidores y partidarios. Se producían violentos enfrentamientos cada día con el resultado de varios heridos. Por la gran influencia que tenían ambos rivales, las fuerzas de seguridad no tomaban partido y la policía llegaba la mayoría de las veces al lugar de la pelea cuando ésta ya había terminado. En otras ocasiones, se limitaba a detener de forma arbitraria a algunos de los participantes en los altercados, que nada más llegar a la comisaría eran puestos en libertad sin cargos.



Por alguna razón, la facultad de Economía y Ciencias Políticas estaba asociada al prestigio y la distinción. Si se preguntaba a sus estudiantes por la facultad a la que pertenecían, respondían con convicción: «Economía y Ciencias Políticas», pronunciando la frase con orgullo y superioridad, como queriendo decir: «Pues sí, somos la élite, como puedes ver». Un halo de misterio rodeaba a esta facultad. Quizás se la tenía en especial consideración porque había sido fundada muchos años más tarde que el resto de facultades. Tal vez fuera porque, según se decía, el gobierno la había creado con el fin de que estudiara en ella la hija del presidente Gamal Abdel Nasser, o tal vez porque las ciencias políticas ponían a sus estudiantes en contacto con los acontecimientos diarios del mundo, lo que dejaba una impronta en su pensamiento y en sus actitudes. Por último, es posible que se debiera a que fue durante mucho tiempo la puerta de acceso a un puesto en el Ministerio de Asuntos Exteriores, y los hijos de la gente importante se matriculaban en ella como paso previo hacia la carrera diplomática. A pesar de todo, Taha Shazli no tenía nada de esto en mente cuando eligió la facultad de Economía como primera opción en su hoja de inscripción en la Universidad. Una vez perdidas para siempre sus esperanzas de entrar en la Policía, sólo quería sacar el máximo partido a su buen expediente. Esto era todo.

El primer día de clase, cuando pasó bajo el reloj de la universidad, le invadió un sentimiento de respeto y majestuosidad. Escuchó el famoso timbre y entró en el aula,

llena del retumbante eco procedente de las charlas y las risas entremezcladas de los cientos de estudiantes que estaban conociéndose e intercambiando conversaciones triviales. Taha se sintió extremadamente insignificante en medio de esa enorme masa semejante a un animal mitológico de mil cabezas que le miraban con ojos inquisitorios, examinándole. Se sentó apartado, en lo más alto del aula, ocultándose en un lugar seguro desde donde observar a los demás sin ser visto.

Llevaba unos pantalones vaqueros y una camiseta de franela blanca. Al salir de su casa pensaba que iba muy elegante, pero cuando vio a sus compañeros de clase se dio cuenta de que su ropa no estaba en absoluto de moda y de que el pantalón en concreto no era más que una simple imitación mala y barata de unos vaqueros originales. Decidió que intentaría convencer a su padre para que le comprara un conjunto en las tiendas de Mohandesin o Zamalek, en lugar de la tienda «Reda we Nur» donde compraba sus ropas baratas.

Taha tomó la determinación de no entablar amistad con nadie, ya que de lo contrario tendría que presentarse e intercambiar información personal. Se imaginaba en medio de un grupo de estudiantes, chicas incluidas, mientras alguien le preguntaba por la profesión de su padre. ¿Qué respondería? Se adueñó de él la obsesión de que entre los estudiantes sentados en el aula estaría el hijo de algún vecino del edificio Yacobián, para quien habría ido alguna vez a comprar un paquete de tabaco o cuyo coche habría lavado. Se imaginaba al desconocido hijo del vecino encontrándose al hijo del portero como compañero de facultad. ¿Qué pasaría entonces?

Siguió pensando en todo esto mientras las clases iban pasando una tras otra, hasta que sonó la llamada a la oración del mediodía y algunos estudiantes se levantaron para rezar. Taha los siguió a la mezquita de la facultad pensando, aliviado, que eran pobres como él y que la mayoría de ellos parecía de origen rural. Esto le animó a preguntarle a uno, tras la oración:

—¿Estás en primero?

—Sí, gracias a Alá —respondió el otro con una sonrisa amistosa.

—¿Cómo te llamas?

—Jaled Abdel Rahim. Soy de Asiut, ¿y tú?

—Taha Shazli, de aquí, de El Cairo.

Éste fue el primer amigo de Taha. Desde el primer momento, igual que el aceite se separa del agua creando una capa por encima, los estudiantes ricos se apartaron de los pobres y formaron numerosos grupitos cerrados, compuestos por alumnos que habían estudiado en escuelas internacionales, que tenían coches, ropas de importación, cigarrillos extranjeros y se rodeaban de las chicas más guapas y elegantes. Por otro lado, los estudiantes pobres se juntaban como ratones asustados y hablaban entre susurros, avergonzados.

En menos de un mes Taha se unió al grupo de la mezquita y Jaled Abdel Rahim se convirtió en su mejor amigo. Era bajito, seco y delgado como una caña de azúcar. De piel muy morena, llevaba unas gafas baratas con montura negra que daban a su

rostro un aire serio y ponderado. Vestía ropas clásicas y humildes. Parecía un profesor recién licenciado. Taha le apreciaba mucho, quizás porque era pobre como él, o incluso más, como ponían de manifiesto los calcetines llenos de remiendos que quedaban al descubierto cuando rezaba. También le gustaba porque era profundamente religioso. En la oración invocaba a Dios en el sentido literal de la expresión. Colocaba sus manos unidas en el corazón e inclinaba la cabeza con total sumisión. Daba la impresión en ese momento de que ya podía haber un incendio o disparos de balas a su lado, que no se distraería del rezo ni un instante. Taha deseaba tener la fe y el amor por el Islam de Jaled. La amistad entre ambos se reforzó, se trataban con confianza y se contaban sus secretos. Compartían el desprecio por la frivolidad que veían a diario en sus compañeros ricos, que se alejaban de la religión verdadera, y por la desvergüenza de algunas compañeras, que venían a la universidad vestidas como para ir a una discoteca.

Jaled presentó a Taha a sus amigos de la Residencia Universitaria, todos estudiantes pobres, del campo, buenos y piadosos. Taha empezó a visitarles todos los jueves por la tarde. Rezaban juntos y pasaban la noche conversando y discutiendo. Sacó mucho provecho de estas conversaciones y se dio cuenta por primera vez de que la sociedad egipcia era una sociedad que vivía en la *Yahiliya*, apartada del Islam. El gobierno había suspendido la ley de Dios, profanándola abiertamente, debido a que la legislación del Estado permitía el alcohol, la fornicación y la usura. También conoció el verdadero significado del comunismo, enemigo de la religión, y los terribles crímenes cometidos por el régimen de Abdel Nasser contra los Hermanos Musulmanes. Leyó con ellos libros de Abu el Aala el Mawdudi, Sayed Qutb, Yusef el Karadawi o Abu Hamid el Gazali.^[7]

Tras varias semanas llegó el día en el que, tras una agradable velada con sus amigos de la Residencia Universitaria, cuando se disponía a despedirse de ellos como de costumbre, Jaled Abdel Rahim, en la puerta, le preguntó:

—¿Dónde rezas los viernes, Taha?

—En una pequeña mezquita cerca de mi casa.

Jaled intercambió una mirada con sus compañeros y dijo con alegría:

—Escucha, Taha, he decidido ganarme una recompensa en el Cielo gracias a ti. Mañana espérame a las diez en la plaza Tahrir, frente al café Ali Babá. Rezaremos juntos en la mezquita de Anas Ibn Malik y te presentaré al gran *sheij* Shaker, si Dios quiere.



Dos horas antes de la oración del viernes la mezquita de Anas Ibn Malik ya estaba llena a rebosar de creyentes, todos ellos estudiantes islamistas. Algunos vestían ropas occidentales, pero la mayoría seguía la moda paquistaní: chilaba blanca o azul que caía hasta la rodilla, pantalón del mismo color por debajo y turbante blanco en la

cabeza, con una punta colgando tras el cuello. Eran los simpatizantes y seguidores del *sheij* Mohamed Shaker. Todos los viernes madrugaban para conseguir un sitio en la mezquita antes de que el lugar se llenase. Pasaban el tiempo haciendo amistades, leyendo el Corán y charlando sobre asuntos religiosos. Su número fue en aumento hasta que el recinto se quedó pequeño. Los responsables de la mezquita sacaron entonces a la plaza contigua decenas de alfombras que extendieron en el suelo y el lugar se inundó de gente, hasta el punto de que el tráfico quedó cortado por completo. Hasta la *maqsurá* reservada a las mujeres estaba repleta. A pesar de que quedaba escondida de la vista, el alboroto de voces femeninas procedente de su interior así lo demostraba.

Se abrió el micrófono de la mezquita, que emitió un fuerte zumbido. A continuación se aclaró el sonido y un estudiante comenzó a recitar el Corán con voz suave y sumisa mientras los demás escuchaban embelesados. El ambiente era extraordinario, sincero y puro. Se trataba de una escena primitiva, ruda y ascética, que traía a la mente los primeros tiempos del Islam. De pronto, entre gritos de «no hay más dios que Alá» y «Alá es grande», los estudiantes se levantaron a empujones para recibir al *sheij* Shaker, que por fin hacía su aparición. Tendría alrededor de cincuenta años, era rechoncho y llevaba una fina barba teñida con alheña. Su rostro no carecía de hermosura y tenía unos grandes ojos de color miel muy atractivos. Vestía atuendos islámicos, como los estudiantes, y se cubría con un *izar* negro.

Conocía a la mayoría de los estudiantes allí reunidos y repartía saludos, abrazos y cortesías por doquier, por lo que tardó largo rato en subir al minbar. Una vez allí, sacó del bolsillo un *siwak* y se frotó con él los dientes purificándose. Después, pronunció la fórmula «en el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso», mientras los gritos de «¡Alá es grande!» resonaban en todos los rincones de la mezquita. El *sheij* hizo un gesto con la mano y al momento el silencio reinó en el lugar. Entonces comenzó el sermón, tras alabar a Dios y darle gracias:

«Queridos hijos e hijas:

Me gustaría que os hiciérais todos esta pregunta: ¿Cuántos años vive el ser humano en este mundo? La respuesta es que la esperanza de vida del hombre, en el mejor de los supuestos, no sobrepasa los setenta años. Si lo consideramos con atención, este periodo es extremadamente corto. Además, en cualquier momento podemos enfermar o tener un accidente y morir. Seguro que si buscáis un poco entre vuestros familiares o conocidos encontraréis a más de uno que ha fallecido repentinamente siendo aún joven. A quien muere a edad temprana no se le habría pasado nunca por la cabeza que esto podía sucederle. Y si seguimos reflexionando sobre este tema nos daremos cuenta de que el hombre, en esta vida, tiene solamente dos posibilidades:

Una es concentrar todos sus esfuerzos en esta corta vida terrenal y perecedera,

que puede terminarse en cualquier momento de forma imprevista. De este modo, actuaría como el hombre que quiere construir una casa elegante y lujosa y la levanta con arena a la orilla del mar. La casa queda entonces expuesta a que en cualquier momento llegue una gran ola y la destruya con facilidad. Ésta es la elección incorrecta.

La otra posibilidad, la que nos ofreció el Señor, alabado sea, es la de que el musulmán viva esta vida considerándola una pequeña etapa que conduce a la vida eterna del alma. Quien viva su vida en este sentido gozará de este mundo y del otro a la vez. Así será siempre feliz. La tranquilidad reinará en su mente y en su corazón, y sólo temerá a Dios, alabado sea.

Por eso al verdadero creyente no le asusta la muerte ya que no significa el fin de la existencia como creen los materialistas. Por el contrario, para quien cree en Alá la muerte no es más que la transición del alma desde el cuerpo mortal hacia la vida eterna. Esta fe verdadera es la que impulsó a unos pocos cientos de los primeros musulmanes a vencer a los ejércitos de grandes imperios como los persas o los bizantinos. Estos sencillos musulmanes consiguieron izar los estandartes del Islam en todos los rincones del mundo gracias a la fortaleza de su fe, a su deseo de sacrificar sus vidas por la causa de Dios y a su profundo desprecio por los efímeros placeres terrenales. Alá les ofreció la guerra santa como medio para propagar su palabra. La *yihad* es un deber del musulmán, igual que la oración o el ayuno. Aún más, es el deber más importante de todos.

Sin embargo, los gobernantes corruptos, sedientos de dinero y de placeres, que han dirigido el mundo islámico desde los tiempos de la decadencia se han propuesto, con la ayuda de sus hipócritas alfaquíes, eliminar la *yihad* de las obligaciones del Islam, porque se han dado cuenta de que si la gente la practicase se terminaría volviendo contra ellos y perderían sus tronos. De este modo, con la abolición de la *yihad*, se ha terminado de despojar al Islam de su significado verdadero, y la Religión Suprema se ha convertido en un conjunto de ritos faltos de sentido que el creyente realiza como quien hace gimnasia. Meros ejercicios físicos sin contenido espiritual. Cuando los musulmanes abandonaron la *yihad* se convirtieron en esclavos de este mundo, codiciosos, temerosos de la muerte, cobardes. Sus enemigos les superaron y Dios les condenó a la derrota, al retraso y a la pobreza por haber roto su alianza con Él, alabado sea.

Queridas hijas e hijos:

Nuestros gobernantes afirman que aplican la ley islámica, y sostienen al mismo tiempo que nos gobiernan con democracia. Dios sabe que mienten en lo uno y en lo otro. La *shariaa* ha sido suspendida en nuestro desgraciado país. Nos regimos por el derecho laico francés, que legitima la ebriedad, el adulterio o la homosexualidad siempre que haya consentimiento por las dos partes. El propio Estado se enriquece

con las apuestas y la venta de alcohol y utiliza este sucio dinero para pagar los sueldos de los musulmanes, contagiándoles con la maldición del pecado y privándoles de la bendición de Dios.

El Estado supuestamente democrático lleva a cabo elecciones fraudulentas. Detiene y tortura a inocentes para perpetuar a la clase dirigente en el poder. ¡Mienten, mienten y mienten, y pretenden que nos creamos sus repugnantes embustes! Pero nosotros les decimos alto y claro: No queremos una nación socialista ni democrática. ¡Queremos un Estado islámico! ¡Islámico! Vamos a luchar y a sacrificarlo todo para que Egipto vuelva a ser islámico. Islam y democracia son contrarios y nunca podrán convivir. ¿Acaso pueden mezclarse el agua y el fuego, la luz y la oscuridad? La democracia significa el gobierno del pueblo, y el Islam no reconoce a otro soberano que a Alá.

Ellos quieren que la ley islámica se someta al Parlamento para que sus señorías diputados decidan si es aplicable o no. “¡*Qué monstruosa palabra la que sale de sus bocas! No dicen sino mentira*”.^[8] La *shariaa* es la verdad suprema y divina, indiscutible e incuestionable, de obligado respeto y de cumplimiento inmediato, por la fuerza, le pese a quien le pese.

Hijos míos, preparaos para recibir a Dios en vuestros corazones. En esta reunión bendita, prometámosle por nuestro honor y gloria ser fieles a la religión y luchar por ella con todo nuestro ser, entregando nuestras insignificantes vidas hasta conseguir que se respete la palabra de Alá.»

Los presentes estallaron en gritos de «Alá es grande» que hicieron retumbar los cimientos del edificio. El *sheij* detuvo su discurso y agachó la cabeza hasta que se hizo de nuevo el silencio. Entonces continuó:

«Hijos míos, la misión de la juventud musulmana de hoy es recuperar el sentido de la *yihad* y volverlo a poner en las mentes y los corazones de los musulmanes. Esto es exactamente lo que asusta a América e Israel, y junto a ellos a los traidores de nuestros gobernantes. Tiemblan de miedo ante el poderoso resurgir del Islam, que cada día avanza en nuestro país y aumenta su poder. Un puñado de *muyahidines* de Hizbullah y de Hamas han conseguido infringir más derrotas a la poderosa América y al invencible Israel que el numeroso ejército de Abdel Nasser, derrotado y expulsado porque combatía por este mundo y había olvidado la religión.»

El entusiasmo del *sheij* llegó entonces a su clímax, y gritó:

«¡*Yihad! ¡Yihad! ¡Yihad!* Descendientes de Abu Bakr, de Umar, de Khaled y de Saad... Las esperanzas del Islam están puestas hoy en vosotros, al igual que un día recayeron sobre vuestros antepasados. Luchad por Dios y repudiad este mundo para siempre como lo hizo el Imam Ali ibn Abi Talib, la bendición del Señor sea con Él. Alá espera que cumpláis la promesa que le habéis hecho. Sed firmes y no abandonéis u os convertiréis en perdedores. Hay millones de musulmanes sometidos a la

ocupación sionista, despojados de sus tierras, suplicándoos que les devolváis su dignidad robada. Jóvenes musulmanes, los sionistas se emborrachan y fornican con prostitutas en el patio de la Mezquita de Al Aqsa. ¿Qué vais a hacer?»

Los ánimos de los estudiantes estaban exaltados. Uno de los que estaba en las primeras filas se levantó y, girándose hacia la multitud, gritó con voz entrecortada por la emoción: «¡Ni capitalismo ni comunismo! ¡Islam!, ¡Islam!». Miles de gargantas repitieron sus consignas. Los estudiantes empezaron a entonar el himno a la *yihad*, fundiéndose sus voces en una sola, poderosa como el trueno, mientras retumbaban decenas de albórbolas en la *maqsurá* de las mujeres. El *sheij* Shaker alzó la voz con creciente fervor: «¡Por Alá! Veo que éste es un puro y santo lugar, rodeado de ángeles. ¡Por Alá! Veo en vosotros el país del Islam resurgiendo fuerte y orgulloso. Veo a los enemigos de la nación musulmana temblando de miedo ante la fuerza de vuestra fe. Nuestros traidores y corruptos gobernantes, marionetas de la Cruzada occidental, recibirán pronto su merecido, que llegará de vuestras puras y limpias manos, con la gracia de Dios».

A continuación comenzó la oración. Con los cientos de estudiantes congregados tras él, empezó a recitar con voz suave y afectada la azora de la Familia de Imran:

«En el nombre del Señor, el Compasivo, el Misericordioso: Son ellos quienes, mientras se quedaban en casa, decían de sus hermanos: “Si nos hubieran escuchado, no les habrían matado”. Di: “Apartad, pues, la muerte de vosotros, si es verdad lo que decís”. Y no penséis que quienes han caído por Alá hayan muerto. ¡Al contrario! Están vivos y sustentados junto a su Señor. Contentos por el favor que Alá les ha hecho y alegres por quienes aún no les han seguido, porque no tienen que temer y no estarán tristes, alegres por una gracia y favor de Alá y porque Alá no deja de remunerar a los creyentes. A quienes escucharon a Alá y al Profeta, luego de la herida recibida, a quienes, entre ellos, hicieron el bien y temieron a Alá, se les reserva una magnífica recompensa. A aquellos a quienes se dijo: “La gente se ha agrupado contra vosotros, ¡tenedles miedo!”, esto les aumentó la fe y dijeron: “Alá nos basta! ¡Es un protector excelente!”. Y regresaron por una gracia y favor de Alá, sin sufrir mal. Buscaron la satisfacción de Alá Y Alá es el Dueño del favor inmenso.

[9]

Palabra de Dios.»

Nada más terminar la oración los estudiantes se abalanzaron a saludar al *sheij*. Después se dispersaron por el patio de la mezquita, en grupos de cuatro, formando amistades, recitando el Corán o estudiándolo juntos. El *sheij* avanzó lentamente por detrás del púlpito y atravesó una pequeña puerta baja que conducía a su despacho, lleno hasta los topes de estudiantes que deseaban conocerle por motivos diversos. Los presentes se abalanzaron sobre él, le abrazaron y algunos hicieron además de besarle

la mano, pero él la retiró con firmeza. Se sentó a escuchar con interés sus preguntas, una por una. Entablaba con cada estudiante un diálogo en voz baja tras el cual el joven se marchaba.

Al final sólo quedaban en la habitación unos pocos estudiantes, Jaled Abdel Rahim y Taha Shazli entre ellos. Éstos eran los más cercanos al *sheij*. A una señal de éste, uno de ellos se levantó y cerró la puerta con llave. Comenzó a hablar un estudiante corpulento de larga barba, que dijo al *sheij* en voz alta y excitada:

—Maestro, nosotros no hemos provocado a las Fuerzas de Seguridad. Son ellos los que nos acosan. Han sacado a algunos compañeros de sus casas y les han detenido sin que hayan hecho nada. Todo lo que pido es algún tipo de protesta. Hay que manifestarse o hacer una huelga para que liberen a nuestros hermanos detenidos.

Jaled le susurró a Taha, señalando al estudiante corpulento:

—Es el hermano Taher, máximo dirigente de la *Gamaa* en la Universidad de El Cairo. Está terminando medicina.

El *sheij* escuchó al joven, reflexionó un poco y dijo con tranquilidad y sin perder la sonrisa:

—No nos conviene provocar a las Fuerzas de Seguridad en este momento. El régimen acaba de implicarse en una alianza con América y los sionistas con el pretexto de apoyar la liberación de Kuwait. Dentro de poco comenzará una guerra ingrata e injusta en la que los musulmanes egipcios matarán a sus hermanos iraquíes siguiendo las órdenes de Estados Unidos. Cuando esto ocurra el pueblo egipcio se rebelará contra su gobierno, guiado por el movimiento islámico, con la bendición de Alá. Espero que ahora lo entiendas, hijo. Si la policía nos acosa es para que respondamos y así darles un pretexto para asestar un golpe contra todo el movimiento islamista. ¿No te has dado cuenta de que en el sermón de hoy me he contenido y he hablado en general sin mencionar expresamente la guerra que se avecina? Si hubiese criticado la participación de Egipto en la coalición mañana mismo cerrarían la mezquita, pero la necesito abierta para movilizar a la juventud cuando empiece la guerra. No, hijo. No es prudente quedar a su merced ahora. Espera a que empiecen a matar a nuestros hermanos musulmanes en Iraq siguiendo las órdenes de infieles y sionistas, y entonces ya verás lo que haremos, con la gracia de Dios.

—¿Pero quién dice que nos dejarán tranquilos hasta que empiece la guerra? ¿Cómo puede estar tan seguro? Hoy han detenido a veinte dirigentes del movimiento islamista y mañana nos detendrán a los demás si no les plantamos cara —respondió el joven, furioso.

El silencio y la tensión reinaron en el ambiente. El *sheij* dirigió una mirada reprobadora al joven y dijo con la misma tranquilidad:

—Ruego a Alá para que un día te libre de ese carácter impetuoso, hijo. Un creyente fuerte debe ser capaz de controlar sus impulsos, como nos enseñó nuestro amado Profeta, las bendiciones y la paz de Dios sean con Él. Sé que es el amor por tus hermanos y tu fervor religioso lo que te provoca esta rabia. Tranquilízate, hijo,

pues te prometo por el Altísimo y Todopoderoso que destruiremos este régimen infiel, pero en el momento adecuado, con la gracia de Dios —el *sheij* calló por un momento, miró durante largo tiempo al joven y añadió a modo de conclusión—. Ésta es mi última palabra. Intentaré por todos los medios, con la ayuda de Alá, liberar a los compañeros detenidos. Gracias a Dios, tenemos amigos en muchos sitios. En cuanto a la huelga y las manifestaciones, no estoy de acuerdo en este momento.

El joven agachó la cabeza, dejando claro que se callaba a regañadientes. Pronto pidió permiso para retirarse, se despidió de los presentes y cuando llegó al *sheij* se inclinó ante él y le besó dos veces en la frente, queriendo borrar las huellas de la discusión. El *sheij* le devolvió una sonrisa compasiva y le dio unas palmadas afectuosas en el hombro. Los estudiantes se fueron marchando uno tras otro, hasta que no quedaron en la sala más que Taha y Jaled Abdel Rahim, quien se acercó al *sheij* y le dijo:

—Maestro, éste es el hermano Taha Shazli, el compañero de la Facultad de Economía del que le he hablado.

El *sheij* dio la bienvenida a Taha:

—Bienvenido, bienvenido. ¿Cómo estás, hijo? Jaled me ha contado muchas cosas de ti.



El fragor de la batalla aumentó en la comisaría. Hamid Hawwas realizó una denuncia contra Malak Khila por ocupación ilegal de una habitación y solicitó que la disputa fuese llevada ante los tribunales. Por su parte, Malak presentó en su defensa una fotocopia del contrato de alquiler y además insistió en denunciar a Hamid Hawwas y Ali *Chófer* por agresión física. Pidió que quedara constancia de sus lesiones, por lo que fue enviado con un agente al hospital Ahmad Maher, de donde regresó con un informe médico que adjuntó a la denuncia. Ali *Chófer* negó rotundamente haber agredido a Malak y le acusó de haberse infligido él mismo las heridas.

Esto en lo que respecta a las vicisitudes legales. En cuanto a la guerra dialéctica, todos se enfrascaron en ella, cada uno a su modo: Hamid Hawwas no paró un solo instante de presentar argumentos legales sobre el derecho al disfrute de los espacios de uso común de los vecinos de la azotea, citando varias sentencias del Tribunal de Casación; mientras tanto Abaskharon gimoteaba suplicando al oficial, levantándose la chilaba para enseñar su pierna amputada como solía hacer cuando se veía en dificultades, repitiendo sus lamentos:

—Piedad, oficial. Piedad. Sólo queremos ganarnos el pan y nos atacan y nos pegan.

Por su parte, Malak se comportaba de una forma única en su género. Era consciente, por su dilatada experiencia, de que los agentes de policía toman en consideración a todo ciudadano de acuerdo con tres factores: su aspecto, su profesión

y el modo de expresarse. Según sean estas valoraciones, en la comisaría un ciudadano será respetado o despreciado y golpeado. La ropa popular y modesta de Malak no producía ninguna impresión especial en los agentes, así como su profesión de sastre tampoco le garantizaba el suficiente respeto, por lo que no le quedaba más que su forma de hablar. Por eso Malak, cada vez que entraba en una comisaría, solía adoptar al instante las maneras de un hombre de negocios ocupado en asuntos urgentes e importantes e irritadísimo por haber sido interrumpido de ese modo. Se dirigía a los agentes empleando un lenguaje culto y elevado que les hacía dudar si lo habían subestimado. Decía cualquier tontería y terminaba gritando frente al oficial:

—¡Usted lo sabe, y yo lo sé! ¡Y el señor comisario lo sabe, y el señor Director de Seguridad también lo sabe!

La utilización de expresiones cultas y la mención al Director de Seguridad, como si se tratara de un conocido suyo con quien fuese a ponerse en contacto, eran medios eficaces para hacer a los agentes contenerse a regañadientes de dar a Malak su merecido.

Y así estaban, Abaskharon, Malak y Hamid Hawwas plantados frente al agente, sin parar de gritar, y detrás de ellos el borrachuzo de Ali *Chófer*, como un experto contrabajista que conoce a la perfección su papel en la orquesta, repitiendo sin cesar con su voz ronca y profunda la misma frase:

—Señor, en la azotea viven mujeres y familias. No podemos permitir que vengan obreros a molestar a nuestras mujeres. Por favor, señor.

El oficial estaba enfurecido con todos ellos y, de no haber sido por el temor a las consecuencias, ya habría mandado a los detectives que los ataran y les golpearan en el trasero a todos. Pero finalmente redactó la denuncia que fue remitida a la fiscalía y envió a los litigantes a pasar la noche en el calabozo hasta el día siguiente, en el que el fiscal emitió un dictamen que permitía a Malak tomar posesión de la habitación y «se concedía a los damnificados el recurso a la justicia». Tras esto, Malak regresó triunfante a la azotea y, con la mediación de gente de bien, hizo las paces con sus dos rivales, Ali *Chófer* y Hamid Hawwas, quienes aparentaron avenirse pero continuaron redactando y presentando denuncias contra Malak.

La decisión de la fiscalía fue el punto de partida para Malak, quien en sólo una semana cambió por completo el aspecto de la habitación. Cerró la puerta que comunicaba con la azotea y abrió otra gran puerta que daba al patio interior, donde colocó un gran letrero de plástico en el que escribió con caracteres árabes y latinos: «CAMISAS MALAK». En el interior dispuso una gran mesa de trabajo y varios sillones para que los clientes esperasen. En la pared colgó una imagen de la Virgen María y una copia de un artículo en inglés de *The New York Times* titulado: «Malak Khila, el gran sastre egipcio», en el cual un periodista americano relataba a toda página las habilidades del maestro Malak en el corte y confección de camisas. En el centro del artículo había una gran foto suya con el metro al cuello, completamente absorto en el corte de un retal de tela, aparentando no darse cuenta de que estaba siendo

fotografiado.

Cuando le preguntaban por este artículo, Malak contaba que un extranjero, que más adelante resultaría ser corresponsal de *The New York Times* en El Cairo, llegó un día interesado en arreglar unas camisas. Al día siguiente Malak se sorprendió al verle llegar otra vez con unos fotógrafos extranjeros que le hicieron ese reportaje, debido a que estaban maravillados por sus habilidades como sastre. Contaba esta historia con toda naturalidad y lanzaba una mirada furtiva a quien le escuchaba. Si veía en su rostro indicios de duda cambiaba rápidamente el tema de la conversación, como si no hubiese dicho nada. Sin embargo, si parecía creerle, proseguía, afirmando que el extranjero le había rogado que le acompañase a América para trabajar de sastre allí con el sueldo que él quisiese. Sin embargo, por supuesto, había rechazado esta proposición porque no le gustaba la vida en Occidente. Malak terminaba su relato diciendo con orgullo y convencimiento:

—Ya se sabe. Los países extranjeros andan buscando sastres hábiles.

Pero la verdad de toda esta historia era que en la plaza de Ataba había un fotógrafo llamado Basiuni que montaba artículos alabando las habilidades de cualquiera en un periódico a elección del cliente, por diez libras en un periódico árabe o por veinte en uno extranjero. Sólo necesitaba el nombre del periódico y una foto del cliente. Tenía preparados textos en los que el redactor hablaba de una maravilla oculta que había encontrado en las calles de El Cairo, ya se tratara del taller del genial sastre Fulanito o del grandioso restaurante de Kebab de Menganito. Basiuni juntaba todo esto con precisión en su máquina fotocopidora y obtenía una copia que parecía sacada del periódico.

Pero ¿a qué se dedicaba Malak Khila en su nuevo local? Por supuesto, confeccionaba camisas, pero esto no suponía más que una pequeña parte de su actividad diaria. Por abreviar, Malak trabajaba en cualquier cosa que produjese dinero. Desde el cambio de dinero negro o el contrabando de alcohol hasta la venta de edificios, terrenos y pisos. Concertaba matrimonios de jeques árabes con jóvenes campesinas que conseguía a través de intermediarios de determinadas aldeas de Giza y El Fayum. También organizaba el traslado de inmigrantes al Golfo Pérsico a cambio de dos meses de su salario.

Todas estas múltiples actividades le habían proporcionado información acerca de mucha gente y conocía los más ocultos secretos de muchas personas. Todo el mundo era candidato potencial a trabajar con él en cualquier momento y una pequeña información sobre sus socios podía ayudarle a influir en ellos de forma decisiva y así cerrar los tratos como le convenía. A lo largo del día, desde el amanecer hasta las diez de la noche, pasaban por la tienda de Malak todo tipo de personas: clientes pobres y ricos, jeques árabes, agentes de propiedad, empleadas y asistentes del hogar, pequeños comerciantes, corredores a comisión... En medio de todos, Malak iba y venía, hablaba, gritaba, reía, bromeaba, se enfadaba, discutía, juraba y perjuraba cientos de veces y cerraba negocios entre apretones de manos, como un viejo e ilustre

actor de teatro representando con deleite su papel en una obra que conoce a la perfección desde hace tiempo.



Malak veía a Busayna el Sayed dos veces al día, cuando ella iba y volvía del trabajo. Desde el primer momento le había llamado la atención porque era hermosa y tenía un cuerpo atractivo. Al mismo tiempo percibía otra sensación difícil de describir que le inducía a pensar que la seriedad que se dibujaba en su rostro era frágil y falsa, y que Busayna no era tan honrada como intentaba aparentar. Fue recopilando información sobre ella hasta descubrir todo lo que pasaba. Entonces empezó a saludarla, a interesarse por la salud de su madre, la Hagga, y a preguntarle si a la tienda de ropa Shanan donde trabajaba no le interesaba un lote de camisas a un buen precio, con la comisión pertinente para ella, por supuesto. Poco a poco empezó a hablarle de diversos asuntos: el tiempo, los vecinos, el matrimonio...

En realidad, Busayna no se sentía a gusto con Malak, pero tampoco podía evitarle porque pasaba frente a él todos los días, porque era su vecino y porque le hablaba con educación, lo que no le daba la posibilidad de cortarle. Además, cedió a hablar con él principalmente porque algo inquisidor y penetrante en la actitud de Malak hacia ella le impulsaba a someterse. Cuando le hablaba de cualquier tema parecía que a través del tono de su voz y de sus miradas le estuviese diciendo: «No te hagas la decente, lo sé todo». Este silencioso mensaje se hizo tan evidente y fuerte que Busayna empezó a preguntarse si Talal habría revelado su relación secreta.

Malak fue haciéndose cada vez más familiar, hasta que llegó un día en el que, tras dirigirle una larga mirada evaluando su macizo pecho y su cuerpo de piel delicada, le preguntó con descaro:

—¿Cuánto te paga al mes Talal Shanan?

Busayna sintió una gran ira y esta vez decidió plantarle cara con violencia, pero al final respondió, evitando su mirada:

—Doscientas cincuenta libras.

Su voz salió entrecortada y extraña, como si fuese otra persona la que estuviese hablando. Malak se rio, se acercó a ella y le dijo, lanzando su ataque:

—Eres tonta, hija. Eso es una miseria. Escucha, te ofrezco un trabajo por seiscientas libras al mes. No tienes que responderme ahora, tómate un tiempo. Uno o dos días y después ven a verme.

Zaki Bey el Desouki se sentía a gusto en el *Maxim's*.

Cuando cruzaba la plaza Suleimán Pachá en dirección al estrecho callejón enfrente del Club Automovilístico, empujaba la pequeña puerta de madera con paneles de vidrio y atravesaba el recibidor del bar, se sentía como en una máquina del tiempo que le transportaba a los hermosos años cincuenta: las paredes pintadas de un blanco resplandeciente, en las que había colgados cuadros originales de grandes artistas; la tenue luz que emanaba de las elegantes lámparas; las mesas cubiertas con manteles de un blanco inmaculado sobre los cuales estaban dispuestos al estilo francés platos, servilletas cuidadosamente dobladas, cucharas, cuchillos y copas de varios tamaños; la entrada al baño, oculta a la vista por un gran biombo azul; la pequeña y elegante barra al fondo y, a su izquierda, el antiguo piano en el que Christine, la dueña del local, tocaba para sus amigos... Todo en el *Maxim's* llevaba la marca de un elegante pasado, del mismo modo que los viejos Rolls Royce, los guantes largos de color blanco que llevaban las mujeres, los sombreros tocados con plumas, los gramófonos con grandes altavoces y aguja de oro o esas fotos antiguas en blanco y negro, con marcos de madera oscura, que se cuelgan en el salón y se olvidan, pero que, de vez en cuando, al contemplarlas, hacen sentir nostalgia y melancolía.

La propietaria del *Maxim's*, *Madame* Christine Nicholas, era una anciana de origen griego que había nacido y pasado toda su vida en Egipto. Dibujaba con maestría, tocaba el piano y el violín y cantaba de forma exquisita. Se había casado repetidas veces y había llevado una vida alborotada y feliz. Su relación con Zaki Bey comenzó en los años cincuenta con un amor apasionado, que se extinguió dando paso a una amistad profunda y firme. Zaki Bey podía pasar largos meses sin interesarse por Christine ni verla, pero cuando estaba angustiado y las cosas no le iban bien recurría a ella y siempre la encontraba dispuesta a escucharle atenta, darle sinceros consejos y compadecerle como una madre.

Aquel día, en cuanto lo vio entrar por la puerta del bar, Christine soltó un grito de alegría, le abrazó y le besó en las mejillas. Le sujetó por los hombros y, echando la cabeza hacia atrás, le contempló por un instante con sus ojos azules y dijo:

—Pareces preocupado, amigo.

Zaki Bey sonrió con tristeza. Estuvo a punto de decir algo, pero permaneció en silencio. Christine movió la cabeza con un gesto de comprensión y le invitó a sentarse en su mesa favorita, al lado del piano. Le pidió una botella de vino rosado y unos aperitivos fríos.

Así como una flor seca conserva su aroma, Christine todavía preservaba trazas de su pasada hermosura: un cuerpo firme y esbelto; el pelo teñido y peinado liso, hacia atrás; un maquillaje pálido que daba a su arrugado rostro una impronta digna y refinada. Al sonreír, en su cara se fundían la ternura y benevolencia propias de una

amable ancianita con esa antigua coquetería que regresaba y brillaba por un momento para después consumirse. Christine cató el vino como mandan las normas de la mesa e hizo un gesto de aprobación al anciano camarero nubio, que sirvió dos copas. Entre trago y trago, Zaki Bey le fue contando lo que había sucedido. Ella escuchó con atención y le respondió, contradiciéndole y pronunciando las palabras en francés con su acento musical y dulce:

—Zaki, estás exagerando. Sólo es una pelea más.

—Daulet me ha echado de casa.

—Será una reacción impulsiva porque se enfadó. Espera un día o dos y ve a pedirle disculpas. Daulet es muy nerviosa, pero tiene buen corazón. No olvides que has perdido su valioso anillo, y que cualquier mujer del mundo te echaría de casa si andas perdiendo sus joyas —dijo Christine con tono jovial, pero Zaki Bey seguía desanimado.

—Daulet llevaba tiempo planeando echarme del piso —respondió él con tristeza—. Con el asunto del anillo ha encontrado el pretexto. Le he propuesto comprarle otro, pero se ha negado.

—No entiendo.

—Daulet desea quedarse con el piso ella sola.

—¿Por qué?

—Querida amiga, como bien sabes, no soy creyente y hay cosas en las que nunca pienso, como la herencia y el reparto de nuestras propiedades —Christine le miró, interrogante, y él continuó explicando mientras se llenaba otra copa de vino—. No me he casado ni he tenido descendencia, así que cuando muera todas mis posesiones pasarán a manos de Daulet y sus hijos. Ella quiere asegurarse de que sus hijos se queden con todo desde ya. Ayer, durante la pelea, me dijo: «¡No permitiré que nos quites lo que es nuestro por derecho!». ¡Imagínate! No puede ser más clara. Considera que sus hijos tienen derecho sobre todo lo que poseo, como si yo no fuese más que un administrador temporal de mi fortuna. Quiere llevarse mi parte de la herencia antes de que yo muera. ¿Entiendes?

—¡No, Zaki! —gritó Christine, que parecía un poco embriagada. Zaki Bey intentó seguir hablando, pero ella le interrumpió—. Daulet es incapaz de pensar así.

—Después de todo este tiempo sigues siendo tan inocente como siempre. ¿Por qué te sorprendes ante la maldad? Piensas como los niños, imaginas a los buenos felices y sonrientes, y a los malos feos, con las cejas espesas y desgreadas. La vida es mucho más compleja que todo eso. El mal existe incluso en la gente más buena y en los más cercanos a nosotros.

—Querido filósofo, exageras. Escucha, vamos a apostarnos una botella grande de *Black Label*. Esta misma noche llamaré a Daulet y arreglaré vuestras diferencias. Si lo consigo tendrás que comprar la botella y tragarte tus palabras.



Zaki Bey abandonó el *Maxim's* y se puso a deambular sin rumbo por West el Balad. Regresó a su despacho, donde le recibió Abaskharon, concedor de la situación, con una expresión triste en el rostro. Le sirvió algo de beber y unos aperitivos con rapidez y diligencia, consolándole. Zaki Bey tomó la copa en el balcón. Incluso en estos momentos conservaba la esperanza de hacer las paces con Daulet. Pensaba que en el fondo era su hermana y que no podría hacerle daño. Al cabo de media hora sonó el teléfono. La voz de Christine, turbada, le anunció:

—Zaki, he hablado con Daulet... Lo siento. Parece que se ha vuelto realmente loca y está decidida a echarte del piso. Me ha dicho que ha cambiado la cerradura y que mañana te mandará tus ropas. No puedo creer lo que está pasando. Imagínate, hasta ha hablado de emprender acciones legales contra ti.

—¿Qué acciones legales?

—No me lo ha explicado, pero ten cuidado, Zaki. Espérate cualquier cosa de ella.



Al día siguiente Abaskharon apareció con un muchacho de la calle que llevaba una gran maleta en la que Daulet enviaba todas las ropas de Zaki Bey. A esto le siguieron una serie de citaciones de la comisaria en la que Daulet había puesto varias denuncias reclamando sus derechos sobre el piso y solicitando garantías de que su hermano no lo ocuparía de nuevo. Algunos amigos intentaron interceder entre ambos para que llegasen a un acuerdo, pero Daulet los rechazó. Zaki Bey la llamó por teléfono en varias ocasiones pero ella colgaba en cuanto oía su voz. Finalmente, decidió consultar a un abogado, quien le informó de que su situación no era mala pero tampoco ventajosa, porque el piso estaba alquilado a nombre de su padre, por lo que Daulet tenía derecho a ocuparlo. También reconoció que los asuntos de la justicia van despacio, y que lo más adecuado en estos casos era recurrir a la violencia. Debía, muy a su pesar, contratar a unos matones, echar a su hermana del piso, impedirle entrar y obligarla a ir a juicio. Era la única forma de resolver estas disputas.

Zaki Bey estaba de acuerdo con la idea del abogado y propuso romper la puerta y cambiar la cerradura el domingo por la mañana, cuando Daulet fuera al banco como de costumbre. Le dijo al abogado que ni el portero ni ningún vecino le impedirían llevar a cabo el plan. Hablaba con entusiasmo y en serio, pero en lo más hondo de su ser era consciente de que no sería capaz de hacer algo así. No contrataría a unos matones, no echaría a Daulet ni la llevaría a juicio. No podía hacer nada de eso. ¿Le tenía miedo? Es posible. Nunca se enfrentaba a ella, prefería retirarse. Por naturaleza no era un luchador, desde pequeño odiaba las peleas y evitaba los problemas a cualquier precio. Tampoco podía echarla porque era su hermana. Aunque recuperase el piso, no sería feliz viéndola en la calle. Su conflicto con ella le entristecía porque no podía imaginársela como un ser perverso y vengativo a pesar de lo que le había hecho. No podía olvidar cómo había sido y lo que la había querido. ¡Con lo delicada

y tímida que era! ¡Qué cambiada estaba! Se hallaba apenado porque la relación con su única hermana hubiese llegado a este extremo. Pensaba en lo que le había hecho y se preguntaba cómo pudo ser tan cruel. ¿Cómo pudo llegar a echarle delante de los vecinos? ¿Cómo pudo sentarse ante un policía en la comisaría para denunciar a su propio hermano? ¿No se había parado a pensar que era su hermano y que nunca le había hecho nada tan malo como para merecer este castigo? Es cierto que las tierras que recuperó de la Reforma Agraria habían aumentado su valor en varias ocasiones, pero, de todas formas, tras su muerte volverían a Daulet y a sus hijos. Entonces, ¿por qué tantos problemas y esta falta de respeto?

Zaki Bey sintió una tristeza que fue en aumento poco a poco, extendiendo su oscura sombra sobre su vida. Pasó noches enteras sin dormir, esperando la llegada de la mañana en la terraza bebiendo, fumando y recordando los momentos del pasado, pensando en ocasiones que desde que nació no había tenido suerte. Incluso su fecha de nacimiento no había sido la más apropiada. Si hubiese nacido cincuenta años antes su vida habría sido totalmente diferente. Si la Revolución hubiese fracasado, si el Rey Faruq se hubiese apresurado a arrestar a los Oficiales Libres, a los cuales conocía por sus nombres, la Revolución no habría tenido lugar y él habría llevado la vida que realmente merecía. Zaki Bey, hijo del Pachá Abdel Aal el Desouki. Con toda seguridad habría llegado a ministro, o incluso a Primer Ministro. Una gran vida era para lo que él estaba hecho, en lugar de para esta existencia perdida y mezquina: una prostituta le había drogado y robado, su hermana le había echado de casa humillándole delante de los vecinos y acabó durmiendo en la oficina con Abaskharon. ¿Esto era fruto de la mala suerte o fue algún defecto en su personalidad que le conducía siempre a tomar decisiones equivocadas? ¿Por qué se había quedado en Egipto tras la Revolución? Podía haberse ido a Francia a empezar una nueva vida como hicieron muchos hijos de las familias importantes. Sin duda, allí habría alcanzado una posición respetable, como habían hecho amigos suyos de menor condición que él. Pero decidió quedarse en Egipto y se adaptó a una situación que se fue degradando poco a poco hasta tocar fondo. ¿Por qué no se había casado? Cuando era joven muchas mujeres hermosas y ricas le deseaban, pero él rechazaba el matrimonio hasta que se pasaba la oportunidad. Si se hubiese casado, ahora tendría hijos mayores que se preocuparían por él y nietos con los que divertirse y a los que amar. Si hubiese tenido un hijo, Daulet no le habría hecho esto. Sólo con haberse casado no habría sentido nunca esta dolorosa soledad asesina. Ese sentimiento oscuro y negro que le afligía cada vez que oía hablar del fallecimiento de algún amigo. Esa pregunta enigmática que se repetía cada noche al acostarse. ¿Cuándo llegará mi hora y cómo? En esos momentos recordaba a un amigo que había profetizado su propia muerte. Estaban sentados en la terraza de la oficina cuando, de pronto, le dirigió una extraña mirada, se quedó por un momento contemplando el horizonte y le dijo con tranquilidad:

—Zaki, mi muerte está cerca. Puedo olerla.

Lo extraño de todo esto fue que su amigo realmente murió a los pocos días, aunque no estaba enfermo. Este suceso le llevaba a cuestionarse, cuando se encontraba deprimido y falto de ánimo, si la muerte tendría un olor determinado que expiden las personas al final de sus días para que sientan la inminencia de su final. ¿Y cómo será este final? ¿Un largo sueño del que nunca nos despertamos? ¿O habrá acaso una resurrección con recompensas y castigos como cree la gente religiosa? ¿Torturará Dios tras la muerte? Él no era creyente, no rezaba ni ayunaba. Sin embargo, en su vida no había hecho daño a nadie, no había engañado, ni robado, ni privado a otro de sus derechos ni vacilado en ayudar a los pobres. A excepción de las mujeres y el alcohol, no consideraba que hubiese cometido ningún pecado en el sentido estricto de la palabra.

Estos deprimentes pensamientos dominaron durante largos días a Zaki Bey, que llevaba ya tres semanas viviendo en la oficina. Tres semanas de dolor y angustia que terminaron repentinamente una mañana con una alegre sorpresa que borró la tristeza, al igual que la noche se desvanece en un mágico instante. Siempre recordaría esta feliz escena, que regresó a su memoria cientos de veces acompañada de música alegre. Estaba sentado en la terraza, tomándose el café de la mañana, fumando y contemplando la calle y su bullicio cuando Abaskharon apareció, apoyándose en sus muletas, con una sonrisa enigmática y maliciosa en el rostro, en contradicción con su naturaleza servil.

—¿Qué quieres? —le espetó Zaki Bey con desprecio, con voz ronca y de advertencia. Sin embargo, algo raro y manifiesto le daba a Abaskharon una inusual confianza. Se acercó a su señor, se inclinó y susurró:

—Su Excelencia, mi hermano Malak y yo tenemos algo que comentarle.

—¿De qué se trata?

—Algo sobre usted. Su Excelencia, de eso se trata.

—Habla de una vez, asno. No estoy de humor para tus tonterías. ¿De qué se trata?

Entonces Abaskharon se inclinó sobre él y susurró:

—Tenemos una «sicritaria» para Su Excelencia. Una hermosa jovencita. Disculpe la intromisión, pero Su Excelencia necesita en estos momentos difíciles una «sicritaria» que cuide de Su Excelencia.

Zaki Bey empezó a comprender y dirigió una mirada profunda y penetrante a Abaskharon. Era como si hubiese recibido un mensaje cifrado o escuchado una frase en una lengua secreta que comprendía, y respondió al momento:

—¿Por qué no? ¿Puedo verla?

Abaskharon calló, satisfaciendo su deseo de torturar un poco a su señor. Finalmente dijo con tranquilidad:

—Entonces, ¿Su Excelencia desea verla?

Zaki Bey afirmó con la cabeza rápidamente y fingió mirar a la calle para disimular su excitación. A la manera en que un mago descubre su truco al final del número, Abaskharon se dio la vuelta y se alejó, golpeando el suelo con las muletas.

Desapareció durante diez minutos y volvió con ella.

Zaki Bey no olvidaría nunca ese momento, cuando la vio por primera vez. Llevaba un vestido blanco estampado con grandes flores verdes que se ajustaba a su cuerpo mostrando sus curvas. Sus brazos esbeltos y delicados salían de la manga corta. Abaskharon tiró de su mano y dijo:

—La señorita Busayna el Sayed. Su difunto padre era un buen hombre que vivía con nosotros en la azotea, el Señor le bendiga. Era como un hermano para mí y para Malak.

Busayna avanzó con pasos cortos, contoneándose y oscilando al andar. Sonrió y su rostro resplandeció de tal forma que el corazón de Zaki Bey dio un vuelco.

—Buenos días, señor Bey.



Quienes habían conocido a Taha Shazli en el pasado tendrían dificultades para reconocerle ahora. Se había transformado completamente, como si hubiese cambiado su antigua personalidad por una nueva. No se trataba sólo del atuendo islámico que había adoptado en lugar de las ropas occidentales, ni de la barba que se había dejado y que le daba una apariencia grave y seria, más mayor de lo que era. Tampoco se debía al pequeño oratorio que había montado junto al ascensor, en la entrada del edificio, en el que llamaba a la oración por turnos junto con otro hermano, un barbudo estudiante de ingeniería que vivía en el quinto piso. Todos estos cambios eran externos. Sin embargo, en su interior estaba poseído por un nuevo espíritu, poderoso y fuerte. Empezó a andar, a sentarse y a hablar con la gente del edificio de una forma distinta. Abandonó para siempre su antigua debilidad, timidez y sumisión frente a los vecinos. Ahora se enfrentaba a ellos con altivez. Dejó de importarles lo que pensasen y no toleraba el mínimo reproche o desprecio. No volvió a preocuparse por los pequeños billetes que le solían dar y que ahorraba para comprarse cosas nuevas. En primer lugar, por la firme convicción de que Alá se ocuparía de él, y en segundo lugar, porque el *sheij* Shaker le había hecho partícipe en la venta de libros religiosos (pequeños encargos que hacía en su tiempo libre y que le proporcionaban unos ingresos razonables).

Ahora se estaba entrenando para amar u odiar a la gente «por Alá». Aprendió del *sheij* Shaker que el ser humano es demasiado insignificante y pequeño como para quererle o detestarlo por sus características terrenas. Por el contrario, había que delimitar nuestros sentimientos hacia las personas teniendo en cuenta su grado de respeto por la ley de Dios. De este modo, cambió sus puntos de vista sobre muchas cosas. Había algunos vecinos que le caían bien porque habían sido buenos y generosos con él, pero ahora les odiaba «por Alá», porque no rezaban y algunos bebían alcohol. Quería a sus hermanos de la *Gamaa Islamiya*, hasta el punto de sacrificar su vida por ellos. Sus antiguos principios terrenales se habían venido abajo

como un frágil edificio que se derrumba y su lugar había sido ocupado por una auténtica evaluación islámica de la gente y de las cosas. El poder de la fe se extendía por su corazón y le otorgaba una nueva existencia, liberado del temor y del mal. No volvió a tener miedo de la muerte ni de ningún mortal fuese cual fuera su estatus o su influencia. Ya no temía a nada en la vida más que a la desobediencia a Dios y a su cólera. Todo esto se lo agradecía a Dios, el Todopoderoso y Excelso, y después al *sheij* Shaker, quien, cada vez que se encontraban, le daba más fe en Alá y conocimiento del Islam. Taha le adoraba, estaba prendido de él y se convirtió en uno de sus más cercanos, hasta el punto de que el *sheij* le permitía visitarle en su casa en cualquier momento. El *sheij* sólo concedía este estatus íntimo a sus más próximos colaboradores.

Sólo había una cosa que Taha conservaba de su antigua vida: el amor por Busayna. Se esforzó por someter sus sentimientos hacia ella a su nueva forma de pensar, pero no pudo. Intentó convencerla para que siguiera el buen camino. Le enseñó el libro *El velo antes del Juicio Final*, la presionó para que lo leyese y le suplicó hasta que consiguió que le acompañase a la mezquita de Anas Ibn Malak para escuchar juntos el sermón del *sheij* Shaker. Sin embargo, para su sorpresa y tristeza, no le impresionó, sino que le confesó que le había parecido aburrido, lo que provocó otra discusión. Peleaban con frecuencia, cada vez que se encontraban. Ella le provocaba hasta que discutían y él se enfadaba y se marchaba resuelto a poner punto y final a la relación, imaginando la sonrisa tranquila y risueña del *sheij* Shaker siempre que le hablaba de Busayna, diciendo: «Hijo mío, nunca podrás llevar por el buen camino a quienes amas, pues Alá guía por la senda correcta sólo a quien Él desea». Las palabras del *sheij* se repetían en su mente y se prometía a sí mismo no volver a verla nunca más. Sin embargo, a los pocos días se retractaba, se sentía triste y de nuevo suspiraba por ella. Cada vez que volvían a reconciliarse tras una pelea, ella aumentaba su distanciamiento.

A pesar de todo, ese día no fue a la universidad solamente para encontrarse con ella. La esperó en el portal y cuando salió por la mañana la abordó:

—Buenos días, Busayna. Quería hablar un poco contigo, por favor.

—No tengo tiempo —respondió ella con frialdad, ignorándole, y avanzó unos pasos.

Taha no pudo controlarse y la agarró de la mano. Ella se resistió un momento y cedió, suspirando asustada:

—Suéltame, no montes un escándalo.

Caminaron tensos, en silencio entre los peatones, hasta llegar a su lugar favorito en la plaza de Tawfiqiya. En cuanto se sentaron, ella empezó a gritar enfadada:

—¿Qué quieres de mí? ¿Todos los días tienes que montar bronca?

Extrañamente, la ira de Taha desapareció al momento, como si nunca hubiese estado ahí. Esperó un instante y dijo, esforzándose por que su voz sonase tranquila, intentando contentarla:

—Te lo suplico, Busayna, no te enfades conmigo.

—Te lo repito, ¿qué quieres de mí?

—Quiero confirmar una cosa que he oído.

—Confirmada.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que todo lo que has oído es cierto.

Estaba retándole y llevando la conversación al límite.

—¿Has dejado la tienda de Talal?

—He dejado la tienda de Talal y ahora trabajo con Zaki Bey el Desouki. ¿Es una vergüenza o un pecado, señor *sheij*?

—Zaki el Desouki tiene mala reputación —dijo con voz débil.

—Claro que tiene mala reputación, y le encantan las mujeres. Pero me paga seiscientas libras al mes, y dado que tengo una familia que mantener y que el señorito aquí presente no puede pagarme los gastos escolares ni la comida, esto no es asunto tuyo.

—Busayna, has de temer a Alá. Tú eres buena persona. Cuídate de enfadar al Señor. Obra de forma correcta y Dios proveerá.

—Es cierto, Dios proveerá, pero no tenemos nada para comer.

—Yo puedo conseguirte un trabajo decente.

—Búscatelo tú, querido, yo estoy contenta con mi trabajo.

—¿Esto es lo que quieres?

—Sí, es lo que quiero. ¿Algo más? —dijo con sarcasmo. Después volvió a sentirse irritada, se levantó, se plantó ante él y le espetó, arreglándose el pelo y lista para marcharse—. Escucha Taha, te lo digo por última vez: Nuestra historia ha terminado. Cada uno debe seguir su camino y no conviene que nos volvamos a ver, por favor.

Sonrió vagamente y dijo mientras se alejaba:

—¡Si hasta te has dejado barba y te has vuelto beato, mientras que yo me pongo minifaldas y no llevo velo! No pegamos juntos.



La casa del *sheij* Shaker era pequeña y humilde, un edificio de dos plantas de ladrillo rojo en un estrecho callejón en el barrio de Dar el Salam. Vivía en dos habitaciones y un salón, con sus dos mujeres y sus siete hijos e hijas de diferentes edades. El *sheij* había dispuesto una contraseña para reconocer a los estudiantes que le visitaban: tres toques separados. Taha utilizó esta llamada en la puerta y escuchó la voz del *sheij* en el interior: «¡Ya va!». Oyó el ruido de movimientos que indicaba que las mujeres se ocultaban en la habitación del fondo, seguido de los pasos lentos y pesados del *sheij* y un carraspeo. Al poco se abrió la puerta y el *sheij* recitó:

—En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso. ¡Taha! Bienvenido, hijo

mío.

—Siento molestarle, pero me gustaría hablar un poco con usted.

—Adelante, por favor. ¿No has ido hoy a la universidad?

Taha se sentó en un sillón al lado de la ventana y le relató lo que había sucedido con Busayna. Le contó todo y describió sus sentimientos al *sheij*, quien escuchó con atención mientras jugaba con su rosario. La conversación se interrumpió unos instantes cuando el *sheij* se levantó para traer una bandeja con té. Después continuó escuchando hasta que Taha terminó de hablar. Permaneció en silencio reflexionando durante un tiempo y dijo:

—Hijo mío, la Religión Verdadera no condena el amor siempre que sea legítimo y no conduzca al pecado. Hasta la más noble de las criaturas de Dios, el Elegido, la paz y la bendición del Señor sean con Él, amó a Aicha y habló de ello en varios relatos que son aceptados como válidos. Lo difícil es escoger a la mujer que merezca tu afecto. ¿Cuáles deben ser sus características? El Profeta, las bendiciones y la paz de Dios sean con Él, dijo: «*Puedes casarte con una mujer por su belleza, por su riqueza o por su religión. Elige a la mujer religiosa y la fortuna vendrá después*». Palabra del Profeta. Una correcta educación musulmana habría evitado que te encontrases con un problema como el que sufres ahora. Tú y todos los jóvenes de tu generación no habéis recibido una educación islámica porque os habéis criado en un Estado laico y os han dado una formación secular que os ha acostumbrado a pensar de forma alejada de la religión. Ahora volvéis a la fe con vuestros corazones, pero vuestra mente necesita un tiempo para deshacerse del laicismo y purificarse para recibir el Islam. Aprende, como te he dicho muchas veces, a amar y odiar por Alá, puesto que de otra forma tu Islam nunca será completo. La angustia que ahora te oprime es un resultado natural e inevitable de haberte distanciado de Alá, aunque sea sólo en un aspecto de tu vida. Si desde el principio de la relación con esta chica te hubieses preguntado por su grado de religiosidad, si hubieses hecho de su devoción por el Islam una condición para relacionarte con ella, entonces no te habría pasado lo que te sucede ahora.

El *sheij* sirvió dos vasos de té, ofreció uno a Taha y dejó la tetera en la bandeja de metal cuyo color estaba desgastado por el tiempo.

—Alá sabe cuánto te quiero, hijo mío —dijo mientras sorbía con calma el té—. No me gusta que vengas triste a ver a tu *sheij* para que te dé una lección en lugar de consuelo. Pero Alá y yo te damos un consejo: olvida a esta mujer, Taha, pues es una pérdida y tú eres un joven piadoso y creyente al que le conviene más una muchacha musulmana como tú. Oblígate a olvidar y recurre a la oración y la lectura del Corán. Al principio te resultará difícil pero, con la ayuda de Dios, poco a poco será más fácil. Mira, Taha, ¿has olvidado tu religión? ¿Dónde está la *yihad*, Taha? ¿Qué ha pasado con tus obligaciones para con el Islam y los musulmanes? Ayer comenzó la vergonzosa guerra y nuestros gobernantes se dejan llevar a combatir a musulmanes bajo la dirección de los infieles. Toda la juventud musulmana de Egipto debe sublevarse contra este gobierno impío. Taha, ¿acaso vas a negar tu ayuda a los

musulmanes que están siendo asesinados por millares a diario y preocuparte por una muchacha pecadora que te ha abandonado por la fornicación? Alá, el Todopoderoso y Excelso, no te preguntará el Día del Juicio por Busayna sino que te juzgará por lo que hiciste para ayudar a los musulmanes. ¿Qué le dirás entonces a Dios el día del Juicio Final?

Taha agachó la cabeza, visiblemente afectado.

—He prometido a Dios en muchas ocasiones que la olvidaría —dijo con pena y vergüenza—, pero desafortunadamente vuelvo a pensar en ella.

—Satanás no abandonará tu alma con facilidad, y no alcanzarás la devoción a la primera. La *yihad* del alma, Taha, es la *yihad* más grande, como dijo el Profeta, las bendiciones y la paz de Dios sean con Él.

—¿Qué puedo hacer, maestro?

—Reza y lee el Corán. Entrégate a ello, hijo, hasta que Alá alivie tu pecho. Prométeme, Taha, que no volverás a ver a esa chica, sean cuales fueran las circunstancias.

Taha miró al *sheij* y permaneció en silencio.

—Se trata de un acuerdo entre tú y yo, Taha, y estoy seguro de que lo cumplirás, con la ayuda de Dios.

El *sheij* se levantó y sacó de un cajón de su antiguo escritorio unas fotos tomadas de periódicos extranjeros que dejó en el regazo de Taha.

—Mira estas fotos —dijo—, contéplalas bien. Son tus hermanos musulmanes de Iraq cuyos cuerpos han sido despedazados por las bombas de los aviones de la Coalición. Mira estos cadáveres destrozados. Entre ellos hay mujeres y niños. Esto es lo que están haciendo con los musulmanes y sus hijos, y nuestro gobierno traidor colabora con los infieles en estos crímenes —el *sheij* tomó una fotografía y la puso ante los ojos de Taha—. Mira el rostro de esta niña iraquí destrozada por las bombas americanas. ¿Acaso esta inocente criatura no es responsabilidad tuya, como si fuese tu hermana o tu madre? ¿Qué haces para ayudarla? ¿Todavía hay lugar en tu corazón para entristecerse por tu corrupta amiga? —La foto de la niña desfigurada era extremadamente dolorosa—. Hay niños musulmanes que están siendo asesinados de este modo repugnante —dijo con amargura—, y la televisión egipcia reúne a los ulemas de Al Azhar para que digan que la postura del gobierno es correcta de acuerdo con la ley islámica y sostengan que el Islam acepta la coalición con América para atacar Iraq. Esos ulemas son unos vendidos hipócritas —por primera vez el *sheij* se irritó y alzó la voz—. ¡Son los perritos falderos de los gobernantes, y su pecado es enorme ante los ojos de Dios! El Islam no permite de ninguna manera que participemos con los infieles en el asesinato de musulmanes, sea cual sea la causa. Cualquier estudiante de primer curso de Ley Islámica podría citar las fuentes legales que lo corroboran.

Taha asintió con un movimiento de cabeza, aprobando las palabras del *sheij*, quien dijo de repente, como si de pronto se le hubiese ocurrido algo:

—Escucha. Mañana tus hermanos organizarán una gran manifestación en la universidad, espero que no faltes —calló por un momento y continuó—: No podré dirigir la manifestación yo mismo, el hermano Taher será mañana vuestro líder. El punto de reunión es frente al salón de actos, después de la oración del mediodía.

Taha afirmó con un gesto de la cabeza. Se levantó y pidió permiso para retirarse, pero el *sheij* le pidió que esperase un momento. Desapareció un instante, regresó sonriente y le entregó un pequeño libro:

—Éste es el *Manual de acción islámica*. Me gustaría que lo leyeras y que después discutamos su contenido. Este libro te hará olvidar, Taha, todos los malos pensamientos que te atormentan.



El viernes por la mañana sacrificaron a los animales, tres enormes terneros que habían pasado la noche junto al ascensor en el portal del edificio Yacobián. Cuando sonó la llamada a la oración del alba cinco carniceros se lanzaron sobre ellos, los ataron y los degollaron. Después pasaron varias horas desollándolos, cortando y metiendo la carne en bolsas para su distribución. En cuanto terminó el rezo del mediodía, la multitud se arremolinó en la calle Suleimán Pachá formando mareas humanas que se dirigían a las tiendas de Hagg Ezzam. Eran muy pobres: mendigos, reclutas de la policía, muchachos descalzos, mujeres tapadas de negro de los pies a la cabeza llevando a sus hijos pequeños a rastras... Todos llegaban para recibir una parte de la carne sacrificada que regalaba Hagg Ezzam con motivo de su victoria en las elecciones. En la puerta principal de la tienda estaba Fawzi, su hijo mayor, con chilaba blanca, cogiendo las bolsas y lanzándolas a la multitud que se arremolinaba y disputaba violentamente por conseguir la comida. Hubo peleas y algunos heridos. Los empleados de la tienda se vieron obligados a formar un cordón y a golpear a los revoltosos con los zapatos para mantenerles alejados del escaparate antes de que lo rompieran bajo la presión de sus cuerpos. En el interior, Hagg Ezzam estaba sentado en primera fila. Llevaba un elegante traje azul, camisa blanca y corbata roja estampada. Su rostro relucía de alegría.

Los resultados oficiales de las elecciones habían sido anunciados el jueves por la tarde. Hagg Ezzam consiguió un Escaño de los Trabajadores en el Parlamento por el distrito de Kasr el Nil, obteniendo una aplastante victoria sobre su rival Abu Himeida, quien había recibido muy pocos votos. El Fouli había decidido que su derrota fuese sonada y humillante para disuadir en el futuro a cualquiera que osase contravenir sus normas. Hagg Ezzam sentía una sincera y profunda gratitud hacia Alá, alabado sea, que le había concedido, con su favor y su ayuda, una clara victoria. Cuando conoció la noticia realizó más de veinte oraciones de agradecimiento y dio instrucciones para sacrificar los terneros. Distribuyó en secreto cerca de veinte mil libras entre las familias pobres que tenía a su cuidado y entregó otras veinte mil al *sheij* Samman

para que las dedicase a obras caritativas bajo su supervisión, por no mencionar las veinte libras de oro que le regaló por la ocasión.

Cuando pensaba en Suad, otro sentimiento jugueteaba en el corazón de Hagg Ezzam. ¿Cómo celebraría su fabulosa victoria esta noche? Vinieron a su mente las curvas de su cálido y delicado cuerpo y sintió que la amaba de verdad. Se dijo a sí mismo que el Profeta, las bendiciones y la paz de Dios sean con Él, tenía razón al describir a las mujeres como portadoras de fortuna. Había algunas mujeres benditas a las que el hombre se unía para que le colmaran de bienes, y Suad era una de ellas. Con ella habían llegado la victoria y la bendición, y allí estaba él, entrando triunfador en el Parlamento. ¡Qué sorprendente es la divina providencia! Ahora representaría en el Congreso a los ciudadanos del distrito de Kasr el Nil, los mismos que en su día le daban sus zapatos para que los limpiase, mirándole por encima del hombro, a cambio de unas miserables piastras. Ahora era Su Señoría Diputado. Gozaba de inmunidad parlamentaria, lo que impedía cualquier acción legal contra él sin el consenso del Parlamento. De ahora en adelante su foto aparecería en los periódicos y en la televisión. Todos los días se reuniría con ministros y les saludaría de igual a igual. Ya no era un simple empresario rico, era un hombre de Estado y debía tratar a la gente de acuerdo con esa condición. A partir de ese día empezaría la gran obra que le catapultaría al nivel de los grandes. El próximo paso le conduciría a la cima. Se convertiría en uno de los cinco o seis peces gordos del país, si salían bien los negocios que había proyectado para pasar de la categoría de millonario a billonario. Probablemente se convertiría en el hombre más rico de Egipto y llegaría a ministro. ¡Sí, ministro! ¿Por qué no? Cuando Dios quiere, nada hay imposible. ¿No había él soñado con ser miembro del Parlamento? El dinero allana el camino y acerca lo lejano. Algún día sería ministro, igual que había llegado al Parlamento.

Estuvo absorto en estas consideraciones hasta que sonó la llamada a la oración de la tarde. Presidió el rezo con los trabajadores de la tienda como de costumbre, aunque su mente se distrajo en más de una ocasión con la imagen del cuerpo de Suad, motivo por el que pidió perdón a Alá. Nada más terminar la oración y entonar los cánticos de alabanza, se levantó y se marchó veloz. Entró en el edificio Yacobián y subió en ascensor a la séptima planta. ¡Qué delicioso y ardiente anhelo se apoderó de él cuando giró la llave y encontró a Suad! Estaba exactamente como se la había imaginado, esperándole con la falda roja que mostraba sus cegadores encantos y ese perfume que penetraba en su nariz y le hacía cosquillas en los sentidos. Avanzó hacia él bamboleándose y el deseo le invadió mientras escuchaba el sonido de sus pasos y de su falda cayendo al suelo. Le abrazó y susurró jugueteando con su oreja entre sus labios:

—Felicidades, cariño. Mil felicidades.



En momentos raros y excepcionales Suad Gaber mostraba su verdadero ser. Se le escapaba una mirada fugaz como un rayo y su rostro recobraba su apariencia real, exactamente igual que una actriz que tras la representación recupera su personalidad, después de quitarse la vestimenta de actuar y limpiarse el maquillaje. Entonces aparecía en su rostro una mirada seria que se despertaba con torpeza, sugiriendo un cierto grado de dureza y perseverancia y revelando su auténtica naturaleza. Esto le podía ocurrir en cualquier momento: mientras cenaba con Hagg Ezzam, conversando con él o incluso cuando estaba en la cama, girando entre sus brazos, esforzándose por levantar su marchita virilidad. En esos momentos brillaba ese rayo en sus ojos que demostraba que su mente no dejaba de pensar ni en plena pasión.

Muchas veces le sorprendía su nueva habilidad para adoptar papeles falsos. Nunca antes había mentido. Durante toda su vida, por su boca había salido lo que estaba en su mente. ¿De dónde venía entonces todo este teatro? Representaba con habilidad el papel de esposa amante, anhelante, atenta y celosa. Como los actores profesionales, había aprendido a dominar por completo sus sentimientos. Lloraba, reía o se enfadaba cuando ella decidía. En ese mismo momento, en la cama con Hagg Ezzam, estaba representando una escena: la de la esposa que, sorprendida por la virilidad de su marido, se rinde a él para que haga con su cuerpo lo que su insólita potencia demande. Cerraba los ojos, suspiraba y gemía aunque no sentía nada más que el contacto, el mero roce frío e incómodo de dos cuerpos desnudos. Con su conciencia aguda, siempre despierta y al acecho, contemplaba el cuerpo de Hagg Ezzam, extenuado tras agotarse su ímpetu. Después de un mes de matrimonio se hacía manifiesta su debilidad. Evitaba mirar su piel blanquecina de anciano, los escasos pelos rizados de su pecho, sus pequeños pezones oscuros. Le daba náuseas tocar su cuerpo, como si estuviese cogiendo una lagartija o una rana viscosa y asquerosa. Cada vez que lo hacía pensaba en el esbelto y terso cuerpo de Masoud, su primer esposo, con quien había conocido el amor por primera vez. Fueron días hermosos. Todavía sonreía al recordar cómo lo amaba y cuánto deseaba verle. Cómo ardía su cuerpo cuando le tocaba y la sensación de su cálido aliento en el cuello y el pecho. Hacían el amor con pasión, derritiéndose en el colmo del placer y sintiendo vergüenza al recuperarse. Giraba entonces su rostro, apartándose de él, y pasaba un rato evitando mirarle a la cara. Entonces él estallaba en carcajadas y le decía con voz fuerte y ronca:

—¡Ayyyyy! ¿Qué te pasa, niña vergonzosa? ¿Es que hemos hecho algo feo? ¡Es Ley de Dios, tonta!

¡Qué días más hermosos, y qué lejanos quedaban ahora! Amaba a su esposo y sólo esperaba de la vida vivir junto a él y tener un hijo. Bien sabe Dios que no quería dinero ni tenía ninguna otra aspiración. Era feliz en su pequeño piso en El Asafra Qabli, junto a las vías del tren. Lavaba, cocinaba, preparaba los biberones de Tamer y barría el suelo. Después se duchaba, se arreglaba y esperaba la llegada de Masoud al final de la jornada. La casa le parecía espaciosa, limpia y luminosa como un palacio.

Cuando él le anunció que había conseguido un trabajo en Iraq ella se opuso a la idea, montó en cólera y se peleó con él. Le echó de la cama unos días para disuadirle de marchar. Le gritó a la cara:

—¿Te vas y nos dejas solos?

—Por un año o dos y luego volveré con mucho dinero.

—Todos dicen lo mismo y al final no regresan.

—Entonces, ¿te gusta ser pobre? Vivimos al día. ¿Vamos a pasar toda nuestra vida pidiendo prestado?

—Poco a poco los pequeños crecen.

—Pero no en este país. Aquí todo es al revés. Aquí los grandes crecen y los pequeños mueren. El dinero produce dinero y la pobreza, pobreza.

Hablaba con la tranquilidad de quien ya ha tomado la decisión. ¡Cómo lamentaba ahora haber consentido! Si hubiera resistido hasta el final. Si se hubiese enfadado y se hubiese marchado de casa lo habría convencido y él habría abandonado la idea del viaje. La amaba y no podía soportar estar lejos de ella. Pero Suad cedió con facilidad y le permitió marcharse. ¡Todo está en manos del destino! Masoud se fue y no volvió jamás. Ella estaba segura de que había muerto en la guerra, lo habían enterrado allí y le habían dado por desaparecido. Así había pasado con muchas familias que conocía de Alejandría. Masoud nunca podría abandonarla y dejarla con un hijo. Imposible. Seguro que había muerto, ahora estaría con Alá y la dejaba a ella en la amargura.

Se acabó el tiempo del amor, la pasión verdadera, la vergüenza y los días hermosos. Pasó hambre y penurias para sacar adelante a su hijo. Todos los hombres, aunque tuvieran rostros, cuerpos y ropas diferentes, le lanzaban siempre la misma mirada: violándola, desnudándola y prometiéndole todo si aceptaba. Ella resistió con fuerza, pero también con dificultad, pues temía que llegase un día en el que se cansase y acabase cediendo. Su trabajo en los almacenes Hannaux era agotador, el salario escaso y los gastos del niño aumentaban. Tenía una pesada carga sobre sus hombros, como si llevase encima una montaña. Todos sus familiares, hasta su hermano Hamido, eran pobres que vivían al día como ella o cobardes que la ayudaban con palabras de buena voluntad, disculpándose con excusas falsas para no prestarle dinero.

Vivió unos años muy duros. Estuvo a punto de perder su fe en Alá, y en ciertos momentos de debilidad casi cae en el pecado debido a la necesidad y la desesperación. Por eso cuando Hagg Ezzam pidió su mano de acuerdo con la ley de Dios y del Profeta, lo calculó todo al detalle. Entregaría su cuerpo al anciano a cambio de que mantuviese a su hijo. No había tocado la dote que Hagg Ezzam le había entregado. La había depositado en el banco a nombre de Tamer, para que en diez años se triplicara su valor. Se acabaron los días de sentimientos, la operación estaba bien calculada. Una cosa a cambio de otra, de mutuo acuerdo y consentimiento. Se acostaría con este anciano dos horas al día, dejaría a su hijo en Alejandría y recogería sus beneficios. Es cierto que se le desgarraba el corazón por

Tamer y que muchas noches sentía su ausencia en la cama junto a ella y lloraba desconsolada. Una mañana pasó delante de una escuela primaria y, cuando vio a los niños con sus uniformes, se acordó de él y rompió a llorar. La tristeza y el desconsuelo se apoderaron de ella durante días. Se imaginaba levantando su pequeño cuerpecito de la cama, lavándole la cara en el baño, poniéndole el uniforme escolar, preparándole el desayuno y haciéndole carantoñas para que se terminase el tazón de leche. Después salían juntos y montaban en el tranvía hacia la escuela.

¿Dónde estaría él ahora? ¡Cómo se preocupaba por él! Él estaba solo y lejos, mientras ella se encontraba en esta gran ciudad, fría y detestable, en la que no conocía a nadie. Vivía sola en un gran piso en el que nada era suyo. Escondiéndose de la gente como una ladrona o una prostituta. Su único deber era acostarse con ese anciano que cada día se ponía encima de ella y la agobiaba con su agotadora y humillante impotencia y con el roce de su cuerpo flácido y asqueroso. Él no quería que fuese a ver a Tamer, y cuando hablaban de ello su rostro se oscurecía, como si estuviese celoso. Suad echaba de menos a su hijo cada instante. Deseaba verlo, abrazarlo con fuerza, aspirar su fragancia y acariciar su pelo oscuro y brillante. ¡Si pudiese traérselo a vivir a El Cairo! Pero Hagg Ezzam nunca estaría de acuerdo con esto y había establecido como condición desde el principio que abandonase a su hijo. Se lo había dicho claramente: «Me casaré contigo sola, sin hijos. ¿Aceptas?». Recordaba su rostro, frío y cruel en aquel momento, y le odiaba en lo más profundo de su corazón, pero volvía a convencerse de que estaba haciendo lo mejor para los intereses y el futuro de Tamer. ¿De qué le serviría tenerle entre sus brazos, pidiendo limosna a propios y extraños?

Debía estar agradecida a Hagg Ezzam y no odiarle. Por lo menos se había casado con ella decentemente y había asumido sus gastos. Esta idea práctica y directa definía su relación. Él tenía derecho sobre su cuerpo de acuerdo con un contrato legal. Podía reclamarla cuando y como quisiera y ella estaba obligada a estar siempre dispuesta, esperándolo cada día, acicalada y perfumada. Hagg Ezzam tenía derecho a no notar su frialdad hacia él, a que no le hiciese sentir nunca su impotencia o incapacidad en la cama. Para ello recurría a un truco que le había enseñado el instinto para evitar humillarle. Gemía y le clavaba las uñas en la espalda, simulando llegar al clímax, y abrazaba su extenuado cuerpo reposando la cabeza sobre su pecho, fingiendo estar adormecida por el orgasmo. Al poco abría los ojos y empezaba a besarle la barba y el cuello mientras le acariciaba el pecho. Cierta día, después de todo esto, le susurró con voz delicada:

—Por cierto, ¿dónde está mi sorpresa por tu triunfo en las elecciones?

—Descuida, tendrás un gran regalo.

—El Señor te guarde, cariño. Mira, te voy a hacer una pregunta, y tienes que responder con sinceridad.

Hagg Ezzam reposó su espalda en la cabecera de la cama, la miró con interés y le pasó el brazo por su hombro desnudo.

—¿Me amas? —dijo ella.
—Mucho, Suad, bien lo sabe Dios.
—¿Eso quiere decir que si te pidiese cualquier cosa la harías por mí?
—Por supuesto.
—Vale. No olvides tus palabras.
La miró indeciso, pero ella había decidido no enfrentarse a él esa noche.
—Tengo que decirte algo importante, la semana que viene si Dios quiere.
—No, dímelo esta noche.
—No, querido. Tengo que estar segura primero.
—¿Es una sorpresa? —dijo Hagg Ezzam entre risas.
Lo besó y le dijo con voz seductora.
—Eso es... una sorpresa.



Los homosexuales siempre han destacado en trabajos que precisan de dotes de comunicación, como relaciones públicas, actor, agente de bolsa o abogado. Se dice que su éxito en estos campos se debe a que no tienen ese sentido del ridículo que hace a los demás perder oportunidades. Además, su vida sexual, llena de variados y extraños encuentros, les otorga un mayor conocimiento de la naturaleza humana y más capacidad para influir en los demás. También brillan en profesiones asociadas con el buen gusto y la imaginación, como la decoración o el diseño de ropa. Es sabido que los más famosos diseñadores del mundo son homosexuales, quizás debido a que su naturaleza bisexual les permite diseñar vestidos para mujeres que son atractivos para los hombres y viceversa.

Los que conocían a Hatem Rachid podían diferir en su opinión respecto a él, pero no dudaban en reconocer su gusto refinado y su original talento para combinar colores. Incluso en el dormitorio, con sus amantes, Hatem estaba por encima del gusto vulgar y afeminado que manifestaban muchos homosexuales. No se empolvaba la cara ni se ponía camiones de mujer o pechos postizos, sino que se esforzaba, con expertos toques, en mostrar la belleza de su lado femenino. Cubría su cuerpo desnudo con chilabas transparentes bordadas con hermosos colores. Se afeitaba por completo, se aplicaba una cantidad apropiada y calculada de lápiz en las cejas y se alcoholaba los ojos con destreza. Después se peinaba hacia atrás el brillante pelo o se dejaba unos mechones esparcidos cayendo sobre la frente. Acicalándose de este modo intentaba conseguir el modelo de hermosura juvenil de la antigüedad.

Con este mismo buen gusto compraba Hatem ropa nueva para su amante Abduh. Pantalones ajustados que marcaban sus fuertes músculos, camisetas interiores y camisas de colores claros que iluminaban su rostro moreno, siempre con el cuello abierto para dejar ver su musculatura y el espeso pelo del pecho. Hatem era muy generoso con él. Le daba grandes cantidades de dinero para que enviara a su familia y

le consiguió un enchufe con un comandante del cuartel, gracias al cual empezaron a tratarle mejor y concederle un permiso tras otro, permisos que pasaba siempre con Hatem, como recién casados en su luna de miel. Se levantaban a mediodía y disfrutaban sin hacer nada, vagueando. Comían en restaurantes lujosos, iban al cine o de compras. Se acostaban tarde y tras satisfacer sus cuerpos se quedaban abrazados, iluminados por la tenue luz de la lámpara, charlando a veces hasta el amanecer. Hatem no olvidaría nunca estos momentos de ternura. Saciada su sed de amor, se agarraba al fuerte cuerpo de Abduh como un niño asustado, olisqueando cual gato su piel morena y áspera, y contándole todo tipo de historias sobre su infancia, su padre, su madre francesa y su primer amor, Idrís. Lo sorprendente era que Abduh, a pesar de su juventud y su ignorancia, era capaz de entender los sentimientos de Hatem y empezó a aceptar la relación. Había desaparecido el rechazo inicial y en su lugar surgió una pasión deliciosamente lasciva. También estaban el dinero, la reputación, la nueva ropa, la comida lujosa, los lugares elitistas en los que nunca había soñado entrar algún día. Por la noche, en la calle, cuando volvía en compañía de Hatem, Abduh disfrutaba pasando, con su aspecto elegante, junto a los soldados de reemplazo, saludándoles de lejos, demostrándose a sí mismo que de un tiempo a esta parte se había convertido en alguien diferente de esos pobres miserables que pasaban horas de pie, sin ninguna razón ni objetivo, hiciera frío o calor.

Los dos amantes vivieron días de completa felicidad. En esto llegó el cumpleaños de Abduh, quien comentó que no era una ocasión importante porque en el Alto Egipto no festejaban más que las bodas y las circuncisiones. Sin embargo, Hatem insistió en celebrarlo. Le montó en el coche y le dijo sonriendo:

—Tengo una sorpresa para ti esta noche.

—¿Qué sorpresa?

—Ten paciencia, pronto lo descubrirás —susurró Hatem, con una expresión de niño travieso en el rostro.

Condujo el coche en una dirección extraña. Tomó la calle Salah Salem y entró en Nasr City, torció y se metió en una pequeña calle lateral. Las tiendas estaban cerradas y la calle sumida en la penumbra, exceptuando un pequeño quiosco de metal, recién pintado, que brillaba en la oscuridad. Se bajaron del coche, Abduh escuchó un tintineo y vio a Hatem sacar un pequeño llavero que le entregó, diciendo con ternura:

—Aquí tienes, *Joyeux anniversaire*. Feliz cumpleaños. Éste es tu regalo. Espero que te guste.

—No entiendo nada.

—¡Ay, mi paletito! —Hattem soltó una estrepitosa carcajada y continuó—. ¡Mira que eres corto! Este quiosco es tuyo. He tenido que mover muchos hilos, pero lo he conseguido del Ayuntamiento para ti. En cuanto termines el servicio militar te compraré género y podrás ponerte a vender —se acercó y le susurró—. Así, cariño, podrás trabajar, ganar dinero y mantener a tu familia, y al mismo tiempo me aseguro de que te quedarás conmigo para siempre.

Abduh lanzó un grito y se puso a reír, abrazándole y farfullando agradecimientos. Fue una noche hermosa. Cenaron en un restaurante de pescado de Mohandesin. Abduh tomó él solo casi un kilo de gambas con arroz. Durante la cena se bebieron dos botellas de vino suizo. La cuenta ascendió a más de setecientas libras y Hatem la pagó con su *Visa*. Después, en la cama, Hatem estuvo a punto de llorar del placentero dolor. Se sentía flotando en las nubes y deseaba que el tiempo se detuviese en ese instante. Tras hacer el amor se quedaron, como de costumbre, abrazados. La tenue luz de una larga vela bailaba lanzando sombras sobre la pared empapelada. Hatem habló largo rato sobre sus sentimientos hacia Abduh, que permanecía en silencio, mirando al frente, con su rostro repentinamente serio. Hatem le preguntó ansioso:

—¿Qué te ocurre, Abduh? ¿Qué te pasa?

—Tengo miedo, Hatem Bey —dijo Abduh, despacio y con gravedad.

—¿Miedo de qué?

—Del Señor, alabado sea.

—¿Qué dices?

—¡El Señor, alabado sea! Tengo miedo de que nos castigue por lo que hacemos.

Hatem permaneció en silencio y le observó en la oscuridad. Se le hacía extraño. Lo último que se esperaba era hablar de religión con su amante.

—¿Qué quieres decir, Abduh?

—Hatem Bey, toda mi vida he sido creyente. En el pueblo me llamaban «el *sheij* Abduh Rabbuh». Siempre he elevado mis oraciones en la mezquita, ayuno en Ramadán y en todas las ocasiones que manda la *sunna* del Profeta. Hasta que te conocí y cambié.

—¿Quieres rezar, Abduh? Reza.

—¿Cómo voy a rezar si me paso la noche bebiendo vino y me acuesto contigo? Siento que Alá está enfadado conmigo y me castigará.

—¿Quieres decir que Dios nos castigará por amarnos?

—El Señor nos ha prohibido este tipo de amor. Es un pecado muy grave. En nuestro pueblo había un imam llamado *sheij* Darawi, el Señor lo guarde. Era un hombre piadoso, un santo. Nos decía en el sermón de los viernes: «Alejaos de la sodomía, pues es un gran pecado que hace temblar de ira el Trono Celestial».

Hatem no pudo contenerse. Se levantó de la cama, encendió la luz y prendió un cigarrillo. Su hermoso rostro y la camisa transparente sobre su cuerpo desnudo le daban la apariencia de una bella mujer enfadada. Lanzó una bocanada de humo y se puso a gritar:

—Abduh, no sé qué hacer contigo. ¿Qué más puedo hacer por ti? Te amo, pienso en ti y siempre intento hacerte feliz y tú, en vez de agradecerme, me haces la vida difícil.

Abduh permaneció callado, mirando al techo con el brazo bajo la cabeza. Hatem terminó el cigarro, se sirvió una copa de whisky que se bebió de un trago y se sentó junto a Abduh, diciéndole con calma:

—Escúchame, cariño. El Señor es grande y verdaderamente clemente, nada que ver con lo que dicen los *sheijs* ignorantes de tu pueblo. Hay mucha gente que reza y ayuna pero que roba y hace daño. A esos castigará Dios. Pero a nosotros, estoy seguro de que Alá nos perdonará porque no hacemos daño a nadie, solamente nos amamos. Abduh, no hagas tu vida miserable. Esta noche es tu cumpleaños y debes estar contento.



Sucedió una tarde de domingo. Busayna llevaba dos semanas en su nuevo trabajo, durante las cuales Zaki el Desouki había dado los primeros pasos. Le asignó una serie de cometidos: confeccionarle una nueva agenda de teléfonos, pagar las facturas de la electricidad, ordenar sus viejos papeles... Después empezó a hablarle sobre él, sobre lo solo que se sentía y cómo lamentaba a veces no haberse casado. Se quejó de su hermana Daulet y le dijo lo triste que se quedó por cómo se había portado con él. Le preguntaba por su familia y sus hermanos pequeños, y de vez en cuando intentaba ligar con ella, halagando su elegante vestido y el peinado que realzaba la hermosura de su rostro, o se quedaba mirando su cuerpo, como un habilidoso jugador de billar que dirige sus tiros con precisión y cálculo. Ella recibía estas señales con una sonrisa cómplice, pues la diferencia entre su gran sueldo y sus labores insignificantes dejaba suficientemente claro el papel que se esperaba de ella. Este juego duró varios días, hasta que en una ocasión, cuando se preparaba para marcharse, le dijo:

—Me encuentro muy a gusto contigo, Busayna. Me encantaría que estuviésemos juntos para siempre.

—Estoy a su servicio —respondió sin dudarlo, para allanarle el camino.

—Si te pidiese algo, ¿lo harías por mí? —le preguntó, tomándole la mano.

—Si está en mis manos hacerlo, sí.

Él dirigió sus manos a su boca y las besó, para confirmar sus intenciones. Después susurró:

—Mañana ven por la tarde, para que nadie nos moleste.

Al día siguiente, en el baño, mientras se depilaba, se frotaba los talones con piedra pómez y se aplicaba crema en las manos y la piel, Busayna pensaba en lo que había pasado. Le parecía que una relación sexual con un hombre anciano como Zaki el Desouki sería algo extraño y peculiar en cierto sentido. Recordaba que a veces, cuando se acercaba a él, percibía, además del penetrante olor a cigarrillo, otro olor áspero y rancio que desprendía su ropa, que le recordaba el olor que llenaba su olfato cuando era pequeña y se escondía en el viejo armario de madera de su madre. También pensó que sentía una especie de afecto hacia él, pues era un caballero educado que la trataba con delicadeza. En el fondo era un pobre hombre porque a su edad estaba completamente solo, sin esposa ni hijos.

Por la tarde se dirigió a la oficina y descubrió que Zaki Bey había despachado

temprano a Abaskharon y que estaba sentado solo, esperándola. Ante él había una botella de whisky, una copa y una cubitera. Sus ojos estaban un poco enrojecidos y la habitación desprendía olor a alcohol. Se levantó a saludarla, se volvió a sentar, vació lo que quedaba en la copa y le dijo con tristeza:

—¿Sabes lo que ha pasado?

—¿Qué?

—Daulet ha presentado una denuncia pidiendo mi incapacitación.

—¿Qué quiere decir?

—Significa que ha pedido al juzgado que me declare incapaz de disponer de mis propiedades.

—¡Por Dios! Pero ¿por qué?

—Para conseguir mi parte de herencia mientras aún estoy vivo —dijo con amargura sirviéndose un nuevo vaso. Busayna se compadeció de él.

—Los hermanos a veces se pelean, pero nunca dejan de cuidarse.

—Eso es lo que piensas. Pero Daulet no ve más que el dinero.

—Quizá si hablase con ella.

Zaki Bey agachó la cabeza, queriendo decir «no servirá de nada», y dijo, para cambiar de tema:

—¿Quieres tomar algo?

—No, gracias.

—¿Nunca has bebido?

—Nunca.

—Prueba una copa. El gusto es amargo al principio pero después te sientes bien.

—No, gracias.

—Es una pena. Beber es algo muy agradable. Los extranjeros conocen mejor que nosotros la importancia de la bebida.

—He observado que usted vive exactamente como un extranjero.

Zaki Bey sonrió y la miró a la cara con amor y ternura, como si fuese una inocente niña.

—Por favor, no me trates de usted —dijo—. Es cierto que soy un anciano, pero no es necesario que me lo recuerdes constantemente. Pues sí, he pasado toda mi vida con forasteros. Me educé en una escuela francesa y la mayoría de mis amigos son extranjeros. Estudié en Francia y viví allí algunos años. Conozco París tanto como El Cairo.

—Dicen que París es muy bonito.

—¿Bonito? En París puedes encontrarlo todo.

—Entonces, ¿por qué no te quedaste a vivir allí?

—Es una larga historia.

—Cuéntamela. No tenemos mucho que hacer.

Rio para calmarle, y él sonrió por primera vez. Ella se acercó y le preguntó con afecto:

—Venga. ¿Por qué no te quedaste en Francia?

—Hay muchas cosas que debería haber hecho en mi vida y nunca hice.

—¿Por qué?

—No lo sé. Cuando tenía tu edad pensaba que podría hacer todo lo que me propusiese. Hacía planes para mi vida y estaba seguro de todo. Cuando me hice mayor me di cuenta de que el hombre no tiene control sobre casi nada en su vida. Todo está en manos del destino —sintió que le invadía la melancolía, suspiró profundamente y le preguntó sonriente—: ¿Te gustaría viajar?

—Claro.

—¿Adónde te gustaría ir?

—A cualquier sitio lejos de este infierno.

—¿No te gusta Egipto?

—Claro que no.

—¿Cómo? ¿Quién puede odiar a su país?

—Nunca me ha dado motivos para quererlo. —Dijo esta frase apartando su rostro. Zaki Bey respondió excitado:

—Tienes que amar a tu país. Patria no hay más que una, como la madre. ¿Quién puede odiar a su madre?

—Ese discurso vale para las películas y las canciones. Zaki Bey, la gente sufre.

—Ser pobre no significa no ser patriota. La mayoría de los líderes egipcios eran pobres.

—Eso era en tu época. Ahora la gente está harta.

—¿Qué gente?

—Todos. Por ejemplo, mis compañeras de la escuela de Comercio. Todas querían escapar a cualquier precio.

—¿Hasta ese punto?

—Sí.

—Quien no se encuentra bien en su país no se encontrará bien en ningún sitio.

En cuanto estas palabras salieron de su boca se dio cuenta de que eran inoportunas. Sonrió para suavizar su impacto en Busayna, que se había levantado y decía con amargura:

—Tú no lo entiendes porque vives bien. Cuando tienes que pasarte dos horas en la estación de autobuses, o tienes que tomar cada día tres autobuses para llegar a casa mientras te meten mano. Cuando tu casa se derrumba y el gobierno te aloja en una tienda, en la calle, con tu familia. Cuando la policía te insulta y te golpea por montarte en un microbús por la noche. Cuando te pasas todo el día de tienda en tienda buscando trabajo y no lo encuentras. Cuando eres un joven con estudios y ganas pero no tienes en el bolsillo más que una libra o a veces ni eso. Sólo entonces sabrás por qué odiamos Egipto.

Un silencio tenso reinó entre ambos. Zaki Bey decidió cambiar de tema. Se levantó del sillón, se dirigió al radiocasete y dijo alegre:

—Te voy a poner una de las voces más bonitas del mundo, una cantante francesa que se llama Edith Piaf. ¿Has oído hablar de ella?

—Para empezar, no sé francés.

Zaki Bey hizo un gesto indicando que eso no era importante. Apretó el botón del reproductor que emitió una música de piano sobre la que se elevó la voz de Piaf, poderosa, pura y cálida. Zaki Bey se puso a mover la cabeza siguiendo el ritmo mientras decía:

—Esta canción me recuerda los buenos tiempos.

—¿De qué habla?

—Habla de una muchacha parada en medio de una multitud. La gente empieza a empujarla contra su voluntad hacia un hombre que no conoce. En cuanto le ve siente cosas bonitas y desea quedarse con él toda la vida, pero de pronto la masa la aleja de él. Al final se queda sola y el hombre al que amó desaparece para siempre.

—¡Qué triste!

—Claro. Tiene una moraleja. Uno puede pasarse toda la vida solo, buscando a la persona adecuada, y cuando la encuentra la pierde.

Estaban de pie junto a la mesa. Mientras hablaba, se acercó a ella y le puso las manos en las mejillas. La nariz de Busayna se llenó del olor áspero y rancio. Él dijo mirándola a los ojos:

—¿Te ha gustado la canción?

—Es bonita.

—¿Sabes, Busayna? Estaba deseando conocer a alguien como tú —ella no contestó—. Tienes unos ojos preciosos.

—Gracias —suspiró. Su rostro ardía. Le dejó acercarse más, hasta que sus labios rozaron su joven rostro. Zaki Bey la tomó en sus brazos y al poco Busayna sintió el sabor amargo del whisky en su boca.



—¿Dónde vas, muñeca? —preguntó con impertinencia Malak cuando se cruzó con ella por la mañana en el ascensor.

—Salgo a trabajar —respondió ella, evitando su mirada.

Malak soltó una sonora carcajada y dijo:

—Parece que te gusta el trabajo.

—Zaki Bey es un buen hombre.

—Todo el mundo es bueno. ¿Qué hay de lo nuestro?

—Todavía no.

—¿Qué quieres decir?

—Todavía no he tenido la ocasión.

Malak frunció el entrecejo, la miró con una expresión de enfado, tiró con fuerza de su mano y dijo:

—Escucha, listilla. Esto no es un juego. Esta semana tiene que firmar el contrato, ¿entendido?

—Está bien —respondió, liberando su mano, y entró en el ascensor.



Desde bien temprano empezaron las protestas de los estudiantes en la mayoría de las facultades. Interrumpieron las clases, cerraron las aulas y empezaron a moverse en grupos numerosos, gritando y portando pancartas contra la guerra del Golfo. Cuando sonó la llamada a la oración, alrededor de cinco mil estudiantes, hombres y mujeres, se alinearon para rezar en el patio frente al salón de actos, los hombres en primera línea y las mujeres detrás. Dirigía la oración el hermano Taher, dirigente de la *Gamaa Islamiya*. Después los congregados rezaron una plegaria por las almas de los mártires musulmanes caídos en Iraq. Cuando terminaron, Taher subió a la escalera que llevaba al salón de actos y desde allí, con su chilaba blanca y su oscura barba, gritó por el micrófono:

«Hermanos, nos hemos reunido hoy para detener la masacre de musulmanes en nuestro país hermano, Iraq. Nuestra nación islámica no está muerta, como desean nuestros enemigos. Ya lo dijo el Profeta, las bendiciones y la paz de Dios sean con Él, en uno de sus *hadiz*: “*Mi nación gozará del favor divino hasta el día del Juicio Final*”. ¡Hermanos y hermanas! Alcemos nuestra voz, alta y clara, para que nos escuchen aquellos que estrecharon las sucias manos del enemigo, manchadas con sangre de musulmanes. Juventud del Islam, ahora mismo, mientras hablamos, las bombas de los infieles destruyen nuestro país hermano, Iraq. Se enorgullecen anunciando que han arrasado su capital, reduciéndola a ruinas en un santiamén. Dicen que han devuelto a Bagdad a la edad de piedra tras destruir todas las centrales eléctricas y depósitos de agua. Ahora mismo, hermanas y hermanos, a cada instante, miles de musulmanes iraquíes se convierten en mártires, arrancada su piel por las bombas americanas. A esta tragedia hay que añadir que nuestros dirigentes se someten a las órdenes de América e Israel. En lugar de lanzar a los ejércitos musulmanes contra los sionistas que usurparon Palestina y profanaron la mezquita Al Aqsa, nuestros líderes ordenan a los soldados egipcios matar a sus hermanos musulmanes en Iraq. Hermanos y hermanas en el Islam, alzad vuestras voces con la Palabra Verdadera. Gritad alto y claro para que os escuchen los que han vendido la sangre de los musulmanes y acumulado en bancos suizos su riqueza fruto de la rapiña.»

Los gritos resonaron en todas direcciones, lanzados por estudiantes aupados sobre los hombros de sus compañeros y repetidos por miles de gargantas con creciente entusiasmo:

«¡Ni capitalismo ni comunismo! ¡Islam, Islam!»

«¡Khaybar, judíos, Khaybar! ¡El ejército de Mahoma volverá!»

«Gobernantes, traidores, ¿por cuánto habéis vendido la sangre de los musulmanes?»

Taher hizo una señal y volvió el silencio. Alzó su voz, que retumbaba de ira:

«Ayer, las televisiones de todo el mundo mostraron la imagen de un soldado americano preparado para lanzar un misil para matar a nuestra gente en Iraq. ¿Sabéis qué había escrito ese cerdo yanqui en el misil antes de dispararlo? “Saludos a Alá”. Musulmanes, se están burlando de vuestro Dios. ¿Qué vais a hacer? Os asesinan, violan a vuestras mujeres, se ríen de vuestro Señor, alabado sea. ¿Vuestro honor y dignidad valen tan poco? ¡*Yihad, Yihad, Yihad!* ¡Que todo el mundo nos escuche! ¡No a esta guerra cruel! ¡No al asesinato de musulmanes en manos de musulmanes! ¡Por Alá que daremos nuestras vidas antes de permitir que nuestra nación islámica se convierta en una golosina en las bocas de nuestros enemigos! No seremos unos zapatos que los americanos puedan ponerse y quitarse cuando les venga en gana.»

A continuación, con la voz entrecortada por la emoción, gritó:

«¡Alá es grande! ¡Abajo el sionismo! ¡Muerte a América! ¡No a los traidores! ¡Islam, Islam!»

Los estudiantes auparon a hombros a Taher y la enorme muchedumbre se dirigió hacia la puerta principal de la Universidad. El objetivo de los manifestantes era salir a la calle para que la gente se uniese a la manifestación, pero las fuerzas de seguridad estaban esperándoles frente a la puerta. En el momento en el que salieron a la plaza la policía, armada con largos palos, cascos y escudos de metal, se lanzó sobre ellos y empezó a golpearles con violencia. Se alzaron los gritos de las estudiantes, muchos jóvenes cayeron al suelo y fueron apaleados, y su sangre corría por el asfalto. Las masas de estudiantes seguían afluyendo en grupos por la puerta. Muchos de ellos lograron huir y se apresuraron a escapar de la policía, que les perseguía. Estos estudiantes consiguieron atravesar la plaza frente a la Universidad y se reagruparon junto al puente, donde otro grupo de fuerzas de la Seguridad Central cargó contra ellos, pero varios cientos se dirigieron hacia la Embajada de Israel. Allí, apareció un grupo numeroso de los Cuerpos Especiales que empezó a lanzar gases lacrimógenos. El humo cubrió el lugar y, de repente, retumbó el sonido de disparos.



Taha Shazli participó en las manifestaciones que se prolongaron a lo largo de todo el día. Consiguió escapar en el último minuto, cuando las fuerzas de seguridad cargaron contra los estudiantes frente a la Embajada de Israel. Según lo acordado, se dirigió al café L’Auberge, en la plaza de Sayda Zeynab, donde se reunieron algunos hermanos, entre ellos el dirigente Taher, quien ofreció un análisis y una evaluación de los acontecimientos del día. Después dijo con voz triste:

—Los asesinos han utilizado gases lacrimógenos para crear una cortina de

camuflaje y después abrir fuego real sobre los estudiantes. Nuestro hermano Jaled Harbi, de la facultad de derecho, ha caído y se ha convertido en mártir. Esperemos que Alá le conceda la vida eterna y roguemos que le perdone todos sus pecados. ¡Dios tenga misericordia de él y le conceda la vida en el Paraíso!

Los presentes recitaron la *Fatiha* por el alma del difunto, dominados por un sentimiento de temor y desánimo. A continuación, el hermano Taher explicó las tareas requeridas para el día siguiente: contactar con agencias de noticias extranjeras para confirmar la muerte de Jaled Harbi, buscar a las familias de los detenidos y organizar nuevas manifestaciones en lugares que las fuerzas de seguridad no tuvieran previstos.

La labor de Taha era escribir carteles y empapelar con ellos por la mañana temprano las paredes de la facultad. Para ello, compró varios rotuladores de colores y muchas cartulinas. Se encerró en su habitación de la azotea y se entregó al trabajo, hasta el punto de que no bajó a la mezquita a hacer las oraciones del crepúsculo ni de la noche, que rezó en solitario. Diseñó diez carteles, los escribió y realizó los dibujos. Terminó después de la medianoche, agotado de cansancio. Era consciente de que tenía pocas horas para dormir, ya que debía ir a la facultad antes de las siete de la mañana. Realizó dos oraciones adicionales y después apagó la luz, se recostó sobre el lado derecho y recitó su plegaria de antes de dormir: «*Oh Dios, hacia ti dirijo mi rostro. Mi espalda busca refugio en ti, en tus manos dejo mi destino. Por deseo y temor de ti. No hay refugio ni escapatoria de Tu poder, si no es a través de ti. Señor, creo en tu Libro que nos descendiste y en el Profeta que enviaste*». Pronto cayó en un sueño profundo.

Al cabo de un rato, mientras sentía que estaba soñando, le despertaron unos ruidos extraños. Abrió los ojos y distinguió unos bultos moviéndose en la oscuridad de la habitación. De pronto, alguien encendió la luz y pudo ver a tres hombres corpulentos al lado de la cama. Uno de ellos se acercó a él y le abofeteó con fuerza en la cara. Después le cogió la cabeza y se la giró con violencia hacia la derecha. Entonces Taha vio por primera vez a un joven oficial que le preguntaba burlón:

—¿Eres Taha Shazli?

No respondió, así que los agentes le golpearon con fuerza en la cabeza y el rostro. El oficial repitió la pregunta y Taha respondió con voz débil:

—Sí.

—¿Jugando a ser un gran líder, eh, hijo de puta? —dijo el oficial, con una sonrisa desafiante.

Ésta era la señal para que los golpes llovieran sobre Taha. Lo raro fue que no protestó ni gritó. Ni tan siquiera se protegió la cara con las manos. Su rostro permaneció impasible ante el impacto de la sorpresa. Se sometió por completo a los puñetazos de los policías, quienes lo agarraron y lo sacaron de la habitación.



Entre las decenas de clientes que llenaban el Restaurante Oriental del hotel Sheraton El Gezira había pocos ciudadanos corrientes, de esos que llevan a sus novias, esposas o hijos a comer un delicioso kebab los días de fiesta. La mayoría de los habituales eran caras conocidas: altivos hombres de negocios, ministros, gobernadores en el cargo o retirados que se reunían a comer en el restaurante, lejos de los ojos de la prensa y de los curiosos; de ahí que la policía estuviese presente en todo el local, así como los guardaespaldas que acompañaban a las personalidades importantes. El Restaurante de Kebab del Sheraton desempeñaba el papel en la política egipcia que tuvo el Real Club Automovilístico antes de la Revolución. ¡Cuántas políticas, tratados y leyes que han afectado a la vida de millones de egipcios han sido preparados y acordados alrededor de sus mesas repletas de carne asada!

La diferencia entre el Club Automovilístico y el Kebab del Sheraton expresaba con precisión el cambio que había experimentado la élite dirigente egipcia de antes y después de la Revolución. Los ministros aristócratas de la época pasada, por su educación y sus genuinas costumbres occidentales, armonizaban con el Club Automovilístico, donde pasaban muchas noches, acompañados de sus esposas vestidas con provocativos vestidos de gala, bebiendo whisky y jugando al póquer y al *bridge*. Sin embargo, el restaurante de Kebab del Sheraton era el lugar apropiado para los grandes de esta época, más adecuado con sus orígenes, generalmente populares, con su estricto cuidado de las apariencias religiosas y con su voraz apetito por la comida jugosa. Allí saboreaban los mejores kebabs, *koftas* y palomas rellenas, bebían té y fumaban narguiles de tabaco dulce, introducidos por la administración del restaurante en respuesta a su demanda. Entre las viandas, las infusiones y las pipas no dejaban de hablar sobre asuntos económicos y negocios.

Kamal el Fouli había solicitado un encuentro con Hagg Ezzam en el Kebab del Sheraton. Este último llegó con su hijo Fawzi antes de la hora convenida y se sentaron a fumar un narguile y a beber té hasta que llegó Kamal el Fouli con su hijo Yaser y tres guardaespaldas que se pusieron a inspeccionar el lugar. Al instante, uno de ellos susurró algo al oído de El Fouli, quien asintió con la cabeza y le dijo a Hagg Ezzam, tras abrazarle y darle una afectuosa bienvenida:

—Lo siento, Hagg. Tenemos que cambiar de sitio. Los guardaespaldas dicen que el lugar está demasiado al descubierto.

Hagg Ezzam accedió y él y su hijo se levantaron y se dirigieron con El Fouli a un rincón apartado, elegido por los guardas, al fondo del restaurante, junto a la fuente. Se sentaron y los escoltas hicieron lo propio en un lugar cercano, a una distancia calculada que les permitía vigilar la mesa sin escuchar lo que se decía en ella. Comenzó la charla con generalidades: intercambio de preguntas sobre la salud, los hijos y repetidas quejas acerca de los agobios del trabajo y el peso de las responsabilidades. Después El Fouli dijo, con tono afectado:

—Por cierto, tu campaña en el Parlamento contra la publicidad inmoral en la televisión es excelente y ha calado en la gente.

—Todo el mérito es tuyo, Kamal Bey. Tú tuviste la idea.

—Me interesaba darte a conocer como nuevo miembro del Parlamento. Con la ayuda de Dios, todos los periódicos han escrito sobre ti.

—El Señor me conceda la posibilidad de devolverte tus favores.

—No hay de qué, Hagg Ezzam. Eres un hermano querido, Alá lo sabe.

—¿Crees, Kamal Bey, que la televisión cederá ante la campaña y eliminará esos anuncios obscenos?

El Fouli declaró, con tono «parlamentario»:

—Lo harán, quieran o no. He hablado con el Ministro de Información en la reunión del gabinete político. Esta indecencia no puede continuar. Es nuestro deber salvaguardar los valores familiares en este país. ¿Quién puede permitir a su hija o su hermana ver el baile y la desvergüenza que aparecen en la televisión? ¿Dónde? ¿En Egipto, el país de Al Azhar?

—Siempre me he preguntado dónde están las familias de esas jóvenes que aparecen medio desnudas en la televisión. ¿Dónde están los padres y los hermanos de esas chicas, que les permiten mostrarse de una manera tan indecorosa?

—¿Dónde está el respeto? Quien permite que sus mujeres aparezcan desnudas es un marido indolente. El Profeta, las bendiciones y la paz de Dios sean con Él, maldijo a los indolentes.

Hagg Ezzam asintió con la cabeza y dijo piadoso:

—El esposo indolente va derecho al infierno, ¡mal camino! ¡El Señor nos libre!

Este diálogo era una especie de prelude, un tanteo para medir las posibilidades, como el calentamiento que hacen los futbolistas antes del partido. Ahora que había desaparecido el temor y un clima distendido presidía la reunión, Kamal el Fouli se inclinó hacia delante, sonrió y dijo con un tono lleno de intención, moviendo la boquilla de su narguile entre sus gordos dedos:

—Por cierto, no te he felicitado.

—Gracias. Pero ¿por qué?

—Por haber adquirido el concesionario de coches japoneses Tasso.

—¡Ah! —respondió Hagg Ezzam con voz imperceptible. Sus ojos empezaron a brillar con repentina cautela. Agachó la cabeza y dio una lenta calada a su narguile, dándose tiempo para pensar. Sopesando cada palabra que decía, respondió—: Pero el negocio todavía no está cerrado, Kamal Bey. Acabo de solicitar la concesión y los japoneses están estudiándolo. Puede que acepten o que lo rechacen. Encomendémonos al Señor y recemos al Profeta.

El Fouli soltó una sonora carcajada y golpeó la rodilla de Hagg Ezzam. Le dijo en tono confidente:

—¡Vamos, hombre! ¿A qué viene esto, abuelo, crees que voy a picar? Caballero, el concesionario será tuyo esta misma semana. De hecho, el jueves recibirás un fax con la confirmación. ¿Qué te parece?

Hagg Ezzam le miró en silencio mientras continuaba con seriedad:

—Mira Hagg Ezzam. Yo soy Kamal el Fouli, directo como una espada —le dijo mientras hacía un gesto de rectitud con el brazo—. Soy hombre de palabra, creo que ya lo has comprobado.

—El Señor te colme de beneficios.

—¿Te lo tengo que decir todo? Ese concesionario, Hagg, producirá unos beneficios de trescientos millones al año. Por supuesto, Dios sabe que te deseo lo mejor, pero una tarta como ésa es muy grande para ti.

—¿Qué quieres decir? —exclamó Hagg Ezzam con voz afilada.

—Quiero decir que no puedes comértela tú solo —respondió El Fouli mirándole con dureza—. Queremos un cuarto.

—¿Un cuarto de qué?

—Un cuarto de los beneficios.

—¿Quiénes sois vosotros?

El Fouli rio estrepitosamente y respondió:

—¿Qué preguntas son ésas, *Hagg*? Tú eres de aquí y sabes cómo funcionan las cosas.

—¿Qué estás intentando decirme?

—Intento decirte que hablo en nombre del Gran Hombre, que quiere participar en tu concesionario con un cuarto de los beneficios. Ya sabes. Todo lo que el Gran Hombre pide lo obtiene.



«Los problemas nunca vienen solos», pensaba Hagg Ezzam cada vez que recordaba aquel día. Abandonó el Sheraton a eso de las diez de la noche tras acceder a las peticiones de Kamal el Fouli. No tuvo más opción que ceder, ya que conocía el poder del Gran Hombre, aunque sentía una gran rabia sólo de pensar en darle un cuarto de los beneficios. Era su gran proyecto, que le había costado muchos esfuerzos y el desembolso de millones de libras, y de pronto llega el Gran Hombre y se lleva un cuarto de los beneficios a mesa puesta. Injusticia y corrupción, se decía indignado, y se prometió encontrar una solución para no ceder a este abuso.

El coche se dirigía hacia su casa en Mohandesin. Hagg Ezzam se volvió a su hijo Fawzi y le dijo:

—Vete a casa y dile a tu madre que pasaré la noche fuera. Tengo que contactar con algunas personas para hablar del tema de El Fouli.

Fawzi asintió en silencio y bajó del coche frente a la casa tras besar la mano de su padre, quien le dio una palmada en el hombro diciendo:

—Mañana nos encontraremos en la oficina temprano, si Dios quiere.

Hagg Ezzam se reclinó en el asiento del coche. Se sintió más cómodo y pidió al chófer que se dirigiese al edificio Yacobián. Hacía días que no veía a Suad porque había estado ocupado en el asunto del concesionario japonés. Sonrió imaginando su

sorpresa al verle. ¿Cómo la encontraría? ¿Qué estaría haciendo ahora? Necesitaba pasar una noche con ella, una noche para olvidarse de las preocupaciones y despertar descansado. Se le pasó por la cabeza llamarla desde el teléfono del coche para que se preparase para su visita, pero prefirió darle una sorpresa para ver cómo le recibía.

El chófer se desvió, llegó al apartamento y Hagg Ezzam subió. Giró la llave con lentitud, entró en el recibidor, escuchó ruidos procedentes del salón y se dirigió hacia allí lentamente. La encontró tendida en el sofá, con un pijama rojo, sueltos los rizos del pelo y la cara cubierta de crema. Estaba viendo la televisión y, en cuanto le vio, dio un grito de bienvenida, se puso en pie de un salto y le abrazó diciéndole con un tono de reproche:

—¿Por qué me tratas así? Podías haberme llamado por teléfono por lo menos, para decirme que me arreglase. ¿Es que te gusta verme así de fea?

—Estás más bonita que la luna —susurró Hagg Ezzam, apretándose contra su cuerpo y abrazándola con fuerza.

Ella sintió su deseo como un puñal, echó la cabeza hacia atrás y dijo con voz seductora, escapando de él:

—¡Ay, Hagg! Eres un pulpo. Espera a que vaya al baño y te ponga algo de cenar.

Pasaron la noche como de costumbre. Ella le preparó el carbón para el narguile y él fumó varias pipas de hachís mientras Suad se arreglaba en el baño. Después, él se quitó la ropa, se dio una ducha, se puso una chilaba blanca sobre su cuerpo desnudo y se acostó con ella. Era de esos hombres que descargan sus preocupaciones en el sexo, y esa noche su actuación con Suad fue desacostumbradamente ardiente y profusa. Cuando terminó, ella le besó y le susurró rozando la nariz con la suya:

—Vinos y amores, los viejos son los mejores.

Soltó una sonora carcajada, reclinó la espalda sobre la cabecera de la cama y le dijo alegre:

—Venga, te voy a contar la sorpresa.

—¿Qué sorpresa?

—Ooohhh. Te olvidas rápido de las cosas. La sorpresa, Hagg. La cosa que tienes que hacer para demostrarme que me quieres.

—Ah, es verdad. Lo siento, tengo la cabeza muy ocupada esta noche. Venga, mi niña, dime la sorpresa.

Suad se giró hacia él y le miró en silencio, buscando su reacción. Se dibujó una amplia sonrisa en su rostro y dijo:

—El viernes fui al médico.

—¿Al médico? ¿Estás bien?

—Me sentía cansada.

—¿Estás mejor?

Soltó una carcajada y dijo:

—No. Resulta que era un cansancio bueno.

—No entiendo.

—Felicidades, cariño. Estoy embarazada de dos meses.



El furgón se detuvo frente al edificio Yacobián. Era un vehículo completamente hermético, ventilado sólo por unas diminutas ventanillas enrejadas. Los soldados sacaron a Taha Shazli, golpeándole y pateándole con sus enormes botas. Antes de montarle en el vehículo le vendaron los ojos con una cinta, le echaron las manos a la espalda y le pusieron unas esposas. Taha sintió que se le desgarraba la piel bajo la presión del acero. El furgón estaba lleno de detenidos, quienes a lo largo del recorrido no cesaban de gritar: «¡No hay más dios que Alá! ¡Islam, Islam!», intentando con sus voces mitigar el miedo y la tensión. Los guardias les dejaban gritar. El furgón iba tan rápido que en más de una ocasión los estudiantes cayeron unos sobre otros. De pronto se paró, oyeron el ruido de una vieja puerta de hierro y el vehículo empezó a recular lentamente, hasta que se detuvo. La puerta trasera se abrió y entró un grupo de soldados insultándoles y golpeándoles con los cinturones. Los estudiantes empezaron a caer fuera del coche, entre gritos, y escucharon los ladridos de los perros de la policía que rápidamente se lanzaron sobre ellos. Taha intentó escapar corriendo, pero un enorme perro saltó sobre él, le derribó y le clavó los colmillos en el pecho y el cuello. Taha se giró sobre el suelo para protegerse la cara de los dientes del animal. Pensó que no dejarían a los perros matarlos, pero que si moría alcanzaría el Paraíso. Se tranquilizó y empezó a recitar para sus adentros versículos del Corán y a recordar fragmentos de los sermones del *sheij* Shaker. Descubrió que el daño físico llega hasta un límite concreto, terrible, y después poco a poco se va perdiendo conciencia del dolor.

De repente, los perros se alejaron, como alertados por una señal. Los detenidos se quedaron tirados en el patio durante unos minutos. Otra vez los soldados empezaron una nueva tanda de violentos golpes, tras la cual comenzaron a llevárselos uno a uno. Taha sintió que lo empujaban por un largo pasillo. Se abrió una puerta y entró en una gran habitación llena de humo de tabaco. Pudo distinguir las voces de unos oficiales sentados, charlando y riendo con normalidad. Uno de ellos se levantó, le golpeó con fuerza en la nuca y le gritó en el rostro:

—¿Cómo te llamas, niño?

—Taha Mohamed Shazli.

—¿Qué? ¡No oigo!

—Taha Mohamed Shazli.

—¡Habla más alto, hijo de puta!

Taha gritó lo más alto que pudo, pero el oficial le abofeteó y le preguntó de nuevo, así por tres veces. Después le molieron a golpes y patadas hasta que cayó al suelo. Le levantaron y por primera vez escuchó una voz profunda y tranquila, que hablaba despacio, con seguridad, y que Taha no olvidaría en su vida:

—Ya basta chicos. Ya es suficiente. Este muchacho parece razonable e inteligente. Ven aquí chaval, acércate.

Le empujaron en dirección a esa voz. Taha estaba seguro de que era el jefe, pues estaba sentado en una mesa en el centro de la estancia.

—¿Cómo te llamas, muchacho?

—Taha Mohamed Shazli.

Hablaba con dificultad, sintiendo el sabor amargo de la sangre en la boca. El jefe continuó:

—Taha, pareces un buen chico, de buena familia. ¿Por qué te haces esto, hijo? ¿Has visto lo que te ha pasado? Y esto no es nada. Todavía no has visto nada. ¿Ves a esos soldados? Estarán pegándote hasta la noche, y después se irán a sus casas a comer y dormir y llegarán otros para pegarte hasta la mañana. Luego regresarán estos soldados de sus casas y empezarán a golpearte otra vez hasta la noche. Y así todo el rato, sin parar. Si mueres de los golpes, te enterramos aquí, justo donde estás. Y no nos importa. No eres nada para nosotros, Taha. Somos el Gobierno. ¿Acaso eres algo para el Gobierno? Mira en qué lío te has metido. Escucha, hijo. ¿Quieres que te saque de aquí ahora mismo? ¿Quieres volver con tu familia? Tu padre y tu madre deben de estar preocupados por ti.

Pronunció esta última frase como si estuviese realmente contrariado. Taha sintió un escalofrío que recorrió su cuerpo. Intentó contenerse, pero no pudo. Expulsó un sonido agudo, como un aullido, y cedió a un interrumpido y fuerte llanto. El oficial se acercó a él y le palmeó el hombro, diciendo:

—No, Taha. No llores, muchacho. Por Alá que me das lástima. Escucha, chico bueno. Danos información acerca de tu organización y te prometo por mi honor que te vas ahora mismo. ¿Qué me dices?

—¡Yo no estoy en ninguna organización! —gritó Taha.

—¿Y por qué tienes una copia del *Manual de acción islámica*?

—Lo estoy leyendo.

—Querido, eso es propaganda de la organización. Vamos, Taha, sé inteligente. Dime cuál es tu cargo en la organización.

—No conozco ninguna organización.

Los golpes le llovieron de nuevo y Taha sintió que el dolor superaba el terrible límite otra vez, convirtiéndose en algo parecido a una noción que le llegaba de fuera. La voz del jefe volvió, tranquila como de costumbre:

—¿Por qué, hijo? Di lo que sabes y te librarás de todo esto.

—Por Dios, señor, no sé nada.

—Tú sabrás. Tú decides. Pero ten en cuenta que soy el único bueno aquí. El resto de oficiales son unos cafres y unos delincuentes. No sólo te golpearán. Ésos hacen cosas horribles. ¿Quieres hablar o no?

—Lo juro por Dios, no sé nada.

—Está bien. Como quieras.

Como si fuese la señal convenida, en cuanto el oficial pronunció esta frase los golpes le llegaron de todas partes. Después lo tiraron al suelo, boca abajo, y varias manos le quitaron la chilaba y le arrancaron la ropa interior. Se resistió con todas sus fuerzas, pero eran mucho más fuertes. Le inmovilizaron de manos y pies. Dos toscas manos le agarraron las nalgas, las separaron y sintió un objeto duro entrando en su ano y desgarrándole por dentro. Gritó. Gritó lo más alto que pudo. Gritó hasta sentir que se le abría la garganta.



Con la llegada del invierno Abd Rabbuh comenzó su nueva vida. Terminó el servicio militar en la Seguridad Central, colgó para siempre el uniforme de soldado, que cambió por ropas occidentales, y empezó a trabajar en el quiosco. Pronto se trajo del Alto Egipto a su mujer Hadiya y a su hijo Wael, todavía un bebé, para vivir juntos en una habitación en la azotea del edificio Yacobián que Hatem Rachid había alquilado para ellos. La salud de Abduh mejoró, ganó peso y parecía sano, tras deshacerse de la apariencia desnutrida y miserable de los reclutas. Ahora se asemejaba más a un joven y exitoso comerciante cairota, lleno de energía y confianza, aunque conservaba su fuerte acento del sur, las uñas largas y sucias y los dientes amarillentos por el tabaco y los restos de comida que nunca limpiaba. Conseguía unos ingresos razonables de la venta de cigarrillos, dulces y refrescos.

La gente de la azotea recibió a la familia como hacían con todos los nuevos vecinos: una bienvenida en la que se mezclaban reserva y curiosidad. Sin embargo, poco a poco Hadiya, la esposa de Abduh, empezó a caerles bien, por su cuerpo esbelto y delgado, su chilaba negra, su piel morena, el tatuaje azul oscuro en la barbilla, los platos del Sur que cocinaba, como el *bittaw* y la *weka*, y su acento de Asuán, que se divertían imitando. Abduh dijo a los vecinos que trabajaba como cocinero para Hatem Rachid, pero no le creyeron porque conocían la homosexualidad de Hatem y porque pasaba al menos dos noches por semana en su casa. Entre ellos, bromeaban acerca de las «comidas nocturnas» que Abduh hacía para su señor. Sabían la verdad y la aceptaban. En general, su actitud hacia las personas descarriadas dependía de cómo les cayesen. Si no les gustaban, salían en su contra en defensa de la moral, peleaban abiertamente con ellos y evitaban que sus hijos tuvieran contacto con estos individuos. Sin embargo, si les caían bien, como Abduh, les perdonaban y se comportaban con ellos considerándoles errados pero dignos de compasión. Repetían que al final todo es cosa del destino y que el Señor, alabado sea, podía reconducirles por el camino correcto. «¡Cuántos otros han sido peores y el Señor les ha enderezado e inspirado, convirtiéndose en santos!», repetían, enjuagándose los labios y moviendo la cabeza con simpatía.

La vida de Abd Rabbuh discurría prácticamente sin problemas, aunque la relación con su esposa seguía tensa. Hadiya era feliz con la comodidad de su nueva vida, pero

había algo espinoso en el fondo de su corazón que envenenaba su relación. Como una llama que a veces se avivaba y otras se extinguía o desaparecía momentáneamente, pero al final siempre estaba presente. Cuando Abduh regresaba a casa por la mañana tras haber pasado la noche con Hatem, turbado y nervioso, evitaba mirar a los ojos de su mujer y la trataba con rudeza al menor pretexto. Ella recibía sus accesos de cólera con una sonrisa triste que le irritaba aún más. Entonces él le gritaba:

—¡Di algo, imbécil!

—El Señor te perdone —respondía Hadiya en voz baja y se apartaba de él hasta que se calmaba.

Cuando estaban en la cama, haciendo el amor, Abduh pensaba muchas veces en su amante Hatem y sentía que ella podía leer sus pensamientos. Enterraba sus preocupaciones en el cuerpo de su mujer, haciéndole el amor con excesiva violencia, como intentando que dejase de pensar o castigándola por estar al corriente de su homosexualidad. Cuando terminaba se tendía boca arriba, encendía un cigarrillo y se quedaba mirando el techo. Ella permanecía tumbada a su lado, con ese asunto espinoso, que no podían ignorar pero tampoco mencionar, colgando sobre ellos.

Una vez, Abduh respondió a una misteriosa pulsión interna. Estaba cansado de esta fingida ignorancia y su corazón no soportaba el peso de la situación. En el fondo de su ser deseaba que Hadiya lo afrontase antes que seguir con esta dolorosa ambigüedad. Si ella estallaba y le acusaba de homosexual él se libraría de su carga, le contaría todo y le explicaría con sencillez que no podía pasar sin Hatem porque necesitaba el dinero. De pronto le dijo:

—¿Sabes, Hadiya? Hatem Bey es un hombre bueno.

Ella no respondió.

—¡Si supieses cuánto se preocupa por nosotros!

Tampoco hubo respuesta.

—¿Por qué no dices nada?

—Porque no es bueno ni nada de eso. Lo que pasa es que tú eres fiel y él puede contar contigo en el trabajo.

Ésta era la justificación que ella utilizaba siempre delante de los vecinos. Le habló con dureza porque él había violado la fingida ignorancia con la que atenuaba su vergüenza. Abduh se arrepintió un poco de su arranque, y le dijo, tranquilizador:

—Mujer, por lo menos debemos agradecerle todos los favores que nos ha hecho.

—¿Qué favores? Todo el mundo mira por sus intereses, lo sabes tan bien como yo. El Señor nos perdone por Hatem, por tu trabajo y por cada día que pasamos aquí.

Sus palabras cayeron sobre él como una losa. Se refugió en el silencio y se giró de cara a la pared, lo que hizo que ella sintiera compasión. Se acercó a él, tomó sus manos en las suyas, le besó y le susurró con cariño:

—Abu Wael, el Señor te guarde y nos proporcione el pan por medios honestos. Me gustaría que ahorrases algo de dinero que nos permita abrir tu propio quiosco y así no deber nada a nadie. Ni a Hatem ni a nadie.



Como si de una potencia colonial se tratase, el objetivo de Malak Khila era expandirse y dominar. Una irresistible fuerza interior le empujaba a adueñarse de cualquier cosa que estuviese al alcance de su mano, sin importar su valor y por cualquier medio. Desde que llegó a la azotea no había cesado de extenderse en todas las direcciones. Comenzó por una letrina abandonada de un metro cuadrado de superficie que quedaba a la derecha de la entrada. Desde que la vio decidió apoderarse de ella. Colocó cajas de cartón vacías en la puerta. Después empezó a almacenar algunas dentro, y poco a poco terminó cerrando el baño con un gran candado cuya llave llevaba siempre en el bolsillo, con la excusa de que había mercancías dentro de las cajas que podían ser robadas si dejaba el retrete abierto.

Tras la letrina, Malak ocupó una gran parte de la azotea que llenó con viejas máquinas de coser rotas. Explicó a los vecinos, quienes estaban, por supuesto, contrariados por el asunto, que esperaba a un hombre que pronto vendría a recogerlas para repararlas. Sin embargo, este hombre nunca llegaba, o llamaba por teléfono a Malak en el último momento para decirle que había surgido un contratiempo y le prometía que en una semana, o dos a lo sumo, pasaría a llevárselas. De este modo Malak siguió posponiendo la retirada de las máquinas hasta que pudo imponer la ocupación de este lugar como un hecho consumado. Por otra parte, arrebató un espacio vacío que formaba la pared de la azotea con un golpe sorpresa. En menos de una hora se presentaron tres carpinteros que colocaron una puerta de madera cubriendo el hueco y pusieron un gran candado cuya llave poseía Malak. De esta forma, se sacó de la nada un nuevo armario para almacenar sus mercancías.

Durante estas batallas Malak, como un avezado estadista, tuvo que afrontar la oposición y el enfado de los vecinos por todos los medios. Los apaciguaba, restaba importancia al asunto y si era necesario se involucraba en violentas peleas, lo que sucedía pocas veces. Le vino muy bien para esto que Hamid Hawwas, tras presentar reclamaciones ante prácticamente todos los responsables del Gobierno, consiguiera por fin revocar su traslado arbitrario a El Cairo y regresara a Mansura, su ciudad natal. De este modo, Malak se libró de un adversario tenaz capaz de frenar sus ansias expansionistas en la azotea.

Sin embargo, pequeñas victorias como la letrina o el armario satisfacían la sed inmobiliaria de Malak del mismo modo que a un estratega militar le satisfaría una victoria al ajedrez. Él soñaba con un gran golpe que le produjese enormes beneficios: un buen terreno del que adueñarse o un gran piso cuyo inquilino muriese y del que pudiera apropiarse. Esto último era algo normal en West el Balad. Muchos ancianos extranjeros morían solos y sin familia y su vivienda pasaba a manos del egipcio más cercano a ellos: el planchador, el cocinero o el marido de la sirvienta, quienes rápidamente se instalaban en el piso, redactaban un acta declarando que residían en ese apartamento, cambiaban las cerraduras y se enviaban a sí mismos cartas como

prueba de que habitaban allí. También pagaban a falsos testigos que aseguraban ante el juez que habían vivido en la casa con el difunto extranjero. Después encargaban a un abogado que abriese un largo y lento proceso contra el dueño del edificio, quien finalmente se veía forzado a llegar a un acuerdo con el usurpador del piso a cambio de una cantidad mucho más baja que su valor real.

La idea de dar un golpe de este calibre rondaba de continuo la imaginación de Malak. Inspeccionó los apartamentos susceptibles de ser asaltados en el edificio Yacobián y descubrió que el que estaba más al alcance de sus manos era el piso de Zaki el Desouki. Seis habitaciones, salón, dos baños y una gran terraza sobre la calle Suleiman Pacha. Zaki Bey era un anciano solitario que podría morir en cualquier momento, el piso era alquilado y los alquileres no se heredan. Además, la presencia de su hermano Abaskharon en el apartamento facilitaría el traspaso del piso a sus manos en el momento oportuno. Tras pensarlo largo tiempo y realizar extensas consultas legales, Malak elaboró el plan: firmaría un contrato, a nombre de una empresa ficticia, con Zaki el Desouki, y lo registraría en el catastro. Después lo ocultaría hasta la muerte del anciano, momento en el que se aprovecharía del contrato para impedir que le echasen del piso, al ser socio comercial del difunto. Pero ¿cómo conseguiría que Zaki Bey firmase el contrato? Aquí es donde entraba Busayna Sayed. Zaki el Desouki tenía una debilidad por el sexo femenino, y una mujer inteligente podría camelarle y conseguir su firma sin que él se enterase. Malak había ofrecido a Busayna la cantidad de cinco mil libras a cambio de que consiguiese la rúbrica del anciano y le había dado dos días para pensarlo. No tenía ninguna duda de que iba a aceptar, pero no quería mostrarse ansioso por el trato. Como esperaba, ella accedió, pero le preguntó directa y claramente:

—Si te traigo el contrato con la firma de Zaki el Desouki, ¿quién me asegura que vas a pagarme?

—Las cuentas claras —Malak tenía preparada la respuesta—, puedes quedarte con el contrato hasta que cobres toda la cantidad.

—De acuerdo —dijo Busayna, sonriendo—. Sin el dinero no hay contrato.

—Muy bien.



¿Por qué aceptó Busayna?

¿Y por qué iba a rechazar? Cinco mil libras era una suma importante, con la que podría cubrir las necesidades de sus hermanos y comprar lo que necesitaba para poder casarse. Además, Malak se quedaría con el piso tras la muerte de Zaki el Desouki, quien no conocería nunca su maniobra, y ella no le haría daño porque él estaría ya muerto. E incluso si le hacía daño, ¿por qué debía sentir compasión por él? A fin de cuentas, no era más que un viejo mimado y caprichoso que se merecía todo lo que le sucediese.

Había perdido la compasión por la gente y sus sentimientos estaban ahora cubiertos por una gruesa capa de indiferencia, ese desencanto que afecta a los oprimidos, los fracasados y los inadaptados, y que les impide simpatizar con los demás. Tras repetidos intentos, había conseguido librarse de los remordimientos y enterrar para siempre el sentimiento de culpabilidad que la invadía cuando se desnudaba delante de Talal, lavaba las impuras manchas de su vestido y después extendía la mano para recoger sus diez libras. Se había vuelto más cruel, amarga e insolente, y no volvió a preocuparse por los comentarios de los vecinos de la azotea acerca de su reputación. Conocía bien sus vergüenzas y escándalos, tanto como para que su fachada puritana le hiciese reír. Es verdad que mantenía una relación con Talal porque necesitaba dinero, pero había otras mujeres en la azotea que engañaban a sus maridos sólo por placer. Además, ella todavía era virgen y podría casarse con un hombre respetable y cortar las lenguas de los que la calumniasen.

Busayna empezó a trabajar en casa de Zaki el Desouki esperando la ocasión para conseguir que firmase el contrato. Sin embargo, no le resultó fácil, porque Zaki Bey no era ese viejo odioso que se había imaginado, sino que, por el contrario, era amable, atento y la trataba con respeto. Con él no tenía la sensación de estar haciendo un trabajo pagado como con Talal, quien le arrancaba la ropa y manoseaba su cuerpo sin dirigirle ni una palabra. Zaki Bey era dulce con ella, conocía a su familia, quería a sus hermanos pequeños y les compraba muchos regalos caros. Respetaba sus sentimientos, la escuchaba con atención y le contaba historias de los tiempos pasados.

Incluso cuando se acostaban no se quedaba con esa sensación de asco que le dejaba Talal. Zaki Bey la acariciaba con delicadeza, temiendo dañarla con sus dedos, como si estuviese jugueteando con una rosa cuyos pétalos pudiesen desprenderse a la más mínima presión. La besaba mucho en las manos. Nunca había imaginado que un hombre pudiera besarle las manos. La primera noche, cuando sus cuerpos se encontraron, ella le susurró con dulzura, abrazándole:

—Ten cuidado. Soy virgen.

Él rio en voz baja y susurró:

—Lo sé.

Después la besó y ella sintió que se le derretía el cuerpo entre sus brazos. Tenía un modo mágico de hacer el amor. Sustituía el vigor por la experiencia, como un viejo futbolista que compensa su baja forma física con una gran destreza. Busayna anhelaba en su fuero interno que el marido al que se uniría un día fuera tan sensible como él.

Sin embargo, esta creciente admiración hacia él la angustiaba en cierto modo porque despertaba en su interior un sentimiento de culpa. Él la trataba bien y ella iba a traicionarle y hacerle daño. Este hombre amable, que era cariñoso con ella, que la mimaba y le contaba los secretos de su vida nunca podría imaginar que ella estuviera conspirando para apoderarse de su piso tras su muerte. Cuando pensaba en esto se sentía despreciable, se odiaba a sí misma y se le hacía difícil engañarle, igual que a

un cirujano le resultaría complicado operar a su mujer o a sus hijos. Se había propuesto conseguir su firma más de una vez cuando estaba bebido, pero se echaba atrás en el último minuto. No podía y después, para su sorpresa, se culpaba con fuerza y le exasperaba esta debilidad. En el fondo, la compasión por el viejo Zaki Bey y el sentimiento de culpa, por un lado, y su incontenible deseo de dinero, por otro, continuaban peleando con igual fuerza en su interior, hasta que finalmente reunió toda su voluntad y decidió acabar con esto de una vez y conseguir la firma a la primera ocasión.



—Fíjate en que todas mis ropas son de invierno. Solía ir a fiestas en invierno y luego iba a Europa en verano.

Estaban sentados en el restaurante *Maxim's*. Habían cenado, era cerca de la medianoche y los clientes habían abandonado el local. Busayna llevaba un vestido azul nuevo que dejaba al descubierto la brillante garganta y el escote. Zaki Bey estaba sentado junto a ella, bebiendo whisky y enseñándole su colección de viejas fotos, en las que aparecía un joven guapo, elegante y sonriente, con una copa en la mano, en medio de un grupo de hombres vestidos de etiqueta y hermosas mujeres con provocativos vestidos de noche. Enfrente de ellos había unas mesas llenas de comida y botellas de vinos caros.

Busayna miraba las fotos entusiasmada. Señaló una de ellas y gritó entre risas:

—¿Qué es eso? ¡Vaya traje más raro!

—Un traje de noche. Antes había un traje especial para cada ocasión. El de la mañana era diferente del de la tarde y del de la noche.

—¿Sabes? Eras muy guapo. Te parecías a Anwar Wagdi.^[10]

Zaki Bey soltó una sonora carcajada. Después se calló por un momento, y dijo:

—Viví días hermosos, Busayna. Eran otros tiempos. Egipto era como Europa. Limpio y elegante. La gente era culta y respetuosa, todos sabían dónde estaba su sitio. Yo también era otro. Tenía una posición, dinero y todos mis amigos eran de cierto nivel. Tenía mis lugares especiales para pasar la noche: el Club Automovilístico, el Club Mohamed Ali, el Club Gezira... ¡Qué tiempos! Todas las noches fiestas, risas, bebida y canciones. Había muchos extranjeros en El Cairo, la mayoría vivían en West el Balad hasta que Abdel Nasser los expulsó en 1956.

—¿Por qué los expulsó?

—Primero expulsó a los judíos y el resto de extranjeros se asustó y se marcharon. Por cierto, ¿qué opinas de Nasser?

—Nací después de que muriese. No sé. Unos dicen que era un héroe y otros que fue un criminal.

—Abdel Nasser fue el peor gobernante en la historia de Egipto. Arruinó el país y nos trajo la derrota y la pobreza. Harán falta muchos años para reparar el daño que

hizo a la personalidad egipcia. Abdel Nasser enseñó a los egipcios a ser cobardes, oportunistas e hipócritas.

—Entonces, ¿por qué la gente le quiere?

—¿Quién dice que la gente le quiere?

—Mucha gente que conozco le adora.

—El que adora a Nasser es un ignorante o alguien que se enriqueció con él. Los Generales Libres eran una pandilla de hijos de la escoria de la sociedad. Indigentes, hijos de indigentes. Nahhas Basha^[11] era un hombre de buen corazón y preocupado por los pobres, por eso les permitió entrar en la Academia Militar, y el resultado fue el golpe del 52. Gobernaron Egipto, robaron, saquearon e hicieron millones. ¿Cómo no van a adorar a Abdel Nasser, si era el jefe de la banda?

Hablaba con amargura, alzando la voz, exaltado. Dándose cuenta, forzó una sonrisa y dijo:

—¿Pero qué culpa tienes tú para que te ande dando la tabarra con política? ¿Qué te parece si escuchamos algo bonito? Christine, *viens, s'il te plaît*.

Christine estaba sentada en su pequeña mesa junto al bar. Llevaba gafas y estaba absorta, premeditadamente, en repasar las cuentas, para dejarles solos. Se acercó con una amplia sonrisa. Quería tanto a Zaki Bey que se alegraba sinceramente cuando le veía contento, y además le caía bien Busayna. Zaki Bey gritó, borracho, en francés, alargando las manos hacia ella:

—Christine, somos viejos amigos, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Entonces, harás al momento todo lo que te pida, ¿verdad?

Christine sonrió y dijo:

—Bueno, eso depende de lo que pidas.

—Sea lo que sea, tienes que hacerlo.

—Cuando te has bebido media botella de whisky como esta noche debo tener cuidado con tus peticiones.

—Quiero que cantes para nosotros.

—¿Cantar? ¿Ahora? ¡No puede ser!

Este diálogo entre ambos siempre seguía el mismo patrón, como un ritual inevitable: Él le pedía que cantase y ella se excusaba. Insistía y ella protestaba y ponía excusas, pero al final aceptaba. Al cabo de unos minutos Christine se sentó al piano y empezó a jugar con las teclas, sacando fragmentos de melodías. De pronto, en un punto concreto, alzó la cabeza, como si hubiese escuchado una voz interior que estaba esperando, cerró los ojos, su rostro se puso tenso y empezó a tocar. La música resonó con fuerza en todo el local y se alzó su voz pura y alta, cantando con exquisitez a Edith Piaf:

*Non, rien de rien. Non, je ne regrette rien
Ni le bien qu'on a fait, ni le mal*

*Tout ça m'est bien égal...
Avec mes souvenirs j'ai allumé le feu
Mes chagrins, mes plaisirs.
Je n'ai plus besoin d'eux...
Je repars à zéro...
Car ma vie, car mes joies
Aujourd'hui ça commence avec toi.*



Al final de la velada cruzaron la plaza Suleimán Pachá camino de la oficina. Zaki Bey estaba completamente bebido, por lo que Busayna le pasó el brazo por la cintura para sujetarle. Él empezó a describirle, con la lengua pesada, el aspecto de la plaza en los viejos tiempos. Se paraba delante de los comercios cerrados y decía:

—Aquí había un bar magnífico, su dueño era griego. Al lado había una peluquería y un restaurante. Aquí estaba la tienda de cuero *La Bursa Nova*. Todas las tiendas estaban limpias como patenas y exhibían género de Londres y París.

Busayna le escuchaba y vigilaba sus pasos, inquieta por si se caía en la calle. Avanzaron lentamente hasta que llegaron al edificio Yacobián. Zaki Bey se paró ante él y gritó:

—¡Ves qué estilo arquitectónico más maravilloso! Este edificio fue copiado de uno que vi en el Barrio Latino de París.

Busayna intentaba empujarle con delicadeza para cruzar la calle, pero él seguía:

—¿Sabes, Busayna? Siento que el edificio Yacobián me pertenece. Soy el inquilino más antiguo. Conozco la historia de cada vecino y de cada metro cuadrado. He vivido en él la mayor parte de mi vida y he pasado momentos maravillosos. Es como si fuese parte de mí. Si algún día lo demolieran o le sucediera algo me moriría en ese mismo momento.

Lentamente y con dificultad consiguieron cruzar la calle, subir las escaleras y llegar por fin al apartamento, donde Busayna le dijo:

—Túmbate en el sofá.

La miró, sonrió y se sentó despacio. Respiraba ruidosamente y parecía tener dificultades para mantenerse consciente. Busayna hizo un esfuerzo para apartar sus dudas, se pegó a él y le dijo con voz seductora:

—Quiero pedirte un favor, ¿lo harías por mí?

Intentó responder, pero estaba tan borracho que no podía articular palabra. Se quedó con la mirada perdida al frente, suspirando. A Busayna le invadió la idea de que podía morir en ese mismo momento. Sin embargo, de nuevo reunió fuerzas y dijo:

—Voy a solicitar al Banco Ahli un pequeño préstamo. Diez mil libras, a devolver en cinco años más intereses. Me piden un garante. ¿Podrías, por favor, ser mi

garante?

Le había puesto la mano en la pierna y hablaba con un tono tan seductor y trémulo que a pesar de su borrachera Zaki Bey pegó la cara a su mejilla y la besó. Ella lo interpretó como una aceptación y gritó de alegría:

—¡Gracias! ¡El Señor te guarde!

Rápidamente se levantó, sacó los papeles del bolso y le tendió un bolígrafo:

—Firma aquí, por favor.

Tenía una solicitud de préstamo real, pero había colocado en medio de los papeles el contrato de Malak. Zaki Bey empezó a firmar, con ella sujetándole la mano para ayudarle. De pronto se detuvo y balbució con la lengua pesada y la cara enferma:

—Necesito ir al baño.

Busayna apartó los papeles, le levantó con dificultad y le llevó del brazo hasta el baño. Cerró la puerta, se dio la vuelta y cuando estaba en mitad del recibidor escuchó tras ella un violento golpe.



Aquella noche, la cafetería *Groppi* de la calle Adly estaba llena de clientes hasta los topes, la mayoría jóvenes parejas de enamorados que se sentían a gusto a la tenue luz de las lámparas de jardín que ocultaba sus rostros y les permitía intercambiar caricias sin ser molestados por los curiosos. Entró en el local un hombre de unos cincuenta, corpulento y rellenito. Llevaba un holgado traje oscuro y camisa blanca sin corbata. Sus ropas parecían demasiado grandes para su cuerpo, como si no fueran suyas. Se sentó en una mesa al lado de la puerta, pidió un café sin azúcar y permaneció en silencio observando el lugar. De cuando en cuando echaba un vistazo al reloj, ansioso. Tras una media hora llegó un joven alto y moreno, vestido con atuendo deportivo. Se dirigió hacia donde estaba sentado el hombre corpulento, se abrazaron afectuosamente y se sentaron a hablar en voz baja.

—¡Gracias a Dios que estás bien, Taha! ¿Cuándo has salido?

—Hace dos semanas.

—Seguro que te están vigilando. ¿Has hecho lo que te dijo Hasan para venir aquí? Taha movió la cabeza afirmativamente, y el *sheij* Shaker continuó:

—El hermano Hasan es de fiar. Utilízale para ponerte en contacto conmigo. Él te dirá dónde y cuándo. Normalmente elegimos lugares que no levanten sospechas. Aquí, por ejemplo. Está lleno y es oscuro, por lo que resulta ideal. También nos encontramos a veces en parques, restaurantes e incluso hasta en bares. ¡Pero no te acostumbres a frecuentar bares!

El *sheij* Shaker rio, pero Taha seguía serio y en silencio. El *sheij* continuó con amargura:

—Las Fuerzas de Seguridad del Estado están lanzando una campaña criminal contra todos los islamistas. Detenciones, torturas, asesinatos... Abrieron fuego contra

unos hermanos desarmados al detenerles y les acusaron de resistencia a la autoridad. Todos los días se cometen auténticas masacres. En el Juicio Final tendrán que rendir cuentas por la sangre de estos inocentes. Me han obligado a abandonar mi casa y me prohíben volver a la mezquita. Como puedes ver, he tenido que cambiar mi aspecto. A propósito, ¿qué te parece el *sheij* Shaker vestido de occidental?

El *sheij* soltó una sonora carcajada intentando relajar el ambiente pero fue en vano. Una lúgubre sensación de desánimo se extendía entre ambos y el *sheij* no tardó en rendirse a ella. Suspiró y dijo:

—Dios me perdone. Ánimo, Taha. Sé lo que has pasado y tengo en cuenta tu dolor, hijo. Deseo que pienses que todo lo que te han hecho esos infieles lo pagarán ante el Señor, alabado sea, y a ti te será concedido el mejor de los premios, con la Gracia de Dios. Has de saber que el Paraíso es la recompensa para quien es torturado por la causa de Alá. Todo lo que te ha pasado no es más que un pequeño tributo que pagan los *muyahiddines* de buena voluntad por gritar alto la Palabra Verdadera, Sublime y Magnífica. Nuestros gobernantes defienden sus intereses y sus riquezas robadas, pero nosotros defendemos la religión de Alá. Nosotros buscamos la otra vida, y ellos buscan este mundo. Su mercancía es vil y depravada, pero a nosotros Alá nos prometió su ayuda, y Él nunca falta a una promesa.

Taha, como si hubiese estado esperando las palabras del *sheij* para soltar sus penas, dijo con voz áspera:

—Me han humillado, maestro. Me han humillado tanto que sentí que un perro callejero tenía más dignidad que yo. Me han hecho cosas que nunca imaginé que un musulmán pudiera hacer.

—Ésos no son musulmanes, son unos infieles, como decretan los alfaquíes.

—Aunque sean infieles, ¿es que no tienen una pizca de compasión? ¿Acaso no tienen hijos y esposas a los que quieren y por los que se preocupan? Si hubiese sido detenido en Israel los judíos no me habrían hecho algo parecido. Si hubiese sido un espía, un traidor a mi patria y mi religión, no me habrían hecho esto. Me pregunto qué pecado merece este horrible castigo. ¿Es que respetar la ley de Alá se ha convertido en un crimen? A veces, en el calabozo, pensaba que lo que me estaba ocurriendo no era real, que era una pesadilla. Que me despertaría y vería que todo había terminado. De no haber sido por mi fe en Alá, el Todopoderoso y Excelso, me habría suicidado para escapar de ese suplicio.

El dolor apareció en el rostro del *sheij*, quien permaneció en silencio mientras Taha cerraba el puño y decía:

—Me vendaron los ojos para que no les reconociese, pero juro y prometo por Alá que les perseguiré. Descubriré quiénes son y me vengaré de ellos uno a uno.

—Te aconsejo, hijo mío, que dejes atrás esta dolorosa experiencia. Sé que lo que te pido es difícil, pero es la única solución realmente adecuada en tu situación. Lo que te ha sucedido en la comisaría no es algo que te haya pasado sólo a ti. Es el destino de todos aquellos que proclaman la verdad en nuestro desgraciado país. Los

responsables no son un grupo de policías, sino el régimen criminal y ateo que nos gobierna. Tienes que dirigir tu odio contra todo el sistema y no contra unos individuos. Dijo el Todopoderoso en su Libro Sagrado: «*En el Profeta tenéis un hermoso ejemplo*».^[12] Pues bien, el Elegido, las bendiciones y la paz de Dios sean con Él, fue combatido, ultrajado y herido en La Meca hasta tal punto que se quejó ante el Señor por su debilidad y por el desprecio con el que lo trataba la gente. Sin embargo, a pesar de esto, no se tomó su lucha como algo personal contra los infieles, sino que se centró en difundir la palabra de Dios. Al final, cuando la religión de Alá venció, el Profeta perdonó a todos los infieles y les liberó. Ésta es una lección que debes aprender y aplicar.

—Él era el Enviado, la paz y la bendición del Señor sean con Él, lo mejor de la creación. Pero yo no soy un profeta y no puedo olvidar lo que me han hecho esos criminales. Lo que me ha sucedido me persigue en todo momento. No puedo dormir, desde que salí no he vuelto a la Universidad y no creo que vuelva. Me paso el día en mi habitación, no hablo con nadie y a veces creo que voy a perder la razón.

—No te rindas, Taha. Miles de jóvenes musulmanes han sido detenidos y sometidos a horribles torturas, pero salieron de la cárcel más resueltos si cabe a combatir la injusticia. El objetivo del sistema cuando tortura a los musulmanes no es infligirles daño físico, lo que buscan es destruirles psicológicamente para que pierdan su capacidad de lucha. Si te rindes a la desesperanza estarás dando la razón a los infieles —el *sheij* le miró por un momento, golpeó con la mano en la mesa y preguntó —: ¿Cuándo volverás a la Universidad?

—No voy a volver.

—¡Tienes que volver! Eres un estudiante aplicado y sobresaliente, te espera un brillante futuro, si Dios quiere. Confía en Alá, olvida lo que ha ocurrido y regresa a tus estudios y a la facultad.

—No puedo. ¿Cómo voy a mirar a la gente después de...? —Taha se calló de repente. Su rostro se contrajo y gimió en voz alta—: ¡Maestro, me violaron!

—¡Calla!

—Me violaron diez veces, maestro, diez veces.

—He dicho que te calles, Taha —gritó el *sheij* irritado, pero Taha golpeó la mesa con la mano, haciendo temblar con fuerza las tazas, que tintinearón. El *sheij* se incorporó al momento y susurró, nervioso:

—Cálmate, Taha. Todos nos están mirando, tenemos que salir de aquí deprisa. Escucha, te esperaré dentro de una hora frente al cine *Metro*. Toma precauciones y asegúrate de que nadie te sigue.



Durante dos meses Hagg Ezzam utilizó la persuasión, la intimidación, el chantaje y hasta la violencia. Lo probó todo con Suad, pero ella rechazaba con perseverancia la

idea de abortar. Su vida en común se interrumpió por completo: se acabaron las palabras bonitas, las sabrosas comidas, las pipas de hachís y los placeres de la cama. Lo único que les quedaba era el tema del aborto. Él iba a verla todos los días y se sentaba frente a ella. Le hablaba con tacto y tranquilidad, pero poco a poco perdía los nervios y terminaban peleando a gritos:

—Llegamos a un acuerdo y lo has roto.

—Ahórcame si quieres.

—Dijimos desde el principio que no podías quedarte embarazada.

—¿Te crees que eres Dios, para decidir lo que está bien y lo que está mal?

Nuestro hijo es legítimo.

—Por favor, sé inteligente y sácanos de este lío, Alá estará contento contigo.

—¡No!

—¡Me divorciaré de ti!

—¡Pues divórciate!

Él pronunció la palabra divorcio con un fingido tono neutro, puesto que en lo más profundo de su ser deseaba seguir con ella. Sin embargo, la idea de tener un hijo a su edad era algo impensable. Aunque lo aceptase, el resto de sus hijos varones no se lo permitirían. Además su primera esposa, Hagg Salha, no sabía nada acerca de su nuevo matrimonio. ¿Cómo iba a ocultárselo si tenía un hijo?

Cuando Hagg Ezzam abandonó la idea de persuadir a Suad, la dejó y viajó a Alejandría para encontrarse con su hermano Hamido y contarle lo que había sucedido. Hamido dudó, estuvo reflexionando un rato y al final dijo:

—Recemos al Profeta, Hagg. Los dos somos personas respetables y si nos comportamos correctamente no haremos daño a nadie. Es cierto que soy su hermano, pero no puedo pedirle que tenga un aborto. Está prohibido por la religión y yo soy temeroso de Alá.

—Pero, Hamido, nosotros teníamos un acuerdo.

—Hicimos un trato y se ha roto. Tienes razón, amigo. Empezamos bien, así que terminemos bien. Concédele los derechos legales que otorga Alá y divórciate de ella, Hagg.

En ese momento, la cara de Hamido le pareció vil, mentirosa y despreciable. Deseaba con fuerza abofetearle y golpearle, pero prevaleció el buen sentido y se marchó, hirviendo de rabia. En el camino de regreso a El Cairo tuvo una idea repentina, y se dijo:

—Sólo puedo confiar en una persona que me ayude.



El *sheij* Samman estaba muy ocupado a causa de la guerra del Golfo. Todos los días organizaba conferencias y seminarios, y escribía largos artículos en la prensa explicando los argumentos jurídicos que permitían la guerra de liberación de Kuwait.

El Gobierno le llevó varias veces a la televisión y le invitó a pronunciar el sermón del viernes en las mayores mezquitas de El Cairo. El *sheij* ofrecía al público todas las pruebas legales que justificaban la posición de los gobiernos árabes al recurrir a las fuerzas americanas para liberar Kuwait de la ocupación iraquí.

Hagg Ezzam pasó tres días enteros buscando al *sheij* Samman hasta que por fin pudo citarse con él en su oficina de la mezquita El Salam en Nasr City. Le dijo, contemplando su rostro con inquietud:

—¿Qué le ocurre, maestro? Parece agotado.

—Casi no duermo desde que empezó la guerra. Todos los días tengo conferencias y reuniones, y dentro de unos días, si Dios lo permite, viajaré a Arabia Saudí para asistir a una conferencia extraordinaria de ulemas.

—Pero, maestro, debe velar por su salud.

El *sheij* suspiró y balbució:

—Todo lo que hago es menos de lo que debería. Pido a Dios, el Todopoderoso y Excelso, que acepte mis obras y las ponga en la balanza de mis buenos actos.

—¿No puede retrasar su viaje a Arabia Saudí y descansar un poco?

—No permita Dios que vacile. El mismísimo *sheij* Ghamidi, un prestigioso ulema —nadie está por encima de Dios— me ha llamado personalmente. Participaré con mis hermanos ulemas en la redacción de un comunicado legal para acallar a los disidentes y demostrar ante la gente que sus argumentos están errados. En el comunicado recordaremos, si Dios quiere, que hay disposiciones jurídicas que permiten pedir la ayuda de ejércitos cristianos occidentales para salvar a los musulmanes de infieles criminales como Sadam Hussein.

Hagg Ezzam asintió con la cabeza a las palabras del *sheij* y hubo un momento de silencio. El *sheij* le dio una palmada en el hombro y le preguntó con amistad:

—Y tú, ¿cómo estás? Supongo que has venido a consultar algo.

—No quiero aumentar sus preocupaciones.

El *sheij* sonrió, reclinando su corpulento cuerpo en el cómodo sillón, y dijo:

—Tú nunca me causas preocupaciones. Por favor, cuéntame.



Cuando Hagg Ezzam y el *sheij* Samman llegaron al apartamento de Suad en el edificio Yacobián, la encontraron con ropas de andar por casa. Dio la bienvenida con reservas al *sheij* y se retiró con rapidez. Volvió al cabo de unos minutos, con el pelo cubierto y una bandeja de plata con vasos de limonada helada. El *sheij* probó un sorbo de la bebida, cerró los ojos degustándolo y, como si hubiese encontrado la ocasión de sacar el tema, se volvió hacia Hagg Ezzam y le dijo sonriendo:

—¡Una magnífica limonada! Tu esposa es una excelente ama de casa. Hermano, da gracias a Alá por esta gracia que te ha concedido.

Hagg Ezzam tomó el relevo y dijo:

—Mil gracias y alabanzas, Maestro. Suad es una buena esposa y un ama de casa correcta, pero un poco terca y obstinada.

—¿Terca? —preguntó el *sheij*, fingiendo sorpresa. Se volvió hacia Suad, que reaccionó diciendo con tono serio:

—Deduzco que el Hagg le ha comentado el problema.

—El Señor nos libre de los problemas. Escucha, hija, eres una musulmana respetuosa con la ley de Alá. El Señor, alabado sea, ordenó a la esposa obedecer a su marido en todos los asuntos de este mundo. El Elegido, las bendiciones y la paz de Dios sean con Él, dijo en un *hadiz*: «Si alguna criatura debiese postrarse ante otra criatura, habría ordenado a la esposa postrarse ante el marido». Palabra del Profeta.

—¿La esposa debe escuchar a su marido en lo bueno y lo malo?

—El Señor nos proteja de lo malo, hija mía. No se puede obedecer a una criatura que desobedece al Creador.

—Está bien. Entonces dígame, maestro, ¿quiere que aborte?

Hubo un momento de silencio. El *sheij* sonrió y dijo con voz tranquila:

—Hija mía, desde el primer momento acordaste con él que no tendrías hijos. Hagg Ezzam es un hombre mayor y sus circunstancias no se lo permiten.

—Vale, pues que se divorcie de mí de acuerdo a la ley de Alá.

—Pero si se divorcia estando tú embarazada legalmente deberá mantener al hijo.

—Entonces, ¿está usted de acuerdo con que aborte?

—El Señor nos perdone. El aborto es pecado, por supuesto. Pero algunas opiniones de respetables alfaquíes afirman que deshacerse del niño durante los primeros dos meses no es un aborto porque el alma penetra en el feto al principio del tercer mes.

—¿Quién dice eso?

—Es una fatwa aprobada por los más grandes ulemas de la religión.

Suad rio sarcástica y dijo con amargura:

—Deben de ser *sheijs* americanos.

—Habla al *sheij* con respeto —la reprendió Hagg Ezzam.

Dirigiéndole una mirada de enfado, Suad le contestó desafiante:

—Todos debemos tratarnos con respeto.

El *sheij* intervino conciliador:

—Dios nos proteja de su ira. Suad, hija mía, no dejes que el Demonio te confunda. No te hablo del asunto desde mi punto de vista, Dios me perdone, sólo te ofrezco argumentos reconocidos legalmente. Respetables alfaquíes han afirmado que deshacerse del feto antes del tercer mes no constituye un asesinato si hay circunstancias atenuantes.

—¿Me está diciendo que si aborto no estaré cometiendo un pecado? No puedo creerle, aunque me lo jure por el Corán.

Aquí Hagg Ezzam se levantó enfadado, se acercó a ella y le gritó con enojo:

—¡Te he dicho que trates con respeto al *sheij*!

Suad se levantó y gritó, haciendo aspavientos con los brazos:

—¿Qué *sheij* ni qué ocho cuartos? Todo está claro. Le has pagado para que diga estas estupideces. ¿Que el aborto no es pecado en los dos primeros meses? ¡Por favor, *sheij*, debería darle vergüenza! ¿Cómo puede conciliar el sueño?

El *sheij* no había previsto este ataque repentino. Su rostro se oscureció y dijo con cautela:

—Contrólate, hija mía, no sobrepases tus límites.

—¿Sobrepasarme? ¡*sheij* impostor! ¿Cuánto te ha pagado para que vengas con él?

—¡Malparida, hija de perra! —gritó Hagg Ezzam y le abofeteó la cara. Ella gritó y se puso a gemir. El *sheij* Samman le sujetó, le apartó de ella y se puso a hablar con él en voz baja. Al poco rato ambos se marcharon, dando un portazo al salir.



Suad les despidió con insultos y maldiciones. Temblaba de rabia por las palabras del *sheij* Samman y por Hagg Ezzam, que la había pegado por primera vez desde que se casaron. Todavía le dolía la bofetada en el rostro y decidió vengarse. Al mismo tiempo, sentía un oculto alivio por haber llegado a una confrontación abierta con él. Se había roto cualquier vínculo de obligación o imposición. La había pegado e insultado. De ahora en adelante le manifestaría su desprecio y odio de la forma más clara. De hecho, su capacidad para pelear e insultar era algo nuevo para ella, como si hubiese estallado de pronto el rencor que guardaba dentro de sí. Todo el sufrimiento y los tormentos que había padecido se habían ido acumulando en su interior, y había llegado el momento de pasar factura. Estaba dispuesta a matarle o morir antes que abortar.

Cuando se tranquilizó un poco se preguntó por qué estaba tan preocupada por su embarazo. Por supuesto, ella era creyente y el aborto es pecado. Además, le asustaba la operación porque muchas mujeres morían al someterse a ella. Pero todas estas consideraciones eran secundarias. Había un deseo instintivo y firme que la empujaba a defender con violencia su embarazo. Sentía que si tenía un hijo recuperaría su dignidad. Su vida cobraría un nuevo sentido, sería respetable. Ya no volvería a ser la mujer pobre comprada por el millonario Hagg Ezzam para disfrutar de ella un par de horas por la tarde, sino que sería una esposa verdadera a la que no podría ignorar ni despreciar. Sería la madre del niño, saldría y entraría con el hijo del Hagg en sus brazos. ¿Acaso no era ése su derecho? Había pasado hambre, pedido limosna, probado la humillación y rechazado más de cien veces salirse del buen camino. Al final había aceptado entregar su cuerpo a un anciano que podría ser su padre, soportando su pesadez, su melancolía, su cara llena de arrugas, su pelo teñido y su hombría marchita. Había tenido que fingir que estaba saciada y que su cuerpo ardía de deseo. Había soportado que viniese y se marchase en secreto, como si se tratara de un amante. Se había visto obligada a dormir siempre sola, en una cama fría, en un

piso grande que le daba miedo. Todas las noches tenía que encender las luces para espantar la soledad. Había llorado cada día añorando a su hijo. Cuando llegaba la hora de su cita con Hagg Ezzam, se arreglaba para él y representaba el papel por el que se le pagaba. ¿Es que no tenía derecho, después de tantas humillaciones, a sentirse esposa y madre? ¿Acaso no era justo que tuviese un hijo legítimo que heredase una fortuna que la alejara para siempre de la horrible miseria? Alá le había concedido el embarazo como un premio a su enorme paciencia y no iba a renunciar a ello a cualquier precio.

En todo esto pensaba Suad. Entró al baño, se quitó la ropa y en cuanto el agua caliente corrió por su piel desnuda le sobrevino un sentimiento nuevo y extraño, la conciencia de que su cuerpo, que había sido durante tanto tiempo usado, ensuciado y sometido por Hagg Ezzam, se había liberado de repente y se había convertido en su propiedad, de ella sola. Sus manos, brazos, piernas y pechos, todas las partes de su cuerpo respiraban con libertad y sentía en su interior un débil y hermoso latido, un latido que se haría más grande, crecería y la llenaría día a día hasta que, llegado el momento, vería la luz un niño precioso que se parecería a su madre, heredaría la riqueza de su padre y le devolvería el honor y la dignidad. Terminó la ducha, se secó y se puso el pijama. Rezó la oración de la noche y realizó una postración adicional. Después se recostó en la cama a leer el Corán hasta que la venció el sueño.



—¿Quién es?

La despertaron unos ruidos y murmullos fuera de la habitación. Suad pensó que un ladrón se había colado en el apartamento. Temblando de terror decidió abrir la ventana y pedir ayuda a los vecinos.

—¿Quién anda ahí? —gritó de nuevo con voz aguda y se puso a escuchar en la oscuridad, sentada en la cama. Los ruidos cesaron y reinó el silencio. Decidió averiguar qué pasaba, así que se incorporó y puso los pies en el suelo, pero el terror paralizó sus miembros. Se convenció de que todo era producto de su imaginación y regresó a la cama. Se tapó la cabeza con un cojín y estuvo un rato intentando recuperar el sueño.

De pronto se abrió la puerta de la habitación con tal violencia que golpeó la pared y cayeron sobre ella. Eran cuatro o cinco, no podía distinguir sus rostros en la oscuridad. Se abalanzaron sobre ella. Uno le tapaba la boca con la almohada mientras los demás le sujetaban brazos y piernas. Intentó soltarse con todas sus fuerzas, gritó lo más alto que pudo y mordió la mano del hombre que la amordazaba, pero su resistencia se agotó porque la ataron con fuerza, inmovilizándola por completo. Eran fuertes y estaban entrenados. Uno de ellos le levantó la manga del pijama y sintió un pinchazo afilado entrándole en el brazo. Poco a poco su cuerpo se fue debilitando y relajándose. Se le cerraron los ojos y sintió que todo a su alrededor se alejaba y

desaparecía como en un sueño.



El periódico *Le Caire* fue fundado hace cien años en El Cairo y abrió sus oficinas en el mismo antiguo edificio que todavía ocupan hoy en la calle Galaa. En sus principios era una publicación diaria en francés para los francófonos residentes en la ciudad. Cuando Hatem Rachid se licenció en la Facultad de Letras su madre le consiguió trabajo en el rotativo. Demostró sus habilidades periodísticas y fue ascendiendo con rapidez hasta llegar a jefe de redacción a la edad de cuarenta y cinco. Introdujo grandes cambios en el diario, añadiendo un suplemento en árabe dirigido a los lectores egipcios, lo que produjo un aumento de la tirada, que llegó a los treinta mil ejemplares diarios, una cifra enorme en aquella época en comparación con la pequeña prensa local. Este éxito era la recompensa justa y natural a la eficiencia, la entrega, los buenos contactos y la sorprendente capacidad para el trabajo que había heredado de su padre.

Si se tiene en cuenta que setenta personas, entre reporteros, fotógrafos y personal administrativo, trabajaban bajo su supervisión en el periódico, la primera pregunta que viene a la mente es: ¿sabían que era homosexual? La respuesta, por supuesto, era que sí, ya que en Egipto a la gente le encanta conocer la vida privada de los demás e indagan en los secretos de los otros con insistencia. La homosexualidad es difícil de ocultar y todos los trabajadores del periódico sabían que su jefe lo era, pero a pesar de la repulsión y el desprecio que esto les producía, las inclinaciones sexuales de Hatem Rachid constituían una mera sombra, débil y distante, al lado de su poderosa y fuerte imagen profesional. Eran conscientes de su homosexualidad, pero ésta no se manifestaba en su contacto diario con él porque era serio y estricto, quizás más de lo necesario. Pasaba la mayor parte del tiempo con ellos y nunca se le escapaba el más mínimo ademán o gesto afectado que pudiese descubrir sus inclinaciones.

Por supuesto, su vida profesional no había estado exenta de incidentes desagradables que le sucedieron durante la dirección del periódico. En cierta ocasión, un periodista vago y mediocre sobre el que Hatem había redactado informes negativos preparándose para despedirle finalmente del periódico, conoció las intenciones del jefe de redacción y decidió vengarse. Aprovechando la presencia de todos los reporteros en la reunión semanal de la redacción, pidió la palabra y cuando Hatem se la concedió se dirigió a él, con tono sarcástico:

—Quisiera proponerle, señor, la idea de un artículo de investigación sobre el fenómeno de la homosexualidad en Egipto.

Un tenso silencio reinó entre los presentes. El redactor no pudo ocultar una sonrisa de satisfacción por haber humillado a Hatem, quien permaneció en silencio, agachando la cabeza y mesándose el brillante pelo, como solía hacer cuando estaba tenso o sorprendido. Se reclinó en el asiento y dijo tranquilo:

—No creo que sea un asunto que interese a los lectores.

—Al contrario, les interesará mucho porque el número de homosexuales está en aumento. Algunos de ellos ocupan altos cargos en el país y los estudios científicos afirman que la homosexualidad es incompatible con las labores de dirección en cualquier organización por las alteraciones psicológicas que causa.

Fue un golpe duro y demoledor. Hatem decidió responder con violencia y dijo con firmeza:

—Tu mentalidad tradicional es una de las causas de tu fracaso como periodista.

—¿Es que la homosexualidad se ha convertido en un comportamiento progresista?

—No, y tampoco es un problema en nuestro país. Señor licenciado, Egipto no está retrasado a causa de la homosexualidad, sino por la corrupción, la dictadura y la injusticia social. Además, entrometerse en la vida privada de las personas es una costumbre vulgar que no se corresponde con un periódico serio como *Le Caire*.

El periodista intentó responder, pero Hatem le cortó afilado:

—Se acabó la discusión. Le ruego que se calle para poder discutir otros asuntos.

Hatem ganó así este primer asalto con habilidad, reafirmando ante todos su fuerte personalidad y su resistencia al chantaje.

En otro aprieto, más desagradable si cabe, se enfrentó a la provocación de un redactor en prácticas. Hatem estaba con los trabajadores de la imprenta supervisando la edición del periódico cuando el joven, con el pretexto de hablar con él, se le acercó y señaló algo entre los papeles de la mesa, pegando su cuerpo a él por detrás. Hatem comprendió al instante el significado de ese movimiento. Se apartó de él con tranquilidad, continuando su recorrido por la imprenta con naturalidad. Cuando regresó a su despacho mandó llamar al periodista, hizo salir a los presentes y le dejó de pie durante unos minutos mientras revisaba sus papeles delante de él, sin prestarle atención ni permitirle sentarse. Por fin, levantó la cabeza, le miró durante un rato y le dijo con calma:

—Escucha. O te comportas decentemente o te echo ahora mismo del periódico. ¿Entendido?

El periodista intentó aparentar sorpresa e inocencia, pero Hatem dijo con tono definitivo antes de volver a sus papeles:

—Es la última advertencia. No se hable más. Puedes retirarte, la entrevista ha terminado.



Así pues, Hatem Rachid no era un mero afeminado, sino también un individuo aplicado y con talento, que había aprendido de la experiencia y que gracias a su inteligencia y competencia había llegado a la cima del éxito profesional. Además, era un intelectual refinado. Hablaba con soltura varios idiomas: inglés, español y francés,

además de árabe. Sus abundantes y profundas lecturas le habían conducido al pensamiento socialista, que le había influido mucho. Se hizo amigo de los principales izquierdistas egipcios y, de resultas de estas amistades, en una ocasión, a finales de los setenta, fue investigado por agentes de la Seguridad del Estado, quienes le interrogaron pero le pusieron en libertad al cabo de unas horas tras ficharle como «simpatizante no organizador». Su cultura socialista había hecho que su nombre fuese propuesto en más de una ocasión para adherirse a las organizaciones secretas comunistas, el Partido del Trabajo y el Partido Comunista Egipcio, pero su conocida homosexualidad disuadió a los dirigentes de aceptarle.

Ésta era la vida pública de Hatem Rachid. En cuanto a su vida secreta homosexual, era como una caja cerrada llena de juguetes prohibidos, pecaminosos y placenteros, que abría cada noche para disfrutar y que después cerraba e intentaba olvidar. Procuraba restringir la parte homosexual de su vida a una esfera reducida. De día llevaba una vida corriente, era un periodista y un ejecutivo, y de noche daba rienda suelta al placer durante unas horas en la cama. Se decía a sí mismo que casi todos los hombres del mundo tienen algún pasatiempo concreto con el que se libran de los agobios de la vida. Había conocido a gente de la más elevada posición — médicos, jueces o profesores de universidad— apasionados del alcohol, el hachís, las mujeres o las apuestas, y esto no había mermado su éxito o su amor propio. Estaba convencido de que la homosexualidad era algo semejante, un mero pasatiempo diferente. Le gustaba mucho esta idea porque le reconfortaba, le daba equilibrio y respeto. Por eso siempre buscaba una relación con un amante estable para satisfacer sus necesidades con seguridad y restringir su homosexualidad a las horas nocturnas en la cama.

Cuando estaba solo, sin pareja, la tentación se apoderaba de él y un irrefrenable deseo le empujaba a situaciones despreciables. Había pasado días tristes y dolorosos en los que se había dejado contaminar. Había empezado a frecuentar los ambientes en los que se juntan los homosexuales y se había mezclado con gente de mala fama y la escoria de la sociedad para encontrar entre ellos un amante con el que satisfacer la necesidad de una noche y no volver a verlo más. ¡Cuántas veces se había visto expuesto al robo, el insulto o el chantaje! En una ocasión le golpearon brutalmente en un *hammam* en el Hussein y le quitaron el reloj de oro y la cartera. Tras estas noches salvajes, Hatem se encerraba en su casa durante días, sin ver ni hablar con nadie, entregado a la bebida, pasando revista a su vida y recordando a sus padres con odio y resentimiento. Se decía a sí mismo que si hubiesen dedicado algo de tiempo a cuidarle no habría acabado así, pero estaban muy ocupados con sus ambiciones profesionales, entregados a conseguir riqueza y fama, y le habían dejado con los sirvientes para que manosearan su cuerpo. Nunca culpó a Idrís ni dudó por un momento de que realmente le amaba, pero deseaba que su padre, el doctor Hasan Rachid, se levantase de su tumba para escuchar lo que pensaba de él. Le plantaría cara, enfrentándose a sus severas miradas, a su enorme estatura y a su temible pipa.

No le tendría miedo y le diría: «Eminente doctor, ya que consagraste tu vida al derecho civil, ¿por qué te casaste y me concebiste? Puede que fueses un experto en derecho, pero está claro que no tenías ni idea de cómo ser un buen padre. ¿Cuántas veces me besaste en tu vida? ¿Cuántas veces te sentaste a escuchar mis problemas? Siempre me trataste como a una rara obra de arte, un cuadro que te resultaba atractivo y que habías adquirido para después olvidarlo. De vez en cuando, sólo si tu apretado programa de trabajo te lo permitía, te acordabas de él, lo contemplabas un rato y volvía a pasar inadvertido». En cuanto a su madre Jeannette, también la enfrentaría a su realidad: «No eras más que una tabernera de un pequeño bar del Barrio Latino, pobre e inculta, y tu matrimonio con mi padre era el gran salto social con el que siempre habías soñado. Sin embargo, después te pasaste treinta años despreciándole y robándole porque era egipcio y tú, francesa. Representabas el papel de la europea culta entre salvajes. No dejaste de criticar a Egipto y a los egipcios, y tratabas a todo el mundo con dureza y altivez. Tu falta de interés por mí era parte de tu odio a Egipto. Creo que engañaste a mi padre en más de una ocasión, estoy seguro. Por lo menos con *Monsieur Bénard*, el secretario de la embajada, con quien te pasabas horas hablando por teléfono, tirada en la cama, abrazando el auricular, suspirando con el rostro nublado de deseo mientras me mandabas lejos a jugar con los criados. En realidad, eras una puta como las que puedes encontrar a docenas en los bares de París con sólo chascar los dedos». En esos difíciles momentos, la desesperación se apoderaba de Hatem, un sentimiento de mezquindad le desgarraba y se rendía al llanto como un niño. A veces pensaba en el suicidio pero le faltaba el coraje necesario para llevarlo a cabo.

Ahora, sin embargo, estaba en uno de sus mejores momentos. Su relación con Abd Rabbuh continuaba, era estable y había conseguido unir su vida a la de él gracias al quiosco y a la habitación que le había alquilado en la azotea. Él le aseguraba el goce físico, por lo que dejó finalmente de frecuentar el *Chez Nous* y otros lugares de homosexuales. Insistía a Abduh para que terminase sus estudios y se convirtiese en un hombre respetable y cultivado, capaz de comprender sus sentimientos e ideas, merecedor de su amistad para siempre:

—Abduh, eres inteligente y sensible. Puedes mejorar tu situación si te esfuerzas. Ahora ganas dinero, tu familia está contenta y tu vida es estable. Pero el dinero no lo es todo. Tienes que estudiar y convertirte en un hombre respetable.

Habían terminado su sexo matutino. Hatem había salido desnudo de la cama y caminaba con pasos de bailarina soñadora sobre las puntas de los pies. Su rostro expresaba la alegría y la recuperación que solía manifestar tras saciar su sed de amor. Estaba sirviéndose una copa mientras Abduh permanecía tendido en la cama. Rio y dijo chistoso:

—¿Por qué quieres que estudie?

—Para ser un hombre respetable.

—¿Quieres decir que no soy respetable?

—Claro que lo eres. Pero tienes que estudiar para obtener un diploma.

—Mi único diploma es que no hay más dios que Alá.^[13]

Abduh estalló en risas. Hatem le miró con reproche y dijo:

—Hablo en serio, tienes que esforzarte, estudiar y sacarte la preparatoria y la secundaria para entrar en una facultad. Derecho, por ejemplo.

—A mí se me ha pasado ya el tiempo de los libros.

—No, Abduh, quítate esa idea de la cabeza. Tienes veinticuatro años, toda la vida por delante.

—Todo está en manos del destino.

—¿Otra vez ese discurso retrasado? Tú eres el único que puede construir tu destino. Si hubiera justicia en este país, alguien como tú podría estudiar a cuenta del Estado. La educación, la sanidad y el trabajo son derechos naturales para cualquier ciudadano en todo el mundo, pero el sistema en Egipto se ha propuesto abandonar a los pobres como tú en la ignorancia para poder robaros. ¿No te has dado cuenta de que el gobierno recluta a los miembros de la Seguridad Central de entre los soldados más pobres e ignorantes? Si tuvieras estudios, Abduh, nunca aceptarías trabajar para la Seguridad Central en las peores condiciones a cambio de cuatro perras. Y mientras tanto los grandes roban cada día millones del pueblo.

—¿Quieres que impida a los grandes robar? ¿Yo, que era incapaz de plantarle cara al cabo del cuartel, y esperas que me enfrente a los de arriba?

—Empieza por ti, Abduh. Esfuérzate y aprende por ti mismo. Es el primer paso para conseguir tus derechos —Hatem le miró durante un rato y dijo con cariño—, y ¿quién sabe? Quizás un día llegues a ser el señor don Abd Rabbuh, abogado.

Abduh se levantó de la cama, se acercó a él, le agarró por los hombros y le besó en la mejilla.

—¿Y quién va a pagarme los gastos de mi educación? ¿Quién me abrirá un despacho cuando me licencie?

Los sentimientos de Hatem estallaron de pronto, acercó su rostro al de Abduh y le susurró:

—Yo, cariño. Nunca te abandonaré y nunca escatimaré una libra contigo.

Abduh le abrazó y los dos se fundieron en largos y ardientes besos. De repente, un ruido les llegó de lejos y empezaron a escuchar golpes violentos y repetidos en la puerta. Hatem miró a Abduh con ansiedad y se vistieron apresuradamente, de cualquier manera. Hatem se dirigió hacia la puerta, en su rostro una expresión de enfado y molestia, preparado para lo que se pudiese encontrar. Echó un vistazo por la mirilla y dijo sorprendido:

—Es tu mujer, Abduh.

Abduh se adelantó rápido, abrió la puerta y gritó enfadado:

—¿Qué pasa, Hadiya? ¿Qué es lo que te trae aquí a estas horas? ¿Qué quieres?

Ella respondió entre gemidos, señalando al niño que traía dormido en los brazos:

—Ayúdame, Abduh. El niño está ardiendo y no para de vomitar. Lleva toda la

noche llorando. Se lo suplico, Hatem Bey, mándenos un doctor o llévenos a un hospital.



Cuando Busayna abrió la puerta del baño encontró a Zaki el Desouki tirado en el suelo, con la ropa manchada de los vómitos, incapaz de moverse. Se inclinó, tomó su mano y descubrió que estaba fría como el hielo.

—Zaki Bey, ¿estás enfermo?

Él balbució algunas palabras incomprensibles y continuó con la mirada perdida en el vacío. Busayna trajo una silla, le cogió entre sus brazos y le sentó, descubriendo en ese momento que su cuerpo era extremadamente ligero. Le quitó las ropas sucias y le lavó la cara, las manos y el pecho con agua caliente. Empezó a volver en sí un poco. Con dificultad, fue capaz de levantarse y caminar apoyándose en ella. Le metió en la cama y subió a su habitación en la azotea. Regresó rápidamente con una taza de menta caliente que Zaki Bey se bebió para después caer en un sueño profundo. Estuvo toda la noche a su lado, en el sofá, examinándole más de una vez. Le tomaba la temperatura de la frente con la mano y colocaba los dedos bajo su nariz para asegurarse de que respiraba con normalidad. Se pasó la noche en vela, resuelta a llamar al médico si su estado empeoraba. Contemplaba su rostro de viejo mientras dormía y por primera vez le pareció, simple y llanamente, un pobre anciano borracho, débil y dulce, que inspiraba compasión, como los niños.

Por la mañana le preparó un desayuno ligero con leche templada. Abaskharon había llegado y se había enterado de lo que había sucedido. En pie, cabizbajo y triste ante su señor enfermo, repetía con voz lánguida:

—¡Que Su Excelencia se mejore!

Zaki Bey abrió los ojos y le indicó que se marchase. Después se incorporó con dificultad, recostando la espalda en la pared. Se apretó la cabeza con las manos y protestó con voz débil:

—Tengo un horrible dolor de cabeza y me duele mucho el estómago.

—¿Quieres que llame al médico?

—No, no es nada. Sólo que bebí más de la cuenta. Ya me ha pasado muchas veces. Con una taza de café sin azúcar estaré mejor.

Intentaba aparentar control de la situación y dureza, pero ella se rio y le dijo:

—Escucha, ya vale de hacerse el tipo duro. Eres mayor y tu salud es débil, ya no puedes beber y trasnochar. Debes irte a la cama pronto, como las personas de tu edad.

Zaki Bey sonrió y la miró agradecido:

—Gracias, Busayna. Eres una persona buena y fiel. No sé qué haría sin ti.

Ella cogió su cara entre las palmas de las manos y le besó en la frente. Le había besado muchas veces, pero esta vez sintió algo diferente al contacto con su rostro. Al posar los labios en su frente sintió que le conocía bien, que le gustaba su olor áspero

y rancio. Ya no era aquel Bey tan alejado de ella que le contaba historias del pasado. Ya no era ese amante escabroso tan diferente a ella. Ahora lo sentía cercano, le parecía conocerle desde hacía mucho tiempo, como si fuese su padre, su tío o llevase su misma sangre o su mismo olor. Deseaba apretarle contra ella con fuerza, tomar su cuerpo débil y frágil entre los brazos y llenar su nariz con ese olor áspero y rancio que ahora tanto le gustaba.

Pensó que lo que estaba sucediendo entre ambos era algo extraño e inesperado. Recordaba que el día anterior había intentado traicionarle y sacarle la firma y se sintió avergonzada. Se le ocurrió que ese engaño había sido el último intento de resistir a sus verdaderos sentimientos hacia él. En su interior quería escapar del amor que sentía. Se habría encontrado más cómoda, en cierto sentido, si hubiese restringido su relación al ámbito del sexo y el dinero. Él quería sexo y ella dinero, así había imaginado la relación, pero había sobrepasado los límites. Ahora se enfrentaba a sus verdaderos sentimientos y los comprendía con claridad. Deseaba quedarse con él para siempre, cuidarle, respetarle, sentir una profunda gratitud hacia él y tener la seguridad de que él comprendería todo lo que le contase. Hablarle de su vida, de su padre, su madre, su antiguo amor por Taha, y hasta relatarle los sórdidos detalles de su relación con Talal sin avergonzarse. Se sentiría bien cuando se lo contara, como si se librara de una pesada carga. ¡Cómo le gustaba su cara de anciano cuando la escuchaba atentamente, le pedía que le explicase algunos detalles y después comentaba sus historias!

Los sentimientos hacia él habían ido creciendo en fuerza hasta aquella mañana en que descubrió que le amaba. No podía describir sus emociones sin esta palabra. No se trataba de un amor ardiente y apasionado como el que sintió por Taha, sino otro tipo de amor diferente, sosegado y estable, algo más cercano a la serenidad, la confianza y el respeto. Le quería y era consciente de ello, librándose para siempre de sus dudas y entregándose a él con fuerza. Había vivido momentos de felicidad y serenidad con él, pasaban la mayor parte del día y una gran parte de la noche juntos. Antes de dormir recordaba lo que habían hecho, sonreía y le invadía un torrente de ternura.

Sin embargo, algo pequeño, afilado y punzante le corroía por dentro cada vez que recordaba que iba a traicionarle. Le había engañado para conseguir que firmara el contrato que permitiese a Malak apoderarse de su piso. Había abusado de su confianza en ella para hacerle daño. ¿No era esto lo que había pasado? ¿Acaso no era ése su objetivo? Aprovechase de que estaba borracho, robarle la firma y recibir cinco mil libras de Malak como pago por su traición. Cada vez que esta palabra venía a su cabeza pensaba en su sonrisa amable y en cuánto se interesaba por ella y se preocupaba por sus sentimientos. Recordaba que siempre la trataba con cortesía y le había entregado su total confianza, y entonces se sentía vil y traidora, se despreciaba a sí misma y se sumergía en un torbellino de remordimientos.

Estos sentimientos la atormentaban desde hacía mucho tiempo, hasta esa mañana en que fue a ver a Malak. Era muy temprano y acababa de abrir su tienda. Tenía ante

él una taza de té con leche que sorbía con calma. Se plantó frente a él, le saludó y le espetó antes de perder el coraje:

—Señor Malak, lo siento. No podré cumplir lo que acordamos.

—No entiendo.

—El asunto de la firma que tenía que sacarle a Zaki Bey. No voy a hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque no.

—¿Es tu última palabra?

—Sí.

—Está bien. Gracias.

Así habló Malak y, tranquilo, dio un trago a su té y apartó su mirada de ella. Mientras se retiraba, Busayna sintió que se había librado de una pesada preocupación. Sin embargo, al mismo tiempo le parecía extraño que Malak hubiese aceptado su renuncia con tanta facilidad. Pensaba que se iba a enfadar y a montar en cólera y sin embargo había estado tranquilo, como si se lo esperase o se reservase algún as en la manga. Esta idea la estuvo inquietando unos cuantos días, pero no tardó en olvidarse de sus temores y sentir por primera vez una profunda paz puesto que había dejado de traicionar a Zaki Bey y ya no tenía nada que ocultarle.



A las ocho de la mañana, el *sheij* Shaker y Taha Shazli tomaron el metro en dirección a Helwan. Durante varios días habían tenido largas conversaciones en las que el *sheij* intentaba persuadir a Taha para que olvidase lo que había pasado y rehiciese su vida. Sin embargo, éste seguía ofuscado y sediento de venganza, hasta tal punto que en más de una ocasión parecía estar al borde del colapso. Finalmente, tras una violenta discusión, el *sheij* le gritó en la cara:

—Entonces, ¿qué es lo que quieres? ¡No quieres estudiar ni trabajar ni ver a tus compañeros, ni tan siquiera a tu familia! ¿Qué ansias, Taha?

—Quiero vengarme de los que me violaron y humillaron.

—¿Cómo les reconocerás, si no viste sus caras?

—Por sus voces. Podría distinguirlas entre miles. Se lo ruego, maestro, dígame el nombre del oficial que estaba a cargo de mi tortura. Me ha dicho que sabía su nombre.

El *sheij* Shaker permaneció en silencio meditando.

—No estoy seguro de su identidad, pero las torturas en los calabozos de la Seguridad del Estado están a cargo de dos personas: el Coronel Saleh Rashwan y el Teniente Coronel Fathy el Wakil. Ambos son criminales infieles cuyo destino es el infierno. ¡Qué mal fin les aguarda!^[14] ¿Pero de qué te sirve conocer el nombre del oficial?

—Para vengarme de él.

—¡Tonterías! ¿Vas a pasarte la vida buscando a alguien a quien no has visto con tus ojos? Una empresa de locos destinada al fracaso.

—Llegaré hasta el final.

—¿Vas a luchar tú solo contra todo un régimen, con su ejército, su policía y todas sus poderosas armas?

—¿Ahora dice esto, cuando nos enseñó que el verdadero musulmán es una nación en sí mismo? ¿Acaso el Verdadero, Bendito y Todopoderoso, no ha dicho *¿cuántas pequeñas partidas vencieron a grandes ejércitos con permiso de Dios?*^[15] Es palabra de Dios.

—¡Alabado sea! Pero tu lucha contra el sistema te costará la vida, hijo. Te matarán en el primer enfrentamiento.

Taha permaneció en silencio y miró al rostro del *sheij*. La mención a la muerte había causado un gran efecto en él. Dijo:

—Ya estoy muerto. Me mataron en el calabozo. Cuando te violan entre risas. Cuando te ponen un nombre de mujer y te obligan a responder con él y tienes que hacerlo por la crueldad de las torturas. Me llamaban Fawzeyya y todos los días me pegaban hasta que decía delante de ellos: «Soy una mujer y me llamo Fawzeyya». ¿Quiere que olvide todo esto y siga viviendo?

Hablaba con amargura, mordiéndose el labio inferior. El *sheij* le respondió:

—Escucha Taha, ésta es mi última palabra, para limpiar mi conciencia ante el Señor, alabado sea. Comprometerse en la lucha contra el régimen implica una muerte segura.

—Ya no temo a la muerte. Estoy dispuesto para el martirio. Deseo de todo corazón ser mártir y entrar en el Paraíso.

El silencio reinó entre ambos. De pronto, el *sheij* se levantó de su asiento, se acercó a Taha, contempló un momento su cara, le abrazó con fuerza y sonrió diciendo:

—El Señor te bendiga, hijo. Esto es lo que hace la fe verdadera a los que la sienten. Escucha, regresa ahora a tu casa y haz la maleta como si te fueses de viaje. Mañana por la mañana nos encontraremos y te acompañaré.

—¿Adónde?

La sonrisa del *sheij* se hizo más ancha, y susurró:

—No preguntes. Haz lo que te digo y descubrirás todo a su debido tiempo.



Este diálogo había ocurrido el día anterior. Taha comprendió que la oposición del *sheij* al principio era una estrategia para comprobar la firmeza de su resolución. Ahora estaban los dos sentados en un atestado vagón de metro, en silencio, uno al lado del otro. El *sheij* miraba por la ventana y Taha contemplaba a los pasajeros sin verles, repitiéndose angustiada esta pregunta en su cabeza: ¿Adónde me lleva el

sheij? Confiaba en él, por supuesto, pero a pesar de todo le sobrevinieron miedos y temores. Se sentía en la entrada a un punto peligroso, decisivo y fundamental en su vida. Sintió un escalofrío cuando el *sheij* le dijo:

—Prepárate, nos bajamos en la próxima estación, Turah el Asmant.



La estación de Turah lleva el nombre de una empresa de cementos que fue fundada por los suizos en los años veinte. Posteriormente, fue nacionalizada durante la Revolución y multiplicó su capacidad productiva hasta convertirse en una de las fábricas de cemento más grandes del mundo árabe. Tras esto, como casi todas las grandes empresas, se vio sometida a la política de apertura y privatización, y varias compañías extranjeras compraron la mayoría de sus acciones. La línea de metro atraviesa los terrenos de la fábrica por la mitad. A la derecha quedan los edificios administrativos y los gigantescos hornos. A la izquierda se extiende el vasto desierto, rodeado de montes perforados por canteras abiertas con dinamita, para sacar las enormes rocas que después se transportan en grandes vehículos para ser quemadas en los hornos de cemento.

El *sheij* Shaker descendió y Taha con él. Cruzaron la estación de metro hacia el monte. Caminaron por el desierto, bajo un sol ardiente y un cielo nublado por el polvo que cubría toda esta zona. Taha sentía la garganta seca y un dolor débil, pero continuo en la boca del estómago. Le sobrevinieron náuseas y tos. El *sheij* le dijo bromeando:

—Un poco de paciencia, campeón. El aire está contaminado por el polvo del cemento. Mañana ya te habrás acostumbrado. Además, ya casi estamos.

Se detuvieron ante un pequeño montículo de roca y esperaron unos minutos. Llegó a sus oídos el ruido de un motor, y apareció un enorme camión de transporte de piedras que se acercó y se detuvo junto a ellos. El conductor era un joven que llevaba un mono azul de trabajador, desgastado y descolorido por el uso. Intercambió unos saludos rápidos con el *sheij*, que le lanzó una mirada escrutadora mientras decía:

—Alá y el paraíso.

—Paciencia y victoria —respondió el conductor sonriendo.

Ésa era la contraseña. El *sheij* tomó la mano de Taha y subieron a la cabina del conductor. Los tres permanecieron en silencio mientras el camión avanzaba por la pista de montaña. Se cruzaron con otros camiones de la empresa. El conductor tomó un camino secundario estrecho y sin asfaltar por el que circularon durante más de media hora. Taha estuvo a punto de confesarle al *sheij* su angustia, pero le vio absorto en la recitación de un pequeño Corán que llevaba en la mano. Finalmente, aparecieron a lo lejos unas sombras reverberantes, que poco a poco se fueron aclarando y resultaron ser un grupo de pequeñas casas de ladrillo rojo. El vehículo se detuvo, Taha y el *sheij* bajaron y el conductor se despidió de ellos antes de dar la

vuelta para regresar. El lugar recordaba a un suburbio: pobreza manifiesta, charcos de agua en las polvorientas calles, gallinas y patos correteando entre las casas, niños descalzos jugando y algunas mujeres cubiertas con el *niqab* sentadas en las puertas. El *sheij* caminaba con la confianza de quien conocía el lugar y entró, Taha tras él, en una casa. Pasaron por la puerta abierta a una sala espaciosa completamente vacía, a excepción de una mesa pequeña y una pizarra colgada en la pared. En el suelo había extendida una gran estera amarilla sobre la que estaba sentado un grupo de jóvenes barbudos con chilabas blancas. Todos se levantaron de un salto para saludar al *sheij* Shaker, abrazándole y besándole uno por uno. El más mayor, un hombre de talla enorme, de unos cuarenta años, con una gran barba negra y que llevaba un *izar* verde oscuro sobre su chilaba blanca, esperó un poco. Tenía una cicatriz desde la ceja izquierda hasta lo más alto de la frente, marca de una antigua y enorme herida, que le impedía cerrar completamente el ojo. El hombre se alegró al ver al *sheij* Shaker y dijo con voz ronca:

—La paz sea contigo. ¿Dónde ha estado, maestro? Hace dos semanas que le esperamos.

—Sólo asuntos de extrema necesidad me apartan de ti, Bilal. ¿Cómo estáis tú y tus hermanos?

—Gracias a Dios, estamos bien, con la voluntad de Alá.

—¿Cómo va vuestra obra?

—Como puede leer en los periódicos, de éxito en éxito, con la ayuda de Dios.

El *sheij* Shaker pasó el brazo alrededor de Taha y le dijo al hombre con una sonrisa:

—Éste es Taha Shazli, de quien ya te he hablado, Bilal. Un ejemplo de joven piadoso, temeroso de Alá y valiente.

Taha se adelantó para estrechar la mano del hombre y sintió la fuerza de su puño. Contempló su rostro desfigurado mientras las palabras del *sheij* resonaban en sus oídos:

—Taha, con la voluntad de Dios, te presento a tu hermano en Alá, el *sheij* Bilal, comandante del campamento. Aquí, Taha, aprenderás con él, y con la ayuda del Señor, cómo recuperar lo que es tuyo y vengarte de todos los tiranos.



Suad despertó y abrió los ojos con dificultad. Sentía malestar en el estómago, náuseas y dolor de cabeza. Tenía la garganta seca y le dolía. Poco a poco se dio cuenta de que estaba en un hospital. La habitación era grande, de techos altos. Había sillones antiguos y una mesa pequeña en un rincón. La puerta doble tenía dos ojos de buey de cristal y se parecía a las puertas de los quirófanos de las películas egipcias de los años cuarenta. Al lado de la cama había una enfermera corpulenta de nariz chata que se inclinó sobre ella, le puso la mano en la cara, sonrió y dijo:

—Gracias a Dios estás bien. El Señor te ha ayudado. Tenías una hemorragia terrible.

—¡Mentirosa! —gritó Suad con voz asfixiada, apartando a la enfermera de un empujón—. Me habéis hecho abortar contra mi voluntad. Así os pudráis en el infierno.

La enfermera salió de la habitación y una rabia loca se apoderó de Suad, que se puso a patalear gritando:

—¡Criminales! ¡Me habéis hecho un aborto! ¡Llamen a la policía! ¡Os mandaré a todos a la cárcel!

Al poco se abrió la puerta y apareció un joven médico que avanzó hacia ella seguido de la enfermera.

—¡Estaba embarazada! ¡Me habéis quitado a mi niño! —gritó Suad.

El médico sonrió, visiblemente asustado, y mintió con voz turbada:

—*Madame*, tenía usted una hemorragia. Tranquilícese porque no le hará nada bien ponerse nerviosa.

Suad explotó de nuevo. Se puso a gritar, a maldecirles y a llorar. El médico y la enfermera abandonaron la habitación. La puerta se abrió otra vez y aparecieron su hermano Hamido y Fawzi, el hijo de Hagg Ezzam. Hamido se lanzó sobre ella y la besó. Abrazada a él, Suad se abandonó a un llanto febril. El rostro de su hermano se contrajo y apretó los labios para no hablar.

Con mucha calma, Fawzi acercó el sillón del otro lado de la habitación y se sentó junto a la cama. Echó la cabeza hacia atrás y dijo con tono serio y contenido, poniendo énfasis en la entonación de sus palabras, como enseñando la lección a unos niños:

—Escucha Suad, todo está en manos del destino. Hagg Ezzam llegó a un acuerdo contigo, tú no has cumplido tu parte del trato y el que la hace la paga.

—El Señor os condene a ti y a tu padre. ¡Criminales! ¡Hijos de perra!

—¡Calla! —gritó Fawzi furioso, el ceño fruncido, intransigente y cruel. Permaneció un momento en silencio, suspiró profundamente y reanudó su lección magistral—. A pesar de tu falta de respeto, Hagg se ha portado contigo de acuerdo con la Ley de Alá. Te sobrevino una hemorragia y podrías haber muerto si no te hubiésemos traído al hospital. El médico se vio obligado a practicarle un aborto. Los informes médicos y el parte del doctor así lo corroboran. Díselo, Hamido.

Hamido agachó la cabeza en silencio. La voz de Fawzi se alzó de nuevo:

—Mi padre, Hagg Ezzam, es un hombre devoto. Se ha divorciado de ti y te ha dado más de lo que te mereces, el Señor le recompense. Hemos pagado el *muakhar* y la *nafqa* como Dios manda, y hemos añadido un dinero extra. Tu hermano Hamido tiene un cheque de veinte mil libras. La factura del hospital está pagada y hemos recogido todas tus cosas de la casa y las vamos a enviar a Alejandría.

Reinó un silencio profundo. Suad, ahora sí, destrozada, se puso a llorar entre gemidos. Fawzi se levantó. Parecía en ese momento fuerte y decidido, como si todo

dependiese de lo que él dijera. Avanzó unos pasos en dirección a la puerta y se giró, recordando algo:

—Rayyes Hamido, haz entrar en razón a tu hermana, porque está desequilibrada. La historia terminó y hay que pasar página. Ya ha cobrado lo que se le debe hasta el último céntimo. Empezamos como amigos y terminaremos como amigos. Si tú o tu hermana intentáis crear problemas o difundir rumores, sabemos cómo escarmentaros. Este país es nuestro, Hamido, tenemos el brazo largo y sabemos tratar con la gente de muchas formas. Elige la que más te guste.

Caminó lentamente hasta salir de la habitación, batiendo las puertas tras de él.



Igual que quien se quita con los dedos unas motas de polvo del pecho de su elegante camisa y continúa andando como si nada, de este modo se libró Hagg Ezzam de Suad Gaber y pudo borrar de un plumazo el afecto que sentía por ella. Sin embargo, el recuerdo de su cuerpo delicioso, cálido y tierno permanecía en su mente y tenía que hacer enormes y dolorosos esfuerzos para olvidarlo. Deliberadamente traía a su memoria el rostro violento y odioso de Suad cuando puso fin a su relación y se imaginaba los problemas y escándalos que habría tenido si no se hubiese librado de ella. Le consolaba el hecho de que su matrimonio, con todos los momentos maravillosos que le proporcionó, no le había salido muy caro. También pensaba que esta experiencia era susceptible de repetirse, porque había muchas hermosuras pobres y el matrimonio era algo permitido que nadie podía reprocharle.

Con todas estas ideas intentaba borrar la imagen de Suad de su mente, consiguiéndolo unas veces y fracasando otras. Se dejó absorber por el trabajo para olvidar. La inauguración del concesionario Tasso estaba prevista para dentro de unos días, y dispuso su despacho como sala de operaciones con sus hijos Fawzi y Qadri. Como si se estuviese preparando para entrar en guerra, supervisó hasta el último detalle de la gran fiesta en el hotel Semiramis e invitó personalmente a todos los peces gordos del país. Todos acudieron: ministros y ex ministros, altos cargos, jefes de redacción de los principales periódicos nacionales, cuya amistad le costó decenas de coches que fueron regalados o vendidos a un precio simbólico, siempre con el consentimiento de los responsables japoneses y a veces a sugerencia de ellos.

La fiesta duró hasta muy tarde. La televisión emitió fragmentos, a modo de publicidad bien pagada, y la mayoría de los periódicos hicieron una cobertura especial del evento. Un famoso columnista económico del rotativo *Al Akhbar* escribió: «La inauguración del concesionario Tasso constituye un paso valiente y patriótico dado con decisión por el hombre de negocios egipcio Mohamed Ezzam, con el objetivo de acabar con el monopolio de vehículos occidentales». El periodista pedía a todos los empresarios del país que eligiesen este arduo pero correcto camino, como lo había hecho Hagg Ezzam, en pro del resurgir egipcio y del bienestar de su

economía. Durante dos semanas los periódicos se llenaron con sus fotos y sus declaraciones. La instantánea de la firma del contrato era sumamente expresiva. En ella aparecía Hagg Ezzam, con su enorme talla, el rostro tosco y la mirada zorruna y taimada; sentado a su lado *Mister Yan Ki*, presidente del consejo de administración de la firma Tasso, con su débil complexión japonesa, la mirada al frente y el rostro refinado y serio. Las diferencias entre ambos hombres parecían resumir el vasto contraste entre Egipto y Japón.

Desde los primeros meses las ventas del concesionario alcanzaron cifras increíbles que superaron todas las expectativas, lloviéndole los beneficios a Hagg Ezzam, quien recibía esta bendición del Señor con agradecimiento, donando decenas de miles a la caridad. La parte japonesa le ofreció proyectos adicionales para implantar concesionarios oficiales en El Cairo y Alejandría. Hagg Ezzam estaba viviendo sin duda sus días de mayor gloria, excepto por una sola cosa que los enturbiaba y que intentaba ignorar aunque en vano. El Fouli llevaba tiempo intentando reunirse con él, y Hagg Ezzam estuvo posponiéndolo hasta que ya no pudo más. Finalmente, aceptó y fue al encuentro con El Fouli en el Sheraton, preparado para las dificultades que pudiesen surgirle.



La estancia, oscura a plena luz del día y llena hasta reventar, parecía más un vagón de tercera del tren del Alto Egipto que la sala de espera de un hospital. Había mujeres amontonadas de pie, con sus niños enfermos y un olor asfixiante a sudor. Las paredes y el suelo eran el colmo de la suciedad. Varios enfermeros organizaban la entrada a la consulta, ante los insultos de las mujeres a las que contenían a empujones. Los gritos, las peleas y el alboroto eran continuos. Hatem Rachid y Abduh llegaron con Hadiya, que llevaba al niño que no dejaba de llorar. Estuvieron un tiempo de pie entre la multitud, hasta que Hatem se acercó a uno de los enfermeros y solicitó ver al director del hospital. El enfermero le miró con mala cara y le respondió que el director no se encontraba allí. Cuando les dijo que tenían que esperar su turno para que atendieran al niño, Abduh estuvo a punto de ponerse a pelear con él. Hatem salió a la cabina más cercana y realizó una serie de llamadas a números de la pequeña agenda que siempre llevaba en el bolsillo, que dieron como resultado que el subdirector del hospital saliera a recibirles amablemente, excusando la ausencia del director. Se trataba de un hombre gordo y blanco, en torno a los cuarenta, cuyo rostro daba impresión de bondad y sencillez. Examinó atentamente al niño y dijo con ansiedad:

—Me temo que el caso es grave y está avanzado. Tiene deshidratación y fiebre.

Escribió algo en unas hojas que entregó a Abduh, quien había perdido los nervios y no dejaba de fumar ni de regañar a gritos a su mujer. Llevaba al niño en brazos y corrió con la enfermera a la que el doctor había contagiado su inquietud por el estado del pequeño. Pusieron al bebé en el pabellón de cuidados intensivos, aplicándole

sondas de glucosa en sus diminutos brazos. Tenía la cara extremadamente pálida y los ojos hundidos. El llanto empezó a ser cada vez más débil. Todos sintieron un gran desánimo. Abduh preguntó a la enfermera, que le respondió:

—El tratamiento no dará resultado hasta dentro de un par de horas por lo menos. Confiemos en el Señor.

El silencio reinó de nuevo y Hadiya se puso a llorar con voz débil. Hatem llevó a Abduh a un rincón, metió en su bolsillo un fajo de billetes y le dio una palmada en el hombro diciendo:

—Abduh, toma esto para los gastos del hospital. Si necesitas cualquier cosa te ruego que me lo digas. Tengo que irme al periódico, te llamaré por la noche.



—¡Me gustaría haberte conocido antes!

—¿Por qué?

—Toda mi vida habría sido diferente.

—Nunca es tarde. Todavía puedes cambiar tu vida.

—¿Cambiar qué, Busayna? Tengo setenta y cinco años, es decir, se acabó lo que se daba.

—¿Qué dices? Todavía puedes vivir veinte o treinta años, sólo Dios puede decir cuánto vivirás.

—Ya me gustaría, uno desearía vivir otros treinta años... ¡por lo menos!

Rieron juntos, él con voz ronca y ella con repetidos trinos melódicos. Estaban en la cama, sin ropa. Él la abrazaba sintiendo el roce de su pelo suave y espeso en los brazos. Se habían deshecho de todo sentimiento de privacidad de sus cuerpos y se pasaban horas completamente desnudos. Ella le preparaba café y le llevaba copas de whisky y aperitivos, y de vez en cuando se acostaban juntos. A veces hacían el amor o simplemente se quedaban tumbados, apagaban la luz y él contemplaba su rostro a la luz tenue y temblorosa que llegaba de la calle. En esos momentos le parecía irreal, una hermosa aparición, una criatura nocturna que con la primera luz del alba desaparecería igual que llegó, de repente. Hablaban y la voz de ella sonaba profunda, dulce y cálida en la oscuridad. Dijo con tono serio, mirando al techo:

—¿Cuándo nos vamos?

—Nos vamos, ¿adónde?

—Me prometiste que viajaríamos juntos.

—¿Todavía odias este país? —le preguntó mirándola a la cara. Ella asintió con la cabeza, la vista en el techo.

—Nunca podré entender a tu generación. En mi tiempo el amor a la patria era como la religión. Muchos jóvenes murieron en la lucha contra los ingleses.

—¿Hicisteis manifestaciones para que se marcharan los ingleses? —dijo Busayna, sentándose—. Vale, pues ya se marcharon. Pero ¿eso significa que el país

vaya bien?

—La causa de la decadencia de este país es la falta de democracia. Si hubiera un auténtico régimen democrático, Egipto sería una gran potencia. Nuestra lacra es la dictadura, porque la dictadura conduce inevitablemente a la pobreza, la corrupción y el fracaso en todos los ámbitos.

—Eso son palabras mayores. Yo tengo sueños a mi medida. Deseo vivir tranquila y tener una familia, un marido que me quiera e hijos que educar. Una casa pequeña, bonita y cómoda, en lugar de vivir en la azotea. Deseo ir a un país limpio, en el que no haya suciedad, pobreza ni injusticia. ¿Sabes? El hermano de una amiga que suspendió tres veces seguidas en la secundaria se marchó a Holanda, se casó con una holandesa y ahora vive allá. Nos cuenta que allí fuera no hay injusticia ni represión como aquí. Allí todo el mundo tiene derechos y se respetan. Hasta los barrenderos son respetados. Por eso quiero irme fuera, vivir allí, trabajar y ser respetada. Ganarme la vida con mi trabajo sin tener que ir al almacén con un tipo como Talal para sacarme diez libras. Imagínate. Me daba diez libras cada vez. El precio de dos paquetes de Marlboro. ¡Qué estúpida he sido!

—Estabas pasando dificultades y la necesidad no deja tiempo para pensar. Busayna, yo no quiero que vivas marcada por lo que te pasó. Todo lo que sucedió ya es agua pasada. Piensa en el futuro, ahora estamos juntos, somos felices y no voy a dejarte nunca.

Reinó el silencio por un momento, tras el cual Zaki Bey continuó hablando alegre para ahuyentar la tristeza:

—En uno o dos meses como mucho voy a recibir una gran cantidad de dinero y te llevaré de viaje.

—¿De verdad?

—De verdad.

—¿Adónde iremos?

—A Francia.

Gritó y dio palmadas como los niños. Después bromeó con malicia:

—Pero ándate con ojo y cuida de tu salud, porque si te pasa algo allá entonces sí que la hemos hecho buena.

Cuando sonreía arrugaba los músculos de la cara y se le hinchaban las venas de la frente, dándole un aspecto salvaje y algo extraño, como si la felicidad la hubiese pillado por sorpresa y hubiera decidido aferrarse a ella con fuerza para que no se le escapase. Zaki Bey la abrazó y le susurró:

—Entonces, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Empezó por las manos. Besó sus dedos uno a uno. Después pasó a la palma de la mano, el brazo, el pecho terso y firme. Cuando llegó al cuello y apartó su espeso cabello para llevarse sus deliciosas orejitas a la boca, sintió el cuerpo de ella ardiendo de deseo bajo el suyo.



Todo comenzó con un susurro. «Susurro» es la palabra adecuada, un sonido muy débil que surgió de repente y se extinguió mientras Zaki Bey devoraba los labios de Busayna con apasionados besos. Pasaron unos segundos fundidos en un abrazo y regresó el ruido, esta vez más claro. La puerta de la habitación donde dormían estaba abierta y la sospecha de que alguien se movía en el salón atravesó la mente de Zaki Bey. Saltó desnudo de la cama y Busayna soltó un grito agudo y se levantó para cubrir su cuerpo de cualquier manera con ropas. A continuación se sucedieron unas espantosas escenas de pesadilla, instantes violentos y terribles que Zaki Bey y Busayna no olvidarían jamás. Se encendió la luz de la habitación y apareció un oficial de policía, vestido de uniforme. Tras él había varios detectives de paisano. Daulet apareció entre ellos, avanzando con una maligna sonrisa de satisfacción en el rostro. Al momento alzó su voz, aguda y odiosa como la muerte:

—¡Qué escándalo! ¡Qué deshonra! Todos los días se trae a una puta y se acuesta con ella. Se acabó esta degeneración, hermano, debería darte vergüenza.

—¡Cierra el pico! —gritó Zaki Bey como primera reacción. Se había recuperado de la sorpresa y parecía muy irritado. Su cuerpo desnudo temblaba y los ojos se le salían de las órbitas de rabia. De modo inconsciente, alargó la mano hacia sus pantalones y gritó mientras se los ponía:

—¿Qué está pasando? ¿Qué significa esta farsa? ¿Quién les ha dado permiso para entrar en mi oficina? ¿Tiene un permiso judicial? —gritó en el rostro del joven oficial, cuyo semblante era hostil desde el principio, y que respondió con tranquilidad y tono provocador:

—¿Va a enseñarme usted cómo hacer mi trabajo? No necesito un permiso judicial. Esta señora es su hermana, vive aquí con usted y le ha denunciado por prácticas inmorales en su casa. Ha pedido una inspección oficial ya que piensa emprender acciones legales.

—¡Esto es absurdo! Ésta es mi oficina privada, ella no vive aquí conmigo.

—Pues ha abierto con sus llaves y nos ha dejado entrar.

—Aunque tenga llaves es mi oficina, está a mi nombre.

—Entonces tendrá que indicar eso en la denuncia.

—¿Qué denuncia? ¡Malditos seáis! Lo pagaréis caro por allanar la morada de gente decente.

—¡Morada de prostitutas, mejor dicho! —gritó Daulet, con los ojos dilatados, acercándose amenazante.

—¡Te he dicho que cierras el pico!

—¡Ciérralo tú, viejo indecente!

—¡Cállese señora, por favor! —gritó el oficial a Daulet, fingiendo enfado para disimular que estaba de su parte. Se giró hacia Zaki Bey y dijo—: Escuche, caballero, usted es un hombre mayor y no hay necesidad de montar un escándalo.

—¿Qué es lo que quiere, agente?

—Realizar la inspección y tomarle declaración.

—¿Pero qué hay que inspeccionar? Diga mejor que está compinchado con esta víbora.

—Se comporta como un maleducado, caballero. Escuche, se lo digo por última vez, ¿no querrá terminar la noche con problemas?

—¡Me está amenazando! Con sólo una llamada te pondré en tu sitio.

—Con que esas tenemos. Está bien, lo lamento —respondió el oficial irritado—. Adelante, niño de papá, nos vamos a la comisaría, tú y tu puta.

—Te lo advierto, no emplees palabras de las que luego tengas que rendir cuentas. No tienes derecho a arrestarnos.

—Yo sé si tengo o no derecho —se giró y dijo a los detectives—, ¡cogedlos!

Los detectives estaban esperando esta señal. Cayeron sobre Zaki Bey y Busayna. Él se resistió, gritando amenazas y protestas, pero los policías le agarraron con fuerza. Busayna chillaba, se abofeteaba la cara y suplicaba compasión a los agentes mientras la sacaban a empujones.



Al principio Taha se sintió un poco agobiado, pero esta sensación no tardó en desaparecer con el paso de los días, cuando se acostumbró a las severas reglas del campamento: levantarse antes del amanecer, rezo, lectura del Corán, desayuno y tres horas seguidas de violentos ejercicios de mantenimiento físico y artes marciales. Después los hermanos se reunían para recibir las clases —derecho islámico, exégesis coránica y *hadices*— que impartían el *sheij* Bilal y otros ulemas. Todas las tardes estaban dedicadas a ejercicios con armas. Los hermanos montaban en un gran autobús con el nombre «Compañía de Cementos de Egipto Turah» escrito en el lateral, y se dirigían al corazón de las montañas, donde hacían prácticas de tiro y aprendían a fabricar y usar explosivos. El ritmo del campamento era agotador, no dejaba tiempo para pensar. Incluso durante la tertulia, tras la oración de la tarde, las conversaciones entre los hermanos siempre giraban en torno a temas religiosos, y se dedicaban a buscar argumentos en la ley islámica que demostrasen el ateísmo del régimen y la necesidad de combatirlo y destruirlo.

Al llegar la hora de dormir los hermanos se separaban. Los casados iban a las viviendas familiares en la falda de la montaña y los solteros dormían en un edificio especial. Sólo entonces, cuando se apagaban las luces y reinaba el silencio, Taha Shazli, tumbado en la cama en la oscuridad, repasaba con total lucidez los acontecimientos de su vida. Una energía brillante y maravillosa brotaba de repente de su memoria. Veía a Busayna Sayed, y le invadía un sentimiento de cariño. A veces, incluso sonreía acordándose de los momentos felices que pasaron juntos. Pero de pronto le sobrevenía la ira al recordarla cuando le contempló por última vez,

diciéndole con una sonrisa «Lo nuestro ha terminado, Taha, cada uno tiene que hacer su vida». De repente, llovían como golpes ininterrumpidos sobre su cabeza los recuerdos de la tortura. Las palizas y la humillación, la sensación de debilidad, agotamiento y destrozo que le invadía cada vez que le violaban. Cómo rompía a llorar y suplicaba a los soldados que dejaran de meterle ese grueso palo en el cuerpo. Su voz débil y entrecortada cuando le ordenaban decir: «Soy una mujer». De nuevo le golpeaban y le preguntaban cómo se llamaba, y él decía con voz muerta «Fawzeyya», haciéndoles reír como si estuviesen viendo una película cómica. Taha recordaba todo esto y no podía dormir. Se pasaba las noches en vela, reabriendo sus heridas. Su rostro se contraía en la oscuridad y se le aceleraba la respiración. Jadeaba como si estuviera corriendo y le poseía un odio incontenible que no remitía hasta que recordaba las voces de los oficiales, clasificándolas, distinguiéndolas y almacenándolas con precisión en la memoria. Después le invadía un deseo tan violento que casi le hacía temblar: el afán de venganza. Se imaginaba a sí mismo dando su merecido a todos los que le torturaron y violaron.

Esta sed de venganza se apoderó de él y le ayudó a conseguir progresos sorprendentes en los entrenamientos del campamento. A pesar de su juventud, superaba a muchos con más experiencia que él en la lucha corporal. En unos pocos meses destacó en las pruebas de tiro con armas normales, semiautomáticas y automáticas, y aprendió a fabricar granadas de mano con soltura y destreza. Sus rápidos avances maravillaban a todos los hermanos. Una vez, tras finalizar sus ejercicios de tiro, en los que sólo había fallado uno de veinte, se le acercó el *sheij* Bilal, le palmeó el hombro y le dijo, con la cicatriz vibrando en la ceja como solía suceder cuando se emocionaba:

—El Señor te bendiga, Taha. Te has convertido en un maestro de la puntería.

—¿Cuándo me permitirá participar en la *yihad*? —respondió Taha con arrojo, aprovechando la oportunidad para hacer esa pregunta que ocupaba su pensamiento. El *sheij* Bilal calló por un momento y después susurró con cariño:

—No te precipites, hijo mío. Todo a su debido tiempo.

Y se marchó apresurado, como si quisiera cortar la conversación, dejando a Taha descontento con su ambigua respuesta. Estaba sediento de venganza y se sentía perfectamente preparado para participar en operaciones. ¿A qué se debía entonces este retraso? Él no era menos que sus compañeros que salían a la *yihad* y regresaban al campamento orgullosos de lo que habían hecho, entre las felicitaciones de sus hermanos. Después de esto. Taha se dirigió en más de una ocasión al *sheij* Bilal y le urgió para que le enviase a combatir, pero éste siguió pidiéndole paciencia con respuestas imprecisas, hasta que Taha se alteró y terminó gritándole enfadado:

—¡Pronto, pronto! ¿Cuándo llegará este pronto? Si cree que no sirvo para la *yihad*, ¿por qué no me lo dice para que abandone el campamento?

La sonrisa del *sheij* Bilal creció, alegrándose por el entusiasmo de Taha.

—Confía en Alá, Taha —dijo—, y escucharás buenas nuevas, si Dios quiere.

En efecto, no pasó una semana y unos hermanos le informaron de que el *sheij* Bilal quería verle. En cuanto terminó la oración del mediodía se dirigió apresuradamente al despacho del *sheij*, una pequeña habitación con un viejo escritorio, algunas sillas desgastadas y una estera de palma sobre la que encontró sentado al *sheij*, recitando el Corán. Estaba tan concentrado en la lectura que no se dio cuenta de la presencia de Taha a su lado hasta transcurridos unos instantes. Le dio la bienvenida con una sonrisa y le invitó a sentarse junto a él:

—Te he hecho venir para un asunto importante.

—A sus órdenes.

—A las órdenes de Dios. Escucha, hijo. Hemos decidido que te cases —dijo el *sheij* de repente, sonriendo.

Sin embargo, Taha no sonrió. Su rostro moreno se ensombreció y dijo al momento:

—No entiendo.

—Casarte, hijo. ¿No entiendes lo que significa casarse?

—No, Maestro, no entiendo —respondió Taha, alzando la voz—. No entiendo por qué yo le suplico que me envíe a la *yihad* y usted me habla de matrimonio. ¿He venido aquí para casarme? No lo entenderé nunca, a no ser que se esté burlando de mí.

Por primera vez el rostro del *sheij* se contrajo de ira y gritó:

—¡No es propio de ti, Taha, hablarme de este modo! Te ruego que en adelante controles tu temperamento o me enfadaré contigo. Quieres vengarte de los que te maltrataron, pero te diré una cosa: tú no eres el único al que han torturado las Fuerzas de Seguridad del Estado. Miles de hermanos han corrido tu misma suerte. Yo mismo llevo en mi rostro las marcas de la tortura, como puedes ver. Sin embargo, no pierdo la razón ni voy por ahí faltando al respeto a los mayores. ¿Crees que soy yo el que no te deja salir a la *yihad*? Dios sabe, hijo, que esto no está en mis manos. Yo no tengo capacidad de decisión sobre las operaciones, sólo se me informa en el último momento. Soy comandante de campamento. Taha, no comandante en jefe, ni tan siquiera miembro del Consejo de la *Gamaa*. Te ruego que lo entiendas, te tranquilices y me des un descanso. Yo no tomo las decisiones, lo único que puedo hacer es proponer tu nombre a los hermanos del Consejo. Ya les he insistido bastante y he escrito numerosos informes sobre tu valentía y tus progresos en los entrenamientos, pero todavía no han decidido enviarte, así que no es mi culpa, como tú crees. A pesar de todo, por mi experiencia, creo que pronto, con la voluntad de Dios, te elegirán.

Taha permaneció en silencio, cabizbajo. Después dijo con voz débil:

—Le pido disculpas, maestro, por mi violento comportamiento. Dios sabe cuánto le quiero y le respeto, *sheij* Bilal.

—No te preocupes, hijo mío —murmuró el *sheij* Bilal, que siguió pasando las cuentas de su rosario. Taha prosiguió con tono amistoso, queriendo borrar las huellas de la discusión:

—Pero encuentro raro el asunto del matrimonio.

—¿Qué tiene de extraño? El matrimonio es una de las normas del Señor para sus criaturas, decretada por Él, alabado sea, para el bien del individuo y de la sociedad islámica. Tú eres joven y tienes unas necesidades naturales. Tu matrimonio será un acto de obediencia a Alá y su Profeta, que será recompensado, si Dios quiere. El Elegido, las bendiciones y la paz de Dios sean con Él, dijo en uno de sus *hadices*: «*El que, de entre vosotros, esté en condiciones de contraer matrimonio, que se case*». Él nos ordenó, la paz y la bendición del Señor sean con Él, que facilitásemos y promoviésemos el matrimonio para librar a los musulmanes del adulterio. Aquí vivimos y morimos siguiendo el camino recto de Alá y su Profeta, sin desviarnos de él ni un ápice, con la gracia de Dios. He elegido para ti una hermana virtuosa y buena, sin ser nadie más importante que Dios.

—¿Voy a casarme con una mujer que no conozco? —respondió Taha sin pensar.

—La conocerás, si Dios quiere —dijo el *sheij* Bilal sonriendo—. Es la hermana Radwa Abu el Alaa, un modelo de mujer musulmana. Fue la esposa del hermano Hasan Nuredin, de Asyut. Cuando se convirtió en mártir, el Señor se apiada de él, estaba embarazada de su pequeño hijo y se vino con nosotros a vivir la vida del Islam.

Taha no dijo nada. Parecía dudar mientras el *sheij* continuaba:

—No permita Dios, hijo mío, que te imponga nada. Te encontrarás con Radwa, verás su rostro y hablarás con ella como decreta la ley islámica, y después tomarás una decisión con total libertad. Te ruego, Taha, que repases el libro *El matrimonio en el Islam* que os repartimos en clase. Has de saber, hijo, que esposarse con la viuda de un mártir y cuidar a su hijo huérfano dobla tu recompensa, con el permiso de Alá.



Alrededor de la medianoche el estado del niño empeoró. Los indicadores de las pantallas de la UCI empezaron a registrar anomalías en la respiración y en el pulso. Avisaron a la médica residente, que llegó rápidamente y prescribió una inyección intravenosa que la enfermera puso al niño. Su estado mejoró un poco. Sin embargo, en menos de una hora se deterioró de nuevo y finalmente no tardó en perder la vida. Las lágrimas asomaron a los ojos de la enfermera mientras cubría la carita con la sábana. Salió de la habitación y en cuanto Hadiya la vio lanzó un chillido agónico y agudo que se oyó en todo el hospital. Se agachó, se tapó la cara con las manos y empezó a gemir. El rostro moreno de Abduh, por su parte, se descompuso y comenzó a rechinar los dientes con tanta fuerza que emitían chirridos audibles. Aplastó el paquete de cigarrillos en el puño, haciéndolo trizas, esparciéndose el tabaco entre sus dedos como el polvo. Estaba realizando extraordinarios esfuerzos para contener el llanto, pero las lágrimas brotaron de sus ojos contra su voluntad. Finalmente, se rindió y sollozó en voz alta. Todos los presentes lloraron: los empleados de la

limpieza, las enfermeras, los familiares de los enfermos... hasta la médica se quitó las gafas para secarse las lágrimas.

Abd Rabbuh y Hadiya tuvieron que dejar el cuerpo del niño en el depósito de cadáveres del hospital hasta que llegase el momento del entierro por la mañana, lo que provocó otra dolorosa escena cuando el pequeño cuerpo fue colocado entre otros cadáveres de mayor tamaño. El empleado del depósito, que por su trabajo estaba acostumbrado a ver la muerte, no pudo contenerse y empezó a recitar en voz trémula y afectada: «*No hay más Dios que Alá*» y «*De Dios somos y a Él volvemos*».

Los habitantes de la azotea del edificio Yacobián se enteraron de la noticia y permanecieron todos en vela. Abrieron las puertas de las habitaciones y esperaron en silencio y cabizbajos como en un velatorio. Algunos, los que tenían radiocasetes, pusieron cintas del Corán a todo volumen que resonaban en toda la azotea. Un poco antes del amanecer aparecieron Abduh y Hadiya, agotados por el sufrimiento y la fatiga. Todos los vecinos se abalanzaron sobre ellos para darles el pésame, encendiendo de nuevo la llama del dolor. Los hombres abrazaban a Abduh y le apretaban la mano. Todos eran sinceros en la expresión de sus sentimientos, incluso los más irascibles y hostiles, como *Ali Chófer*, cuya boca exhalaba aliento a vino barato como de costumbre, pero que lloraba conmovido como un niño perdido. Shazli, el anciano portero de bigotes blancos y alta y demacrada figura se acercó al sufrido padre y le dio la mano. Entre ambos existía una amistad especial. Abduh le abrazó con fuerza y hundió la cara en su chilaba blanca, lamentándose con su acento del sur:

—Mi hijo ha muerto, tío.

Las mujeres, por su parte, sabían cómo expresar la tragedia. Estallaron sus agudos gritos, desgarrando el silencio. Muchas se abofeteaban las mejillas con fuerza hasta caer al suelo. Poco a poco se calmó la efervescencia de la tristeza y, como suele suceder en estas ocasiones, los hombres insistieron a Abduh para que se llevase a su esposa y descansaran un poco en la habitación ya que a la mañana siguiente les esperaba un día duro. Al final, aceptaron y entraron en su estancia. Sin embargo, la luz siguió encendida hasta la mañana porque no durmieron, sino que se enfrascaron en una larga discusión que pronto subió de tono hasta convertirse en una pelea violenta y amarga cuyos ecos se escucharon en toda la azotea. Hadiya gritaba desafiante palabras llenas de reproche, mientras que la voz de Abduh se fue debilitando poco a poco hasta quedar completamente en silencio.

Al día siguiente, tras terminar el velatorio y el entierro, la gente de la azotea se sorprendió al encontrar un gran camión parado frente a la puerta del edificio por la noche. Vieron a Abduh ayudando a los trabajadores a sacar los muebles de la habitación. Los vecinos, preocupados, le pidieron explicaciones y Abduh les anunció que se mudaban a otra vivienda en Imbaba. Tenía el rostro abatido y se mostró tan seco que les impidió manifestar su asombro o incluso despedirle con el sentimiento apropiado.



—Empiezas mal, Ezzam.

—¡Dios me perdone, Kamal Bey! Mantengo mi palabra, pero el asunto necesita su tiempo.

Estaban sentados en el restaurante del Sheraton. El ambiente era tenso. Hagg Ezzam se puso a hablar de otro tema y el rostro de Kamal el Fouli se oscureció y dijo enfadado:

—¡No me distraigas con otras historias! No soy un crío. Llegamos a un acuerdo y lo has roto. Te di el contrato hace tres meses para que lo firmaras con el Gran Hombre y estás dándonos largas.

—¡Kamal Bey, qué vergüenza! No os doy largas, tengo que presentar el asunto a la parte japonesa y estoy esperando el momento adecuado.

—¿Qué tienen que ver los japoneses con esto? El contrato es entre tú y el Gran Hombre sobre un porcentaje de los beneficios.

—Caballero, los japoneses tienen que saberlo todo. Si hago algo a sus espaldas pueden retirar la concesión.

Kamal el Fouli aspiró una gran bocanada de su narguile y posó la gran boquilla en la mesa. Se levantó de repente, y con él su hijo y los guardaespaldas de la mesa vecina. Dijo con resolución mientras se arreglaba la ropa, preparándose para marchar:

—Estás jugando con fuego, Ezzam. Me sorprende porque eres un hombre inteligente. Tienes que comprender que los que te metieron en el Parlamento también pueden sacarte.

—¿Me estás amenazando, Kamal Bey?

—Tómatelo como quieras.

Hagg Ezzam se levantó y pasó el brazo por el hombro de El Fouli intentando abrazarle:

—Se lo ruego, caballero, no saquemos las cosas de quicio.

—Adiós.

El Fouli se giró para marcharse, pero Hagg Ezzam se agarró a su brazo diciendo:

—¡Por favor, no seas así, escúchame! Te juro por Dios que voy a cumplir mi palabra.

El Fouli liberó enfadado su brazo, pero Hagg Ezzam se le acercó y le susurró, casi suplicando:

—Kamal Bey, escúchame, te lo ruego. Tengo que pedirte algo que nos ayudará a ambos.

El Fouli le contempló interrogante, con el enfado todavía en el rostro. Hagg Ezzam continuó:

—Quiero un encuentro con el Gran Hombre.

—El Gran Hombre no recibe a nadie.

—Kamal Bey, te lo suplico, ayúdame. Necesito reunirme con Su Excelencia para

explicarle el asunto personalmente. Por la amistad que nos une, viejo amigo, no rechaces mi petición.

El Fouli le clavó una mirada profunda y escrutadora, examinándole a fondo por última vez, y dijo retirándose:

—Ya veremos.



No era fácil para Hagg Ezzam renunciar a una cuarta parte de los beneficios del concesionario, pero tampoco podía negarse rotundamente. Suponía que no empezarían a atacarle hasta que no tuvieran ninguna esperanza, aunque fuese pequeña, de que pagaría. Había pedido una reunión con el Gran Hombre e insistido sobre ello, en primer lugar para ganar tiempo, y en segundo lugar porque tenía un extraño pero firme convencimiento de que, si se encontraba cara a cara con Él, conseguiría convencerle para que rebajara el porcentaje. También tenía un importante objetivo final: asegurarse de la existencia verdadera del Gran Hombre. ¿Podría ser posible que El Fouli estuviese utilizando el nombre del Gran Hombre sin su consentimiento? Una posibilidad remota, por supuesto, pero ahí estaba. El asunto se prolongó unas semanas y fueron necesarias varias llamadas de teléfono en las que Hagg Ezzam insistió a El Fouli para que le consiguiera una cita con el Gran Hombre, hasta esa mañana en la que sonó el teléfono en su oficina y escuchó la dulce voz de la secretaria:

—Hagg Ezzam, buenos días. Kamal Bey al aparato, señor.

La voz de El Fouli le llegó, concisa:

—Tienes cita con el Gran Hombre el jueves. Estate preparado en tu oficina a las diez de la mañana. Enviaremos un coche a recogerte.



Daulet había trazado su plan con precisión y consiguió, gracias a su influencia y a algunos sobornos, poner a todos los agentes de su parte. Como resultado, trataron a Zaki el Desouki con suma grosería e insolencia, le impidieron utilizar el teléfono e intercambiaron comentarios ofensivos sobre él:

—Mírale, se considera un Valentino.

—¿Quién eres, el *sheij* Borrachín?

—Apuesto a que el instrumento no te funciona y tienes que hacerlo a mano.

Soltaron grandes carcajadas seguidas de carraspeos y ataques de tos. Daulet se unió a las risas por cortesía, con el fin de alentarles y regodearse. Zaki Bey permaneció callado, sin responder. El muro que se esforzaba por conservar a su alrededor se había derrumbado, todo estaba perdido y se dio cuenta de que plantarles cara sólo azuzaría su vil comportamiento. Sintió una gran compasión por Busayna,

que no dejaba de gimotear mientras el oficial que los había arrestado decía, riendo con malicia:

—¿Qué te parece, *extranjero*? ¿Ves cómo Alá existe?

—Tu conducta va contra la ley —respondió Zaki Bey en voz baja—. Te denunciaré.

—¡Sigues haciéndote el listo! —gritó el oficial—, cuando no eres más que un bocazas y un impúdico. ¡Ten un poco de vergüenza, hombre! Estás en las últimas, con un pie aquí y otro en el otro barrio. A tu edad deberías pasar el día en la mezquita, en vez de que tengamos que sacarte desnudo de encima de una puta. ¿Y todavía te atreves a hablar?

Busayna intentó suplicar al oficial, que la rechazó con fuerza:

—Calla, hija de puta. ¿Quieres que te abra un expediente moral ahora mismo?

Los dos se rindieron completamente y respondieron a las preguntas del oficial. Zaki Bey afirmó en su declaración que la denuncia era infundada porque Daulet no vivía con él en la oficina. Explicó la presencia de Busayna en su piso porque era la hija de un amigo que se había peleado con su familia y él la había acogido en su apartamento hasta que se reconciliase con ellos. Firmó la denuncia, y también lo hicieron Busayna y Daulet, la demandante, que se marchó después de dar las gracias al oficial y asegurarse de que todo marchaba correctamente.

Zaki Bey se tragó todo su orgullo después de la humillación sufrida y suplicó al oficial hasta que, finalmente y con desgana, le permitió utilizar el teléfono. Llamó pidiendo ayuda a un amigo ex magistrado que se presentó rápidamente, con huellas de sueño en el rostro, y entró en la oficina del comisario. Éste hizo venir a Zaki, le invitó a sentarse, insistió en pedirle una taza de café y le ofreció un cigarrillo, pues Zaki Bey había olvidado su paquete en la oficina durante la disputa. El comisario le miró y dijo, sonriendo, con voz tranquila:

—Por supuesto, le pido disculpas por cualquier ofensa cometida por mis compañeros, pero usted sabe que lo sucedido atenta contra la moral y es un asunto escabroso. Los agentes aquí son defensores de las tradiciones y todos somos gente religiosa, alabado sea Dios.

Zaki Bey no dijo una palabra, se puso a fumar mirando al comisario mientras el juez rompía el silencio:

—Deseo, caballero, que solucionemos el asunto. Le estaré muy agradecido.

—Sus deseos, Señoría, son órdenes. Pero me temo que la denuncia ya está puesta y registrada, así que no va a ser posible retirarla. Su Señoría conoce el procedimiento tan bien como yo. Lo único que podemos hacer es dejar al señor y a la señorita marchar esta noche y que vengan mañana por la mañana para presentarse ante la fiscalía. Entonces hablaré con el fiscal para que archive el caso, si Dios quiere.

Zaki Bey y Busayna firmaron un compromiso de presentarse ante el fiscal y salieron de la comisaría. Zaki Bey dio la mano en señal de agradecimiento a su amigo el magistrado, que le dijo:

—Zaki Bey, somos como hermanos, no tienes que agradecerme nada. Por cierto, está claro que tu hermana Dalet tiene influencia y a todos los oficiales en el bolsillo. El comisario podría haber roto la denuncia ante nosotros si hubiera querido.

Zaki sonrió triste y el juez dijo para consolarle:

—No te preocupes. Mañana a primera hora llamaré a la Dirección General y todo irá bien.

Zaki Bey le dio las gracias de nuevo y se puso a andar junto a Busayna en dirección al edificio Yacobián. La luz de la mañana empezaba a aparecer en la calle Suleimán Pachá, completamente vacía excepto por los trabajadores del ayuntamiento que barrían con parsimonia y algunos pocos paseantes que habían madrugado por alguna razón o que volvían a casa tras una larga velada. Zaki Bey sentía un grandísimo cansancio, y también mareos y náuseas. No estaba alterado ni enfadado, sólo le dolía el estómago, tenía la mente en blanco y no fijaba las ideas. Poco a poco fue barruntando las pesadas penas que se cernían sobre él, como nubes juntándose veloces antes de una tormenta. Venían a su memoria cien veces las humillaciones y los insultos que le habían dirigido. Nunca se perdonaría haberse sometido a ellos con docilidad. Compararía, cruelmente, para hacerse daño, el respeto que había conocido toda su vida con la humillación sufrida en la comisaria. Le habían tratado como a un carterista o un rufián. Pero lo que de verdad le oprimía el corazón era que se había rendido totalmente. Incluso si le hubiesen pegado no habría protestado. ¿Por qué se había sometido y convertido en un juguete en sus manos? ¿Cómo había podido perder su fuerza de voluntad y se había dejado humillar hasta ese punto? Tenía que haber resistido hasta el final fuese como fuese, si no en defensa de su honor, sí en el de Busayna, que había sido destruido. ¿Qué pensaría ella ahora sobre él? ¿Cómo iba a mirarle a los ojos, cuando había sido incapaz de protegerla o de defenderla con la palabra?

Se volvió para contemplarla. Caminaba en silencio a su lado. De pronto se escuchó a sí mismo diciendo con voz ronca:

—Vamos a desayunar en el *Excelsior*. Seguro que tienes hambre.

No respondió. Le siguió en silencio al gran restaurante frente al edificio Yacobián, que estaba completamente vacío a esta hora tan temprana, excepto por unos limpiadores ocupados en fregar el suelo con agua y jabón, y un único cliente, un anciano extranjero que tomaba café y miraba un periódico francés al fondo del local. Se sentaron uno frente al otro en una mesa junto a la ventana en la esquina que da al cruce de las calles Suleimán Pachá y Adly. Zaki Bey pidió dos tazas de té *complet*, con un pastel. Un silencio pesado y doloroso les invadió hasta que sorbió un trago de su té y habló lentamente, palpando el terreno:

—Busayna, te ruego que no te angusties. En la vida el hombre se ve sometido a muchas situaciones estúpidas, y estancarse en ellas es un error. Los agentes de policía en Egipto son como perros rabiosos, pero, por desgracia, tienen mucho poder debido al Estado de Excepción.

Lo que decía parecía ridículo e inapropiado. Busayna siguió cabizbaja, frente a la taza de té y el pastel que no tocó. Zaki Bey, notando su tristeza, dijo:

—Me gustaría saber de dónde sacó Daulet la llave de la oficina. Ha urdido este sucio plan con el fin de conseguir que me declaren incapaz, pero va a perder el juicio. El abogado me aseguró que lo perderá.

Procuraba contener su ira con la charla, intentando transformar la dolorosa situación en simples palabras, posibilidades e hipótesis. De esta forma quizás conseguiría escapar de la congoja que le oprimía.

—El abogado me ha explicado las condiciones legales para ser declarado incapaz. La incapacidad es un asunto delicado y los tribunales no toman decisiones con facilidad. Daulet, la muy ignorante, piensa que es algo sencillo.

Sus intentos eran inútiles, pues Busayna seguía callada, sin pronunciar palabra, como si hubiese perdido la capacidad de oír y hablar. Zaki Bey se acercó a ella sobre la mesa y por primera vez, a la luz, contempló su color pálido y apagado, sus ojos enrojecidos, y algunos arañazos esparcidos por su cara y su cuello, restos de la resistencia a los agentes. Sonrió con ternura, tomó su mano entre las suyas y susurró:

—Busayna, si me amas, olvida esta desgraciada historia.

Este arranque de ternura fue más de lo que Busayna podía soportar, como el toque insignificante que derriba una montaña frágil que apenas se sostiene. Se puso a llorar y dijo con voz débil:

—Toda mi vida he tenido mala suerte. En todo.



Taha se encontró con Radwa en presencia de las hermanas de ésta. Vio su rostro sin el velo y charló con ella largo rato. Descubrió que era tres años mayor que él y le gustaron sus profundos conocimientos de religión y su conversación tranquila y apacible. Radwa le habló de ella y de su difunto marido, Hasan Nuredin, y le contó cómo lo habían matado:

—En los periódicos escribieron que había disparado a los agentes, quienes se vieron obligados a abatirle, pero Dios sabe que aquella noche no pegó un solo tiro. Llamaron a la puerta y en cuanto abrió le acribillaron con varias ráfagas de metralleta. Se convirtió en mártir junto con otros tres hermanos. Le asesinaron a propósito ya que, si hubiesen querido, podían haberle cogido con vida.

La tristeza apareció en el semblante de Taha, que comentó con amargura:

—Hay nuevas órdenes de matar al mayor número posible de islamistas. Lo llaman la política de *golpear en pleno corazón*. Si este gobierno infiel tratara con esta dureza a los judíos hace tiempo que habría liberado Jerusalén.

Radwa asintió con la cabeza. Reinó un silencio incómodo y ella continuó, deseando narrar con detalle todo lo sucedido en su vida:

—Tras la muerte del difunto, mi familia intentó casarme, pero descubrí que el

pretendiente, un rico ingeniero, no rezaba. Trataron de convencerme de que volvería al buen camino tras la boda, pero le rechacé. Les expliqué que quien abandona la oración es un infiel a los ojos de la Ley Divina y no puede casarse con una musulmana, pero ellos me presionaron con todas sus fuerzas hasta convertir mi vida en un infierno. El problema es que mi familia no es practicante. Son gente buena, pero por desgracia todavía están en la *Yahiliya*. Tenía miedo de alejarme de mi religión y quería que mi hijo Abdel Rahman creciera en la obediencia de Alá, así que llamé al *sheij* Bilal y le rogué que me dejase vivir en el campamento.

—¿Y qué hizo tu familia?

—Envié a alguien para que supieran que estoy bien. Les visitaré, si Dios quiere, en cuanto pueda. Pido a Alá que me perdone si les he hecho daño.

Escuchándola, sentía que era sincera y le agradó la expresión seria y franca que se dibujaba en su hermoso rostro cuando hablaba, como un niño culpable confesando la verdad. Se fijó también en su cuerpo relleno, bien proporcionado, y en su pecho, abultado y firme, aunque después se arrepintió de este pensamiento y pidió perdón a Alá.

Pasados unos días el *sheij* Bilal le llamó a su despacho. Le apretó la mano en señal de bienvenida, le miró con atención durante un momento con una sonrisa llena de intención y dijo, con voz profunda, como recuperando una conversación entre ambos:

—Entonces, ¿qué piensas?

—¿Sobre qué?

El *sheij* soltó una carcajada y dijo:

—¿No sabes de qué estoy hablando, *sheij* Taha? ¡El asunto de Radwa, hombre!

Taha no dijo nada y sonrió incómodo. El *sheij* le dio una palmada en el hombro y dijo:

—Enhorabuena, hijo.

El jueves, en cuanto terminó la oración de la tarde, los hermanos se reunieron en torno a Taha para felicitarle mientras resonaban las albórbolas en la sala reservada a las mujeres. Durante dos días las hermanas se dedicaron a preparar a la novia y poner a punto su ajuar. Tras un cuarto de hora de griterío y felicitaciones, el *sheij* Bilal se sentó para llevar a cabo el matrimonio. Radwa nombró al hermano Abu Hamza, su pariente y paisano de Asyut, como su apoderado para la firma del contrato, y otros hermanos se ofrecieron como testigos. El *sheij* comenzó con el habitual discurso sobre el Sagrado Matrimonio. A continuación, juntó las manos de Taha y Abu Hamza y leyó el texto del contrato, mientras los hermanos lo repetían tras él. Cuando terminaron, el *sheij* recitó:

—Alá, bendice este matrimonio, guíales en tu obediencia y concédeles una buena descendencia.

A continuación puso las manos sobre la cabeza de Taha diciendo:

—El Señor os bendiga, a ti y a tu matrimonio, y os una a los dos, a ti y a tu

esposa, en el bien.

Los hermanos se agolparon para abrazar al novio y felicitarle mientras resonaban con fuerza las albórbolas y las hermanas cantaban, golpeando el *adufe*:

*A ti venimos, a ti venimos.
Salúdanos y te saludaremos.
Si no fuera por el rojo oro,
no me habría detenido en tu valle.
Si no fuera por la oscura mies,
tus vírgenes no estarían hermosas.*

Taha asistía por primera vez a una boda según la tradición ortodoxa islámica y estaba emocionado por la alegría y las canciones de las hermanas y por el entusiasmo con el que le felicitaban los hermanos. Después las mujeres acompañaron a la novia a su nueva casa, una amplia habitación que daba a un cuarto de baño separado en el gran edificio destinado a los matrimonios. En origen eran las viviendas de los obreros de la cantera de la Compañía de Cemento en la época de los suizos. Permaneció abandonado y completamente olvidado hasta que unos trabajadores islamistas de la empresa lo ocuparon y lo transformaron en un campamento secreto de la *Gamaa*.

Cuando las mujeres salieron, el silencio reinó en la mezquita. Los hermanos se sentaron con el novio y charlaron alegremente entre sonoras risas. Finalmente, el *sheij* Bilal se levantó y dijo:

—Hora de marcharse, hermanos.

Taha intentó que se quedaran, pero el *sheij* dijo entre risas:

—En la noche de bodas no debes malgastar tus energías hablando.

Los hermanos soltaron comentarios jocosos mientras salían de la mezquita. Taha los despidió y se marcharon. Se quedó solo y empezó a sentir pánico. Había imaginado lo que haría en la noche de bodas de numerosas formas. Al final decidió encomendarse a Alá y dejar que todo sucediera como Dios dispusiese. Sin embargo, le inquietaba la idea de que él no había conocido mujer mientras que su esposa tenía experiencia previa, lo que quizás hiciese difícil satisfacerla. Como si hubiese leído su pensamiento, el día anterior a la boda el *sheij* Bilal le había llevado aparte y le había hablado del matrimonio y de los derechos legales de su mujer. Afirmó que un musulmán no debe avergonzarse de casarse con una hembra desvirgada, ya que un matrimonio previo de una musulmana no debe ser un punto débil que utilice contra ella el nuevo esposo. Dijo sarcástico:

—Los laicos nos acusan de mojigatos y rígidos, pero son ellos los que sufren de innumerables traumas psicológicos. Mira, si un laico se casa con una mujer que haya estado casada antes, el recuerdo de su primer marido le persigue y envenena su relación, y acaba castigando a su esposa por un matrimonio que fue legítimo. El Islam no contempla estos complejos.

Eran todos mensajes indirectos, como interpretó Taha, sobre cómo debía tratar a

Radwa. El *sheij* Bilal revisó con él lo que sucede entre el hombre y la mujer, y le explicó la aleya de la azora de la Vaca, «*vuestras mujeres son vuestra campiña. Id a vuestra campiña como queráis, pero haceos preceder*»,^[16] y se explayó en la explicación de la expresión coránica «*haceos preceder*», a través de la cual Dios, Todopoderoso y Excelso, nos enseña cómo acercarnos a la mujer de un modo humano y delicado. El *sheij* tenía la habilidad de hablar de los más precisos detalles sexuales de forma seria y respetuosa, sin ofender el pudor. Taha aprendió de sus palabras y conoció muchas cosas que ignoraba y que aumentaron su admiración por él. Pensó para sus adentros que si su propio padre estuviera con él no habría hecho más de lo que había hecho *sheij* Bilal.

He aquí que la celebración de la boda concluyó y los hermanos le dejaron solo para enfrentarse al momento decisivo. Subió las escaleras, llamó a la puerta, entró en la habitación de la novia y la encontró sentada al borde de la cama. Se había quitado el velo. El pelo negro y brillante le caía sobre los hombros, y este color oscuro junto a la blancura de su piel rosada era fascinante. Taha se fijó por primera vez en su hermoso cuello, sus pequeñas manos y las delicadas yemas de sus dedos. El corazón le latió con fuerza, carraspeó y dijo con voz turbada:

—La paz sea contigo.

Radwa sonrió, agachó la cabeza y susurró, ruborizada:

—Contigo sean la paz, la clemencia y la bendición de Dios.



Hatem Rachid se enteró de la noticia al día siguiente. Había pasado la noche en el periódico hasta que salió la primera edición y volvió agotado a casa, alrededor de las cuatro de la madrugada, diciéndose a sí mismo: «Voy a dormir y mañana preguntaré por Abduh». Se levantó tarde, se duchó, se vistió y salió en dirección al hospital. En el portal se encontró con Shazli, el portero, que le dijo conciso:

—Abd Rabbuh le ha dejado las llaves de la habitación y del quiosco.

—¿Qué? —exclamó Hatem, sorprendido.

El portero le informó de la muerte del niño y de lo que había pasado después. Hatem encendió un cigarrillo y le preguntó, haciendo esfuerzos por mantener la calma:

—¿Te dijo adónde iba?

—Comentó que se iba a vivir a Imbaba, pero no quiso dejar su nueva dirección.

Hatem volvió sobre sus pasos, subió a la azotea y se puso a preguntar a los vecinos por la nueva dirección de Abduh. Tuvo que soportar sus miradas insolentes y sus respuestas hostiles, que escondían el mensaje: «Deja a Abduh tranquilo, bastante le has hecho ya». Al final, no sacó nada.

Por la tarde pasó dos horas en el coche frente al quiosco cerrado, con la esperanza de que Abduh hubiese olvidado algo y pasase a recogerlo con la otra llave que tenía.

Durante tres días seguidos fue al quiosco, pero Abduh no apareció. Sin embargo, Hatem no se dio por vencido. Empezó a buscarle por todas partes, preguntando a cuantos le conocían, pero en vano. Tras una larga semana de búsqueda le parecía claro que Abduh se había ido para siempre. Le inundó una violenta ola de tristeza y abatimiento. Le invadieron sentimientos dolorosos y contradictorios. Había perdido a Abduh: su cálida presencia, su cuerpo fuerte y duro, su buen corazón, su pureza, su voz ronca y su acento del sur. También sentía una gran compasión por él porque sabía cuánto quería a su hijo y cómo le habría entristecido su muerte. Se arrepentía de haberle abandonado aquel día en el hospital para ir al periódico. Se decía a sí mismo que podía haber dejado el trabajo para quedarse con él en esos momentos difíciles. Abduh necesitaba de su presencia a su lado, pero no se atrevió a pedirselo.

Día tras día crecía su tormento, y se adueñó de él la sensación de tener realmente muy mala suerte. Había pasado largos años de miseria y dolor hasta encontrar un amante dulce y sensible que no le causase problemas. Justo cuando su vida empezaba a estabilizarse, el niño murió y Abduh desapareció, obligando a Hatem a reanudar su viaje de perdición. Tendría que recorrer otra vez las calles de West el Balad todas las noches para recoger a algún soldado que probablemente sería un ladrón o un criminal que le pegaría o le robaría como ya le había pasado antes muchas veces. Tendría que volver al *Chez Nous* en busca de algún *burgol*, o al *hammam* Gebelawy en el Hussein para montárselo con algún adolescente que saciase su sed de sexo, teniendo que soportar a cambio su ordinariez y codicia. ¿Cómo podía haber perdido a Abduh, tras haberle amado, confiado en él y planificado su vida juntos? ¿Sería verdad que es difícil ser feliz con una pareja por mucho tiempo? De haber sido creyente habría pensado que sus desgracias eran el castigo divino a sus inclinaciones sexuales, pero conocía por lo menos a decenas de homosexuales que llevaban una vida feliz y tranquila con sus amantes. Entonces, ¿por qué él precisamente había perdido a Abduh?

Poco a poco se fue derrumbando su estado de ánimo. Perdió el apetito, empezó a abusar de la bebida y a quedarse en casa. No volvió a ir al periódico más que para las obligaciones más urgentes del trabajo, que resolvía rápidamente para regresar corriendo a casa, junto al silencio, la tristeza y los recuerdos. Aquí se sentaba Abduh, aquí comía, aquí apagaba su cigarrillo... Aquí se tumbaba a mi lado mientras acariciaba su cuerpo negro y le cubría de besos, susurrando con voz temblorosa por el deseo:

—Eres mío, sólo mío, Abduh. Eres mi hermoso semental negro.

Hatem pasó noches enteras rumiando sus recuerdos, repasando su relación con Abduh minuto a minuto. Una noche, en medio de nubes de alcohol y la agonía, surgió una idea que atravesó su mente como un rayo. Recordó una frase que le había dicho Abduh una vez, entre bromas:

—Un *saidi* no puede pasar sin los suyos. ¿Sabes? Allá donde vaya tengo que preguntar por el café de los *saidis* para dejarme caer por allí.

Hatem se despejó y miró ansioso el reloj. Era la una pasada. Se vistió apresuradamente y al cabo de media hora estaba preguntando a los vecinos de Imbaba por el café de los *saidis* y, tras otra media hora, lo encontró. En la corta distancia que separaba el coche de la entrada de la cafetería sintió el sudor corriéndole por la frente. El corazón le latía con tanta fuerza que parecía que se iba a parar. El local era pequeño y extremadamente sucio. Hatem entró veloz y empezó a mirar a su alrededor, ansioso. Más tarde pensaría en la relación entre querer algo con fuerza y las posibilidades de conseguirlo. ¿Sería verdad que si deseamos algo de todo corazón se realiza? Tenía tantas ganas de encontrar a Abduh que al final lo logró. Lo vio sentado al fondo del café, fumando un narguile, con una chilaba holgada y oscura y un enorme turbante del sur alrededor de la cabeza. En ese momento parecía enorme e imponente, como un oscuro demonio del mundo de la imaginación que hubiese tomado cuerpo. También parecía que se hubiese reencontrado a sí mismo, sus raíces y sus orígenes. Era como si al quitarse la ropa occidental también se hubiera librado de toda su historia extraña y fortuita con Hatem Rachid, que permanecía de pie frente a él, en silencio. Le contempló por largo tiempo, asegurándose, cerciorándose, verificando su presencia para que no desapareciese otra vez. Después se arrojó sobre él y exclamó con una voz jadeante que hizo que los clientes se volvieran hacia él:

—Abduh, por fin.



Su primera relación fue sencilla y espontánea, como si hubiese sido su esposa desde hace años. La rosa se abrió entre sus dedos y la regó varias veces hasta saciarla. Esto le sorprendió y le hacía preguntarse, cuando recordaba los detalles de la noche de bodas, cómo alguien como él, que nunca había tocado a una mujer, podía haberlo hecho tan bien con Radwa, con tanta facilidad. ¿Dónde quedaron la aprensión, las dudas y el miedo al fracaso? Quizás se debía a que con ella había encontrado la paz emocional, o a que había seguido todos los consejos del *sheij* Bilal, o tal vez porque su esposa le había animado con su experiencia y le había revelado sus lugares secretos con habilidad y destreza, pero sin perder su recato natural como mujer musulmana.

Taha reflexionó sobre todo esto y llegó a la conclusión de que su matrimonio con esta mujer era un gran favor del Señor, alabado sea, porque era educada, fiel y buena musulmana. La quería y su vida se estabilizó junto a ella. Se sentía a gusto con su rutina diaria. Por la mañana la dejaba y pasaba todo el día en el campamento. Después regresaba tras la oración de la tarde y encontraba la casa limpia y ordenada y una deliciosa comida caliente esperándole. Le encantaba sentarse con ella en la pequeña mesa redonda para cenar. Él le contaba lo que le había pasado ese día y ella le relataba sus conversaciones con las hermanas y le resumía lo que había leído en los periódicos, si es que él no había tenido tiempo para ojearlos. Se reían juntos con las

tonterías e insolencias del pequeño Abdel Rahman, que no paraba hasta caer de repente en los brazos del sueño. Radwa le llevaba entonces a la cama que le habían preparado en el suelo de la habitación y volvía para recoger la mesa y lavar los platos con esmero. Después ella se retiraba al cuarto de baño y Taha se acostaba en la vieja cama de hierro. La esperaba tumbado boca arriba, mirando fijamente al techo mientras se le llenaba el corazón de esa sensación impaciente y deliciosa que ahora conocía, que le gustaba y cuya llegada ansiaba cada noche. Un irrefrenable apetito sexual por Radwa, por su cuerpo seductor refrescado por el agua caliente, totalmente desnudo bajo la gran toalla con la que se cubría al salir del baño. Esos instantes de silencio, tensos y excitantes, llenos de deseo, mientras ella le daba la espalda y se arreglaba ante el espejo. Esas frases confusas y vacías de significado que decía en voz baja y jadeante, intentando hablar de cualquier tema para ocultar su excitación. Él captaba el mensaje y no la hacía esperar. Abrazaba su hermoso y delicado cuerpo y le hacía cosquillas con sus besos y su ardiente respiración, desbordante de dulzura. Al abrazarla se desprendía de todos sus sentimientos: la tristeza, los recuerdos, sus sueños frustrados, el permanente deseo de venganza, el odio bestial hacia sus torturadores y hasta esas oscuras y ardientes fantasías sexuales de su juventud que tantas veces le habían sofocado y hecho sufrir en su habitación de la azotea. Se vaciaba de todo esto en el cuerpo de Radwa, para liberarse, descansar, apagar el fuego y reemplazarlo por un amor tranquilo y estable cuya solidez crecía cada noche. Tras hacer el amor la contemplaba con sincera gratitud y le cubría de besos las manos, la cara y el pelo. Se había convertido en un experto en los pliegues y rincones de su cuerpo y dominaba su lenguaje hasta tal punto que, haciendo el amor, pasaban horas durante las cuales el rostro de Radwa se encendía en varias ocasiones por los orgasmos.

Transcurrieron meses de esta nueva vida junto a ella, meses en los que saboreó la felicidad. Pero una noche estaban en la cama y Taha tuvo problemas para hacer el amor, en contra de lo habitual. Esto le desconcertó y terminó abandonando. Reinó el silencio entre los dos y de repente se levantó de un salto con tal violencia que la cama se sacudió bajo ellos. Encendió rápido la luz mientras ella recogía sus ropas para cubrir su cuerpo desnudo.

—¿Qué pasa? —le preguntó ansiosa.

Siguió callado y se sentó lentamente en el sillón. Poco a poco se inclinó y puso la cabeza entre las manos con el rostro contraído, como si le doliese algo. Ella, angustiada, se abalanzó sobre él:

—¿Qué te pasa, Taha?

Tal vez conmovido por su sincera preocupación, se revolvió inquieto, suspiró con fuerza y dijo, evitando mirarle a los ojos:

—Te ruego, Radwa, que no me malinterpretes. Soy feliz con nuestro matrimonio y doy mil gracias a Alá por haberme concedido una buena esposa como tú. Pero no ingresé en este campamento para casarme. El *sheij* Shaker me trajo aquí con un

objetivo concreto: luchar en el nombre de Alá. Llevo un año entero en este lugar, ya he terminado todos los entrenamientos y todavía no me han asignado ninguna misión. Siento que mi voluntad se debilita con el paso del tiempo —hablaba con voz baja y triste. Se golpeó las piernas y gritó con amargura—: Si hubiera querido casarme, me habría casado contigo en cualquier sitio, no en el campamento. Cada día me pregunto cien veces por qué estoy aquí. ¿Por qué, Radwa? Estoy seguro de que el *sheij* Bilal me casó contigo para apartarme de la *yihad*.

Radwa sonrió como una madre comprensiva y sabia. Le pasó el brazo por el hombro y dijo con voz cariñosa:

—Confía en Alá y aparta esos pensamientos de tu cabeza, pues son tentaciones del Diablo. El *sheij* Bilal es un hombre sincero y nunca miente. Si no te considerase capaz para la *yihad* te habría expulsado del campamento. Además, nunca te habría casado con una mujer corrupta que te aleje de tu religión —aquí su voz se cubrió de un tono de reproche—. Soy tu mujer, Taha. La primera que te anima a hacer la guerra santa y la primera que se sentirá orgullosa si te conviertes en un mártir. Pido a Alá que me permita serlo contigo. Pero por mi experiencia con el difunto mártir Hasan, sé que las operaciones militares no son un paseo o un juego. Se basan en unas instrucciones precisas que sólo conocen los hermanos miembros del Consejo de la *Gamaa*.

Taha abrió la boca para protestar pero ella puso la mano con rapidez y cariño sobre sus labios para impedirle hablar y susurró:

—Paciencia, Taha, paciencia. *Dios está con los que esperan.*^[17]



A las diez en punto de la mañana del jueves se detuvo frente al edificio Yacobián un Mercedes «*Fantasma*»^[18] negro del que bajó un elegante hombre de unos cuarenta años. Preguntó a los vecinos hasta que le condujeron al despacho de Hagg Ezzam. Le saludó y se presentó con arrogancia:

—Gamal Barakat, Secretario de la oficina de su Excelencia.

Hagg Ezzam montó a su lado en el coche. Durante el trayecto no intercambiaron más que algunas palabras de cortesía tras las cuales Ezzam se concentró en el rosario y las oraciones. Sabía que el Gran Hombre vivía en el Canal Marriotiya, pero nunca había imaginado que su mansión fuese así: un enorme palacio, parecido a los castillos de los reyes que había visto en su infancia en lo alto de una colina, una inexpugnable fortaleza rodeada por no menos de cien *feddans* de tierra toda ella cultivable. El automóvil tardó media hora en recorrer la distancia entre la entrada exterior y la puerta del palacio. Avanzaban por una larga carretera entre jardines y árboles, y tuvieron que detenerse en tres controles en los que les registraron los guardas de seguridad, hombres enormes vestidos con traje y corbata, de cuyos cinturones colgaban grandes pistolas. En las manos llevaban unas herramientas electrónicas en

forma de bastón que emitían silbidos, con las que examinaron el coche exhaustivamente. Después estudiaron la documentación de Hagg Ezzam, comparando sus datos con el permiso que les enseñó el secretario. Esto se repitió tres veces, lo que enojó a Hagg Ezzam, que estuvo a punto de protestar en la última ocasión, pero reprimió su nerviosismo y permaneció en silencio. Finalmente, el coche tomó un acceso ancho que ascendía entre curvas hasta llegar a la puerta de la mansión. Allí se repitieron los procedimientos de seguridad con la misma minuciosidad y cautela. Esta vez abrieron el maletín de Hagg Ezzam y lo registraron. Después le pidieron que pasara por un arco electrónico. Como su rostro mostraba irritación el secretario se le acercó y le dijo insolente:

—Las medidas de seguridad son indispensables.

Después le pidió que esperase en el vestíbulo y desapareció.

Hagg Ezzam estuvo un rato esperando, durante el cual observó las redondas columnas de mármol, los diseños persas en las elegantes alfombras y las gigantescas lámparas de araña colgadas del alto techo. Poco a poco se sintió irritado y humillado. Pensó que se burlaban de él a propósito con esta larga espera y las excesivas medidas de seguridad. «Me humillan y al mismo tiempo me roban mi dinero. Quieren quedarse con un cuarto de los beneficios por la cara y sin darme las gracias. ¡Ladrones desvergonzados!». Se llenó de indignación, frunció el ceño y pensó en abandonar el encuentro. Hubiera deseado levantarse en ese mismo momento, llamar al secretario e informarle de que se marchaba, pasase lo que pasase. Sin embargo, en su interior, sabía que esto era imposible. Aunque le tuviesen esperando toda la mañana no se atrevería a pronunciar una sola palabra de protesta. Ahora estaba jugando en campo contrario y el más mínimo error podría significar su final. Tenía que preparar su estrategia y recurrir a su experiencia para ganarse la simpatía del Gran Hombre y convencerle para que redujese el porcentaje a menos de un cuarto. Esto era lo máximo que podía hacer y cualquier tontería que cometiese la pagaría al momento y muy cara.

Por fin escuchó ruido de pasos detrás de él y le poseyó tal temor que no fue capaz de darse la vuelta. De pronto, uno de los guardas de seguridad apareció y le hizo un gesto para que le siguiese. Recorrieron un largo pasillo, resonando sus pasos en el mármol pulido del suelo. Llegaron a una espaciosa sala en cuyo centro había un gran escritorio de madera de roble y una larga mesa de reuniones alrededor de la cual había diez sillas. El guardaespaldas indicó a Hagg Ezzam que se sentase y le dijo con frialdad al retirarse:

—Espere aquí hasta recibir la llamada de Su Excelencia.

Hagg Ezzam sospechó de la expresión «recibir la llamada», y se preguntó si esto quería decir que el Gran Hombre no estaba allí. ¿Por qué no le habían llamado entonces para cancelar la cita y evitarle estas molestias, en vez de tenerle esperando todo este tiempo? De pronto, escuchó una voz imponente cuyo eco resonó en todos los rincones de la sala.

—Bienvenido, Ezzam.

Se levantó de un salto, asustado, y se giró buscando la fuente de esa voz, que soltó una risa leve y continuó:

—No te asustes. Me encuentro en otro sitio, pero te hablo y te veo. Lo siento, pero no tengo mucho tiempo. Vayamos al grano. ¿Por qué pediste verme?

Hagg Ezzam intentó tranquilizarse y reunir fuerzas para alzar la voz y soltar el discurso que llevaba dos semanas preparando. Sin embargo, estaba tan asustado que las ideas se desvanecían en su mente. Tras unos instantes pudo articular con dificultad:

—Su Excelencia, estoy a su servicio y a sus órdenes. Sus favores me abruman y su generosidad se prodiga por todo el país... Que Dios le proteja y le dé salud por el bien de Egipto... Espero que Su Excelencia atienda mi petición con clemencia. El Señor sabe que tengo muchas responsabilidades y familias que mantener. Un veinticinco por ciento me dañaría mucho, Su Excelencia —el Gran Hombre permanecía en silencio, lo que animó a Hagg Ezzam, quien continuó—. Confío en la generosidad de Su Excelencia. Por la gloria del Profeta, no me deje con el corazón desgarrado. Si Su Excelencia redujera el porcentaje a, digamos, una octava parte, le estaría muy agradecido.

Tras otro instante de silencio la voz del Gran Hombre se alzó enfadada:

—Escucha, Ezzam. No puedo perder el tiempo contigo. Esta cantidad es la establecida, para ti y para cualquiera. Entramos en todo gran negocio, como tu concesionario, con una participación de un cuarto de los beneficios. Nos llevamos ese porcentaje a cambio de nuestro trabajo. Te protegemos de los impuestos, de los seguros, de las inspecciones de seguridad laboral, de hacienda y de miles de departamentos que podrían parar tu proyecto y echarlo a perder en un instante. Además, tú especialmente deberías estar agradecido al Señor porque hayamos aceptado trabajar contigo, dados tus negocios sucios.

—¿Sucios? —Respondió Ezzam en voz alta y se le escapó un balbuceo de rechazo que provocó al Gran Hombre, quien alzó la voz en señal de advertencia:

—¿Eres tonto o te lo haces? Tus ingresos provienen en su mayoría de negocios sucios que no tienen nada que ver con el concesionario japonés. Hablando claro, te dedicas al tráfico de droga y lo sabemos todo. Siéntate en la mesa y abre el archivador en el que está escrito tu nombre. Encontrarás copias con los informes sobre tus actividades. Investigaciones de la Seguridad del Estado, del Departamento Antidroga y de la Policía Secreta. Lo tenemos todo. Nosotros somos los que hemos parado la investigación y nosotros también en un solo instante podemos ponerla en marcha otra vez y hundirte. Siéntate, Ezzam, no seas tonto y lee el informe. Estúdialo y memorízalo bien. Al final encontrarás una copia de nuestro contrato de participación. Si te parece bien, fírmalo. Como tú quieras.

El Gran Hombre soltó una risa irónica y la voz se cortó.



Abduh le recibió con desgana. Le dio la mano con frialdad, sin levantarse. Después apartó su rostro y se concentró en fumar del narguile. Hatem sonrió y dijo afectuoso:

—¿Éstas son formas de recibir a alguien? Pídeme un té, por lo menos.

Sin mirarle Abduh dio una palmada y pidió al camarero un té. Hatem empezó la conversación:

—Te acompaño en el sentimiento, Abduh. Tú crees en el Señor y su poder, pero ¿la tristeza por la pérdida de tu hijo te impide verme?

Abduh estalló de repente:

—¡Ya basta, Hatem Bey! El Señor nos perdone. Mi hijo murió en mis brazos y fue por mi culpa.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que el Señor me castigó por pecar contigo.

—A ver, entonces ¿todos los que pierden a un hijo es porque Dios les castiga?

—Sí. El Señor, alabado sea, da tiempo pero no olvida. He obrado muy mal contigo y merezco mi castigo.

—¿Quién te ha metido esto en la cabeza? ¿Tu mujer Hadiya?

—¿Qué más te da si ha sido Hadiya u otro? Te digo que lo nuestro se acabó. Cada uno seguirá su propio camino. Después de esto no volverás a verme ni yo te veré nunca más.

La voz le salía entrecortada debido a los nervios. Gritaba y movía las manos como forzándose a no dar marcha atrás. Hatem permaneció un momento en silencio y después empezó a hablar con voz tranquila, tras cambiar su estrategia:

—Está bien, muchacho. De acuerdo. Tú dejas la azotea y el quiosco y quieres cortar nuestra relación. Estoy de acuerdo. Pero ¿cómo vas a mantener a tu familia?

—Dios proveerá.

—Por supuesto, Dios proveerá. Pero es mi deber ayudarte incluso aunque se haya terminado lo nuestro. A pesar de lo mal que me has tratado, Abduh, me importas. Escucha, te he encontrado un buen trabajo para que me recuerdes con buenos ojos.

Abduh seguía callado, claramente indeciso. Dio una larga calada al narguile para ocultar su desconcierto.

—¿No vas a preguntarme qué trabajo es? —como Abduh no respondía, continuó—. Te he recomendado para trabajar de conserje en el centro cultural francés en Mounira. Es un trabajo decente y tranquilo, con un sueldo de quinientas libras al mes.

Abduh siguió en silencio, sin aceptar ni rechazar. Hatem continuó, presintiendo su éxito:

—Te mereces lo mejor, Abduh. Toma.

Sacó de su bolso un bolígrafo y un talonario. Se puso las gafas y extendió un cheque. Sonriendo le dijo:

—Aquí tienes un cheque de mil libras para cubrir tus gastos hasta que empieces a

trabajar.

Alargó el brazo y lo dejó extendido un segundo hasta que Abduh estiró su mano lentamente para coger el cheque, diciendo con voz baja:

—Gracias.

—Abduh, nunca te forzaré para que sigas conmigo. Si has decidido dejarme, hazlo. Pero tengo una última petición.

—¿Qué es?

Hatem se acercó a él hasta rozarle. Le puso la mano en la pierna y le dijo con voz ardiente:

—Quédate conmigo esta noche. Esta noche sólo, para que sea nuestra última noche. Te prometo, Abduh, te prometo que si vienes conmigo esta noche no me volverás a ver nunca más. Te lo suplico.

Se sentaron juntos en el coche, rodeados por un tenso silencio. Hatem estaba llevando a cabo su plan con precisión y pensaba que al final recuperaría a Abduh, quien no podría resistir la tentación del dinero y el nuevo trabajo. También estaba convencido de que querría volver con él en cuanto degustase de nuevo los placeres del sexo. Abduh, por su parte, se justificaba por haber aceptado la invitación de Hatem ya que era una necesidad impuesta por las circunstancias. Desde que había dejado el quiosco no había encontrado con qué mantenerse a sí mismo y a su esposa. Hasta el té y los narguiles que tomaba eran a cuenta del dueño del café, un paisano suyo. Había pedido prestado a sus conocidos *saidis* trescientas libras en menos de dos meses y estaba cansado de buscar en vano un oficio adecuado. Lo había intentado de obrero pero no pudo aguantarlo y lo dejó a los pocos días. Ya no podía soportar el trabajo duro: llevar a la espalda un pesado barreño de cemento arriba y abajo todo el día para conseguir unas pocas libras, la mitad de las cuales robaba el contratista, por no hablar de los insultos y humillaciones. ¿Qué podía hacer, entonces? El empleo que le ofrecía Hatem era digno y respetable y le alejaría de la pobreza para siempre. Así que se acostaría con él otra noche. Le complacería una vez más, cobraría el cheque, pagaría sus deudas, cubriría sus necesidades inmediatas y en el momento en el que empezase en el nuevo trabajo pondría fin a sus relaciones y pasaría página, cerrando ese sucio capítulo de su vida. Confiaba en que Alá le perdonase y aceptase su arrepentimiento. A la primera ocasión, peregrinaría a la Meca para volver limpio de pecado, como su madre le trajo al mundo. Sería la última noche que pecaba; desde mañana anunciaría su arrepentimiento y se enderezaría.

Abduh decidió que no le contaría a Hadiya que había visto a Hatem porque si lo descubría haría de su vida un infierno. Desde la muerte del pequeño su esposa no había pasado ni un solo día sin pelear con él, insultarle y maldecirle. La tristeza le había hecho perder la razón y se había convertido en una pesada carga para sus nervios y su vida entera. Le trataba como si hubiese matado a su hijo con sus propias manos. Lo triste era que le contagié el sentimiento de culpa, que se adueñó de él y en muchas ocasiones le impedía dormir. Pero todo esto terminaría esa noche. Satisfaría

el cuerpo de Hatem por última vez y conseguiría el trabajo y el perdón.

Entraron en el apartamento en silencio. Hatem encendió la luz y dijo contento:

—La casa está horrible sin ti.

Abduh se le acercó de repente y le abrazó intentando quitarle la ropa para hacerle el amor. Tenía prisa por terminar cuanto antes, pero Hatem interpretó su impaciencia como un signo de su deseo y, soltando una alegre risa femenina, susurró con coquetería:

—Ten paciencia, Abduh.

Se marchó corriendo a la habitación mientras Abduh abría el bar y sacaba una botella de whisky. Se sirvió un gran vaso que se tomó de un trago, sin agua ni hielo. Sintió una fuerte necesidad de emborracharse y en el corto tiempo que Hatem pasó arreglándose se metió al estómago varias copas. El alcohol hizo su efecto y sintió la sangre disparándosele, ardiente y violenta, en las venas. Se adueñó de él la sensación de que era fuerte y poderoso, y que nada podría impedirle hacer lo que quería. Hatem salió del baño, con su pijama de seda rosa sobre la carne desnuda. Caminó hacia la cocina moviéndose provocativo y regresó con comida caliente que colocó sobre la mesa. Se sirvió una copa y empezó a degustarla con calma, lamiendo el borde del vaso de forma seductora. Puso la mano en el fuerte brazo de Abduh, suspiró y murmuró:

—Te he echado mucho de menos.

Abduh apartó su mano y le dijo con voz ebria:

—Hatem Bey, hemos hecho un trato. La última noche. Desde mañana cada uno a lo suyo, ¿no es así?

Hatem sonrió y, pasando los dedos por sus labios carnosos, dijo imitando burlón su acento:

—Así es, mi *saidi*.

Esta vez Abduh no pudo contenerse y se abalanzó sobre Hatem. Lo cogió como a un niño entre sus brazos y, a pesar de sus risas de protesta y sus gritos provocativos, le tiró sobre la cama, le quitó el pantalón y se arrojó sobre él. Le hizo el amor con fuerza, desgarrándole como no lo había hecho nunca antes, hasta hacerle gritar en más de una ocasión de placer y de dolor. Apagó su sed en su cuerpo tres veces en menos de una hora, sin pronunciar palabra, como si desempeñara con brío un pesado encargo para librarse cuanto antes de él. Cuando terminaron, Hatem se tumbó desnudo boca abajo, con los ojos cerrados en un trance embriagado, como drogado o en un fantástico y delicioso sueño del que nunca quisiese despertar. Mientras tanto Abduh miraba al techo y se fumó dos cigarrillos sin decir palabra. De repente se levantó de un salto y empezó a vestirse con prisas. Hatem, al darse cuenta de lo que sucedía, se incorporó, sentándose en la cama, y le preguntó angustiado:

—¿Adónde vas?

—Me voy —dijo indiferente, como si fuera un tema cerrado.

Hatem se levantó y se plantó frente a él:

—Quédate a dormir esta noche y te vas por la mañana.

—No pienso esperar ni un minuto.

Hatem le abrazó con su cuerpo desnudo y susurró:

—Hazlo por mí. Quédate.

De repente, Abduh le empujó con tanta fuerza que cayó en el sillón al lado de la cama. Su rostro enrojeció y gritó enfadado:

—¿Te has vuelto loco? ¿Qué haces empujándome?

—A partir de ahora cada uno sigue su camino —respondió Abduh desafiante.

Hatem se irritó por las palabras directas de Abduh, que daban al traste con su plan.

—Acordamos que pasarías la noche conmigo —dijo.

—Lo que acordamos ya lo he cumplido, no te debo nada.

—¿Por quién te tomas?

Abduh no contestó y continuó vistiéndose en silencio. Hatem siguió hablando, cada vez más indignado:

—¡Responde! ¿Por quién te tomas?

—Por un ser humano, como tú.

—¡Tú no eres más que un *saidi* pordiosero e ignorante! Yo te saqué de la calle, te lavé y te hice un ser humano.

Abduh dio un paso lento hacia él y le miró por un instante con sus ojos enrojecidos por la bebida.

—Ya basta —dijo amenazante—. Mejor que no me jodas, ¿vale?

Pero Hatem había perdido el control y, como poseído por una maldición satánica que le llevase hasta el límite, lanzó a Abduh una mirada socarrona y dijo:

—¿Has olvidado quién eres, Abduh? Con una sola llamada puedo mandarte al infierno.

—No podrás.

—Te demostraré si puedo hacerlo o no. Si te vas ahora diré a la policía que me has robado.

Abduh iba a replicar, pero agachó la cabeza y se dirigió hacia la puerta para marcharse. Sentía que era más fuerte y que Hatem no podría cumplir sus amenazas. Alargó el brazo para abrir la puerta, pero Hatem le cogió de la chilaba y gritó:

—¡No te irás!

—Te digo que me dejes.

—¡Cuando digo que te esperes es que te esperes! —gritó Hatem, agarrándose a su cuello por detrás. Abduh se giró, apartó su mano con facilidad y le abofeteó la cara con fuerza. Hatem se le quedó mirando un momento, con los ojos abiertos como platos como si se hubiese vuelto loco, y gritó:

—¡Has pegado a tu señor! ¡Sirviente! ¡Hijo de perra! Por tu madre que no tendrás trabajo ni dinero. Por la mañana llamaré al banco para que anulen el cheque. Puedes comértelo con patatas.

Abduh se quedó de pie, en medio de la habitación, hasta que todo se procesó en su cabeza. Después lanzó un grito bestial, parecido al estertor de un animal salvaje y furioso, y saltó sobre Hatem, propinándole patadas y puñetazos. Le agarró del cuello y golpeó su cabeza contra la pared con todas sus fuerzas hasta que sintió en sus manos la sangre, brotando caliente y viscosa.

En el atestado, los vecinos declararon que habían escuchado, alrededor de las cuatro de la mañana, gritos y chillidos provenientes del apartamento de Hatem, pero que no habían intervenido porque conocían la naturaleza de su vida privada.



«En el Nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso.

¡Que quienes cambian la vida de acá por la otra combatan por Alá! A quien, combatiendo por Alá, sea muerto o salga victorioso, le daremos una enorme recompensa.

¿Por qué no queréis combatir por Alá y por los oprimidos: hombres, mujeres y niños que dicen: “¡Señor! ¡Sácanos de esta ciudad, de impíos habitantes! ¡Danos un jefe designado por Ti! ¡Danos un defensor designado por ti!”?»^[19]

El *sheij* Bilal recitaba la azora de las mujeres con una voz melodiosa y agradable que conmovía a los hermanos que rezaban tras él. El fervor se adueñaba de ellos mientras repetían sumisos la Oración de la Obediencia. Terminó la plegaria del mediodía y el *sheij* se sentó, recitando sus jaculatorias, mientras los hermanos se acercaban a él uno a uno para estrecharle la mano con cariño y respeto. Cuando Taha Shazli se inclinó ante él, el *sheij* le atrajo hacia sí con delicadeza y le susurró:

—Espérame en mi despacho. Me reuniré contigo dentro de poco, si Dios quiere.

Taha se marchó hacia el despacho, preguntándose para qué le querría el *sheij* Bilal. ¿Le habría contado Radwa lo que había dicho de él? Ella siempre afirmaba que amaba al *sheij* Bilal como a su propio padre, pero ¿hasta el punto de revelar lo que su marido comentaba sobre él? Si había hecho esto lo pagaría caro. No la perdonaría nunca porque una esposa debe ser celosa guardiana de los secretos de su cónyuge. Si el *sheij* le preguntaba por su conversación con Radwa no mentiría, repetiría sus palabras delante de él, pasase lo que pasase. ¿Qué podía hacerle el *sheij*? A lo máximo que podía llegar era a expulsarle del campamento. ¡Que lo hiciese! ¿Para qué le servía quedarse? Comer, beber, dormir y nada más. Si el *sheij* no le permitía participar en la *yihad*, lo mejor sería que le expulsase de allí y que se volviera por donde había venido.

Taha estuvo pensando en estas cosas hasta que empujó la puerta del despacho y entró, preparado para lo que pudiese suceder. Dentro encontró a dos hermanos esperando, el hermano doctor Mahgub, un veterinario de unos cuarenta años, de la generación de pioneros que fundaron la *Gamaa Islamiya* en los setenta, y el hermano Abdel Shafi, de Al Fayum, antiguo estudiante de derecho en la Universidad de El

Cairo que había sido repetidas veces detenido y acosado por las fuerzas de seguridad hasta que abandonó los estudios y se refugió en el campamento. Taha les dio la mano amistosamente y se sentaron. Conversaron sobre temas banales, pero los tres se sentían ansiosos e inquietos por dentro. El *sheij* Bilal llegó, estrechó sus manos, les abrazó efusivamente y dijo, mirándoles sonriente:

—Juventud del Islam, hoy es un gran día para vosotros. El Consejo os ha elegido para participar en una importante misión.

Tras un instante de silencio los hermanos empezaron a recitar jaculatorias y alabanzas a Alá, abrazándose los unos a los otros. Taha era el más feliz de todos, y no paraba de gritar: «¡Alabado sea el Señor! ¡Alá es grande!». La sonrisa del *sheij* creció y dijo:

—¡Con la gracia de Dios! Alá os bendiga y os dé fe. Por esto los enemigos del Islam tiemblan de miedo ante vosotros, porque amáis la muerte tanto como ellos aman la vida.

Después su rostro se puso serio. Se sentó en su despacho, extendió ante ellos una gran hoja y dijo, buscando un bolígrafo en el bolsillo de la chilaba:

—No tenemos mucho tiempo. Hay que llevar a cabo la operación hoy a la una o tendremos que esperar otro mes por lo menos. Sentaos, hijos, y prestadme toda vuestra atención...



Dos horas más tarde, una pequeña camioneta repleta de bombonas de butano se dirigía hacia el barrio de Faysal, en el Haram. El asiento del conductor lo ocupaba el doctor Mahgub y a su lado estaba Taha Shazli. El hermano Abdel Shafi se encontraba entre las bombonas amontonadas en la parte trasera del vehículo. Se habían afeitado las barbas y llevaban ropas de repartidores de gas. El plan consistía en realizar una inspección del lugar al menos una hora antes de la operación. Después tenían que quedarse en las calles de forma natural hasta que el alto cargo de la Seguridad del Estado bajase de su casa. En el tiempo que emplease en salir del edificio y montar en el coche tenían que detenerlo como fuese y abrir fuego con los tres rifles automáticos ocultos bajo el asiento del conductor.

También habían recibido otras instrucciones tajantes. Si el oficial conseguía montar en el coche antes de la ejecución del plan, tenían que cruzar la camioneta en su camino y lanzarle de golpe un cargamento de granadas de mano, después abandonar el vehículo y escapar cada uno por su lado, disparando al aire para que nadie les persiguiese. Si les asaltaba la duda de que estaban siendo seguidos, el doctor Mahgub, como jefe del grupo, tenía autoridad para detener la operación inmediatamente, en cuyo caso debían abandonar la camioneta en una calle lateral y regresar al campamento por separado en el transporte público.

En cuanto la camioneta entró en el barrio de Faysal redujo la velocidad. El

hermano Abdel Shafi se puso a golpear las bombonas con las llaves avisando a los vecinos de su llegada. Varias mujeres se asomaron a los balcones y las ventanas llamando al vehículo. Se detuvieron en más de una ocasión y Abdel Shafi repartió varias bombonas, recogiendo el dinero y volviendo al coche con las botellas vacías. Éstas eran las instrucciones del *sheij* Bilal, que se había encargado de diseñar el camuflaje de la operación.

El vehículo llegó a la calle Akef, donde vivía el oficial. Una mujer pidió una bombona desde su balcón y Abdel Shafi se la llevó. Ésta fue la ocasión para que Mahgub y Taha inspeccionasen el lugar con calma. El coche del oficial, un Mercedes azul de finales de los setenta, esperaba frente al portal del edificio. Mahgub estudió bien la distancia, las tiendas vecinas y las salidas y entradas. Cuando Abdel Shafi regresó, arrancó la camioneta y se alejaron del lugar. El doctor Mahgub miró su reloj y dijo:

—Tenemos una hora. ¿Qué os parece si nos tomamos un té?

Hablaba con voz alegre para infundirles tranquilidad. Detuvo la camioneta en una calle vecina, ante un pequeño café en el que se sentaron los tres para tomarse un té con menta. Su aspecto era totalmente normal, no podía despertar sospechas. Mahgub sorbió ruidosamente su té y dijo:

—Gracias a Alá, todo va bien.

Taha y Abdel Shafi respondieron en voz baja:

—Gracias a Alá.

—¿Sabéis que los hermanos del Consejo llevan todo un año observando al objetivo?

—¿Todo un año? —preguntó Taha.

—Por Dios Todopoderoso que llevan un año entero. Los seguimientos son difíciles porque los altos cargos de la Seguridad del Estado extreman las medidas de seguridad. Utilizan más de un nombre y tienen varias residencias. A veces se mudan con sus familias de un apartamento a otro. Por todo esto llegar a ellos es casi imposible.

—¿Cómo se llama el oficial, hermano Mahgub?

—Se supone que no debes saberlo.

—Comprendo que esté prohibido, pero me gustaría saberlo.

—¿Qué cambiará saber su nombre?

Taha se calló, miró durante un rato a Mahgub y dijo irritado:

—Hermano Mahgub, hemos empezado la *yihad*, quizás Dios nos honre con el martirio y nuestras almas asciendan juntas hacia el Creador. ¿No vas a confiar en mí, ahora que estamos a las puertas de la muerte?

Las palabras de Taha, a quien apreciaba mucho, conmovieron a Mahgub, que dijo en voz baja:

—Saleh Rashwan.

—¿El Coronel Saleh Rashwan?

—Un criminal ateo y sanguinario. Disfrutaba supervisando las torturas a los islamistas. Es el responsable directo de la muerte de muchos hermanos en las comisarías. Asesinó con su propio revólver a dos de los mejores jóvenes del Islam, el hermano Hasan Shubrasi, dirigente de Al Fayum, y el hermano doctor Mohamed Rafi, portavoz de la *Gamaa*. Se enorgullece de haberlos matado ante los hermanos detenidos en la prisión de Al Aqrab. Alá se apiade de todos nuestros mártires inocentes, les dé cobijo en su vasto Paraíso y nos una a ellos en el bien, con la voluntad de Dios.



Cinco minutos antes de la una, la camioneta del butano se paró frente a la entrada del edificio. Abdel Shafi se bajó y se acercó a la cabina del vehículo, sacó del bolsillo una pequeña libreta y simuló repasar las cuentas con Mahgub, el conductor. Los dos se enfrascaron en una discusión a gritos sobre el número de bombonas vendidas, una escena muy habitual, mientras Taha aferraba con el puño el abridor de la puerta, listo para entrar en acción. El portal del edificio quedaba descubierto frente a él. Sintió que el corazón casi se le desgarraba por la fuerza de sus latidos, e hizo esfuerzos para concentrar su mente en un solo punto, pero una rugiente cascada de imágenes devastaba su imaginación: la habitación en la azotea del edificio Yacobián, recuerdos de su infancia, sus bondadosos padres, su antigua novia Busayna Sayed, su esposa Radwa, el Presidente del Tribunal de la Academia de Policía que se había burlado de él por la profesión de su padre y los soldados de la comisaría que le golpearon y violaron. Ardía en deseos por saber si este oficial era el que había dirigido sus torturas, pero no se lo había confesado a Mahgub por temor a que se inquietase por él y le apartase de la operación.

Taha siguió vigilando el portal mientras los recuerdos desfilaban ante él, cuando de repente apareció el oficial. Su aspecto era tal y como se lo habían descrito: corpulento y de piel clara. En su rostro, recién aseado, aún quedaban restos de sueño. Caminaba tranquilo y confiado, con un cigarrillo colgando de la comisura de los labios. Taha abrió rápidamente la puerta, bajó a la calle y se dirigió hacia él. Tenía que detenerle como fuese hasta que los hermanos abrieran fuego sobre él. Entonces escaparía, saltando al camión y lanzando una granada para cubrir su retirada. Taha abordó al oficial y le preguntó, esforzándose por conseguir que su voz sonase natural:

—Perdone, caballero. ¿El número 10 de la calle Akef, en qué acera está?

Sin detenerse, el oficial le hizo un gesto arrogante y murmuró, avanzando hacia el coche:

—En la otra acera.

Era él. El que dirigió su tortura. El que tantas veces ordenó a los soldados que le golpearan, le desgarraran la piel a latigazos y le penetraran con el bastón. Él, sin ninguna duda. La misma voz grave, la entonación indiferente y la ligera ronquera

debida al tabaco. Taha perdió el control, saltó sobre él y soltó un grito agudo e incomprensible, como un rugido de cólera. El oficial se giró con ojos asustados y el rostro contraído de miedo, dándose cuenta de la situación. Abrió la boca para decir algo pero no pudo porque de pronto unas ráfagas de metrallera le atravesaron el cuerpo y cayó al suelo, con la sangre brotando a borbotones. Taha no siguió el plan y se quedó parado hasta que vio con sus propios ojos morir al oficial. Entonces gritó:

—¡Alá es grande! ¡Alá es grande!

Regresó corriendo a la camioneta, pero algo inesperado sucedió. Se oyó el ruido de cristales rompiéndose en el primer piso, donde aparecieron dos hombres que se pusieron a disparar en dirección al vehículo. Taha se dio cuenta de lo que pasaba e intentó proteger su cabeza corriendo en zigzag, como había aprendido en los entrenamientos, para evitar la línea de fuego. Se acercaba al coche, mientras las balas rebotaban a su alrededor como la lluvia. Cuando estaba a un par de metros sintió de pronto frío en el hombro y en el pecho, un frío sorprendente, intenso como el hielo. Se miró el cuerpo y vio la sangre cubriéndolo y derramándose. El frío se transformó en un dolor penetrante que le desgarró y cayó al suelo, al lado de las ruedas traseras del camión. Gritó de dolor. Después le pareció que el terrible daño se desvanecía poco a poco y sintió un extraño bienestar que le invadía por completo y le envolvía entre sus pliegues. Llegaron a sus oídos ecos de sonidos lejanos: campanas, himnos y murmullos de melodías resonando, acercándose a él, dándole la bienvenida a un mundo nuevo.



Desde la tarde, el *Maxim's* estaba patas arriba.

Además de los empleados del restaurante, habían tenido que pedir ayuda a diez trabajadores extras. Todos estaban enfrascados en limpiar los suelos, las paredes y el cuarto de baño con agua, jabón y desinfectante. Después apartaron las mesas y las sillas a los lados del local para dejar un ancho pasillo entre la entrada y la barra y un amplio espacio en el centro que serviría como pista de baile. Trabajaban con ahínco bajo la supervisión de Christine, que llevaba un holgado chándal y les ayudaba a llevar las cosas, pues era su manera de animarles a trabajar con más entusiasmo. De vez en cuando, alzaba la voz con su peculiar árabe, dirigiéndose en femenino a todo el que hablaba:

—¡Tú, *dejas* esto aquí! ¡Limpias bien! ¿Qué pasa, hombre, estás *cansada* o qué?

A las siete el local estaba resplandeciente. Sobre las mesas había manteles nuevos de un blanco immaculado, los que se reservaban para las ocasiones especiales. Llegaron las cestas de flores, cuya distribución supervisó Christine. Abrió los pequeños ramos, repartió las flores en los floreros, y ordenó a los trabajadores que colocasen los grandes centros fuera, en la entrada y a lo largo del pasillo. Sacó de un cajón de su despacho un elegante cartel antiguo en el que se leía en árabe y en

francés: «*El restaurante está reservado esta noche para una fiesta privada*». Lo colgó en la puerta exterior y estiró la cabeza para echar un último vistazo. Satisfecha con el aspecto del local, se marchó corriendo a su cercana casa para cambiarse de ropa. Cuando volvió, una hora más tarde, con un elegante vestido azul, un ligero y experto maquillaje y el pelo recogido en un moño alto al estilo de los cincuenta, el grupo de música ya había llegado. Sus miembros estaban ocupados en afinar los instrumentos, el mizmar, el saxofón, el violín y la sección rítmica, alzándose la melodía incongruente del afinado como el gruñido de un gigantesco ser musical.

Los invitados ya habían empezado a hacer su aparición. Llegaron algunos ancianos amigos de Zaki el Desouki, a algunos de los cuales Christine conocía. Les saludó y les invitó a la barra, donde les ofreció cerveza y whisky gratis. El número de asistentes continuó creciendo. Llegaron las amigas de Busayna, compañeras de la escuela de Comercio, con sus familias, Ali *Chófer*, quien se dirigió rápidamente hacia la barra, Saber el planchador, con su esposa y sus hijos, y muchos otros vecinos de la azotea. Las mujeres llevaban brillantes vestidos, adornados con hilos dorados y lentejuelas. Las chicas en edad casadera aparecieron con sus ropas más elegantes, conscientes de la oportunidad de encontrar pretendiente en la fiesta. Los vecinos de la azotea estaban sobrecogidos por el lujo del restaurante y su estilo europeo. Sin embargo, poco a poco las mujeres empezaron a romper este temor con sus alegres parloteos y sus sonoras risas, más licenciosas de lo que correspondía a la ocasión. A eso de las nueve se abrió la puerta y entraron algunos hombres apresuradamente, seguidos con parsimonia por Zaki el Desouki, vestido con un elegante traje negro, camisa blanca y una gran pajarita roja al cuello. Llevaba el pelo teñido y peinado hacia atrás, un nuevo peinado propuesto por su peluquero que dio sus resultados, pues parecía diez años más joven. Sus pasos eran un poco rígidos y sus ojos estaban enrojecidos a causa de los dos whiskies dobles con los que había decidido empezar la noche. En cuanto apareció en la fiesta se alzaron los gritos, los silbidos y los aplausos en todas partes. «¡Enhorabuena!», «¡Mil felicidades!», junto a algunas tímidas albórbolas. Mientras la gente le estrechaba la mano deseándole lo mejor, Christine se lanzó sobre él, le abrazó y le besó a su manera afectuosa:

—Pareces una estrella de cine —exclamó con entusiasmo. Suspiró profundamente y le miró por un tiempo, diciendo—: ¡Qué feliz estoy por ti! Por fin hiciste lo que tenías que haber hecho hace mucho tiempo.

Era la boda de Zaki Bey el Desouki con Busayna Sayed, quien se retrasó un poco en la peluquería, como es costumbre entre las novias. Llegó un poco más tarde con su vestido blanco, cuya cola llevaban sus hermanas y el pequeño Mustafá. En cuanto apareció la novia todos los presentes se quedaron impresionados al verla, y estalló una tormenta clara y espontánea de albórbolas sucesivas y melodiosas. Todo el mundo estaba feliz y, una vez que el grupo de música terminó la marcha nupcial y se abrió el bufete, Christine intentó dar un toque europeo a la ceremonia y tocó en el piano la canción *La vie en rose* de Edith Piaf, cantando con su dulce voz:

*Quand il me prend dans ses bras
Il me parle tout bas
Je vois la vie en rose
Il me dit des mots d'amour
Des mots de tous les jours
Et ça me fait quelque chose
Il est entré dans mon cœur.*

Los novios bailaron. Busayna estaba un poco turbada y casi tropieza, pero el novio la guio con pasos firmes y aprovechó la oportunidad para acercarla a él. Este movimiento no pasó inadvertido a los presentes, que soltaron comentarios jocosos. Zaki Bey pensaba que Busayna parecía, con el vestido de novia, una criatura pura y maravillosa, como si hubiese vuelto a nacer y se hubiese deshecho para siempre de esas manchas del pasado que ensuciaban su inocencia. Cuando terminó la música, Christine intentó con sutileza improvisar canciones francesas pero fue en vano. La presión de la mayoría fue más fuerte y la orquesta empezó a tocar fragmentos de música de baile oriental. Era ese momento mágico en el que las mujeres y las jóvenes, por fin en su salsa, se arrancaban a dar palmadas, cantar y moverse al ritmo. Más de una se ató un pañuelo a la cintura y empezó a bailar. Insistieron a la novia hasta que respondió a sus peticiones, dejó que le ataran un pañuelo y se unió al baile. Zaki el Desouki la contemplaba admirado con ojos de enamorado. Daba palmas al ritmo con emoción y poco a poco alzó los brazos y se puso a bailar con ella, entre los gritos y las risas de los presentes.

Glosario

Abdel Halim Hafez: Cantante y actor egipcio (1929-77), de origen humilde, que representa el triunfo de las clases populares.

Abu Wael: Lit.: *Padre de Wael*. En el mundo árabe es corriente llamar a los padres por el nombre de sus hijos.

adufe: Instrumento musical semejante a una pandereta.

Aleya del Trono: En árabe, *Ayat al Kursi*. Versículo II, 256 del Corán, considerado uno de los más importantes; se recita tras las oraciones y en determinadas ocasiones importantes.

basbusa: Dulce hecho de harina, manteca, azúcar y aceite.

bittaw y weka: Platos típicos del Alto Egipto, el primero es un pan de maíz y el segundo pasta de oca triturada con carne.

burgol: Pasta de trigo triturado y cocido.

Fatiha: Primer capítulo del Corán, que normalmente se recita al finalizar una transacción comercial.

feddans: Medida de superficie equivalente a 4.200,833 m².

Gamaa: Se refiere a la *Gamaa Islamiya*, grupo islamista radical egipcio, muy activo en los años ochenta y noventa, responsable de varias acciones terroristas.

gamaiya: Cooperativa de ahorro islámica.

hadiz: Comentarios que recogen las tradiciones del Profeta Mahoma y que dictan la conducta moral del musulmán.

Hagg: Título de respeto para dirigirse a una persona que ha realizado la peregrinación a La Meca.

hammam: Baños públicos.

istiyar: Oración que realizan los musulmanes para invocar la ayuda de Dios en la resolución de un problema o la toma de una decisión. La respuesta suele manifestarse en forma de sueño.

izar: Lienzo sin costuras con el que se cubre el peregrino musulmán durante la peregrinación a La Meca.

Khadra el Sherifa: Personaje de la obra épica *Taghribat Boni Hilal*, símbolo de la castidad.

Khaybar: Oasis habitado por judíos que fue conquistado por el ejército de Mahoma en venganza por las intrigas de sus habitantes contra el Profeta.

Mahmoud Said: Pintor egipcio (1897-1964), pionero de la pintura moderna en Egipto, en muchas de sus obras retrató a sensuales y voluptuosas mujeres de clase baja.

maqsur: Espacio apartado dentro de la mezquita reservado a las mujeres.

muakhar: Segunda parte de la dote que se entrega a la mujer cuando se produce el

divorcio o fallece el marido.

mulujiya: Verdura parecida a la espinaca.

nabila: Título con el que se denominaba a determinados miembros de la familia real egipcia.

nafqa: Pensión que paga el marido a la mujer divorciada.

niqab: Velo negro que cubre todo el rostro de la mujer, dejando al descubierto sólo los ojos.

«**Reda we Nur**» En árabe, «beatitud y luz celestial». Aunque no existe ninguna tienda con este nombre, es una clara referencia a la cadena «*El tawhid wa el nur*», afín a los movimientos islamistas.

saidi: Habitante del Alto Egipto.

shariaa: Ley islámica.

sheij: Tratamiento respetuoso para dirigirse a una personalidad religiosa.

siwak: Raíz de *Salvadora Pérsica* que utilizan los musulmanes para limpiarse los dientes.

sunna: Conjunto de tradiciones del Profeta Mahoma que marcan la conducta del buen musulmán.

Wafd: Principal partido político egipcio durante la monarquía. De corte nacionalista, fue fundado en 1918.

Waqfs: Ministerio de Asuntos Religiosos.

«**wasla**»: Lit. «Enganche» en árabe.

West el Balad: Lit. *Centro de la Ciudad*, nombre del céntrico barrio de El Cairo donde se desarrolla la novela.

Yahiliya: Lit. *Ignorancia*, estado de ignorancia espiritual con el que se denomina a las sociedades árabes paganas anteriores al Islam.

yihad: Guerra Santa.



Alaa Al Aswany (El Cairo, 1957) es uno de los intelectuales árabes de mayor prestigio en el mundo, con un éxito comercial sin precedentes en su área lingüística. Dentista de formación, es un incansable activista de los derechos humanos. Tanto en sus mordaces artículos periodísticos como en sus exitosas obras de ficción, el autor no se cansa de denunciar la corrupción, la hipocresía y la injusticia que asolan a la sociedad egipcia.

Notas

[1] Corán, VII, 96. ↩

[2] No existe ningún partido con este nombre en Egipto, aunque es una clara referencia al Partido Nacional Democrático, actualmente en el poder. *(N del T)*. ↩

[3] *Corán*, II, 216. ↵

[4] Todas las agrupaciones políticas mencionadas existieron, a excepción de la última, el Partido Patriótico (véase página 54). *(N. del T.)* ↩

[5] *Arnab*, en árabe, significa «conejo» y también «un millón» en el lenguaje coloquial. ↩

[6] El Parlamento egipcio está dividido en escaños reservados para Obreros y Campesinos, y escaños reservados a otras categorías sociales. *(N. del T.)* ↵

[7] Teóricos islamistas de diferentes periodos. (N. del T.) ↩

[8] *Corán*, XVIII, 5. ↩

[9] *Corán*, III, 168-174. ↩

[10] Famoso galán del cine egipcio (1904-1955). *(N. del T.)* ↩

[11] Primer ministro egipcio en la época de la Revolución. (*N. del T.*) ↩

[12] *Corán*, XXXIII, 21. ↩

[13] El autor juega con el doble significado del término árabe «*Shahada*», que quiere decir «título o diploma universitario» y también la profesión de fe del musulmán, que consiste en recitar la frase «No hay más dios que Alá y Mahoma es su Profeta». (*N. del T.*) ↵

[14] *Corán*, II, 126. ↩

[15] *Corán*, II, 249. ↩

[16] Corán. II. 223. ↩

[17] Corán, VIII, 46. ↩

[18] Nombre con el que se conoce en el lenguaje coloquial egipcio al vehículo de lujo Mercedes C300. ↩

[19] *Corán*, VI, 74-75. ↩